

ALYS CLARE

# EL ENIGMA DE SOR ALBA



## LOS MISTERIOS DE LA ABADÍA IV

Un relato de suspense en la Inglaterra medieval



Lectulandia

El cuarto en la serie Misterios de la Abadía. La abadesa-investigadora Helewise se enfrenta esta vez a los asesinatos en el seno mismo de la congregación.

La llegada de sor Alba, junto a sus jóvenes hermanas, a la abadía de Hawkenlye llena a la comunidad de inquietud. Una serie de acontecimientos disparan las sospechas de que Alba oculta algún misterio. Al mismo tiempo, la estancia del caballero Josse d'Acquin, herido de gravedad, en la enfermería del convento facilitará a la abadesa Helewise la resolución de todos los enigmas que se acumulan en Hawkenlye y en sus alrededores.

**Lectulandia**

Alys Clare

# **El enigma de Sor Alba**

**Los misterios de la abadía - 4**

ePub r1.1

Titivillus 28.09.15

Título original: *The Chatter of the Maidens*  
Alys Clare, 2001  
Traducción: María del Mar Vidal Aparicio

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mis padres,  
con mi más sincero agradecimiento  
por su cariño y su apoyo

Dies nox et omina  
mihi sunt contraria,  
Virginium colloquia  
me fay planszer,  
oy suvenz suspirer...

(Por el día, por la noche, / todos conspiran en mi contra, / y la charla de las  
doncellas / hace brotar mis lágrimas / y mis constantes suspiros).

De Carmina Burana,  
«Canciones profanas».



## Preludio

El fuego prendió rápidamente.

Al principio, de la aislada choza surgieron tan sólo unos cuantos susurros de pálida humareda. Azuzado por la ligera brisa, el humo se dividió formando distintos penachos, uno de los cuales fue arrastrado hasta el terreno en pendiente que había detrás de la vivienda. En medio había un viejo caballo adormecido, con los párpados caídos. El animal se inquietó por el olor del humo, capaz de penetrar hasta en su comatoso estado. Empujado a moverse por las primeras sacudidas de alarma, se arrastró cuesta arriba y tan sólo se detuvo al llegar a su rincón favorito, a la sombra del roble gigante.

En el breve espacio de tiempo que el caballo empleó en alcanzar su refugio, el fuego había crecido. Había crecido hasta alcanzar proporciones alarmantes, a medida que las diminutas chispas se iban apoderando de la materia seca a su alrededor, acariciando las gavillas de heno y de paja quebradiza, tragándose los cúmulos de hojarasca seca y los puñados de suaves escardillos. Entonces, el apetito de las llamas, ya no satisfecho con tan modestas ofrendas, se apoderó en un abrir y cerrar de ojos de los trozos bien cortados de leña menuda.

Luego ya no hubo marcha atrás. Apagar el incendio, aunque hubiera habido alguien por ahí dispuesto o capaz de hacerlo, se iba convirtiendo rápidamente en una tarea imposible. El fuego había tomado la casa; lo que ahora rugía y estallaba de alegría entre las paredes de la solitaria morada era como una forma terriblemente alterada y monstruosa del fuego doméstico y silencioso que solía arder en ella.

Aquellas llamas gigantes no habían sido atizadas para calentar los alimentos de una sartén o el agua de una olla; aquellas llamas habían cobrado vida con un designio muy distinto y mucho más oscuro.

Fuera, en la floresta del sotobosque que rodeaba la choza, algo se movió. Una rama de zarza fue delicadamente apartada y una pisada cautelosa se posó tímidamente sobre una pila de ortigas. Una hoja dentada rozó el dorso de una mano y levantó un juramento susurrado en voz baja cuando la carne herida huía del agudo ataque de la ortiga.

El vigilante inadvertido se inclinó un poco hacia adelante. Estirando el cuello en un esfuerzo por ver el interior de la choza en llamas sin abandonar su escondite, la figura pronto se olvidó del leve dolor de la mano cuando todo el poder del fuego se hizo patente.

La tensión parecía apoderarse de la abrigada figura.

Entonces, de pronto, el olor de humo era diferente.

Y cuando el rastro fugaz del olor a carne asada se intensificó hasta hacerse absolutamente abrumador, el vigilante inadvertido soltó una carcajada breve y desagradable.

Pero no se trataba de la gozosa expectativa de una buena cena. No era buey, ni

cordero, ni cerdo lo que crujía y se despedazaba en medio de las furiosas llamas.

Era carne humana.

La figura salió entonces de su escondite, como si fuera consciente de que ya no había ninguna posibilidad de que alguien pudiera ser testigo de sus movimientos. Se arrastró lentamente hacia adelante, con un brazo levantado para protegerse el rostro de la violencia de las llamas, y estiró una vez más la cabeza para ver.

El mirón se acercó más y más a la entrada de la choza. Avanzaba a trompicones, como si su deseo de ver luchara contra el mensaje más apremiante de huir de las llamas y el dolor. La impaciencia por ver parecía estar ganando la batalla: mientras se cubría la cara y la cabeza con la capucha de la capa, dejando tan sólo una pequeña abertura para los ojos, la figura se coló por el boquete en el que antes había estado la puerta de la choza.

Durante un breve instante, la figura se inclinó hacia adelante y observó el interior en llamas.

Entonces, con un alivio que se adivinaba por la repentina relajación de los hombros al disiparse la tensión, dio media vuelta y se alejó con presteza.

El fuego tardó en apagarse.

Las llamas consumieron todo lo combustible dentro de la cabaña y, poco a poco, su intensidad empezó a disminuir. Con la puesta de sol y la llegada del anochecer, el fulgor del fuego se desvaneció y adquirió un brillo naranja rojizo. De vez en cuando, un pequeño fragmento de las vigas de madera que antes habían sujetado el techo se desprendía y caía sobre el resto del fuego, reavivándolo brevemente. A medida que fuera iba oscureciendo, un viento frío empezó a soplar, y durante un rato atizó las llamas hasta hacerlas parecer un eco de su anterior fiereza.

En el suelo de la cabaña había un cuerpo con escasos vestigios de una vestimenta. Hasta sus botas de piel habían quedado destrozadas; una gruesa hebilla, que antes había cerrado un cinturón, aparecía ahora ennegrecida, y el cinturón, totalmente quemado en algunas partes.

La víctima yacía atravesada en lo que antaño fue la chimenea central. Parecía como si ni siquiera hubiera hecho un intento por escapar del fuego; incapaz de prevenir la terrible agresión de las llamas, incapaz de huir de la conflagración, lo que antes había sido un ser humano con vida aparecía ahora ennegrecido y deforme, con el pelo y la ropa reducidos a meros restos, la carne calcinada hasta los huesos.

Cuando el calor empezó a destruir el cuerpo, la musculatura se puso rígida y se contrajo. Y, en una terrible parodia de alguien que levanta los puños para defenderse —como si los puños sirvieran para defenderse del fuego—, el cuerpo tenía los brazos flexionados por los codos y levantados frente a lo que ahora eran los restos del rostro.

Con un pequeño suspiro, un cúmulo de cenizas y madera carbonizada cercano al centro del fuego moribundo se desmoronó de pronto. Hasta ese sonido pareció fuerte, puesto que ahora la noche ya estaba avanzada y fuera reinaban la quietud y el silencio. Sin embargo, dentro del cadáver quemado, algo seguía trabajando; la energía

del fuego seguía ardiendo lentamente, seguía carcomiendo los huesos, la grasa y la médula.

Con la primera luz de la mañana quedaba muy poco por ver de la víctima del fuego. Casi todos los huesos de su esqueleto se habían separado; lo único que seguía siendo reconocible al instante como resto humano era el arco formado por una parte de la caja torácica. Y la calavera, desnuda y oscurecida por el humo, con las órbitas oculares vacías negras y de mirada fija.

Junto al costillar, otro elemento sobresalía del suelo de la cabaña. Era una alcayata, hecha de hierro, y el extremo que sobresalía del suelo había sido redondeado para formar un aro. Antaño había estado clavado en la pared como anilla para atar a los caballos.

Al fondo de la hendidura en la que el extremo del anillo se unía con la parte de arriba, un fragmento de tela se había salvado de las llamas. Era diminuto, y a primera vista parecía el extremo deshilachado de un trozo de bramante.

Pero no era tela. Ni tampoco era bramante. Era lo único que quedaba de la soga que había mantenido a la víctima atada al lugar en el que posteriormente había muerto y había sido incinerada.

## **Primera parte. Recién llegados**

## Capítulo uno

Josse d'Acquin yacía sudoroso, gimiendo, consumido por el dolor y delirando a causa de la fiebre.

Tal vez su cuerpo estuviera a salvo en su cama de Nuevo Winnowlands, arropado bajo las mantas que estaban limpias cuando se acostó y ahora estaban empapadas en sudor, pero su mente no se percataba de ello. Su cerebro tan sólo era consciente de estar intentando escalar una abrupta pared de montaña, mientras acarreaba un peso enorme en la espalda desnuda y con el brazo estirado debajo de él, como si tratara de aguantar el peso de un cerdo enorme.

El cerdo, por alguna razón que sólo él conocía, embestía periódicamente hacia arriba, se ponía a la altura de Josse y le clavaba los colmillos amarillentos en la carne caliente del antebrazo.

Josse soltó un grito, mientras se retorció en la cama empapada, con las piernas doloridas enredadas entre las sábanas revueltas. El cerdo volvió a atacarlo, fijando los dientes en su brazo y utilizándolos como único punto de apoyo, de tal modo que todo su enorme peso quedó colgando de la carne agonizante de Josse.

El cerdo miró a Josse y le guiñó un ojo asombrosamente azul, y de pronto comenzó a llover; frías, deliciosas gotas de agua que salpicaban generosamente, haciendo caer al cerdito burlón y aportando un bendito y refrescante alivio al dolor...

Y la doncella de Josse, Ela, como si hablara consigo misma, dijo en voz baja:

—Vamos, vamos, señor, poneos cómodo, así, dad a la herida tiempo para sanar. —Se inclinó para mojar el paño en agua helada, y luego volvió a colocarlo sobre el brazo de Josse—. Y ahora os daré algo de beber y veremos si sois capaz de tomar un poco de caldo con la cuchara.

Ahora despierto y en su sano juicio —o eso creía él—, Josse observó cómo el cerdo se alejaba trotando hasta el rincón más alejado de su dormitorio, donde dio varias vueltas como lo habría hecho un perro que se acomoda en su perrera, antes de tumbarse y empezar a roncar.

—Ela, hay un cerdo en el rincón —dijo Josse.

Pero fue gracioso, porque sus palabras no parecían haber salido correctamente. Sonaba como si hubiera soltado un gemido. Lo intentó de nuevo.

—Cerdo, ¡Ela! —repitió.

Sorprendida de oírlo hablar, la muchacha levantó la mirada, le dirigió una sonrisa breve y tímida, y luego volvió rápidamente al cuenco con agua. Era una mujer terriblemente tímida e insegura, y a veces Josse pensaba que probablemente podía contar con los dedos de las manos el número de palabras que le había dirigido en toda su vida por iniciativa propia.

Lo intentó de nuevo. Mientras luchaba por incorporarse —lo cual fue un error por su parte, puesto que le provocó un mareo tan violento que sintió que iba a vomitar—, gesticuló con el brazo sano en la dirección del cerdo. Mientras seguía con los ojos el

dedo que señalaba, balbuceó:

—El cerdo, Ela... —Tan sólo para darse cuenta de que había desaparecido.

Ela le tomó con cuidado el brazo izquierdo y volvió a colocarlo sobre la cama, al tiempo que tiraba de las mantas y se las arreglaba alrededor del pecho. Él deseó que no lo hubiera hecho, puesto que de todos modos tenía demasiado calor y no había ninguna necesidad de que lo arroparan como a un niño enfermo.

—Vuelvo en seguida —lo tranquilizó ella, con una voz que apenas superaba el susurro; luego recogió su paño y su cuenco, se alejó de la cama y se dirigió hacia la puerta sin darle la espalda, como si se tratara de un personaje de la realeza.

Josse escuchaba sus sonoros pasos mientras ella se apresuraba en bajar la estrecha escalera que llevaba al vestíbulo. La oyó gritarle a Will para informarlo de que no debía comentárselo al amo —qué mujer tan boba, tal vez imaginó que, debido a la herida del brazo, Josse se había quedado también sordo—, pero que estaba muy preocupada y temía que *sir* Josse estuviera casi a punto de expirar a causa de la fiebre...

—Fiebre —murmuró en voz alta—. Fiebre.

De hecho, saber que tenía fiebre alta le supuso un buen alivio. Las fiebres provocaban delirio, ¿no? Y sudores, y mareos, y náuseas, y sueños extraños, y visiones de cerdos imaginarios en la habitación.

Fiebre. Todo bien, entonces.

Durante un breve y horrible lapso de tiempo, Josse había temido estar perdiendo la cabeza.

Cuando volvió a despertar, calculó que faltaba poco para el amanecer; la oscuridad tenía un matiz perlado que, aunque todavía no podía llamarse propiamente luz, parecía sugerir que la llegada del día no estaba lejos.

Josse yacía y pensaba en los amaneceres que había visto. Pero eso le exigía demasiada concentración para lo débil que se sentía, de modo que dejó deambular la mente.

Era consciente de sentirse distinto; el mundo había perdido aquella cualidad extraña e irreal que había tenido durante los últimos... los últimos, ¿qué? ¿Tal vez días, o semanas?

«Me herí en el brazo —recordó—. Antes ya había sufrido una herida con una espada, y luego me recuperé. Me curaron, alguien muy experto...».

Ese recuerdo le provocó un dolor distinto; un dolor en el corazón, en la memoria. Abandonó esos pensamientos.

«La herida estaba cicatrizando bien —pensó, para desviar la mente—. O eso era lo que yo pensaba. Salí cabalgando... ¿no? ¿Es así? Sí. Cabalgando. Con... —Frunció el ceño, tratando de recordar el nombre de su amigo—. Un hombre con un perro lobo quería que lo acompañara a cabalgar, veía a la bestia siguiendo sus pasos... Y yo tomé aquella zanja, justo al fondo de mi propio huerto, y el viejo *Horace* se asustó por algo y estuvo a punto de tirarme al suelo, aunque yo me las

arreglé para sujetarme. Pero las sacudidas y las contorsiones me abrieron ese corte del brazo, un poco de aire contaminado debió de entrar en la herida abierta y se infectó».

Mientras el recuerdo íntegro le regresaba a la memoria —lo que resultó ser sólo temporal—, Josse recordó que el amigo del perro lobo era su vecino Brice, y que el dolor en su herida infectada había sido tan terrible, tan continuado, que había llegado a suplicarle a Will que le amputara el brazo y acabara con aquel tormento.

Josse se estaba dando cuenta rápidamente de que recordar lo terrible que había sido la agonía no le aportaba nada bueno. Fuera cual fuese la razón por la que el dolor había remitido, había dejado de tener vigencia; ahora, con la velocidad de una marea inminente sobre una playa, volvía a atacarlo con furia.

Y, por si eso no fuera suficiente, venía acompañado de un calor repentino en la sangre que lo hacía sentirse como si estuviera ardiendo.

Intentando gritar al tiempo que hacía rechinar los dientes, Josse llamó a Will. O a Ela. O a quien fuera...

A Brice de Rotherbridge, propietario de la mansión contigua a Winnowlands, no le sentó muy bien que lo sacaran de la cama antes de la primera luz del día. Tras dirigirse a la puerta a grandes zancadas para preguntar a su sirviente por el motivo de la llamada, fue informado de que Will, de la casa de Josse d'Acquin, estaba fuera, desesperado por la enfermedad de su amo, sin saber adonde acudir ni qué hacer, y...

Brice no esperó a oír más. Se echó la capa por encima de los hombros, metió los pies dentro de las botas y montó su caballo, para luego salir de su propiedad y entrar en la de Josse en menos tiempo del que nunca hubiera creído posible.

Cuando entró con sigilo en el dormitorio de Josse —pronto quedó claro que no había necesidad de silencio, puesto que el propio Josse no sólo estaba despierto, sino que berreaba de dolor—, Brice se quedó horrorizado ante el estado de su amigo.

Se inclinó sobre la cama —olía a sudor y a enfermedad— y posó una mano en la frente de Josse.

—¡Está ardiendo! —gritó, volviéndose hacia Will, y luego hacia Ela—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

Ela, percibiendo una acusación, se tapó el rostro con el delantal y no quiso responder, pero Will aguantó el tipo. Con los hombros erguidos, dijo:

—Ocurrió el día en que salieron a cazar juntos, señor. El patrón estuvo a punto de caerse, y eso le desgarró la herida del brazo, y...

—¡Sí, sí, sí, eso ya lo sé! —lo interrumpió Brice—. ¡Quiero decir que cuánto tiempo lleva con esta fiebre! Repentinamente, lleno de rabia, gritó:

—¿No entendéis lo que es la fiebre, ninguno de los dos? ¡Puede que vuestro patrón se esté muriendo, y vosotros estáis ahí, inmóviles como un par de gárgolas!

Ante eso, Ela rompió a llorar y salió corriendo de la habitación. Mirándola con ansiedad, Will se volvió de nuevo hacia Brice.

—No había necesidad de decir eso, *sir* Brice —dijo—. Ela ha sido como su

sombra, ha cuidado del patrón día y noche, todo el tiempo. Y es porque no sabíamos lo que buenamente debemos hacer que vine a buscaros.

Le devolvía la mirada a Brice con la misma furia que Brice lo miraba a él; no fue sino como una idea tardía que añadió a su explicación la palabra «señor».

La rabia de Brice desapareció tan rápido como había llegado. Posó una mano sobre el hombro de Will y dijo:

—Lo lamento, Will. Por favor, atribuye mis malos modos a los nervios. Discúlpame también ante Ela, te lo ruego.

Will asintió fugazmente con la cabeza.

—Y ahora —Brice volvió a dirigirse a Josse—, ¿qué vamos a hacer?

Muy cerca de él, Will le susurró:

—Hemos avisado al cura.

—¿Al padre Anselm? Dios mío, ¿es que esperáis que vuestro patrón se muera?

—¡Chis! —exclamó Will, aunque Josse parecía estar demasiado extraviado en su propio mundo de dolor como para oírlos—. No, *sir* Brice, por supuesto que no, por lo menos mientras haya algo que Ela o yo podamos hacer para evitarlo. No, la verdad es que he oído decir que el cura tiene algunos conocimientos médicos; bueno, al menos, más que nosotros.

Brice frunció el ceño.

—Probablemente, el bueno del cura precipitará el paso de vuestro patrón al otro mundo antes que sanarlo —musitó—. Es una sanguijuela, Will. Cree que una buena sangría es la cura para todo, desde tribulaciones de la carne hasta un ataque de sífilis.

—Lo siento, señor. Pensé que... —empezó a decir Will.

De nuevo, Brice dio una palmada tranquilizadora al hombro de Will.

—Hiciste lo que creías mejor, Will, y a nadie se le puede pedir más. No, yo sé lo que hay que hacer con *sir* Josse. —Sonrió brevemente mientras pensaba en la solución—. Will, ¿podrías conseguir un carro lo bastante largo como para que un hombre más bien alto quepa tumbado en él? ¿Y también un caballo estable?

—Sí, *sir* Brice, eso lo tenemos.

—Pues entonces, ve a prepararlo. Pon en él almohadas y mantas, todo lo que se te ocurra, y agua para beber y para poder refrescar la piel del paciente.

Con una expresión de asombro, Will preguntó:

—¿Vamos muy lejos, señor? ¿A qué lugar?

Cuando Brice se lo dijo, una sonrisa empezó a dibujarse en el rostro de Will.

Cuando Josse salió fugazmente de su delirio, se sorprendió al ver a tres hombres que rodeaban su cama. A Will había esperado verlo —Will y Ela habían estado cuidándolo con devoción—, pero ¿qué hacía Brice allí?

Y, todavía más asombroso, ¿por qué había recibido la visita del padre Anselm?

—... Debo insistir en que se me permita tratarlo como me parezca más adecuado —decía el cura, acarreando un cuenco con lo que a ojos de Brice parecían unas asquerosas sanguijuelas.

—¿Cómo tratasteis al sirviente del viejo *sir* Alard hace unos años? ¡Sangrándolo hasta que se quedó pálido como la nieve recién caída! —le gritó Brice.

—Era necesario —protestó el padre Anselm—, ¡al igual que ahora!

—¡El hombre de Alard no opinaría lo mismo! —le respondió Brice a gritos—, ¡aunque pudiera hacerlo desde su tumba!

Mientras Josse los miraba, Brice le hizo un gesto a Will, y acercándose al lado izquierdo de Josse al tiempo que Will se acercaba al derecho, le añadió al cura:

—Sin embargo, si realmente deseáis ser útil, podéis ayudarnos a bajarlo hasta el carro que está en el patio, y...

Pero, justo en ese momento, cuando Will y Brice empezaron a levantarlo, Josse dejó de escucharlos. Porque, aunque su sirviente y su amigo habían sido extremadamente cuidadosos, el más leve movimiento le resultaba insoportable.

Y ser levantado, sacado de la cama, transportado por la habitación y hasta el carro que lo esperaba fuera suponía mucho más que un movimiento leve.

En el momento en que doblaban la esquina de la escalera, Josse se desmayó.

Al despertar se encontró mirando hacia un cielo claro de primavera, con el sol cálido acariciándole el rostro y una alondra piando con fuerza cerca de ellos.

Estaba en un carro; a su lado, Will dormitaba, con los ojos cerrados y los brazos cruzados alrededor de su ancho pecho. Entre las rodillas de Will había un cubo de agua. Consciente de pronto de lo desesperadamente sediento que estaba, Josse intentó llamar.

Cuando Will se despertó y lo oyó, la desesperación de Josse era tan grande que, para su humillación, sentía ganas de llorar. Will, furioso con su propio descuido e insultándose a sí mismo con palabrotas impropias de la sociedad culta, le dio un vaso tras otro de agua fresca, mientras le refrescaba la cara y el cuello con sumo cuidado.

Josse se acomodó de nuevo, con la sed ya saciada, y se le ocurrió preguntarse adonde se dirigían.

—¿Will?

Al instante, Will lo escuchó con rigidez:

—¿Patrón?

—Will, ¿adónde vamos?

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del sirviente.

—Pues vamos a ver a las hermanas, patrón. Fue *sir* Brice quien lo sugirió, y por mi vida, no entiendo por qué Ela y yo no pensamos en ello antes.

—Las hermanas —repitió Josse, pensando feliz en los claustros sombreados, en las manos capaces y atentas, en las sábanas limpias y almidonadas y en los medicamentos con aroma de hierbas—; las monjas de la abadía de Hawkenlye.

—Eso —dijo Will, asintiendo con énfasis con la cabeza—. Aquella hermana enfermera, ¿cómo se llama?

—Sor Eufemia —aclaró Josse.

—Eso, ella —asintió Will—; vamos a verla a ella, señor.

Y, con una firme seguridad que Josse compartía totalmente, Will añadió:  
—Ella lo curará en menos que canta un gallo.

## Capítulo dos

Helewise, abadesa de Hawkenlye, se arrodilló en la iglesia de la abadía, mientras se concentraba en sus plegarias.

Rezaba humildemente por la caridad de amar a cada una de sus hermanas, incluso —y en especial— a la menos amable de todas. También le pedía a Dios unos pocos días de buen tiempo, lo cual podría detener los lamentos constantes de sor Tiphaine, porque las hierbas aromáticas del jardín no acababan de crecer. Más allá de estas dos peticiones concretas, subsistía su ruego habitual para que le fueran concedidos o bien un par extra de manos para sí misma —lo cual representaría, en realidad, un extraño milagro— o, siendo más realistas, que Dios la ayudara a saber delegar el trabajo.

Corría el mes de abril y, de momento, ese año de 1192 había sido muy ajetreado para la abadesa de Hawkenlye. En febrero, habían tenido aquel inquietante asunto de la fugitiva, Joanna de Courtenay; la emoción de aquellas semanas seguía siendo un buen tema de conversación entre las monjas en los momentos de recreo. Luego estuvo la preocupación por el rey, todavía ausente en las cruzadas en Tierra Santa. Era muy devoto y loable que un rey cumpliera sus deberes ante Dios con un entusiasmo tan incondicional, reflexionó Helewise.

¿Pero qué había de los deberes del rey Ricardo para con su reino?

Con la mente alejándose de sus plegarias, Helewise recordó la última vez que la madre del rey Ricardo, la reina Leonor, había visitado Hawkenlye. Como siempre, la dama había llegado con prisas y —también como siempre— Helewise y sus hermanas habían procurado que los dos breves días, todo lo que la reina Leonor pudo quedarse, estuvieran llenos de paz y de tranquilidad.

—Abadesa, vos y vuestras hermanas me mimáis demasiado —le dijo Leonor a Helewise la primera velada, cuando, después de una cena espléndida, servida en una celda preparada especialmente en los alojamientos de la invitada, Helewise llamó a la puerta y le llevó una piedra caliente envuelta en un paño para que la reina se calentara los pies y un jarrón de vino caliente con especias para ayudarla a dormir.

—Para nosotras es un gran placer poder hacerlo —la tranquilizó Helewise.

El vino consiguió que ambas mujeres se relajaran. Como hacía a menudo, Leonor le confió algunas de sus preocupaciones a Helewise. Y, casi tan importante para Helewise, la reina le rogó que compartiera con ella algunas de sus propias preocupaciones.

La reina percibió que la abadesa estaba desbordada de trabajo, lo cual provocó en Helewise una mezcla de alivio y pesar. También se dio cuenta de que pedir ayuda no estaba en la naturaleza de Helewise, y ella tampoco se la ofreció.

Lo que aconsejó fue que la abadesa llevara a cabo una serie de cambios en la gestión administrativa de la abadía.

—Simplemente es cuestión de acostumbrarse a una manera de enfocar los asuntos —le dijo con firmeza—. Vos, Helewise, os veis como el eje del timón. Todo lo que

ocurre en la abadía es vuestra responsabilidad y tiene relación con vos, ¿no es así?

—Yo... bueno, sí. Pero eso es lo que significa mi nombramiento como abadesa, por supuesto.

—Naturalmente. Sin embargo, imaginad, por favor, que el timón no es un círculo, sino un triángulo que descansa sobre su base y con una punta que señala hacia arriba. ¿Lo imagináis? —Helewise asintió—. Ahora, trazad varias líneas a través del triángulo; advertid cómo las mismas son más estrechas arriba y más gruesas en la base, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien. Ahora, vos estáis arriba de todo. La línea de arriba, que es la más fina, es para vuestras subordinadas más inmediatas; sólo hay unas pocas, cuatro o cinco, tal vez. La línea siguiente es para sus subordinadas: caben más, ¿lo veis?, y la línea de debajo de la suya, para las subordinadas de éstas, y así hasta abajo del todo.

—Comprendo.

—Ahora, según este modelo —proseguía la reina, como si Helewise no hubiera contestado—, los únicos asuntos que llegarán hasta arriba del todo son los que ningún subordinado por debajo de vos haya sido capaz de solucionar. —Le dirigió a la abadesa una rápida mirada escrutadora—. Por supuesto, el éxito o el fracaso del concepto depende de que vos os reprimáis de inmiscuirlos con el ofrecimiento de vuestra ayuda y vuestros consejos antes de que os los pidan y cuando no sean necesarios.

Todavía arrodillada frente al altar, Helewise reprimió una sonrisa. Al parecer, la reina, Dios la bendiga y la proteja, había sabido ver en el corazón de la abadesa con claridad. Las dificultades que Helewise estaba experimentando con la delegación de asuntos lo demostraban, sin duda.

Helewise volvió a dedicar toda su atención a Dios y concluyó sus plegarias. Pronto, el resto de la comunidad entraría en la iglesia; debía de ser casi la hora tercia. Después de ésta, se prometió que convocaría a dos —o hasta a tres— de sus subordinadas y abordaría el problema de la hermana Alba.

Al cabo de un rato, Helewise se sentó a la amplia mesa de roble de su habitación y miró a través de ella a sor Eufemia, sor Basilia y sor Edith. Las tres monjas conversaban entre sí. De hecho, Helewise se dio cuenta de que «conversar» no era la palabra exacta: estaban discutiendo.

El objeto de la discusión era la nueva monja, la hermana Alba. Se encontraba en la rara situación de ser una religiosa ordenada que había abandonado su anterior convento y ahora esperaba ser admitida en Hawkenlye. Tenía a su cargo a sus dos hermanas menores, Meriel y Berthe. Meriel tenía dieciséis años, Berthe catorce; Alba era bastante mayor que ellas.

Para empezar, a Helewise la había impresionado el profundo sentido de responsabilidad hacia su familia que la hermana Alba demostraba. Al parecer, se había apartado de una comunidad religiosa en algún lugar de East Anglia —una

comunidad que, según Alba, la llenaba de alegría y satisfacción— para atender a las necesidades de sus hermanas menores. Sus padres habían muerto recientemente, con una semana de diferencia y de una enfermedad violenta, y las dos pequeñas se habían quedado abrumadas por la tristeza y por el terror de que la enfermedad pudiera llevárselas también a ellas.

Los padres no eran propietarios de la pequeña granja en la que trabajaban y, según Alba, sus dos hermanas se encontraron repentinamente en la indigencia. Por tanto, ella tomó la difícil decisión de dejar el convento que le había aportado tanta felicidad para tomar a Meriel y a Berthe bajo su responsabilidad y llevárselas bien lejos de aquel ambiente de desolación.

Las llevó a Hawkenlye porque había oído hablar del milagroso santuario de la Virgen del Valle de Hawkenlye, cuya agua sagrada era administrada a los enfermos de mente y de cuerpo, y que se estaba convirtiendo rápidamente en un lugar de peregrinaje. Al solicitar su admisión, le dijo a Helewise —y aquí, la abadesa había detectado cierto grado de calculada adulación—: «Se dice que tenéis una gran compasión hacia las personas angustiadas, enfermas o necesitadas, abadesa. Y que nunca abandonáis a aquellos que acuden a vos con el corazón puro y las intenciones honestas».

Helewise las admitió.

Alba, como monja ordenada, fue aceptada como miembro de pleno derecho en la comunidad, con la condición de que debía formar parte del grupo de novicias y no del de las plenamente ordenadas durante los seis primeros meses, para así poder adaptarse a las costumbres de Hawkenlye. A Meriel y a Berthe, de las que su hermana afirmaba que tenían intención de tomar los votos como postulantes tan pronto como les fuera posible, de momento y mientras se recuperaban de su aflicción, se les iba a encontrar una ocupación como miembros legos de la comunidad.

Éste era, pues, el historial de sor Alba.

Sin embargo, pensó Helewise, meditando sobre ello una vez más, ¿qué es lo que le hacía estar recelosa? ¿No había actuado Alba con responsabilidad y buen sentido? ¿No habría hecho lo mismo cualquiera que se hubiera encontrado en su lugar?

Sí, era todo muy loable y muy verosímil...

Y, sin embargo...

Sor Eufemia levantó la voz para mofarse de algo que sor Edith había comentado, interrumpiendo así los silenciosos pensamientos de Helewise; la abadesa se obligó a poner punto y final a sus preocupaciones y a escuchar la conversación que tenía lugar en su presencia. Pero, lejos de tranquilizarla, aquello sólo sirvió para exacerbar su ansiedad.

«¡Oh, Dios mío! —pensó al cabo de un momento—. ¡Tanta animosidad! ¿Y quién soy yo para recriminarles sus emociones, cuando debo admitir que siento exactamente lo mismo?».

Dejó que las tres mujeres prosiguieran con su debate, escuchándolas atentamente

y siguiendo su filmo, preparada para intervenir ante cualquier sugerencia racional que alguna de ellas pudiera hacer. La reina Leonor se habría sentido orgullosa de ella, reflexionó brevemente. Después de una o dos miradas dubitativas hacia ella —¿tan extraño les resultaba que su abadesa se limitara a escucharlas?, se preguntó Helewise —, las tres mujeres parecieron aceptar su silencio y se lanzaron a la discusión.

—Yo tuve a sor Alba trabajando para mí en la enfermería durante tres semanas —dijo sor Eufemia—. Le di instrucción (la misma que les doy a todas las recién llegadas) y fui permisiva con sus muy naturales remilgos. Todo el mundo los tiene la primera vez que viene a trabajar conmigo, y puedo tolerar los desmayos y las vomitonas cuando una muchacha es nueva a la visión de la sangre y todo eso. —La hermana Edith se estremeció visiblemente—. Lo que no puedo tolerar —continuó sor Eufemia, ignorándola— es la falta de tacto. La falta de compasión.

—¿Y opináis que sor Alba carece de esas cualidades? —preguntó sor Basilia.

—Sí, hermana, carece de ellas —dijo sor Eufemia con firmeza—. Como he dicho, es de esperar que una muchacha palidezca ligeramente la primera vez que ha de curar una herida que supura, o vendar el muñón sangrante de un amputado, o sujetar el barreño mientras yo dreño una pústula. Yo misma tuve que salir a vomitar, en mis primeros tiempos de enfermera, cuando mi superior me hacía limpiar la cama y el trasero de un viejo con descomposición; bueno, se trataba de un ataque especialmente grave, había mucha sangre en las...

—Bueno, ya está bien, no es necesario que os explayéis —la interrumpió sor Edith bruscamente.

—Bah —gruñó sor Eufemia, mirando a sor Edith. Y entonces, como si recordara la tesis que quería defender, prosiguió—: Mirad, el fin es que el paciente no se dé cuenta de que estás disgustada por la condición en que se encuentra su pobre cuerpo enfermo. Eso es lo que les digo a todas mis enfermeras, y deben aprender a dominar sus reacciones, que nunca, jamás, deben demostrar. Y éste es el punto que sor Alba se niega a obedecer.

—¡Tal vez no sea capaz de hacerlo! —protestó sor Edith—. No todas estamos bendecidas con vuestros dones, sor Eufemia. Yo misma tengo la sensación de que no sería capaz de contener mi repulsión ante... bueno, ante algunos de los pobres desgraciados a los que vos atendéis. —Otro estremecimiento recorrió su pequeña figura mientras se cubría delicadamente la boca con su mano pálida de largos dedos, como para reprimir sus palabras. O algo peor.

Sor Eufemia la miraba con dureza.

—Deberíais superar vuestras manías, hermana, por si alguna vez se os ordenara trabajar en la enfermería —le dijo, cortante.

Sor Edith parecía sobrecogida:

—Oh, pero yo...

—Eso difícilmente ocurrirá —intervino sor Basilia—, puesto que sor Edith es muy buena maestra.

Sor Edith le dedicó una mirada de agradecimiento.

—Y ahora, hermana —dijo, dirigiéndose a sor Edith—, contadnos vuestras experiencias con sor Alba.

Sor Edith cerró los ojos y apretó los labios, como para concentrarse mejor. Sus manos descansaban encima del regazo; sor Edith no adoptaba casi nunca la costumbre del resto de las monjas de esconder las manos dentro de la manga opuesta cuando no desempeñaban ninguna tarea manual. Tenía las manos muy bonitas, de piel pálida y suave, de formas elegantes, con largos dedos que acababan en unas uñas perfectas como conchas marinas. Sor Edith las levantó y, muy lenta y cuidadosamente, juntó las palmas y las sostuvo bajo el punto de su pequeño y delicado mentón.

Sor Eufemia soltó un leve ronquido.

Después de un buen rato, sor Edith —que aparentemente había decidido juzgar el resoplido de sor Eufemia como algo poco femenino y, por tanto, fingir que nunca había ocurrido— abrió los ojos, bajó las manos y dijo:

—Sor Alba vino a verme hace una semana, de modo que mis comentarios deben interpretarse tan sólo como una valoración preliminar. Sin embargo, debo confesar que no se ha adaptado nada bien a nuestra comunidad. —Sus oscuras cejas descendieron en una breve mueca, pero ella no permitió que la severidad embargara mucho más tiempo su dulce y limpio rostro—. Se muestra impaciente con las niñas, en especial con las más pequeñas. Del mismo modo, muestra un claro desacuerdo con los objetivos de nuestra pequeña escuela. Parece no entender el sufrimiento y las necesidades particulares de las huérfanas y las criaturas abandonadas a nuestro cuidado. Y la oí decir que... ¡Oh, no! No debo...

—Hermana, estamos aquí con el objeto de discutir las dificultades que sor Alba parece tener en adaptarse a nuestra comunidad —le recordó sor Eufemia—. No estamos cotilleando; necesitamos saber cualquier detalle que pueda ser relevante.

Con expresión de mártir, como si quisiera decir «está bien, pero yo no quería contarlo», sor Edith declaró:

—Oí a sor Alba hablar con una de las... ya sabéis. Una de «ésas» chicas.

—¿Una de las niñas de reformatorio? —intervino sor Basilia.

«Niñas de reformatorio» era la expresión que se utilizaba para los bebés de las mujeres de mala vida, abandonados por sus madres en el momento de nacer, cuando las mujeres, a pesar de las súplicas de las monjas, volvían a incorporarse al mundo. Y a su antigua manera de ganarse la vida.

—Sí —asintió sor Edith—. De hecho, sor Alba fue muy ofensiva. Admito que la niña la estaba agotando, pero tan sólo tiene cinco años. El hecho es que ella, sor Alba, sugirió que no valía mucho la pena enseñar nada a la hija de una furcia (disculpadme, pero ésa es la palabra que utilizó), cuando lo más probable era que la niña acabara haciendo lo mismo que su madre.

—¡No! —exclamó sor Basilia.

Sor Eufemia miraba a sor Edith con una nueva y más respetuosa expresión, como si su horror ante lo que sor Alba le había dicho a una criatura inocente se la mostrara con una luz nueva y mejor.

—En resumen —concluyó sor Edith cuando parecía que ya nadie iba a añadir ningún comentario—, debo decir que no creo que sor Alba tenga en absoluto vocación para la enseñanza.

Sor Basilia parecía preocupada.

—Sin aptitud para la enfermería —dijo—, sin aptitud para la enseñanza, y yo no haré más que apoyar lo que ambas habéis dicho cuando relate mis propias experiencias. A sor Alba, lamento decirlo, no le gusta el trabajo duro. O, al menos, el tipo de trabajo duro que hacemos en el refectorio y las cocinas. Se ofreció voluntaria para trabajar en las bodegas. Dijo que conocía bien el sistema de abastecimiento y que sería muy escrupulosa con la selección y la protección del vino; cuando yo le dije que ya teníamos a una bodeguera muy capaz en sor Goodeth y que, de todos modos, no era una función que se acostumbrara a asignar a una recién llegada, pareció muy molesta.

—¿Y qué fue lo que hicisteis? —preguntó sor Eufemia.

Sor Basilia sonrió levemente.

—La puse a lavar cacharros —declaró—. Pero creo que no hizo casi nada. Tengo la impresión de que sor Anne la encubrió.

—Muy bondadoso por parte de sor Anne —recalcó sor Eufemia.

—Sor Anne tiene un carácter débil —dijo delicadamente sor Basilia—. Tiene tendencia a ceder ante una personalidad más fuerte y a hacer lo que le dicen.

Helewise, aunque escuchaba todo el tiempo, tenía la mirada perdida en la distancia. No fue hasta que volvió a mirar al terceto que se dio cuenta de que todas la miraban a ella.

—Gracias, hermanas —dijo—. Todas habéis hecho lo que estaba en vuestras manos con sor Alba, y agradezco vuestros esfuerzos. Ahora reflexionaré sobre todo lo que me habéis contado y decidiré lo que hay que hacer.

Se hizo un silencio incómodo, durante el cual Helewise notó como las tres monjas se miraban entre sí.

—Abadesa, ¿podemos hablar con franqueza? —preguntó sor Eufemia.

Helewise reprimió una sonrisa.

—Por supuesto.

«Acostumbráis a hacerlo», podría haber añadido.

—Nosotras, vos... —La enfermera se aclaró la voz y volvió a empezar—: Abadesa, lo que nosotras tres pensamos es que no está bien que vos seáis molestada con este asunto, teniendo en cuenta todo el trabajo que ya tenéis. Sor Basilia, aquí presente, recordaba que, antes, en vida de la vieja sor María, ella era la patrona de las novicias, pero, como ahora ya no tenemos tanta afluencia de nuevas monjas, ese oficio ha quedado más o menos absorbido por el resto de nosotras. En especial, vos.

Y nos preguntábamos, ¿por qué no nombrar a alguien y volver a cubrir el puesto?

Por un momento, Helewise se preguntó malhumorada si Eufemia no habría estado hablando con la reina Leonor. Pero no, no valía la pena. Y, de todos modos, tenían razón.

—¿Habéis pensado en la persona indicada? —preguntó, intentando parecer que las animaba y no como si acabara de tragarse la irritación.

De nuevo, las tres monjas se miraron entre sí. Entonces, sor Basilia dijo:

—Pensamos en sor Amphelisia.

Sor Amphelisia. Lo bastante joven para conservar la empatía hacia las postulantes y las novicias, pero a la vez con los suficientes años de vida conventual detrás que la investían de dignidad y de autoridad. Actualmente trabajaba con la sabihonda y distante sor Bernardina en la conservación y la copia de la pequeña colección de manuscritos sagrados de la abadía. Y, como Helewise sabía bien, no estaba especialmente contenta con su trabajo.

¿Sor Amphelisia como patrona de novicias? ¿Por qué no?

Helewise meditó su respuesta antes de hablar.

—Hermanas —dijo finalmente—, está claro que habéis dedicado a este asunto una reflexión cuidadosa y diligente, y os lo agradezco.

Respiró profundamente, mientras se daba cuenta de que todavía le costaba un gran esfuerzo delegar la autoridad en los demás, y concluía que era demasiado orgullosa. Tendría que mantener una larga, dolorosa y humillante sesión con el padre Gilbert, quien sin duda le impondría una dura penitencia. Por el bien del alma, naturalmente, y por su crecimiento en la vida religiosa.

«Oh, Dios mío».

¿Dónde se encontraba?

—Hablaré con sor Amphelisia —dijo, mientras se levantaba para demostrar a las hermanas que daba por terminada la reunión.

Las hermanas Eufemia, Basilia y Edith le hicieron una reverencia, luego salieron de la estancia de Helewise. Ésta escuchó cómo se alejaban hacia el claustro, con la esperanza de que hicieran algún comentario en voz alta de lo que acababa de suceder. Pero no fue así.

Añadiendo el pecado de la curiosidad (bueno, cotillería) a la larga lista que habría de susurrar al oído despiadado del padre Gilbert, Helewise estiró la espalda fatigada y se puso a pensar en la mejor manera de plantear el asunto del nombramiento de la futura patrona de novicias.

## Capítulo tres

A la mañana siguiente, la abadesa salía de la capilla cuando un ligero alboroto en las puertas la alertó del hecho de que la abadía había recibido un visitante.

Sor Marta, que había dejado su horca y había salido corriendo desde los establos, sujetaba la cabeza de un caballo de aspecto dócil mientras la portera, sor Ursel, permanecía tras el carro del que tiraba el corcel. Ambas monjas lanzaban ruidosas exclamaciones e intercambiaban comentarios con un hombre de aspecto extrañamente familiar que se sentaba en la parte delantera del carro y sostenía las riendas.

Antes de que Helewise fuera capaz de deducir de quién se trataba, otra figura emergió de la parte trasera del carro y, con sor Ursel trotando tras él e intentando sujetarlo por la manga. —«¡Es la abadesa! ¡No debéis acercaros a ella, está muy ocupada!»—, se abrió paso hasta Helewise.

—Os saludo, abadesa —dijo, esbozando una reverencia—. Disculpád mi falta de ceremonial, pero *sir* Josse yace en el carro, gravemente enfermo, con fiebre alta, y nosotros, es decir, *sir* Brice y yo, hemos...

Pero Helewise ya corría hacia el carro.

El hombre que estaba al frente —sí, por supuesto, se trataba de *sir* Brice de Rotherbridge, el propietario vecino de Josse— saltó del carro mientras ella corría hacia él, y la sujetó cuando Helewise estuvo a punto de caer.

—Abadesa, necesitamos los conocimientos de vuestra enfermera —dijo él en voz baja, acercando el rostro al suyo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, jadeando, con el corazón en la garganta.

Luego, al darse cuenta de que su comportamiento distaba de la dignidad propia de una abadesa, recompuso su postura, se alejó un poco de *sir* Brice y dijo, con más calma:

—Sor Eufemia lo atenderá tan pronto como pueda. *Sir* Brice, queréis, vos y... — Miró con expresión curiosa al otro hombre.

—Will —dijo Brice.

—Por favor, ¿queréis llevar a *sir* Josse hasta la enfermería? —dijo, señalando la puerta—. Sor Marta, sor Ursel, ¿tal vez podríais ayudar?

Se apartó y observó cómo, con mucho cuidado, Will y Brice giraban el cuerpo alto y robusto para sacarlo del carro, sujetándolo por debajo de cada hombro, mientras sor Marta, una mujer de complexión fuerte, corría a sujetarlo por debajo de la cintura. Sor Ursel le cogió los pies y, avanzando con una delicadeza exagerada, los cuatro se dirigieron hacia la enfermería. Helewise los adelantó y, sin permitirse ni una mirada fugaz al rostro de Josse, fue a advertir a sor Eufemia de su llegada.

Los minutos siguientes iban a ponerlos a prueba a todos ellos. Sor Eufemia se mostraba tranquila en medio de la confusión, a pesar de tener que pensar en tres cosas a la vez; además de a Josse, supervisaba el parto de un bebé que venía en mala

posición, y al mismo tiempo se ocupaba de administrar un sedante contra el dolor a un hombre al que estaban a punto de amputarle la mano izquierda, gangrenada.

Dispuso un espacio para Josse al fondo de la enfermería, en una zona que, aunque le proporcionaría una mayor intimidad, obligaba a sus cuatro portadores a acarrearlo hasta el final del largo pabellón. A pesar de su máxima atención, entre los cuatro se las arreglaron para volcar un cubo de agua, tirar una mesita en la que había pociones herbales y golpear la cabeza de Josse contra el umbral de la puerta. El último accidente provocó que el paciente rompiera su silencio; el grito de dolor que emitió consiguió helar la sangre de Helewise.

Con un gesto apenas perceptible, sor Eufemia había avisado a dos de sus enfermeras. Y cuando, con una insistencia cortés pero firme, éstas se abrieron camino más allá de Helewise, Brice y Will, la abadesa y los dos hombres se encontraron apartados de la cama de Josse.

La enfermera la miró; sor Eufemia frunció brevemente los labios con una expresión de ansiedad. «Oh, Dios mío —pensó Helewise—. Creo que es tan grave como me temía».

Sor Eufemia se volvió entonces hacia su paciente. Mientras sor Beata y sor Judith se ponían manos a la obra —quitándole la camisa al enfermo y retirando el vendaje manchado de sangre del brazo—, Helewise pudo echar un breve vistazo al rostro de Josse.

«No puedo soportar verlo así», pensó.

Luego, dejando a un lado sus sentimientos personales y asumiendo de nuevo el manto de abadesa de Hawkenlye —le costaba recordar un momento en el que eso le hubiera resultado tan difícil—, le dijo a Brice:

—Por favor, acompañadme. Pediré que os traigan algo de comer a vos y a Will y, si lo deseáis, os ofrecemos la hospitalidad de la abadía mientras vemos si se va a..., quiero decir, hasta que sepamos en qué estado se encuentra *sir* Josse.

Brice y Will, advirtió Helewise, parecían tan aturdidos como ella se sentía. Pareció que esperaban que ella fuera la primera en hacer algún gesto separándose del paciente y saliendo de la enfermería; así, con una breve reverencia a Brice, los condujo hacia afuera, y volvieron a cruzar el pabellón para encontrarse de nuevo bajo el brillante sol del exterior.

La larga espera fue más llevadera para Helewise que para los dos hombres. Ella estaba en su medio, y tenía la ronda diaria de obligaciones con las que ocupar la mente, evitando así obsesionarse con aquella figura agonizante y de rostro pálido que habían dejado en la enfermería.

También contaba con el inmenso alivio de la plegaria. La hora sexta había llegado y acabado; ahora se acercaban las nonas, y todavía no había noticias de la enfermería, excepto un lacónico «sigue vivo».

Cuando se dirigía a la capilla de la abadía, Helewise advirtió a Brice y Will. Estaban sentados en un banco de piedra, junto a la puerta de entrada. Brice dibujaba

cenefas en el suelo con un palo, Will permanecía con los brazos cruzados y la vista perdida al frente.

Se dirigió hacia ellos. Los dos hombres se levantaron al verla acercarse y, tendiéndoles las manos de manera impetuosa, les dijo:

—¿No queréis venir a rezar con nosotras? Una vez pronunciado el oficio, le pediremos a Dios que proteja con su amor a Josse y que alivie su dolor.

—Yo os acompaño, gracias, abadesa —dijo Brice.

Will permaneció en silencio, mirando al suelo; a Helewise le pareció ver que sacudía brevemente la cabeza.

Pero luego, cuando un movimiento casi imperceptible la hizo volver la cabeza y mirar desde su puesto cerca del altar hacia la entrada de la iglesia, advirtió que Will había entrado sigilosamente y estaba arrodillado a solas, junto al portón de la capilla.

De alguna manera, tener al devoto sirviente de Josse unido a aquellos que rezaban tanto por Josse le pareció a Helewise extrañamente reconfortante.

Fue al anochecer cuando la hermana Eufemia fue a buscar finalmente a Helewise para darle noticias concretas.

La abadesa se encontraba en sus aposentos; al ver entrar a la enfermera y mientras la saludaba con una reverencia, se preguntó si debía avisar a Brice y a Will.

Como si sor Eufemia le hubiera leído la mente —algo que ocurría con frecuencia entre ellas—, le dijo, al tiempo que se colocaba bien:

—Os lo diré primero a vos, abadesa, si me permitís. Luego, ¿puedo pedirlos que se lo comuniquéis a los otros, *sir* Brice y como se llame?

—Por supuesto —dijo Helewise. Se dio cuenta de que Eufemia estaba agotada; le resultaría mucho más cómodo contárselo todo a una persona sola que a tres a la vez—. Por favor, hermana, entrad y sentaos aquí, en mi silla.

Sor Eufemia se quedó bastante sorprendida ante esa sugerencia.

—¡Por favor, eso no, abadesa! —dijo, echando los hombros hacia atrás—. Os lo agradezco.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Helewise en voz baja.

Sor Eufemia asintió con la cabeza.

—Vivirá. Y, Dios mediante, creo que le hemos salvado el brazo. Es un hombre fuerte, muy fuerte; de lo contrario, ahora estaría muerto. Ese sirviente suyo ha estado haciendo todo lo que ha podido, pero me temo que él y su mujer no tienen ningún conocimiento médico. Probablemente se limitaron a darle de beber y a enjuagar la herida de vez en cuando (y debo reconocer que el vendaje estaba relativamente fresco y bien colocado), pero imagino que ninguno de ellos sabía cómo actuar ante una subida violenta de la fiebre.

—Pero vos sí sabéis —dijo Helewise, afirmándolo con seguridad; no podía soportar que existiera ninguna duda al respecto.

—Sí —asintió Eufemia—. Sor Anne y sor Judith limpiaron y vendaron el brazo tan pronto como vos abandonasteis la enfermería; le pedí a sor Tiphaine que me

ayudara a preparar el medicamento más fuerte que pudiéramos darle. Gracias a Dios, estamos en primavera, y las plantas que necesitamos están ahora verdes y en todo su esplendor. —Hizo una pausa y frunció el ceño, como si repasara mentalmente lo que había hecho y se preguntara si olvidaba algo—. En fin, creo que hicimos todo lo debido. La fiebre está bajando.

—Alabado sea el Señor —musitó Helewise.

—Amén —contestó Eufemia, todavía con el ceño fruncido.

—¿Hermana? —preguntó Helewise—. ¿Qué ocurre?

Sor Eufemia sacudió la cabeza, como si quisiera ahuyentar los pensamientos que la molestaban.

—Nada; al menos, nada importante. —Sonrió fugazmente a Helewise—. No os inquietéis, abadesa querida. Como os dije, no va a morir, de eso estoy segura. No creo que el buen Dios esté impaciente por llamarlo a su lado hasta dentro de mucho tiempo.

—Sólo estaba... —empezó a decir Helewise. Pero no supo cómo continuar. De todos modos, ¿había algún motivo para ocultar, ante la observadora y receptiva Eufemia, el lugar tan especial que Josse ocupaba en su corazón?

Eufemia le dedicó de nuevo una sonrisa de afecto y comprensión.

—Yo tan sólo me pregunto cómo un hombre con una herida grave en el brazo se empeña en salir a cabalgar con su enorme corcel y a sortear obstáculos, eso es todo. —Soltó un suspiro—. ¿No le dijimos que había tenido suerte de salvar el brazo, la primera vez que resultó herido? ¿Hacía falta decirle que no hiciera grandes esfuerzos hasta que la herida estuviera totalmente cicatrizada?

Sacudió la cabeza, indignada ante las maneras de actuar de los hombres.

—Eso parece, sí —dijo Helewise—. Es un hombre de acción, hermana. Debía de resultarle muy difícil tener que permanecer sentado como un inválido.

La enfermera la miró con astucia.

—Especialmente cuando tenía otras cosas en la cabeza —dijo—. Cosas que estaba tramando. Un hombre de acción, como vos decís, siempre está dispuesto a salir a galopar y a pegar unos cuantos saltos para dejar de pensar en sus cosas, ¿no es así?

Helewise asintió. Ella también recordaba lo abatido que Josse parecía al principio de la primavera. Puede que Joanna de Courtenay hubiera aplicado su magia para salvarle el brazo, pero había otros legados de aquel breve momento de febrero que no cicatrizaron con tanta rapidez.

Pero lo más razonable, pensó, era no hablar más de cosas que era mejor olvidar.

—¿Estaba infectado todo el corte? —le preguntó a sor Eufemia—. ¿Será la cicatrización tan larga y dolorosa como me temo?

—Claro que no —respondió la enfermera—. Esa chica sabía lo que hacía, y los músculos y los tendones están bien remendados. No, como os he dicho, sólo hay una parte de la herida, la más profunda, que se ha resistido a la cura. Y cuando el muy

necio salió de caza, debió de torcerse el brazo y le saltó la costra. Eso provocó que le entrara suciedad, y algún tipo de infección le pasó a la sangre. Y el resultado lo visteis esta mañana: una fiebre que le quemaba las entrañas y todo un bol de pus infeccioso.

—Oh... —dijo Helewise débilmente.

Eufemia, a pesar de todas sus habilidades y conocimientos, tenía tendencia a olvidar que no todo el mundo con el que hablaba estaba habituado al lado «sucio» de la enfermería como lo estaban ella y sus hermanas.

—¡Abadesa, querida, os habéis puesto muy pálida! —exclamó la enfermera—. No os mováis, os traeré un reconstituyente.

—Gracias, hermana, pero no va a hacer falta.

Helewise respiró profundamente un par de veces y la sensación de mareo se le pasó. Volvió a encontrarse con la mirada preocupada de sor Eufemia.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto, si es lo que deseáis —le respondió la hermana Eufemia, sorprendida de que su superiora le pidiera permiso a ella—. Tan sólo debo advertiros que está profundamente dormido. La adormidera y la mandrágora no proporcionan un sueño ligero —añadió entre dientes.

Mientras pronunciaba una rápida y silenciosa plegaria que la ayudara a ser capaz de controlar sus emociones, Helewise acompañó a sor Eufemia hasta la enfermería.

Josse yacía como muerto, tan profundamente dormido que ni siquiera se movió.

Sor Eufemia se inclinó a tocarle la frente.

—Ya no tiene tanta fiebre como antes —dijo.

—¿Sigue mejorando? —susurró Helewise.

—Sí —respondió la enfermera, sonriendo—. No es necesario que susurre, abadesa. Ahora mismo, no se enteraría de nada aunque estuviera en medio de una batalla.

Un fuerte olor flotaba en el ambiente; bastante agradable, pero con elementos difícilmente distinguibles... Helewise olisqueó, tratando de identificarlos.

—Le hemos puesto cataplasmas en el brazo —dijo la enfermera, mientras levantaba un paño suave que envolvía los hombros de Josse—. ¿Veis, abadesa? Hoja de col para drenar la infección, lavanda y consuelda para limpiar, ajo picado para combatir los humores amarillos de las secreciones...

Lavanda y ajo, pensó Helewise. No era exactamente una combinación habitual de aromas.

—... hubiera preferido tener flores de lavanda y unas cuantas hojas más de consuelda —proseguía la enfermera—, pero sor Tiphaine todavía no dispone de muchas plantas frescas, con el mal tiempo que ha hecho y todo eso y, por supuesto, la lavanda todavía tardará en florecer.

Las dos mujeres permanecieron un rato mirando a Josse en silencio. Luego la enfermera dijo, con una ligera e inhabitual inseguridad:

—¿Pensáis que tiene mejor aspecto, abadesa?

Helewise se dio cuenta de su falta de tacto. ¡Esa mujer excelente, su cualificada y apreciada enfermera, llevaba todo el día trabajando con el máximo detenimiento, y Helewise todavía no le había dedicado ni una sola palabra de agradecimiento o de reconocimiento!

Se volvió hacia sor Eufemia:

—Por supuesto que sí, hermana. Y disculpad que no lo haya dicho antes. —Vaciló, dudando si debía continuar.

Teniendo presente sus posiciones relativas dentro de la comunidad, debía esforzarse siempre por mantener una distancia, incluso con las monjas más veteranas. Pero, por otro lado, no había nadie que pudiera escucharlas. Y Eufemia, como ella bien sabía, era una mujer capaz de apreciar y honrar una confidencia...

—*Sir Josse* es un apreciado amigo y un aliado de nuestra comunidad —prosiguió finalmente, cambiando de opinión—. Si algo le ocurriera, todos lo echaríamos mucho de menos.

Respiró profundamente. Justo cuando iba a pronunciar las palabras «yo en especial», sor Eufemia le tocó la manga.

—Lo sé, abadesa —dijo en voz baja.

Y, por primera vez en aquella larga jornada, Helewise sintió que las lágrimas le inundaban los ojos. «Es extraño —pensó, mientras se volvía para ocultar el rostro detrás de su cofia— cómo a menudo nos las arreglamos para aguantar el tipo mientras esperamos con tensión un desenlace temido, y nos derrumbamos luego, cuando todo ha terminado y lo peor no ha ocurrido.

»En especial, cuando una alma bondadosa nos dedica unas palabras amables».

Sor Eufemia actuó con mucho tacto y se inclinó a comprobar la cataplasma. Helewise aprovechó el momento para secarse las lágrimas.

—¿Dejaréis a vuestro enfermo, a todos los enfermos, para acompañarme a las vísperas? —le preguntó a sor Eufemia. La enfermera estaba entre el grupo de monjas que tenían permiso, cuando sus necesidades lo requerían, para ausentarse de la iglesia durante las horas canónicas.

—Lo haré —dijo sor Eufemia. Dedicó entonces una última mirada a Josse y se apartó de su cama—. Otras hermanas lo vigilarán durante mi ausencia; ahora necesito dar gracias.

—Como todos —asintió Helewise.

A veces resultaba fácil olvidar, reflexionó mientras las dos abandonaban la enfermería y cruzaban hasta la capilla, incorporándose a la fila de otros miembros de la comunidad que acudían a la plegaria nocturna. Pasar por alto el hecho de que la enfermera, las monjas enfermeras que la ayudaban, todas ellas no eran más que instrumentos. Y que, por muy expertas que fueran las manos, la sanación —no sólo de Josse, sino de todas las pobres almas que descansaban en la enfermería y que habían sobrevivido al final de un día más— no tenía otro origen que el propio Dios.

Con el corazón aligerado por el alivio que suponía el primer paso de Josse en el largo camino hacia su recuperación, Helewise agachó humildemente la cabeza ante la bondad de Dios y cruzó la puerta de la iglesia.

## Capítulo cuatro

A lo largo de la semana siguiente, sor Eufemia batalló contra la infección en el brazo herido de Josse. Aunque la fiebre no volvió a subir hasta el ardor que había puesto en peligro su vida, la inflamación de la herida se empeñaba en persistir.

Brice y Will regresaron a sus respectivas casas, al parecer, no del todo convencidos por la afirmación de la enfermera de que *sir* Josse iba a sobrevivir. Will, con una expresión atenta, se despidió de la abadesa con las palabras siguientes:

—Rezad por él, abadesa. El buen Dios os escuchará.

Y ella así lo hizo. Todas las hermanas rezaron, y las monjas enfermeras probaron una poción tras otra, pero la batalla todavía no estaba del todo ganada. Sor Eufemia, consciente de lo que la pérdida del brazo derecho significaba para un caballero, sin embargo, se preparaba para lo que parecía inevitable.

Luego, tras una misteriosa ausencia que la obligó a hacer penitencia por sus tres devociones perdidas, sor Tiphaine apareció un anochecer en la enfermería con un pequeño cazo de barro entre las manos.

—Probad esto —dijo, entregándoselo a la enfermera.

—¿Qué es?

Sor Eufemia había retirado la cubierta de tela y olisqueaba el contenido del cazo:

—Hum, huele muy bien.

—Es algo que todavía no hemos probado.

Sor Tiphaine parecía reacia a mirar a su hermana a los ojos.

—De acuerdo, pero ¿qué es?

—Un remedio secreto —respondió sor Tiphaine, con una mueca cómplice—. Dicen que parte de la magia se desvanece si se revela el secreto.

—Hermana, de verdad, estamos... —empezó la enfermera. Pero luego se interrumpió, agradeciendo su aportación a la hermana Tiphaine con una inclinación de la cabeza y prometiéndole que probaría la nueva poción con su paciente sin demora.

Era la manera de actuar de sor Tiphaine, pensó al cabo de un rato, observando a un Josse durmiente como si la poción fuera a anunciar su eficacia de inmediato. «Conoce bien sus hierbas, de eso no hay duda; pero, a veces, ese aire de misterio que la rodea hace casi sospechar que mantiene un pie en el pasado pagano. Magia, ha dicho. La poción secreta posee magia, una magia que disminuiría si sus ingredientes fueran revelados.

»¡Basta ya de actuar como una campesina supersticiosa y recuerda quién eres!». A sor Eufemia le dio un vuelco la conciencia. Inclinando la cabeza, se enojó consigo misma y le ofreció a Dios una breve pero sincera disculpa por haber dudado, ni que fuera por un instante, si las palabras de su extraña hermana herborista podían tener algún sentido...

Y pronto, ya fuera gracias a las plegarias de las hermanas, a la poción de la

hermana herborista, a los cuidados devotos de la enfermera o a la propia fortaleza de Josse, o tal vez a una combinación de las cuatro circunstancias, la infección empezó a remitir.

Una tarde, al despertar de una agradable siesta, Josse abrió los ojos para encontrarse frente a sí con un rostro desconocido que lo vigilaba. Un par de ojillos brillantes lo miraban fijamente y sin pestañear; enmarcados por unas pestañas largas y oscuras, tenían el mismo tono azul nebuloso, ligeramente violeta, de las primeras campanillas...

La muchacha cuyo bello rostro adornaban vestía con una sencilla túnica de un color ocre indeterminado; llevaba la cabeza descubierta, y su espesa cabellera oscura caía en rizos desordenados que, al parecer, se habían resistido al esfuerzo de la chica por dominarlos en una cola.

Su juventud —no debía de tener más de trece o catorce años— y su manera de vestir indicaban que no era una de las hermanas; en Hawkenlye, hasta las postulantes vestían de negro y llevaban la cabeza cubierta. Y Josse pensó, divertido, que ninguna de las postulantes con las que se había encontrado antes tenía ese nivel de picardía y de alegría en el rostro.

—¿Quién eres? —le preguntó.

La muchacha se quedó un momento boquiabierta y luego exclamó:

—¡Oh, habéis hablado!

—Sí —asintió él—. ¿Es que te han dicho que me había quedado tonto?

—¡No, claro que no! Dijeron que estabais gravemente herido y que apenas empezabais a recuperaros, y que debía quedarme aquí a vuestro lado y vigilaros y, cuando despertarais, debía correr a avisar a sor Eufemia o a alguna de sus hermanas, así que, será mejor que lo haga.

Se levantó de su postura medio arrodillada junto a la cama pero, justo a tiempo, él alargó el brazo izquierdo y la atrapó por un pliegue de la falda.

—¡No te vayas tan rápido! —le dijo—. Quédate y háblame.

—¡No, no debo! —le respondió con expresión horrorizada—. Sor Eufemia fue muy rotunda: «En el preciso instante en que se despierte», me dijo. ¡Oh, por favor, si desobedezco, va a hacer que me encierren y me tengan a pan y agua durante una semana!

El hombre advirtió un brillo especial en sus ojos cuando hablaba; tenía la vaga impresión de que era una chica que obedecía cuando quería, pero que, de lo contrario, estaba perfectamente dispuesta a hacer exactamente lo que le venía en gana y acarrear con las consecuencias.

—Está bien —dijo él—. Ve a avisarlas, entonces. Pero asegúrate de volver.

De hecho, no era mala idea ver a la enfermera; su gesto repentino para atrapar a la chica por el vestido, aunque lo había hecho con el brazo sano, le había provocado cierto mareo y un punzante dolor desde la herida hasta el hombro.

—¡Lo haré! —gritó la chica mientras se alejaba.

Oyó su voz clara que gritaba mientras corría: «¡Sor Eufemia, sor Eufemia! ¡Se ha despertado, y habla!», antes de que la enfermera la interrumpiera con su estricto tono de voz:

—¡Chiiiis, silencio, niña!

La muchacha cumplió su palabra. Al cabo de un rato, cuando Josse había pasado un momento doloroso con la hermana Eufemia, volvió a verlo. La herida de Josse, a pesar de la delicadeza con que la enfermera la manipuló, todavía provocaba latidos de dolor ardiente mientras volvían a vendarla; ahora ya no tenía tantas ganas de conversar alegremente como hacía un rato.

Y la muchacha, gracias a Dios, pareció darse cuenta. Se acuclilló a su lado y le sonrió, compasiva.

—¿Os ha dolido mucho? —le preguntó en voz baja.

Luego, como si supiera que él no tenía realmente ganas de hablar, prosiguió:

—Una vez me caí de un árbol y me abrí la barbilla contra una roca. Se podía ver hasta el hueso, era horrible, blanco como un muerto y un poco brillante. Y cuando me cambiaban el vendaje, yo lloraba muy fuerte, y mi madre me dio... —De pronto se detuvo y una expresión de dolor oscureció su alegre rostro. Se acercó más a Josse y le susurró—: Mi madre murió. Cogió una enfermedad y murió.

Josse estiró la mano izquierda —torpemente, puesto que ella estaba a su derecha — y, después de un instante de vacilación, ella se la tomó.

—Es terrible perder a la madre —le dijo delicadamente—. Lo siento muchísimo.

Ella se secó las lágrimas con la mano que le quedaba libre:

—Mi padre también está muerto —añadió—. No era tan cariñoso como mi madre, pero estoy segura de que nos quería a su manera. Al menos, eso es lo que dice Alba.

De pronto, la chica pareció triste, como si la mención de Alba, fuera quien fuese, la hubiera deprimido.

—¿Alba? —la instigó Josse.

—Mi hermana. Mi hermana mayor. También está Meriel. Tiene dieciséis años. Meriel, quiero decir; tiene dos años más que yo. Alba es mucho mayor que nosotras. Es monja.

—Ya veo —dijo Josse, aunque no estaba muy seguro de qué era lo que veía—. Todavía no me has dicho tu nombre.

—Berthe —declaró la muchacha.

El dolor en el brazo, aunque disminuía, seguía haciendo mella. Josse, pensando que un poco de conversación lo distraería si conseguía reunir las fuerzas, intentó pensar en maneras de animar a su encantadora compañera a que siguiera hablando mientras él la escuchaba.

—Berthe —repitió—. Y diría que no estás dispuesta a tomar los hábitos, y...

—Sí lo estoy —lo interrumpió ella, para su sorpresa—. No hasta que sea mayor, dice Alba, pero debemos hacerlo, Meriel y yo. Alba dice que debemos; no tenemos

casa, ningún lugar donde vivir, ahora que nuestro padre ha muerto. —Se acercó más a él y le confió—: Él no era el propietario de la granja, ¿sabéis? Meriel y yo no tuvimos ningún problema mientras él vivía, nosotras lo cuidábamos y no nos importaba, de verdad, cuando él... bueno, siempre teníamos bastante para comer y, como padre decía, teníamos un techo en el que cobijarnos y estábamos calentitas y resguardadas la mayor parte del tiempo, que es más de lo que mucha gente puede decir. No podíamos quejarnos, decía padre, y cuando me oía... Bueno, no debíamos protestar. Él tenía razón, yo lo desobedecí, y era su deber como padre... Y luego, cuando Meriel conoció a... Bueno, hubo... En fin, que tenemos que hacernos monjas, y eso es todo.

Josse pensó que la muchacha le había dicho más con sus vacilaciones y omisiones que con lo que le había contado realmente. Tenía la fuerte impresión de que había aspectos de su joven vida que le habían obligado, bajo la amenaza de alguna represalia terrible, a mantener en secreto. ¿Qué otro motivo podía tener para cortar tantos comentarios?

¿Y por qué, las varias veces que se había referido a su padre fallecido, había dejado de hablar de la madre?

Josse intentó atar cabos y hacerse una imagen de aquel hombre: «Un granjero arrendador, con pretensiones de ser el dueño de su puñado de acres, que sale adelante pero sólo lo justo, con la cabeza bien alta, y ay de aquel que lo compadezca. Duro a la hora de aplicar castigos cuando su familia protesta, dominante y con su dulce mujer relegada al silencio. Sin ningún ahorro, de modo que, cuando sus hijas se quedan de pronto huérfanas, ambas se ven en la indigencia y sin dinero.

»De modo que vienen a Hawkenlye, donde, sin tener en cuenta si tienen vocación o no, todas se convertirán en monjas.

»¿Esa cosita, con sus ojillos maliciosos y su palique, convertida en monja?

»Ah, pero...».

Josse había olvidado ya dónde estaba. Y, lo más importante, quién era la sabia alma que gobernaba las idas y las venidas de aquella abadía. La abadesa Helewise, pensó, con un respiro de alivio, no admitiría nunca a una postulante empujada a serlo por otra persona. Ella, con sus ojos sabios y receptivos, no obligaría a aquella criatura a tomar los hábitos a menos que Berthe estuviera muy segura de que Dios la había llamado y que ella quería responder a su llamada.

—¿Qué opinan Alba y Meriel sobre el hecho de ser monjas? —preguntó.

—Meriel no muestra casi nunca lo que siente; al menos, ahora, pero a Alba le gusta mucho —dijo Berthe. Ah, sí, Josse recordó entonces que Alba ya había sido ordenada—. Bueno, todo lo que a Alba pueden gustarle las cosas. —Una débil sonrisa cruzó el rostro de Berthe—. Alba dice que no hemos venido a este mundo a disfrutar, que debemos trabajar y rezar, y luchar todo el tiempo para superar el pecado original.

—¿Y tú, lo crees? —Josse no lo veía muy probable.

—Creo que no entiendo realmente lo que es eso del pecado original —dijo Berthe, bajando la voz hasta el susurro—, pero estoy bastante convencida de que Alba tiene razón, y debemos estar en guardia contra él. —Sus ojos azules miraron fijamente a Josse—. ¿Vos sabéis qué es?

—Eehh... —Josse no estaba muy convencido de comprender más que Berthe—. Eh, Adán y Eva pecaron —dijo, esforzándose por pensar—, y cada uno de nosotros llega al mundo manchado por ese pecado. Bueno, por el mismo pecado, o algo así.

Sonrió a la chica débilmente, con la esperanza de que su parca explicación hubiera sido suficiente. Pero, claramente, no era así.

—Pero ¿cuál fue el pecado? —insistió Berthe—. Si Adán y Eva lo hicieron, ¿entonces fue hace muchísimos años, y seguramente ya no sigue acechándonos, tratando de tentarnos a transgredir ahora!

«Tentarnos a transgredir», pensó Josse. Imaginó que esa frasecita no salía de la cabeza de Berthe, y se preguntó quién habría estado sermoneándola.

—Eh... tampoco podemos evitar nuestra manera de llegar al mundo —improvisó—; es la naturaleza, y es el mismo modo para todos nosotros: el rey, el caballero, el pobre, el Papa y el santo. Bueno, excepto la Virgen María, porque ella fue la Inmaculada Concepción. —Temía estar hundiéndose cada vez más profunda e irrevocablemente en la discusión filosófica—. ¿Comprendes? —concluyó, esperanzado.

Berthe negó con la cabeza.

—No. No lo entiendo —dijo frunciendo el ceño—. ¿A qué os referís con «nuestra manera de llegar al mundo»? ¿Y qué es la Inmaculada Concepción? Pensé que concepción era cuando se pone a las yeguas y las vacas con el caballo o el toro, cuando van a tener crías.

Con gran alivio, Josse se percató entonces de que en su ala de la enfermería acababa de entrar otro visitante. Uno que, con paso delicado, había llegado sin hacerse notar y que, por la sonrisa en su cara, parecía haber estado escuchando, al menos, una parte de la conversación.

Sonrió a Berthe.

—En realidad, no soy la persona más indicada para contestarte —dijo—. Pero, por suerte, esta buena dama sí lo es. Berthe, ¿conoces a la abadesa Helewise?

Helewise había aplazado su visita a Josse hasta después de nonas. No era que no estuviera deseosa de verlo; lejos de ello, había estado impaciente por asegurarse de que realmente se encontraba en vías de recuperación desde la primera vez que sor Eufemia le había comunicado la repentina mejoría de su estado.

Fue, de hecho, su impaciencia lo que la empujó a retrasar la visita. Era perfectamente consciente, sin necesidad de que su confesor hubiera llegado a sacárselo, de que había dedicado mucho más tiempo del debido a preocuparse por Josse. Aunque, sin llegar a desatender sus obligaciones, de eso se había asegurado bien.

Pero había descubierto que era perfectamente posible cumplir con las obligaciones de manera convincente mientras la mente y el corazón permanecían en otro lugar. Incluso se había descubierto capaz —y de ello se sentía amargamente avergonzada— de recitar el oficio con los labios mientras sus pensamientos permanecían con aquella larga e inmóvil figura que descansaba en la enfermería.

Ya había pedido el perdón de Dios por ese pecado seguramente tan dañino contra Su amor, incluso antes de que el padre Gilbert le impusiera la penitencia. Forzarse a esperar casi todo el día antes de ver a Josse con sus propios ojos había sido idea suya; le había costado mucho más que nada de lo que el padre Gilbert le había ordenado.

Incluso una vez en la enfermería, no se permitió correr rápidamente al lado de Josse. En vez de eso, antes comprobó que todos los pacientes estuvieran recibiendo el cuidado adecuado, parándose aquí junto a la cama de un amputado, allí junto a un hombre convaleciente de sífilis, y dando una pequeña vuelta por la zona donde dos mujeres que acababan de dar a luz le enseñaron orgullosas a sus recién nacidos. También buscó y habló con la enfermera y sus dos ayudantes, dedicando, como siempre, un par de frases a cada una.

Era duro el trabajo en la enfermería. Allí, las monjas trabajaban muchas horas, y no estaban dispuestas a dejar marcharse a nadie de este mundo a menos que estuvieran muy convencidas de que la llamada de Dios no podía ser rechazada. Helewise, consciente de que algunas de las labores que hacían con horrible regularidad sor Eufemia y sus hermanas le revolverían el estómago, quería siempre asegurarse de que el personal de la enfermería conocía bien lo mucho que la abadesa apreciaba su labor.

Al final, permitió que sus pasos siguieran el archiconocido camino hasta la cama de Josse.

«... ¿Qué es la Inmaculada Concepción?», preguntaba una joven voz. «Berthe», pensó Helewise, esbozando una sonrisa. Oh, santo Dios, Josse parecía haberse metido en un buen lío. ¿Y era el momento de discutir las lindezas de la filosofía teológica, convaleciente como se encontraba? Reprimiendo las ganas de reír, Helewise avanzó hacia ellos.

El alivio que reflejó el rostro de Josse al verla —que, al instante, le pasó el problema a ella— le sugirió lo que sospechaba: que no se encontraba en condiciones de resolverlo.

Berthe se había puesto de pie y le dedicaba a Helewise una reverencia relativamente graciosa —«Gracias, Berthe», murmuró Helewise—, y Josse se recostó, con evidente alivio, sobre sus almohadas.

—La joven Berthe me ha estado animando con una agradable conversación —dijo Josse.

—Sí, ya lo he oído —contestó Helewise; su fina ironía había sido dirigida solamente a Josse, y sólo él le respondió con una breve sonrisa de complicidad.

—Abadesa, ¿tengo permiso para preguntaros sobre el pecado original y esas

cosas? —le pidió Berthe—. Josse dice que...

—*Sir Josse* —la corrigió Helewise.

—Perdón, *sir Josse* dice que vos podéis explicarlo mejor que él...

Helewise suspiró.

—El pecado original hace referencia a la desobediencia de Adán y Eva en el Jardín del Edén, una desobediencia que, puesto que todos descendemos de los primeros padres, heredamos —dijo. Le dirigió a Josse una mirada de fingido reproche—. La Virgen María puede ser, de hecho, la única alma sagrada en haber nacido sin haber heredado ese pecado, o eso dirían nuestros maestros eclesiásticos, y por esa razón nos referimos a la Virgen bendita como la Inmaculada Concepción.

—Pero... —insistió la irreprimible Berthe.

—Berthe, querida, no es ni el momento ni el lugar para la instrucción teológica —le recordó Helewise con delicadeza.

—Lo siento, abadesa, es sólo que Alba dice...

—Sé perfectamente lo que dice Alba. —Estas últimas palabras surgieron con más contundencia de la que Helewise hubiera querido; no era justo enfadarse con Berthe por culpa de los deslices de Alba—. Y ahora te ruego que nos dejes solos, Berthe —prosiguió, en un tono mucho más amable—. Es obvio que tu visita le ha hecho mucho bien a *sir Josse* —Josse asintió con entusiasmo—, pero ahora deseo hablar con él.

Berthe se ruborizó de placer ante el cumplido.

—¿Os he hecho bien, de veras? —preguntó, paseando la mirada de Josse a Helewise y viceversa.

El «sí» de Helewise y el de Josse sonaron a la vez como un coro.

La sonrisa de Berthe se ensanchó hasta iluminarle el rostro entero.

—¡Me alegro tanto! —exclamó. Y luego, de manera impetuosa, añadió—: Ojalá Alba me permitiera ser enfermera en vez de monja, me gustaría mucho más. ¡Adiós!

Helewise observó cómo Josse seguía con los ojos a la muchacha que se alejaba. Luego se volvió hacia ella.

Sabía lo que iba a decir. Cuando abría la boca para hablar, ella le dijo:

—No, *sir Josse*. Antes de que cometáis la injusticia de tan siquiera preguntarme, dejadme aseguraros que no aceptaré a Berthe como postulante, no hasta que ella misma quiera que sea así.

Josse le dedicó una sonrisa triste.

—Disculpad, abadesa.

—No es necesario —dijo ella, lacónica. Ciertamente, no había de mostrarse impaciente con él; el reciente estado de salud del pobre hombre probablemente lo había vuelto sordo y ciego ante las sutilezas de lo que ocurría en la comunidad.

Justo en un momento en que sus sabios consejos le habrían resultado muy útiles.

Lo observó. Estaba todavía muy pálido, pero eso era de esperar; llevaba tanto tiempo encerrado, además de haber estado gravemente enfermo. Miró el brazo

herido. El vendaje parecía más pequeño que la última vez que lo visitó. ¿Era una buena señal?

Él había seguido el movimiento de su mirada, y ahora también se miraba el brazo.

—Está cicatrizando, abadesa —dijo. Y consiguió dibujar una sonrisa burlona—. Ahora sólo me duele si intento pegar un puñetazo.

—Estoy convencida de que aquí dentro no tendréis que hacerlo —dijo ella, remilgada. Y luego, incapaz de reprimirse por más tiempo, preguntó—: *Sir Josse*, ¿estaba Berthe confiando en vos, hace un momento?

—¿Antes de que nos pusiéramos a hablar del pecado original, queréis decir? —Su viejo humor había vuelto a su mirada.

—Sí.

—Sí, lo hacía —suspiró él—. No es un cuento muy bonito, ¿eh?

—¡Ése es el problema! No sé cuál es el cuento, en realidad. —Vaciló un momento. ¿Era correcto insinuar que una monja la había estado confundiendo deliberadamente? Tal vez no fuera una de sus monjas, pero, aun así, era una de las que había entrado en Hawkenlye...

Decidiéndose finalmente —al fin y al cabo, estaba con Josse, ¡su amigo! ¿Cuántas veces había confiado en él y se había alegrado de hacerlo?—, dijo:

—Todo lo que sé de sor Alba, Meriel y Berthe es lo que Alba me ha contado. —Mantuvo la mirada firme en la de Josse—. Y, aunque me duela decirlo, estoy cada vez más convencida de que sor Alba miente.

## Capítulo cinco

Ojalá el hecho de confiarme a Josse pudiera hacer desaparecer mis ansiedades — pensó Helewise más tarde, sentada a solas en su habitación—. Pero eso no sólo sería un milagro, también sería injusto, puesto que estas preocupaciones son, al fin y al cabo, asunto mío».

Suspiró. Era extraño cómo, una vez había empezado a desconfiar de sor Alba, esa inquietud pareció crecer, de modo que se sorprendió a sí misma expresando recelos que, hasta entonces, apenas era consciente de que la preocupaban. Sor Alba era una mujer difícil, con quien costaba trabajar, extremadamente piadosa —y la suya era una piedad especialmente desalmada, desafecta, sin perdón— y, por si eso no bastara, también se imponía y mandaba a cualquiera de las monjas que lo permitían.

Lo que realmente preocupaba a Helewise era que, a pesar de que Alba le había dicho en más de una ocasión que llevaba más de cinco años como monja ordenada, ella no acababa de creérselo. Todas las monjas eran distintas, por supuesto, al igual que todas las mujeres son distintas, pero había ciertas cosas —la manera de hablar, pequeños hábitos cotidianos, como sujetar la puerta abierta para dejar paso a otra hermana, o comprobar en el refectorio que todos estaban servidos— que Alba, sencillamente, no hacía nunca. Además, aunque fuera un detalle menor, estaba aquella faja de cuerda que la mujer llevaba. Era vieja y harapienta, estaba gastada por los extremos, y era mucho más gruesa, larga y pesada que las que llevaban el resto de las monjas. ¿La llevaba Alba por los mismos motivos que uno puede llevar un cilicio? Su peso y su longitud la harían casi incómoda. Pero ese tipo de penitencia íntima y personal no solía hacerse para que los demás la vieran; ¿tal vez se trataba de otra faceta más bien desagradable de Alba, el hecho de que exigiera a los demás que fueran testigos de su malestar perpetuo y la alabaran por ello?

Y —aunque Helewise mantuvo sus reservas estrictamente en silencio—, por mucho que se esforzara, era incapaz de detectar ningún síntoma de vocación, real y convincente, en sor Alba. La abadesa se recriminaba constantemente estos pensamientos: sólo Dios sabía a quién había llamado y a quién no, y Helewise no tenía ningún derecho a pedirle pruebas. ¡Pero Alba no demostraba amor! ¡Ni caridad! Y en la capilla, cuando las monjas se perdían en sus felices y místicas meditaciones y plegarias, que las llevaban tan cerca del Señor, Alba solía pasar el rato mirando a una monja y a otra, gesticulando de vez en cuando con la cabeza, como si mentalmente fuera acordándose de quién había cometido algún error.

Y el resultado de su observación, tarde o temprano, acababa desvelándoselo a la abadesa.

Luego estaban sus hermanitas. Berthe, «¡Oh, Berthe!». Helewise se alejó de sus deprimentes pensamientos y dejó que una imagen de Berthe —feliz, riéndose— la animara fugazmente. Sí, Berthe era un encanto. Haría falta un maremoto para convertirla en carne de convento, pero, al fin y al cabo, ¿qué necesidad había de ello?

Muchísima gente vivía vidas felices, satisfactorias y útiles sin necesidad de tomar los hábitos.

Y en cuanto a Meriel, era evidente que no era feliz. De hecho, tenía todos los síntomas de estar perdida en un dolor tan profundo que prácticamente parecía estar asfixiándola. ¿Estaba triste por su madre? Eso era más que probable, pero, de ser así, ¿por qué Berthe no se veía afectada por un dolor similar? Algo que había dicho Josse permaneció en la mente de Helewise, porque reflejaba una observación hecha por otras dos monjas: había destacado que Berthe parecía no tener clara la fecha en que su madre había muerto.

Al principio, Alba le había dicho a Helewise que las hermanas acababan de perder a sus dos padres. Pero ahora Helewise estaba casi segura de que se trataba de una mentira; parecía, en cambio, que la madre hubiera caído víctima de alguna enfermedad misteriosa años atrás, y que sólo el padre se hubiera marchado a reunirse con ella en la muerte de manera reciente.

Tampoco era tan importante, pensó Helewise; las chicas eran huérfanas, fuera cuando fuese que sus padres hubieran muerto; pero ¿por qué las mentiras?

Y si Meriel no lloraba a su madre, ¿a quién lloraba? Al padre seguro que no, puesto que a ninguna de las tres se les había oído jamás un comentario afectuoso hacia él. Lo habían temido, lo habían obedecido, pero Helewise estaba casi convencida de que no lo habían querido.

Dios mío. Se levantó de su butaca, parecida a un trono, y se puso a andar arriba y abajo de la habitación. Pronto, el movimiento empezó a apaciguarla. Mientras el torbellino de sus pensamientos se calmaba y volvía a sentirse tranquila, reconoció que, como de costumbre, hablar con Josse le había resultado de gran ayuda.

No es que él hubiera dicho demasiado —el pobre hombre estaba todavía tan débil que hasta las conversaciones parecían fatigarlo—, pero cuando Helewise se disponía a marcharse, le hizo el comentario más tranquilizador que ella había oído nunca sobre el delicado asunto de Alba y sus hermanas: «Son todavía muy nuevas en la comunidad —dijo—. Y, aunque vos y la mayoría de las monjas probablemente no lo advertís, Hawkenlye puede resultar un tanto intimidante para un recién llegado. —Le sonrió brevemente, como si recordara la primera vez que fue presentado a Helewise y sus monjas, y prosiguió—: Además, no debemos olvidar que las niñas acaban de perder a su padre y a su hogar, y que ambas pérdidas por sí solas serían suficientes para provocar un comportamiento extraño en cualquier persona. Dadles tiempo, abadesa. Observad cómo las afecta el paso de otro mes en la comunidad».

Entonces lo dejó. Tuvo que hacerlo, de hecho, puesto que la enfermera empezaba a rondarlos y a mascullar comentarios sobre los visitantes que permanecían demasiado tiempo y fatigaban a sus pacientes, de modo que éstos luego ya no querían ni cenar y se encontraban demasiado inquietos como para descansar toda la noche.

Con la imagen de Josse firmemente dibujada en su mente, Helewise rezó por que pudiera disfrutar tanto de la cena como de una buena noche de sueño.

A finales de abril, un tiempo súbitamente cálido y seco atrajo una oleada de visitantes al santuario del Agua Sagrada, abajo en el valle. Los monjes que se ocupaban del santuario y atendían a los peregrinos trabajaban todo el día y hasta bien avanzada la noche y, como solía ocurrir, pronto fray Fermín solicitó refuerzos a la abadesa.

La abadesa, que era consciente de que sus monjas estaban tan ocupadas como los monjes y los hermanos legos del valle —y que, además, para ellas eso era una constante y no algo puntual debido a la oleada de peregrinos—, hizo sin embargo un esfuerzo para apoyarlos. Suplicó ayuda a una de las monjas del refectorio y a otra del reformatorio y, puesto que Berthe no tenía ninguna obligación especial, le pidió si quería pasar unos días ayudando a atender a los visitantes del santuario. Berthe se entusiasmó con la propuesta.

Al poco tiempo de mandar a Berthe con las dos monjas, alguien llamó ruidosamente a la puerta de la habitación de Helewise. Antes de que ésta terminara de decir «Adelante», la puerta se abrió de un manotazo y sor Alba apareció en el umbral.

—¡Habéis mandado a Berthe a trabajar al valle! —dijo. El tono de su voz era elevado y estaba ruborizada.

Helewise se esforzó en contar hasta cinco antes de responder.

—Sor Alba —dijo con calma—, sois nueva en Hawkenlye, y debemos ser permisivas. Sin embargo, no creo que una entrada así en las estancias de una superiora estuviera permitida en vuestra comunidad anterior.

—No tengo tiempo... —empezó Alba.

—Volveréis a salir —dijo Helewise, ignorándola—, y volveréis a entrar. Esta vez, con corrección.

Con la cara ahora al rojo vivo por la rabia contenida, Alba hizo lo que se le pedía. Su segunda entrada fue ligeramente más cortés; después de hacerla esperar en silencio unos instantes, Helewise dijo:

—Ahora, podéis hablar.

—Berthe está trabajando en el valle —dijo Alba, haciendo un esfuerzo evidente por controlar la voz—, y no debe hacerlo. Quiero decir que es mejor que no lo haga. Está... eh... no es bueno para ella.

Helewise apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Berthe ha sido enviada a ayudar a los monjes a cuidar de los visitantes —dijo—. El trabajo no es ni duro ni minucioso, y Berthe estaba contentísima de ir.

—Pero... —Alba parecía estar debatiéndose con alguna emoción violenta; sus manos, advirtió Helewise, retorcían y tiraban de la cuerda que ceñía su cintura. Luego añadió—: Por favor, abadesa, ¿no puede mandar a cualquier otra persona en su lugar? ¿A una de las monjas?

—Ya he mandado a dos monjas —dijo Helewise con frialdad—. Y, sor Alba, vos no podéis ordenar qué trabajo se le pide a cada monja.

La cara de sor Alba se tranquilizó. Pero luego, cambiando de tercio

repentinamente, preguntó:

—¿Qué tipo de gente acude al valle?

—Gente que busca la sanación por la Virgen, a través del agua bendita —explicó Helewise.

—¿Lugareños? ¿Viajeros? ¿Peregrinos?

—De todo —dijo Helewise, esforzándose por no alterar el tono de voz.

—¿Gente del pueblo o de la nobleza?

—Indistintamente.

—¿Vienen desde muy lejos?

—Desde luego. Tenemos fama por nuestros milagros en Hawkenlye, sor Alba, como vos sabíais perfectamente cuando trajisteis a vuestras hermanas aquí.

Alba ignoró ese comentario.

—Abadesa Helewise, os lo suplico. No insistiría si no fuera tan importante, pero...

—Sor Alba, excusaos.

Helewise se levantó y rodeó la mesa para colocarse frente a Alba. Donde cualquier otra monja hubiera captado las señales y, al menos, hubiera agachado la cabeza, por no decir que habría hecho una reverencia penitencial, Alba se quedó mirando a la abadesa a los ojos.

—Podéis marcharos —dijo Helewise—. Volved a vuestras labores e intentad alejar de vuestra cabeza el paradero de vuestra hermana.

—Pero...

—Idos —pidió Helewise con firmeza.

Y, con este último gesto feroz, Alba giró sobre sus talones y salió pitando, dando un portazo tras ella.

Helewise estaba acostumbrada a que sus monjas no sólo la obedecieran sin cuestionarla sino que, siempre que podían, se anticiparan a sus órdenes.

No le cabía en la cabeza que Alba la desafiara, de modo que, cuando sor Marta fue a decirle que sor Alba se había marchado al valle y había ordenado a Berthe regresar de inmediato a la abadía, al principio Helewise pensó que tal vez había habido un error.

Pero no era así.

Según sor Marta, Berthe protestó con fuerza contra la dureza de su hermana, y sus gritos habían alertado no sólo a la propia hermana Marta, sino también a sor Ursel, en la portería, y a sor Tiphaine, que cuidaba de su jardín de hierbas aromáticas.

—Y, abadesa —añadió sor Marta, con unos ojos como platos ante lo extraordinario de los acontecimientos—, cuando la pequeña intentó liberar el brazo del puño de su hermana y regresar al valle, esa sor Alba la agarró tan fuerte por la manga que se la desgarró, ¡y luego le dio una bofetada en la mejilla! «¡Pobre Berthe, va a tener un buen moratón por la mañana!».

—Gracias, sor Marta.

Helewise se dirigió a la puerta, con sor Marta siguiéndole los pasos.

—Me parece a mí que sor Alba necesita una buena conversación en privado — jadeó sor Marta, mientras se apresuraba a mantener el ritmo de la abadesa—. Creo que debéis...

—¡Gracias, hermana! —la cortó Helewise, contundente.

Por Dios, ¿es que todas las monjas iban ahora a imitar la insubordinación de Alba?

—Sí, abadesa. Disculpad, abadesa.

—Así está mejor —murmuró Helewise, aunque no lo bastante alto como para que Marta la oyera.

Cruzó el patio a grandes zancadas. No era difícil encontrar a Alba, pensó; tan sólo había que seguir el rastro de su enojada y estridente voz.

Había una considerable multitud reunida. Sor Eufemia había salido a toda prisa de la enfermería y, cuando Helewise se incorporó al grupo, ella se estaba abriendo paso a codazos hacia Alba, pidiendo un poco de silencio, puesto que sus pacientes necesitaban tranquilidad.

—Silencio, por favor —exclamó Helewise—. Todo el mundo.

Sus monjas, habituadas a mantener el oído atento a la voz tranquila pero contundente de su abadesa, cesaron al instante su parloteo curioso y excitado.

Y dejaron sólo una voz:

—... allí abajo, mostrándote como una cualquiera, mirando con esos ojillos azules y pestañeando a cualquier varón entre seis y sesenta años —de pronto, la furiosa voz subió todavía un tono—, ¡mostrándote a todo aquel que tenga ojos para verte!

—Sor Alba —dijo Helewise.

Alba se volvió y dijo, descortés:

—¿Qué?

Las monjas emitieron un murmullo colectivo.

—Soltad a Berthe. —No hubo respuesta—. ¡De inmediato!

Algo en el tono gélido de la voz de Helewise pareció hacer mella; Alba soltó a su hermana, y Berthe se separó rápidamente de ella. Sor Eufemia, que debía de haber advertido la hinchazón brillante y rosada en la mejilla de Berthe, rodeó con un brazo a la chiquilla que lloraba y se la llevó consigo.

Helewise ahuyentó la idea repentina que acababa de tener de humillar a Alba en público mediante el anuncio de su castigo delante de las doce monjas que escuchaban con avidez. Con un gesto escueto, le exigió a Alba que la siguiera, volviéndose de espaldas y guiándola hasta su habitación.

Estaba empezando a preguntarse lo que haría en caso de que Alba se negara a seguirla cuando el suave murmullo de las monjas le indicó que, por una vez, Alba había decidido obedecer.

Cuando Helewise y Alba se encontraron de nuevo en la estancia de Helewise y la

puerta estuvo cerrada, la abadesa declaró:

—Sor Alba, habéis contrariado mis órdenes, lastimado a vuestra propia hermana y alterado gravemente la paz de la comunidad. No me dejáis más alternativa que imponeros un severo castigo. ¿Tenéis algo que decir?

Se le ocurrió que, hasta entonces, Alba todavía no había dado ninguna explicación de las medidas desesperadas de alejar a Berthe del valle. ¿Lo haría ahora?

No. Con los labios apretados en una mueca tensa, Alba mantuvo su silencio.

—Muy bien —dijo Helewise—. Os dirigiréis desde aquí a la capilla, donde os postraréis a rezar. Le pediréis a Dios que perdone vuestros pecados contra vuestra hermana y contra la comunidad, y permaneceréis allí hasta la llegada de nuestro confesor. Entonces, os arrodillaréis ante él, os confesaréis y recibiréis la penitencia que él crea más conveniente imponeros.

Sor Alba había escuchado atentamente la resolución de la abadesa. Mientras la observaba, Helewise tuvo la sensación de que en ella había algo extraviado... el rostro de Alba había pasado de su febril rubor a una palidez mortífera.

Y, como surgiendo de la nada, Helewise percibió de pronto una tremenda sensación de amenaza.

Su conciencia instintiva fue lo que la salvó, puesto que, justo cuando Alba se disponía a darle un puñetazo, ella dio un paso atrás.

Alba perdió el equilibrio al impactar en el aire en vez de en el rostro de la abadesa y cayó de rodillas.

De inmediato, Helewise saltó por encima de ella, abrió la puerta de un manotazo y gritó:

—¡Sor Marta! ¡Sor Ursel! ¡Venid aquí!

Las monjas se encontraban todavía en el lugar donde habían formado parte del corrillo alrededor de Alba y Berthe; y, con el asombro reflejado en el rostro, acudieron a la llamada de Helewise.

—¡Rápido! —gritó. Luego, advirtiendo a un grupo de hermanos legos encabezados por fray Saúl (sin duda, el rumor sobre el altercado se había extendido y todos habían acudido a observar el espectáculo), también los llamó—: ¡Fray Saúl! ¡Fray Miguel! ¡Aquí!

Las monjas y los hermanos legos llegaron al mismo tiempo a la puerta de Helewise. Sin mediar palabra, ella se apartó, señalando con gestos al interior, donde Alba, ahora con el rostro oculto entre las manos, permanecía sentada en el suelo.

—¿Abadesa? —dijo fray Saúl en voz baja—. ¿Estáis bien?

—Perfectamente, gracias, fray Saúl. Por favor, ¿tendríais la bondad, vos y alguno de vuestros hermanos (tal vez fray Miguel), de acompañar a sor Alba a la celda de castigo?

Se levantó un murmullo entre las monjas y los hermanos, que susurraban horrorizados.

—Aseguraos de que dispone de agua y de algo con lo que abrigarse. Luego

encerradla.

Los hermanos legos hicieron lo que se les pedía. Sor Alba parecía haberse quedado sin fuerzas para resistirse; los acompañó cabizbaja y sin decir palabra.

Nadie dijo nada más. Lo que acababa de ocurrir era demasiado horrible como para comentarlo. Al menos, hasta que pasara la impresión.

La celda de castigo de Hawkenlye era una sala pequeña y sin ventana, cavada dentro de la piedra, debajo del dormitorio de las monjas, donde formaba parte de la cripta. Era fría y húmeda y, una vez cerrado el portón, quedaba casi totalmente a oscuras. Había el espacio justo para que una persona de estatura mediana se pudiera tumbar.

En el casi medio siglo de existencia de la abadía de Hawkenlye, la celda no había sido utilizada nunca.

La primera reacción de Helewise fue de furia por haber sido obligada a tomar esa terrible y drástica medida con la intransigencia de sor Alba. Pero, cuando se arrodillaba ante el altar, a solas en la iglesia, su furia se transformó rápidamente en arrepentimiento. «¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡He mandado a un ser humano a ese lugar terrible! Perdóname, yo...».

Pero su ferviente y atormentada plegaria cesó repentinamente.

«No tuviste elección —le decía su conciencia—. Ninguna monja tiene derecho a golpear a otra. En realidad, sor Alba ya debería haber sido enviada a la celda de castigo por golpear a Berthe. Cuando empeoró las cosas, tratando de golpear a su superiora, no te dejó alternativa».

Helewise sintió que un espasmo de llanto asomaba por su garganta, pero lo reprimió. Al fin y al cabo, era la obligación de los que están al mando imponer penas estrictas de vez en cuando. No servía de nada llorar por ello.

Prosiguió con sus plegarias, dejándose llevar por algunas de las formas familiares de oración que siempre la consolaban. Y, finalmente, recuperó la calma.

Cuando se levantaba de su genuflexión y salía de la capilla, la única emoción que le quedaba era la pena.

Anticipaba un final tranquilo para una jornada que había sido lodo menos tranquila. A sor Alba le habían llevado comida y agua, y dos de las monjas habían entregado en silencio mantas de sus propias camas a sor Marta, para abrigar a la hermana en tormento. En completas se dijeron plegarias especiales, y ahora, Helewise lo esperaba fervientemente, no quedaba nada más que hacer a la comunidad que prepararse para la noche.

Pero, cuando las monjas salían de la capilla y se dirigían a su dormitorio, todas escucharon el sonido de unos fuertes pasos fuera de la puerta, rápidamente seguidos de unos fuertes golpes y una voz que gritaba:

—¡Abrid! ¡Necesito ayuda! ¡Un hombre ha sido atacado de camino al valle!  
¡Abrid!

Sor Ursel miró a Helewise, quien le dio permiso para abrir con un gesto de la

cabeza. Cuando la portera se disponía a quitar los pestillos del portón, seguida por varias monjas más, Helewise agarró a sor Marta por la manga.

—Si tuvierais la bondad, hermana, de ir por la puerta de atrás y llamar a fray Saúl. Me temo que vamos a necesitarlos un poco más, a él y a sus compañeros.

Habían dejado entrar al hombre de la puerta, que, temblando y claramente bajo el efecto de una fuerte impresión, contaba su historia a trompicones. Llevaba la túnica manchada de sangre por el pecho.

Helewise se acercó a él. Levantó una mano para hacerlo callar y le dijo:

—La ayuda está de camino. Hemos llamado a algunos de nuestros hermanos legos, que os acompañarán a donde yace ese pobre hombre y lo llevarán de vuelta a la enfermería, donde podremos ocuparnos de él.

—Temo que será demasiado tarde, abadesa —dijo el hombre. Ya más tranquilo, miraba a Helewise con sus ojos de párpados hinchados y llenos de dolor—. Temo que nadie sería capaz de sobrevivir mucho tiempo con media cabeza aplastada.

Alguien soltó un leve gemido de desasosiego. Más tarde, Helewise ordenó a las horrorizadas monjas que fueran a acostarse. «Sólo cuento con las pruebas del día de hoy para excusar mis errores —pensó con tristeza—. Oh, Señor, acompáñalas y protégelas mientras duermen y sueñan».

Esperó a solas a Saúl, que llegó poco después, con dos hermanos fortachones junto a él. Uno de ellos, advirtió ella con alivio, había tenido el buen sentido de armarse con un bastón bien grueso.

Vio cómo se marchaban, junto con el hombre que había llamado a la puerta. Luego, al volverse para ir a reunirse con sor Eufemia en la enfermería, advirtió la figura solitaria y desamparada de Berthe, que iba hacia ella desde el dormitorio.

—Berthe. —Helewise extendió las manos para saludarla.

Pero la joven sacudió la cabeza.

—Oh, abadesa, no seáis amable conmigo. ¡No cuando os estoy causando tantos problemas!

—Ninguno de los cuales son culpa tuya, Berthe —empezó Helewise—, y, en cualquier caso...

Pero Berthe estaba perdiendo el poco control que le quedaba. Abandonándose entre los brazos de Helewise, sollozó:

—Abadesa, oh, abadesa querida, ¡Meriel se ha perdido!

## **Segunda parte. Viajeros**

## Capítulo seis

El hombre que acababa de morir era uno de los visitantes del santuario del Agua Sagrada del valle. Fray Saúl y fray Fermín habían tenido la ocasión de hablar con él unos instantes, y tenían la vaga impresión de que habían oído hablar al hombre con un extraño acento.

Eso, junto al dato de que viajaba bien equipado y sin compañía, era todo lo que los hermanos podían añadir a la evidencia que se desprendía de su cuerpo sin vida: rondaba los treinta años de edad, llevaba barba, tenía el pelo oscuro, la piel morena, era atlético, de estatura mediana y estaba bien alimentado.

Uno o dos de los otros peregrinos —con los ojos como platos por la emoción extraordinaria de un asesinato en un lugar al que habían acudido a rezar y a sanarse— dijeron que el fallecido, que apenas acababa de llegar, había asistido a algunos de los servicios celebrados por los hermanos, pero que lo había hecho disimulando su presencia en la parte de atrás, como si quisiera mantenerse en la discreción.

Nadie conocía su nombre.

Pero, fuera quien fuese, alguien había deseado mucho su muerte. Lo habían atacado por la espalda y le habían propinado una serie de golpes detrás de la cabeza. Había pruebas de graves daños en el cráneo que, por un lado, estaba hundido, formando una clara abolladura. Parecía que le habían propinado otros golpes una vez en el suelo, puesto que tenía unos profundos cortes que le cruzaban la frente.

El cuerpo, la zona circundante y la ropa de cualquiera que hubiera tocado el cadáver estaban fuertemente manchados por la abundante cantidad de sangre, que había manado como una fuente.

Helewise le pidió a fray Saúl que revisara las pertenencias del fallecido. Saúl la informó de que su pequeño macuto de cuero era de calidad, pero estaba gastado, como si estuviera muy usado, y que el sombrero de ala ancha del peregrino estaba decorado con la concha de Santiago de Compostela y la insignia de recuerdo del santuario de la Virgen en Walsingham. Su cantimplora, hecha a partir de una calabaza, parecía bastante nueva.

Iba vestido con una sencilla túnica y una capa que, como el resto de sus prendas de ropa, eran de un tejido barato y sin teñir. Sin embargo, sus botas eran fuertes y de piel de calidad. Por las manchas de sangre en sus gruesas puntas de hierro y por el sitio donde estaban colocadas —al lado del cuerpo inerte—, parecía que las pesadas botas habían servido de arma homicida.

Helewise se sentó con fray Saúl y fray Fermín en el inhóspito refugio en el que los peregrinos tomaban sus comidas. Fray Fermín, que encabezaba a los monjes ordenados de la pequeña comunidad, estaba claramente alterado y no resultaba de mucha ayuda; Helewise tuvo que reprimir su repentino deseo de que se marchara y encontrara otra cosa mejor que hacer y le mandaran a otro de sus monjes en su lugar. Tampoco es que ninguno de los demás fuera a ser mucho mejor, reflexionó; eran

perfectos para ocuparse del santuario y atender las pequeñas necesidades de sus visitantes, y su devoción hacia la Virgen y su Lugar Sagrado era notable. Pero cuando eran necesarios una mente práctica y un par de manos virtuosas...

«Cada uno a lo suyo —se dijo la abadesa con firmeza—. Dios nos llama a todos, pero nos pone a cada uno en caminos distintos».

—Fray Saúl —dijo, topando con la mirada de su hermano lego secretamente favorito—, ¿cuál es vuestro resumen de la situación?

Fray Saúl hizo una pausa, frunciendo el ceño en una mueca de concentración mientras ordenaba las ideas. Entonces, con una admirable brevedad, declaró:

—Diría que la víctima era un peregrino habitual y viajado. Las insignias de recuerdo dan fe de sus largos viajes, y tanto su macuto como sus botas están gastados. Puede que viniera desde muy lejos, viajaba solo, y era un tipo más bien reservado. —Saúl volvió a hacer una pausa—. Sabemos que permaneció aquí, en este mismo refugio, para tomar la cena, y deducimos que luego salió a dar un paseo antes de acostarse, y ahí es donde se encontró con su asesino.

—¿Fue una muerte premeditada? —preguntó Helewise—. ¿No podría tratarse de una muerte accidental?

De nuevo, Saúl pareció meditar cuidadosamente su respuesta, y luego añadió:

—Si el arma hubiera sido una piedra, entonces cabría la posibilidad de que el tipo hubiera resbalado y se hubiera golpeado la cabeza contra una roca al caer. Pero en el nudo grueso de encima de su bastón hay sangre y pelos, y los pelos son muy similares a los de la víctima.

—Y no cabe dentro de lo posible que un hombre se mate cayendo sobre su propio bastón —concluyó por él Helewise.

Él asintió.

—Sí. Además, hay que tener en cuenta las heridas en la frente, abadesa. Una caída raramente provoca heridas detrás y delante de la cabeza, simultáneamente.

—Desde luego. Gracias, fray Saúl.

Ahora le tocaba pensar a ella. A su lado, fray Fermín se estaba inquietando y no dejaba de jugar con el cabo de la cuerda que llevaba atada alrededor de la cintura. Hablaba entre dientes todo el rato y Helewise estaba deseando que dejara de hacerlo. Saúl, en cambio, estaba inmóvil como una piedra, con la mirada fija en algún lugar perdido en la distancia.

—¿Hay más peregrinos ausentes, esta mañana? —preguntó entonces Helewise—. Que estuvieran ayer, quiero decir.

—Todos están presentes, abadesa —dijo fray Fermín—. No ha habido llegadas, lo cual tenemos que agradecer al Señor, puesto que los viajeros nuevos no harían más que complicarnos más las cosas.

—Desde luego.

Helewise se volvió de súbito hacia Saúl; hubo algo en esa última perorata de fray Fermín que le recordó un tema que ya debería haber preguntado:

—Hermano Saúl, ¿había algo en la postura del cuerpo que permitiera adivinar si el hombre se dirigía hacia el santuario o se marchaba de él?

Saúl debía de estar pensando lo mismo, puesto que de inmediato dijo:

—Creo que se marchaba. Yo diría que andaba por el sendero cuando alguien se acercó a él por detrás a hurtadillas (tal vez andando de puntillas por la hierba, como para no hacer ruido) y lo atacó por la espalda.

—Con su propio bastón —meditó ella.

—Sí.

Miró a Saúl a los ojos.

—¿Se lo arrebataron para pegarle con él, entonces?

—No creo que fuera así, abadesa —respondió él, negando con la cabeza—. Quitarle el bastón a la víctima lo habría puesto en alerta ante el hecho de que alguien lo estaba atacando, y probablemente, en ese caso, los golpes más fuertes se habrían producido en el frontal de la cabeza. Hubieran luchado cara a cara, ¿no creéis?

—Sí, supongo. —Helewise se esforzaba por pensar—. Entonces, fray Saúl, ¿podría ser que, dirigiéndose a un simple paseo, no se hubiera llevado el bastón, sino que lo hubiera dejado ahí, junto a su petate? ¿Y que alguien se lo arrebatara, luego siguiera al pobre hombre y lo matara?

Fray Saúl empezó a hablar, pero fray Fermín lo interrumpió:

—Abadesa Helewise, ¡habláis del Valle Sagrado como si fuera un nido de ladrones y asesinos! —protestó—. ¿Asesinos robando bastones y matándose los unos a los otros? ¿Destrozándose el cráneo por los caminos? ¿Y ahora dicen que hay una chica desaparecida? ¡Dios mío, todo esto no puede ser verdad!

Durante un instante fugaz, Helewise percibió una brizna de compasión en los ojos de Saúl mientras la miraba, como si le dijera: «¿Veis todo lo que tenemos que soportar?».

La abadesa se aseguró de tener una expresión neutra al mirar a fray Fermín.

—Es impactante y horroroso, fray Fermín, estoy de acuerdo. En especial, para vos, que os ocupáis de este lugar maravilloso. Sin embargo, no es la primera vez que nos enfrentamos a una muerte violenta, y supongo que no va a ser la última. Por el bien de la víctima y, desde luego, por todos nosotros, nuestro deber es ahora aclarar qué ocurrió y, con la ayuda de Dios y si está en nuestras manos, velar por que el culpable acabe en manos de la justicia.

—Amén —murmuró fray Saúl.

Fray Fermín se santiguó.

—¿Tenéis a *sir* Josse d'Acquin en la enfermería, abadesa? —Ella asintió. Ya había pensado en ello—. ¿Puedo sugeriros que habléis del asunto con él?

Su ligero enfado hacia el viejo monje se desvaneció al mirar sus ojos atentos y ansiosos.

—Lo haré, siempre y cuando se encuentre con las fuerzas suficientes.

Dicho esto, se levantó y, cortésmente, los dos frailes hicieron lo mismo.

—Gracias a ambos por vuestra ayuda —les dijo, con un gesto de la cabeza—; os mantendré informados.

Fray Saúl volvió con ella por el sendero del santuario a la abadía. Anduvieron en silencio hasta que él la dejó en la puerta de la abadía. Entonces, el hombre dijo en voz baja:

—Es un asunto desagradable, abadesa Helewise. Rezaré por que podáis resolverlo rápidamente.

Mientras entraba en el recinto, ella pensó que resultaba reconfortante saber que fray Saúl estaba rezando por ella.

Josse alcanzó el estado de convalecencia cuando empezó a encontrarse con fuerzas para no estar dormitando ya todo el día, pero sin la energía suficiente para levantarse de la cama. No es que no lo hubiera intentado; contradiciendo las estrictas órdenes de sor Eufemia, había hecho un intento por llegar a las letrinas. Y, justo como ella le había predicho, se desmayó y tuvo que sufrir la ignominia de tener que ser trasladado otra vez a la cama.

Había dejado claro que necesitaba a alguien con quien conversar y, para su deleite, la chisposa Berthe se había convertido en su visitante más frecuente. No sólo lo mantenía informado sobre las pequeñas —y no tan pequeñas— cosas que ocurrían en la comunidad; también lo animaba a jugar a los juegos más absurdos e infantiles. Le hacía bien escuchar sus risas, y todavía mejor reír con ella.

Un par de días antes, la chica acudió acompañada de su hermana Meriel. Mientras estudiaba la cara pálida y triste de la hermana mayor, Josse sintió una gran compasión por ella. Intentó animarla a participar en la conversación, preguntándole por su trabajo —ayudaba a sor Emanuel en el hogar en que cuidaban de los monjes y las monjas ancianos—, pero la muchacha sólo tenía respuestas monosilábicas.

¿Aceptaba su hermana las órdenes de Alba de que todas tenían que convertirse en monjas? ¿Era su tristeza la reacción al tipo de vida que la esperaba? Pobre criatura, pensó, fuera cual fuese el dolor que la atenazaba, era un dolor profundo.

Las muchachas se alejaron de su cama juntas, pero antes Berthe se inclinó para darle un beso en la mejilla —olía a aire fresco— y Meriel le hizo una pequeña reverencia. Pero, cuando se marchaban, Meriel se volvió y le dedicó una sonrisa. Y de pronto, él se dio cuenta de lo bella que era.

Esa mañana no había recibido ninguna visita. Y la noche anterior había habido cierto revuelo: alguien había sido trasladado a la enfermería muy tarde, y se habían oído retazos de conversaciones susurradas.

Nadie había ido a informarle a él de lo que ocurría. Nadie parecía tener tiempo ni para un sencillo «buenos días, *sir* Josse, ¿cómo os encontráis hoy y qué os apetecería desayunar?». Una de las monjas menos comunicativas de las que trabajaban en la enfermería le llevó una bandeja de madera con pan y uno de los brebajes de hierbas calientes de la enfermera jefe. Era el que servía para cicatrizar heridas, y su sabor era absolutamente asqueroso.

Con todo, a mediodía *sir Josse* se sentía totalmente malhumorado. Cuando, un poco más tarde, sor Beata entró acompañando a otra visita, se quedó sorprendido y encantado al comprobar que se trataba de la abadesa.

—Abadesa Helewise, debéis de haber intuido mi desgana y habéis sido todo un ángel al responder —empezó, sonriéndole.

Pero ella ni le devolvió la sonrisa ni le respondió en un tono similar; en cambio, se acercó a él y le dijo en voz baja:

—*Sir Josse*, tenemos un problema.

Y, de manera breve pero precisa, procedió a contarle todo lo que había ocurrido en la abadía y en el valle durante el último día y la última noche.

Su primera pregunta, cuando ella se detuvo al fin para recuperar el aliento, fue:

—¿Creéis que los dos hechos, la muerte y la desaparición de la muchacha, están relacionados?

—Eso es lo que más me inquieta —admitió la abadesa—. Lo que en realidad conecta los dos hechos es el tiempo. Temo que tratarlos de manera conjunta puede conducirnos a conclusiones equivocadas.

—Hummm. —*Josse* se rascó la cabeza con la mano izquierda—. Alguien dijo que el hombre muerto tenía un acento extraño, ¿no es así? —La abadesa asintió—. ¿Y decís que las hermanas, Alba, Meriel y Berthe, proceden de lejos?

—Así es. Sor Alba mencionó una vez haber estado en una comunidad en Ely.

—Ely —repitió *Josse*—. En las tierras pantanosas de East Anglia.

—¿Es que los hombres de aquella zona hablan con un acento extraño? —preguntó la abadesa.

*Josse* se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Pero parece ser una realidad que la gente de las diferentes partes de un país hablan de manera distinta (sé que en Francia ocurre), de modo que resulta justo pensar que sí, probablemente lo hagan en East Anglia.

—¡Pero eso es demasiado poco para concluir que la víctima y Meriel se conocían! —exclamó la abadesa.

—Estoy de acuerdo —dijo *Josse*—. Simplemente, tengámoslo en cuenta.

La abadesa parecía estar enfrascada en sus propios pensamientos; durante un rato, los guardó para sí misma. Él se mantuvo tranquilo, sabiendo lo irritante que puede resultar cuando alguien te interrumpe una línea de razonamiento que parece no querer llegar a buen puerto.

Al cabo de un rato, ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Pero lo que le dijo lo dejó totalmente fuera de juego; con un tono tan normal como si estuviera anunciando la hora de la cena, declaró:

—Tendré que viajar hasta Ely.

—¿Por qué demonios? —Su respuesta fue automática; sin hacer mucho esfuerzo, podría haber respondido a su propia pregunta.

—Porque es de allí de donde procedían. De donde procedía sor Alba, al menos.

Ella estuvo en un convento de allá.

—¿Y sabéis en cuál?

Josse no tenía ni idea de cuántas fundaciones religiosas había en la zona de Ely, pero parecía recordar que le habían contado que había varias; al parecer, los solitarios parajes de los pantanos gustaban a aquellos que buscaban soledad y vida contemplativa.

—Lo averiguaré —dijo la abadesa con solemnidad—. Y entonces podré hacerle a la antigua superiora de sor Alba todas las preguntas que han estado confundiéndome.

—¿Y eso os ayudará a encontrar a Meriel?

—No necesariamente —admitió—. Sin embargo, necesito levantar urgentemente este velo de misterio que envuelve a las muchachas. Ellas no quieren contarme la verdad; sor Alba porque ha decidido no hacerlo; Meriel y Berthe porque tienen miedo de algo o de alguien. De Alba, imagino. —Emitió un suspiro de desesperación—. Sólo veo una manera de resolver este dilema, *sir* Josse.

—¿No podría ir otra persona en vuestro lugar? —preguntó él delicadamente—. Es un viaje muy largo y, tal como vos reconocéis, la abadía se encuentra en un momento muy convulso. ¿No haríais mejor permaneciendo aquí?

—Tal vez. Pero no puedo mandar a nadie más a una misión tan delicada, *sir* Josse. ¡Dios mío, en realidad, no debería estar hablando con vos de esto!

—Os comprendo —susurró él—. De hecho, estáis poniendo en duda la palabra de una monja ordenada y, como vuestra mente y vuestra conciencia no pueden descansar hasta que sepáis la verdad, tendréis que ir a comprobar la historia que os han contado, ¿me equivoco?

Ella asintió en silencio.

Menudo problema, pensó él, mientras se reclinaba sobre sus almohadas. Ella tenía razón, podía entenderlo: era imposible mandar ni siquiera a una de sus monjas más veteranas a la superiora de otro convento a preguntar: «¿Tuvieron ustedes una monja llamada Alba, aquí? ¿Y se portó bien? Necesito saber lo que ella les contó de su pasado, porque estoy convencida de que a nosotras no nos ha contado más que un puñado de mentiras».

No. Había algunas cosas que sólo podía hacerlas la persona que estaba al mando, y ésa parecía ser una de ellas.

Entonces le dijo, conociendo de antemano la respuesta:

—¿No esperaríais una semana más o menos, de modo que yo pudiera acompañaros?

Ella le dedicó una sonrisa cargada de dulzura.

—No, Josse, no lo haré. Por un lado, si accediera a ello, vos os levantaríais y os pondríais de camino mucho antes de estar recuperado, y eso podría llevaros a una recaída. Por otro lado, tampoco creo que me convenga en absoluto esperar. Meriel ha desaparecido, sabemos que estaba en un estado de depresión grave, y, en fin, cuanto antes descubra qué hay detrás de este triste asunto, antes podremos ayudarla. Es decir,

si conseguimos encontrarla —añadió, con un hilo de voz.

—¡Vamos, no hablemos de derrotas! —musitó él, como respuesta. Ahora sentía las ataduras que le imponía su enfermedad de manera aguda, y le resultaba difícil imprimir ánimo a su tono de voz.

—Preguntaré en el convento de Alba si saben dónde se encontraba la antigua casa familiar —decía la abadesa—. Al menos deberían ser capaces de proporcionarme el nombre del padre. No puedo imaginar un convento en el que una mujer llegue sin ninguna referencia ni ningún pasado.

—¿No os dio su apellido, cuando ingresó aquí? —preguntó Josse.

—No, se limitó a decir que venía de otro convento. De Ely, como os he dicho. Y, antes de que me lo preguntéis, tampoco nos dio ningún detalle sobre el pasado de sus hermanas, aparte del hecho de que se habían quedado huérfanas recientemente.

—Si no puedo seros de más ayuda —dijo Josse (lo cual era, ya de por sí, una afirmación dolorosa)—, entonces, ¿permitís que os dé algunos consejos para el viaje? No soy un viajero inexperto, como bien sabéis, y tal vez pueda garantizaros un poco de confort para el camino.

Ella le sonrió de nuevo.

—Esperaba que lo hicierais. Por favor, adelante. Os escucho.

Durante un rato, Josse estuvo repasando una lista de los preparativos que él haría para un viaje de Kent a Ely. Era, según dijo, una buena época del año para viajar; los días se estaban alargando visiblemente, el tiempo era cálido, y el largo período sin lluvia hacía pensar que los caminos estarían en buen estado. Además, abril solía ser el principio de la temporada de peregrinaje; aunque eso significara que las posadas del camino podían estar completas, el inconveniente se veía compensado por la seguridad de encontrar a otros viajeros. Era mucho más probable llegar a destino cuando los caminos estaban bien frecuentados que si uno viajaba solo, porque entonces se estaba expuesto a los bandoleros.

Pero, en cualquier caso, ella no debía, en ningún caso, viajar sola; en eso fue tajante:

—¿No podría acompañaros fray Saúl? —preguntó—. Siempre he considerado que es una persona con sentido común y de grandes capacidades.

—También yo lo creo —asintió ella—. Se lo pediré a fray Fermín de tal manera que no le quedará más remedio que aceptar.

—Deberíais elegir a alguien más —dijo Josse—. Otro hermano lego. Lo mejor sería que el propio Saúl propusiera a alguien. —De pronto, algo acudió a su mente—. ¿Hay en el convento monturas para tres?

La abadesa frunció el ceño.

—Tenemos la jaca, el poni y la mula —dijo—; aunque la mula es muy vieja y se cansa. Fray Saúl puede ir en la jaca; de hecho, lo hace a menudo, y supongo que yo podría montar el poni.

—No es más que un poni pequeñito —dijo Josse.

—Sí, pero muy fuerte —le dijo, mirándolo de reojo—. Supongo, *sir* Josse, que no estáis insinuando que yo sería una carga demasiado pesada...

Helewise era una mujer alta y de constitución atlética, y eso era exactamente lo que él quería decir.

—Eh... yo... por supuesto que no, abadesa; tan sólo que tenéis un buen trecho que recorrer y...

Con la cara iluminada, ella lo interrumpió:

—¡Oh, qué tonta he sido! Lo había olvidado, sí, tenemos otro caballo. Una yegua de pelo castaño claro, un bello animal, que dejó a nuestro cuidado... —Se tapó la boca con la mano y calló.

No había necesidad de decirlo. Josse sabía tan bien como ella quién había cabalgado una yegua castaña. Alguien cuya nueva vida debía de impedirle seguramente cuidar de un caballo elegante y de buena estirpe.

—Tenéis la yegua de Joanna —dijo él sin entonación.

—Sí —asintió la abadesa en voz baja—. La dejó a nuestro cuidado. Le prometimos que la cuidaríamos. Se llama *Honey*, por cierto. Y tenemos permiso para cabalgarla a cambio de su manutención.

—Está bien —murmuró Josse. Pero apenas la escuchaba. Pensaba en Joanna. Hizo un esfuerzo por volver a escuchar a la abadesa.

—... no se me ocurre ningún hermano lego que sea lo bastante pequeño como para ir en el poni, lo cual significa que sigue faltando un caballo, a menos que nos llevemos la mula —decía ella.

—Llevaos a *Horace* —dijo él—. Está en Nuevo Winnowlands, pero puedo mandar a alguien a buscarlo. Yo no lo utilizo —añadió, apenado.

—*Horace* —suspiró la abadesa—. Oh, *sir* Josse, ¿estáis seguro? Un caballo tan valioso... ¡Y tan grande!

—Que Saúl busque a un hermano que sea un buen jinete —dijo Josse.

De pronto, se sintió cansado de hablar. Cansado de sentir dolor, cansado de ser un prisionero en aquella cama cuando deseaba estar al aire libre, ocupándose con mil cosas que podrían distraerlo de sus recuerdos.

La abadesa pareció comprender, puesto que se inclinó sobre él, le puso la mano delicadamente en la frente y le dijo en voz baja:

—Volveremos a hablar antes de mi partida; no puedo marcharme antes de pedir y obtener el permiso del arzobispo. Pero, de momento, querido *sir* Josse, descansad. Dormid, si podéis. —Vaciló un momento, como dudando si debía continuar, y luego, decidida, le susurró—: Os pondréis bien. Lo sé.

Acto seguido, se marchó, dejándolo con la duda soñolienta de si se había referido a su brazo herido o a su corazón dolorido. Probablemente a ambos.

Josse despertó más tarde de un sueño inquietante. Había algo que lo preocupaba, alguna conexión que debería haber hecho y no hacía... Algo importante, relacionado con la abadesa y su cometido...

No; se le escapaba. Volvió a dormirse, y esta vez tan profundamente que, al despertarse de nuevo, fuera lo que fuese lo que antes lo había inquietado, se había esfumado sin dejar rastro.

## Capítulo siete

Fray Fermín era reticente a dar permiso a Saúl, uno de sus hombres más trabajadores, para que acompañara a la abadesa a Ely, de modo querella tuvo que transformar su amable petición en una orden. El viejo fraile masculló un par de comentarios que Helewise fingió no haber oído. Luego, cuando regresó a su estancia, echando pestes en silencio de los viejos bobos que ya han olvidado que hay vida fuera del claustro, él la confundió llamando amablemente a su puerta y regalándole, con la más dulce de sus sonrisas, un pequeño frasco del agua sagrada «para que nuestra Virgen os acompañe en vuestros viajes».

Fray Saúl, al ser informado de su inusual misión, se mostró muy contento. Su rostro, normalmente más bien sombrío, se abrió en una ancha sonrisa sobre la cual parecía ejercer muy poco control; permaneció con la misma expresión durante horas, hasta que la alegría inicial empezó a ceder.

Helewise fue a buscarlo a los establos; él había llevado la jaca adentro —la cual, por alguna razón ya olvidada, respondía al nombre de *Baldwin*—, y la estaba aseando hasta el último detalle.

—Fray Saúl, ¿puedo interrumpiros un momento? —le pidió, apareciendo tras él.

El hombre se detuvo al instante y la saludó con una reverencia.

—Estoy a vuestra entera disposición, abadesa. ¿En qué puedo ayudaros?

Emocionada por la devoción que se reflejaba en el rostro del hermano, Helewise le dijo:

—Saúl, *sir Josse* me aconseja que viaje con dos hermanos. Eso me hace plantear un par de preguntas; por un lado, ¿quién creéis que sería el más adecuado?, y por otro, ¿estaría ese hombre dispuesto a montar el caballo de *sir Josse*? Es decir —añadió, temiendo no haber sido muy diplomática—, a menos que vos quisierais montarlo...

Fray Saúl gesticulaba enfáticamente con la cabeza ante esa idea.

—Yo no, abadesa, pero os lo agradezco. Esa cosa grande y peluda... —murmuró. Helewise pensó, reprimiendo una sonrisa, que menos mal que sabía que estaba refiriéndose a un caballo—. No, a mí me gusta el viejo *Baldwin* —dijo, mientras le daba una palmadita amistosa a la jaca.

De pronto, en su rostro se dibujó una mueca de concentración. Luego, relajándose otra vez, exclamó:

—¡Fray Agustín! Es el chico que necesitamos, abadesa.

—¿Fray Agustín? —repitió ella—, creo que no lo conozco...

Menuda confesión, pensó para sus adentros. «Soy la abadesa, ¡debería conocer a todas las personas de la comunidad!».

Fray Saúl debió de notar su desconcierto.

—Tal vez no sepáis su nombre, abadesa, pero os aseguro que conocéis al chico: pelo oscuro, ojos oscuros, aspecto de extranjero, piernas tan largas que le llegan al

pecho, muy desenvuelto con los animales y los niños caprichosos.

—¡Ah! ¿Ése es fray Agustín? —¡Por supuesto que lo conocía! De hecho, la semana anterior le había comentado a fray Fermín lo mucho que el chico debía de ayudarlos con los bebés y los niños más pequeños que había que vigilar mientras sus padres estaban rezando—. Pero pensaba que tenía otro nombre... Gus, o algo así.

Saúl sonrió maliciosamente.

—Ah, es que siempre lo llamamos Gus. Parece que le gusta más.

—Habládmelo de fray Agustín, por favor.

Fray Saúl apoyó un brazo en el lomo de la jaca y, con una postura relajada, empezó:

—Lleva más o menos seis meses con nosotros. Su familia pertenece al mundo del espectáculo (actores de feria, ese tipo de cosas), y Gus había oído la llamada del Señor desde hacía un año o más cuando llegaron aquí. Su madre se puso enferma, había tenido un bebé que murió y se puso mala, y entonces vinieron al valle para que tomara las aguas milagrosas. Lo cierto es que el joven Gus adora a su madre, cualquiera que tenga ojos puede darse cuenta, y estaba tan agradecido cuando se recuperó y volvió a sonreír de nuevo que pensó que era el momento de responder a la llamada de Dios.

—Si lleva aquí seis meses —dijo Helewise, dubitativa—, ¿no significa eso que su noviciado ha terminado, y que está a punto de tomar el primero de sus votos? —Tal vez no era el momento de llevarse a un monje novicio lejos de la abadía, pensó.

—No es novicio —dijo Saúl—. Todavía no, al menos. Es hermano lego.

—Pero... —empezó a decir Helewise.

Si el chico había oído la llamada de Dios con tanta claridad, ¿por qué, entonces, no había pedido unirse a los monjes ordenados? «No soy yo quien debe preguntarlo —se dijo severamente—. Esto es entre Dios y fray Agustín». Luego, volviendo la mente hacia las cosas prácticas, dijo:

—¿Es buen jinete, ese Gus? ¿Lo bastante bueno como para llevar al caballo de *sir* Josse hasta Ely y regresar?

—Sí, Dios mediante —contestó Saúl—. Veréis, no tiene nada de miedo, abadesa. Estaría muy contento sentado ahí arriba, en el lomo del viejo *Horace*, aunque el animal sea grande como una casa. Lleva montando desde que era un niño, os lo garantizo. Es de familia nómada, ¿sabéis?

—Desde luego —asintió Helewise con seriedad—. Así pues, Saúl, os propongo que, cuando hayáis acabado de asear a *Baldwin*, llevéis a fray Agustín a Nuevo Winnowlands y regreséis con el caballo de *sir* Josse.

Saúl pareció dubitativo.

—¿Me dejarán? —preguntó, nervioso.

—Por supuesto que sí —respondió ella—. El mayordomo de *sir* Josse y su mujer os conocen, ¿no es así, Saúl?

—Sí, pero...

Impresionada por su modestia —¿no sabía que tenía cara de ser el hombre más honesto del mundo?—, Helewise replicó:

—Sin peros, fray Saúl. Id a ver a *sir* Josse, explicadle vuestra misión y él os dirá lo que tenéis que decir. —Se volvió para marcharse y al instante se detuvo—. Ah, y, ¿Saúl?

—¿Abadesa?

—Cuando regreséis, ¿querréis asear también la yegua parda?

Saúl sonrió. Gesticulando, la acompañó unos pocos pasos hasta la salida de las cuadras. Por encima de la media puerta, Helewise vio la yegua de Joanna. Su pálido pelaje había sido cepillado y ahora brillaba.

—¡Oh! —exclamó Helewise, levantando la mano instintivamente—. ¡Había olvidado lo guapa que eres!

La yegua avanzó hacia ella y le rozó con el hocico la palma de la mano que ella le tendía. La escrutó con sus ojos oscuros, sacudió la delicada cabeza y luego soltó un suave relincho.

—Hola, querida —murmuró Helewise.

«Voy a cabalgar éste estupendo caballo —pensó, con un estímulo de emoción recorriéndole el cuerpo—. Por una buena causa, voy a hacer un largo viaje por Inglaterra en primavera. Ya sé que el hecho de estar tan encantada ante la perspectiva aconsejaría que no lo hiciera, pero, honestamente, no tengo alternativa».

La yegua asomaba la cabeza por encima de la puerta, y Helewise acercó la cara sobre la carne cálida y de pelo suave del cuello graciosamente arqueado del animal. «Padre, perdóname —rezó—, si estoy ansiosa por salir a ver tu mundo. Eso no significa que ame menos a Hawkenlye, ni que tenga dudas de mis servicios a Ti en este lugar. Pero debo ir».

Cuando regresaba a su habitación por el patio, decidió contarte al padre Gilbert la alegría que le había provocado la perspectiva de aquel viaje. Sin duda, él encontraría la manera de ayudarla a lidiar con ese tema.

Sin embargo, su euforia quedó rápidamente atemperada cuando se dio cuenta de que debía decidir lo que hacer con Alba; no se podía dejar a la mujer indefinidamente encerrada en la celda de castigo, y sólo podía soltarla la abadesa.

Se arrodilló en su celda, pidiendo orientación.

Al cabo de un rato, recordó una ocasión en la que alguien había tenido que ser castigado en la abadía de Hawkenlye. No había sido un fraile, ni una monja, sino un triste muchacho, enfermo de la cabeza, que había cometido un crimen inverosímil. Lo habían confinado en una celda de la cripta de la enfermería, una pequeña habitación oscura con candado en la puerta. «Oh —pensó Helewise—, pero, aparte de ser más ancha, ¿era mucho mejor que la celda de castigo?».

Había otras habitaciones allí abajo, pensó. Debía de haberlas. Se levantó y corrió a averiguarlo.

Encontró lo que necesitaba. No la celda del fondo, en lo más oscuro de la cripta,

sino una más amplia cerca de la entrada. Tenía una reja bastante grande en la gruesa puerta; cualquiera que estuviera encarcelado dentro podría disponer, al menos, de un poco de luz natural.

Fue a buscar a fray Erse. Él era carpintero y podría, estaba segura, instalar un cerrojo en la puerta en el tiempo que tardaban en acondicionar la celda para su nueva prisionera.

Cuando la celda estuvo lista, equipada con un colchón de paja, mantas, un jarrón de agua y un vaso, Helewise le pidió a fray Erse que fuera a buscar a fray Saúl y, con sor Marta de apoyo, los cuatro se dirigieron a sacar a Alba de la celda de castigo y a llevarla a su nuevo alojamiento.

Una noche en la pequeña y oscura celda había conseguido calmar a la joven. Parpadeando a causa de la luz del día, anduvo obedientemente entre sus escoltas hasta la enfermería; cuando la bajaron a sus nuevas dependencias esbozó una leve sonrisa.

—Te sacarán a dar un paseo al aire libre dos veces al día —le dijo Helewise—, siempre y cuando te comportes. Te bajarán las comidas a la celda. Podrás disponer de todas las comodidades razonables y, si no causas problemas, te daremos un candil para la noche.

Alba evitó mirarla a los ojos.

«¡Ayúdame, Dios mío, a llegar a ella!», rezó Helewise en silencio.

—¿Alba? —dijo delicadamente—, ¿hay algo que quieras decir?

Alba levantó la cabeza. En su rostro se reflejaba el resentimiento, pero también un agradecimiento reticente. Abrió la boca y, por un momento, Helewise pensó que iba a hablar. Pero luego, con un pequeño gesto de la cabeza, Alba se volvió de espaldas.

Con el corazón encogido, Helewise regresó a su habitación y mandó llamar a Berthe.

La muchacha acudió rápidamente, y la abadesa se conmovió al ver los signos de que había estado llorando.

—Berthe —dijo Helewise—, voy a salir de viaje. Debo hablar con la superiora del convento en el que Alba estuvo antes de venir aquí. ¿Podrías decirme dónde se encuentra?

El rostro de la muchacha reflejaba miedo. Negó con la cabeza.

—¿Estás segura? —insistió Helewise.

—¡Sí, abadesa! De verdad, no puedo decíroslo, no lo sé. Nunca nos lo dijo, y cuando le pregunté a mi padre adonde había ido y si podíamos visitarla, él dijo que para nosotros había muerto y que debíamos olvidarla.

«Pobrecita niña», pensó Helewise, advirtiendo cómo Berthe luchaba por reprimir nuevas lágrimas.

—No te preocupes —le dijo; cuan inadecuadas sonaban sus palabras ante el malestar de la chica—. Está bien, Berthe, te creo.

Ella la miraba con una expresión extraña. Casi parecía sentirse culpable, pensó

Helewise. Luego, después de una lucha interna que se reflejaba claramente en su cara, la niña declaró:

—Vivíamos en Medely. Allí es donde estaba la granja de mi padre.

—¿Medely? —repitió Helewise. Aquel nombre no significaba nada para ella.

—¡Sí! Es un lugar muy pequeño. Y nosotras... —Pero luego apretó con fuerza los labios.

—¿Berthe?

—¡No puedo! —sollozó—, ¡oh, abadesa Helewise, habéis sido tan buena conmigo, y quiero ayudaros, pero, sencillamente, no puedo!

«Tienes miedo —pensó Helewise, compadeciéndola—. Si te presionara un poco más, creo que te derrumbarías y me dirías lo que tanto necesito saber. Pero ¿cómo te quedarías tú entonces, pequeña?

»No —se dijo—, está claro que tendré que ir por el camino difícil».

Despidió a Berthe con una rápida bendición —la pobre criatura seguramente necesitaba desesperadamente la bendición del Señor—, y luego llamó a fray Michael para darle la orden de acercarse a Tonbridge e informar de la muerte del peregrino al *sheriff* Pelham.

Pensó que, al menos, no tendría que tratar con él, puesto que cuando el *sheriff* consiguiera llegar a Hawkenlye, ella ya estaría de camino a Ely, y su entusiasmo volvió a surgir.

La abadesa no era la única que estaba ansiosa por partir de viaje. En la enfermería, Josse se moría de ganas de que se marcharan; sólo entonces, o eso esperaba, gozaría de un poco de paz.

Se los imaginaba una y otra vez en ruta; la abadesa, su fiel fray Saúl y ese muchacho, Gus. El que iba a cabalgar a *Horace*. ¿Sabrían cómo reaccionar en caso de ocurrir algo inesperado? Suponiendo que un caballo se quedara inválido, o que alguien sufriera una caída grave, o encontrarán el camino inundado, o que un río resultara imposible de cruzar, ¿sabrían cómo desviarse?

¿Tenía alguno de ellos la más vaga idea de cómo llegar a Ely?

La abadesa lo había visitado a menudo durante los últimos dos días, contestando con serenidad a todas sus objeciones. «Pero ella no es capaz de imaginarse las dificultades que surgirán durante el camino —pensó para sus adentros—, ¿cuántas veces ha estado por ahí con la única compañía de un hermano lego y un muchacho para protegerla?».

Entonces, a primera hora del día en que el grupo se disponía a partir, recibió la visita de fray Agustín.

El chico se plantó frente a él, con una expresión amistosa en el rostro. Josse tuvo la impresión de que no parecía ni nervioso ni intimidado por la importante misión para la que había sido elegido.

—He pensado que debía venir a veros —dijo sin más preámbulos—, puesto que habéis sido tan amable de dejarme montar vuestro caballo.

—Bien hecho —murmuró Josse.

El chico percibió la ironía —Josse lo notó por el rápido movimiento de su oscura mirada—, pero en vez de ofenderse, dijo:

—Sé cómo os sentís. Tenéis a la abadesa en muy alta consideración y daríais lo que fuera por salir de viaje en mi lugar. Pero no podéis, porque aquí nadie correría el riesgo de que se os volviera a abrir esa herida. La última vez, estuvieron a punto de perderos. Sólo quería deciros, *sir Josse d'Acquin*, que soy consciente de la misión que se me ha confiado, y que entiendo el honor y la responsabilidad que implica el encargo de ir en vuestro lugar. —Tenía los ojos oscuros fijados en los de Josse, y Josse pensó que la mirada del muchacho era extrañamente intimidante. El muchacho añadió, dulcemente—: Me moriría antes que dejar que le ocurriera algo a ella.

Curiosamente, Josse quedó convencido por la serena intensidad con que las melodramáticas palabras fueron entonadas; se dio cuenta de que creía totalmente en la sinceridad del muchacho.

—Espero y confío en que no hará falta llegar a ese extremo —dijo, cuidando de que sus palabras sonaran igual de sinceras—. Y gracias por venir a verme. Os lo agradezco de veras.

—¿Os sentís mejor ahora? —preguntó fray Agustín.

Josse sabía que no se refería a su estado físico. Reflexionó un instante. ¿Se sentía mejor?

—Sí —dijo finalmente. Sonrió al muchacho; era la primera vez en cierto tiempo que tenía ganas de sonreír—. Yo ya sabía que Helewise tenía a un compañero bueno y fiel en fray Saúl. Ahora que os he conocido, fray Agustín, sé que estará acompañada de dos hombres con los que estará a salvo como si yo mismo la estuviera guiando hasta Ely. —Una de las oscuras cejas del muchacho se arqueó—. Bueno, o casi.

El chico sonrió. Josse advirtió que sus dientes eran blancos y sanos; combinado con su estatura y su complexión fuerte, parecía que la infancia nómada lo había llenado de salud.

—Cuidaremos de ella —dijo.

Josse asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de ello.

Tuvo la sensación de que el muchacho quería despedirse, pero no pudo evitar una última pregunta:

—Pero ¿conocéis el camino? ¿Estáis seguro? Porque no puedo imaginar ni a la abadesa ni a fray Saúl llegando ni tan siquiera a Londres por su propio pie o, si alguna vez lo hubieran hecho, ya se habrán olvidado, y...

—Conozco el camino —lo interrumpió el muchacho.

No ofreció ningún argumento más para apoyar su afirmación, pero, observándolo, Josse pensó que no lo necesitaba. El chico desprendía un aire de serena seguridad que resultaba más impresionante que una plétora de argumentos tranquilizadores.

—Pues entonces sólo me queda desearos que Dios os acompañe y un buen regreso —dijo Josse.

—Gracias. Asistiremos a un servicio especial en la capilla de la abadía y luego nos marcharemos. —Un rayo de ilusión iluminó su joven rostro—. La abadesa Helewise me encargó que os dijera que pasará a despedirse antes de partir.

Josse lo observó alejarse, con sus largas piernas cubriendo el suelo con suaves zancadas. Luego cerró los ojos para añadir su propia plegaria al Señor para que cuidara del pequeño grupo y los devolviera sanos y salvos a casa.

Durante las primeras millas del trayecto, el placer de Helewise por el sol de la mañana y el dulce andar de la yegua parda se vio ensombrecido por el recuerdo de Josse al despedirse de él. Había estado a punto de decirle: «¡Oh, está bien, aplazaremos el viaje una quincena, un mes, el tiempo que haga falta hasta que os pongáis bien! ¡Cualquier cosa, pero no me miréis así!».

Por supuesto, había permanecido en silencio; pero le había costado mucho hacerlo.

Fray Agustín cabalgaba más adelante, volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que el paso ligero de *Horace* no era demasiado rápido para la jaca, la yegua y sus jinetes. Helewise podía oír a fray Saúl detrás de ella, manteniendo un flujo constante de suave parloteo con la vieja jaca. Se dio cuenta, aliviada, de que ambos hombres tenían el tacto de dejarla pensar en sus cosas.

Decidió adoptar la táctica de Saúl y empezó a hablarle a la yegua. «Es incluso más importante para mí que para Saúl —pensó—, puesto que él y *Baldwin* son viejos amigos, mientras que esta bella yegua y yo nos acabamos de conocer».

Comenzó, al principio de manera tentativa y tímida, a presentarse a su montura. Las orejas de *Honey* se crisparon con atención. Complacida ante su reacción, Helewise encontraba ahora las palabras más fácilmente, y cuando bajaban por la larga pendiente que llevaba hasta Tonbridge y el cruce con el río Medway ya le hablaba a *Honey* como si se conocieran de toda la vida.

Según los cálculos de fray Agustín, el primer día no recorrieron mucho más de veinte millas. Pero también había que tener en cuenta, según él, que los caballos estaban frescos y descansados, hacía buen tiempo y una temperatura cálida, y el camino estaba bien firme bajo sus pies. Cuando propuso que era hora de pararse a decidir dónde iban a pasar la noche, Helewise estuvo a punto de instarlo a avanzar un poco más; sin embargo, cuando bajó del lomo de *Honey* para estirar las piernas en el último tramo del camino, se alegró mucho de no haberlo hecho.

Hacía muchos años que no cabalgaba, y aunque la silla de la yegua era buena y confortable, Helewise tenía las piernas y los muslos bastante agarrotados. Músculos que casi había olvidado y que ahora parecían protestar a gritos; anhelaba untárselos con el ungüento especial de sor Eufemia. Sí, la piel le ardería con furia, pero la poción funcionaba.

—¿Todo bien, abadesa? —le gritó fray Agustín.

—¡Muy bien! —dijo ella, mientras apretaba los dientes y se esforzaba por sonreír.

—Ya falta poco —prosiguió el muchacho—. Conozco un pequeño convento por aquí cerca, un poco más arriba del camino. Son generosos con los viajeros, y me conocen. Será un honor para ellos recibir a la abadesa de Hawkenlye —añadió con seriedad.

«Dios mío —pensó Helewise—; sí, debería presentarme con un porte mínimamente digno. Tienen todo el derecho a esperar eso de una abadesa».

Sin embargo, no iba a ser fácil aparecer digna cuando la única manera que tenía de andar era con las piernas tan separadas como si fuera sentada sobre un barril de cerveza.

## Capítulo ocho

El viaje de Hawkenlye a Ely duró una semana.

La mañana del séptimo día, mientras se dirigían al norte para recorrer el tramo desde el priorato de Barnwell hasta los Fens, Helewise pensó que había sido una experiencia instructiva. Habían pasado momentos de miedo y de emoción, como el cruce del río Támesis entre Dartford y la orilla de Essex en una embarcación que parecía demasiado pequeña. Y una noche se retrasaron buscando el pequeño priorato donde debían pasar la noche y, en las franjas sombrías del bosque de Epping, Helewise aseguró haber oído el solitario y temible aullido de un lobo.

La abadesa advirtió que todas las noches fray Agustín elegía una morada religiosa para su alojamiento. A veces, la elección era acertada: las monjas benedictinas de Barking trataron a Helewise y a sus acompañantes de una manera tan fastuosa como si se tratara de la mismísima realeza, y a Helewise hasta le ofrecieron el lujo de un baño para aliviar su dolorida musculatura. En el otro extremo estaba Latton; un lugar minúsculo, oscuro, muy remoto —era Latton lo que buscaban cuando se perdieron en el bosque de Epping—, cuyo prior y sus dos canónigos sólo pudieron ofrecerles un poco de su triste sopa y algo de pan duro para cenar. Helewise había dormido sobre un colchón húmedo de paja en un rincón de la sala capitular, y los dos hermanos legos pernoctaron en un establo destartado con los caballos.

A la mañana siguiente, ella le había preguntado a fray Agustín si había otras opciones que no fueran albergarse con monjas o frailes. Desconcertado, el hermano le respondió: «Bueno, en realidad, no, abadesa».

—¿Dónde solíais hospedaros, cuando viajabais con vuestra familia? —insistió la abadesa.

Fray Agustín se ruborizó ligeramente.

—Conocíamos sitios en los que... éramos bienvenidos —declaró.

—¿Y no podríamos albergarnos ahí, en esos sitios?

El rubor de su rostro se intensificó. Fray Agustín vaciló y, entonces, decidiendo aparentemente que aquella extraña conversación acabaría antes si contestaba con contundencia, dijo:

—Abadesa, ahora es distinto. Entonces solíamos pagar la noche con nuestras habilidades. Arreglando un sillón, haciendo un encantamiento contra las verrugas o contra el dolor de espalda, narrando una buena historia que nadie conocía y cantando y bailando una canción. Ese tipo de cosas.

Intrigada, ella ignoró su evidente azoramiento y dijo:

—¿Qué solíais hacer vos, fray Agustín?

Incómodo, el muchacho respondió:

—Cantaba.

—¿Y no podríais cantar ahora a cambio de la cena?

La turbación de fray Agustín le hizo bajar la cabeza. Luego, levantando los ojos

para buscar su mirada, le dijo, sonriendo de pronto:

—No ese tipo de canciones, abadesa. —Su sonrisa se ensanchó—. No con esta compañía, y vistiendo este hábito de hermano lego.

—¡Oh! —Por supuesto, cómo no se le había ocurrido antes—. Comprendo, fray Agustín.

No volvió a decirse ni una palabra más sobre sus pernoctaciones.

Pero a medida que remitía la natural turbación de Agustín ante la elevada presencia de la abadesa, empezó a hablarse de muchos otros temas. Consciente de que Saúl lo comprendería, Helewise había pasado buena parte de los primeros dos días del viaje hablando con el muchacho, esforzándose por sacarlo de su reticencia.

Recordó que Saúl le había hablado de la devoción que el chico sentía por su madre, de modo que le preguntó primero por su familia. Lo que más la intrigaba era si los echaba de menos, a su familia y a su anterior forma de vida itinerante. Después de hacerle un par de bromas preliminares, se lo preguntó.

—Sí los echo de menos, a mi madre y a mi padre, a mis hermanos y hermanas —contestó Agustín al cabo de un rato de pensar en ello—. Y no puedo negar que a veces añoro la emoción de estar en ruta; ya sabéis, nuevos paisajes, el placer de regresar al cabo de un año a un lugar favorito y recibir la misma cálida bienvenida. —Hizo una pausa—. Pero conozco bien a madre; a ella le encanta la vida que lleva, y también me comprendió cuando le conté lo del Señor, cómo lo había oído llamarme, y ella me dio su bendición para que entrara en Hawkenlye.

Helewise, cabalgando a su lado, advirtió que su mirada había cambiado, que ahora contemplaba un punto en la distancia. Como no deseaba inmiscuirse en sus pensamientos, no dijo nada.

Al cabo de un rato, el muchacho se volvió hacia ella y, con una sonrisa encantadora, dijo:

—Disculpad, abadesa. He olvidado cuál era vuestra pregunta.

Ella le devolvió la sonrisa.

—No os preocupéis, Agustín. Creo que ya me habéis respondido.

Pero su curiosidad estaba lejos de haber quedado satisfecha. A medida que seguían avanzando y pasaban los días, ella estaba cada vez más impresionada por la habilidad de Agustín para encontrar el camino; ¿cómo se las arreglaba? Tal vez todos aquellos años viajando le habían dado un sentido más agudo de la orientación, de modo que, sabiendo siempre dónde estaba el norte, ¿el resto venía solo? ¿Y cómo se las arreglaba para encontrar siempre provisiones cuando las necesitaban? ¿Y agua pura cuando sus botas estaban a punto de vaciarse?

Ella se lo preguntaba, pero él no parecía ser consciente de sus propias habilidades, ni siquiera parecía creer que fueran algo fuera de lo común. Cuando le insistían, él se limitaba a encogerse de hombros y a decir: «Todos podríamos hacerlo, todos nosotros. Supongo que, de alguna manera, lo aprendemos de los demás».

Además, a medida que el muchacho iba adquiriendo seguridad, empezó a

entretener a sus dos compañeros con narraciones que parecían no agotarse nunca; un día era la leyenda de un gigante que hizo un estanque con una huella; otro, la terrible historia de un perro negro cuyo aspecto preludiaba la aparición espectral de su dueño sin cabeza, y todavía otro, el conmovedor cuento de un niño asesinado por unos bandidos que, a pesar de haber sido degollado, consiguió cantar dulcemente el avemaría hasta que su pobre cuerpecito fue descubierto.

Helewise se dio cuenta de lo buen narrador que era Agustín. Cuando terminó de contar el cuento del niño degollado, ella advirtió que Saúl se estaba secando una lágrima fugaz del ojo.

El clima siguió comportándose; siempre tuvieron lo bastante para comer y un refugio para pasar la noche. Helewise, cabalgando por la belleza de la naturaleza en abril, se preguntaba si alguna vez había sido más feliz. Tenía que ir recordándose a sí misma su serio objetivo; a veces le resultaba muy fácil olvidarse de todo.

Ahora, mientras abandonaban Barnwell, todavía con el alegre sonido en los oídos de las plegarias matutinas de los clérigos agustinos, Helewise miró con ilusión el paisaje cambiante. Primero pasaron por las verdes y boscosas colinas de Kent, reflexionó; poco sorprendentes para ella, puesto que había pasado casi toda su vida en Kent y, en su juventud y durante su vida de casada, había viajado mucho por su tierra. Luego se adentraron en Essex, donde las grandes extensiones de bosques de Epping y Waltham fueron estrechándose a medida que avanzaban hacia el norte y, durante muchas millas, viajaron por lo que, según fray Agustín, era una antigua vía romana. El tráfico en esa zona era más intenso; allí compartieron la ruta con carreteros, grupos de comerciantes y grupos ocasionales de peregrinos.

Agustín le había dicho a la abadesa que, cuando llegaran a los Fens, el paisaje cambiaría. Sin embargo, uno de los monjes de Barnwell fue más prolijo en detalles cuando, al oír que se dirigían a Ely, se puso pálido, sacudió la cabeza con preocupación y trató de disuadirlos.

—¡Pero tendréis que cruzar los Fens! —exclamó—. ¡Es un lugar terrible! Con un lodo negro y pegajoso, aguas peligrosas ocultas bajo la bruma, y nadie más viviendo allí que los de pies palmeados y fiebres intermitentes de la malaria, ¡y también dicen que hay monstruos y demonios que habitan en las islas!

«Monstruos y demonios —pensó ella mientras sonreía al temor supersticioso del hombre—. Aguas peligrosas, por supuesto». Pero, a medida que avanzaba el día y se acercaban al norte, se dio cuenta de que, al fin y al cabo, tal vez el anciano hubiera dicho la verdad...

El suelo empapado, por un lado, era tan oscuro que parecía negro. Había agua por todas partes, peligrosamente oculta —exactamente como lo había descrito el monje— por repentinos rizos y remolinos de bruma que parecían surgir de la nada y desaparecer igual de misteriosamente. A veces podía sonar un pequeño «¡pop!» que despedía un hedor insoportable, como si algo subterráneo e inimaginable asomara de pronto la cabeza por encima de la superficie y exhalara una bocanada de aliento

fétido.

Había pocos rastros de vida humana. Pasaron por un par de toscos asentamientos en islas remotas, y de uno de ellos salió un perro enorme que ladraba ferozmente, hasta que lo detuvo el puñetazo de un hombre ataviado con lo que parecía un saco. Agustín saludó con la mano y gritó un amistoso «Buenos días», pero el hombre respondió agitando su poderoso puño.

El sendero seguía su curso a través de los humedales, pero a veces, cuando el lienzo de aguas negras parecía extenderse sin fin a ambos lados, tenían que avanzar por una calzada elevada.

Tratando de apaciguar su desazón, Helewise llamó a Agustín:

—¿Quién construyó estos pasos elevados? ¿Lo sabéis, Agustín?

—No, abadesa —respondió él, volviéndose desde su silla—. Dicen que siempre han estado aquí.

«Siempre aquí». Un escalofrío de miedo atávico recorrió la espina dorsal de la abadesa. Tal vez habían sido construidos por los demonios y los monstruos...

Detrás de ella, Saúl dijo con delicadeza:

—Tal vez fueron los mismos que construyeron los viejos caminos, ¿no, Gus?

—Es posible —respondió él. Luego, cuando la calzada los condujo hasta el siguiente tramo de camino más ancho, añadió—: Una vez, mi abuelo encontró una espada cerca de aquí. Alguien le dijo que la devolviera al lugar donde la había encontrado, porque se trataba de una ofrenda. A los espíritus del lugar.

—Una ofrenda —suspiró Helewise. «No debo escuchar estas teorías paganas», le decía la conciencia. Pero ella no parecía oírla—. ¿Y la devolvió?

Agustín sonrió.

—Al principio, no. Pero luego tuvo un sueño en el que unas manos negras surgían del agua, se deslizaban alrededor de su cuello y lo asfixiaban. A la mañana siguiente cogió la espada, corrió otra vez al lugar en el que había estado todos aquellos años y la tiró.

Ella sintió que el corazón le latía, aterrorizado. Pero entonces, Saúl, riéndose, dijo:

—¡Vaya, pero si es otro de tus cuentos, Gus!

Y ella pensó, aliviada: «Sí, es sólo otro cuento». Y el miedo se esfumó.

Aquel día avanzaron lentamente. Helewise pensó que, a veces, parecían deshacer lo andado; sin embargo, Agustín era un guía de fiar, y ella pensaba que no debía poner en duda sus decisiones.

Cruzaron un curso de agua claramente definido, que Agustín les dijo que llevaba por nombre Wicken Lode y, en la otra orilla, se detuvieron a tomar un ligero refrigerio con sus meneguantes provisiones. Agustín, según advirtió Helewise, miraba a su alrededor mientras comía, como si estuviera buscando algo. Intercambió algunas palabras con Saúl y luego, acercándose a ella, dijo:

—Abadesa, tenemos que encontrar una de las grandes calzadas que llevan hasta

Ely. Hay tres vías y, por lo que yo recuerdo, una de ellas no está lejos de aquí. Propongo que yo vaya a buscarla mientras vos y fray Saúl permanecéis aquí con los caballos. Seré más efectivo si voy a pie.

Parecía que no había más opción que acceder.

Estuvo ausente cierto tiempo. Pero reapareció con una expresión tan satisfecha que Helewise y Saúl no tuvieron que preguntar para saber que lo había conseguido.

—¡Lo he encontrado! —gritó, agitando las dos manos con énfasis—. Está bastante cerca; lo cogeremos y llegaremos a Ely en menos que canta un gallo.

Llegar a Ely. Mientras montaba en la yegua y seguía a Agustín hacia el sendero, Helewise recordó, por primera vez aquel día, qué estaba haciendo allí. Ahora que estaban a punto de alcanzar su destino, pronto tendría que retomar el mando de Agustín. Debería encontrar el convento de Alba —¡y de pronto se dio cuenta de lo imprecisa que era la información que tenía para encontrarlo!—, y luego debería encontrar una manera diplomática de informar a la antigua superiora de Alba de que la antaño monja de su congregación estaba ahora encarcelada en una celda de Kent; una celda bastante confortable, eso había que admitirlo, pero no dejaba de ser una celda.

«Ayúdame, oh. Dios —rezó con un fervor silencioso mientras *Honey*, con sus cuidadosas patas, iba eligiendo el camino tras el reconfortante volumen de *Horace*—. No puedo hacer esto sola».

Siguieron el camino algunas millas más, y Helewise siguió rezando. Entonces, un grito inesperado de Agustín la hizo levantar la cabeza.

—¡Mirad! —gritó, a la vez que señalaba delante de él—. ¡Mirad!

Ella miró. Y también lo hizo Saúl, a su lado.

Exactamente enfrente de ellos, en una isla alargada que parecía levantarse como una nave imponente por encima del húmedo cenagal que la rodeaba, había una edificación. Alta, imponente, con la simetría tan sólo alterada por las varas del andamio que apuntalaba uno de sus lados.

A pesar de la mucha gente que se veía circular a su alrededor —desde aquella distancia sólo veían personas diminutas y sin rasgos definidos—, el lugar desprendía una sensación de paz. Como si, allá arriba, en su serena altitud, mirara al mundo de abajo y lo bendijera.

Y, dentro de su silencio atemorizado, Agustín dijo en voz baja:

—Es la catedral de Ely.

## Capítulo nueve

Una vez se aseguró de que fray Saúl, fray Agustín y los caballos estaban de camino a los aposentos para invitados del monasterio, Helewise le pidió a uno de los monjes que la guiara hasta su superior.

Mientras seguía a la figura ataviada de negro por un laberinto de pasillos estrechos, sentía rabia por estar tan nerviosa. «Puede que esta abadía sea magnífica y estén a punto de finalizar las obras de su enorme catedral, pero para Dios Hawkenlye es igual de importante». Al detectar cierto orgullo terrenal en este pensamiento, lo apartó de su mente.

El monje llamó a la gran puerta de roble y, cuando una voz fresca dijo «adelante», la abrió y se hizo a un lado para escoltar a Helewise hasta el interior de la estancia.

El monje que se sentaba dentro, evidentemente ocupado con ese tipo de papeleo interminable al que Helewise estaba tan acostumbrada, levantó los ojos. Su rostro serio era delgado hasta el punto de marcar los huesos, y sus ojos claros, bajo unas cejas y unas pestañas pálidas, casi invisibles, no tenían un color definido. Tampoco tenían una calidez perceptible. El hombre le dijo, lacónico: «¿Sí?».

Ella se presentó. Intentando ignorar el elemento burlón en su incrédulo «¿De un lugar tan remoto como Hawkenlye? ¿En Kent?», se dispuso a exponer su indagación en Ely. Al observar la sonrisa dura y cortante que cruzaba su delgado rostro, ella se dio cuenta demasiado tarde de su error.

—Naturalmente —se apresuró a decir—, no esperaba averiguar que sor Alba había estado precisamente en Ely, pero sí me preguntaba si...

Pero él ya no la escuchaba. Estaba demasiado ocupado disfrutando de la turbación de la abadesa y la interrumpió:

—Aquí no hay monjas, abadesa: es un monasterio.

La lentitud con la que pronunció la palabra «monasterio» —como si ella fuera medio boba e incapaz de comprenderlo— resultaba insultante.

La rabia le otorgó dignidad y la ayudó a reaccionar.

—Lo sé perfectamente —dijo con serenidad—; he venido simplemente a pedirle que me informe de las fundaciones de los alrededores que acogen a mujeres. —Él abrió la boca, sin duda para añadir algún comentario cortante más, pero ella no lo dejó hablar—. Sor Alba fue muy parca a la hora de dar detalles —prosiguió—, de modo que debo pedirlos, si es que no es demasiado problema, que me facilitéis una lista completa de todos los conventos que conocéis. Sólo cuando pueda hablar con su antigua superiora en privado tendré la oportunidad de resolver esta situación tan embarazosa, permitiendo así que mi comunidad vuelva a nuestro deber de servir a Dios tal como Él nos ha ordenado hacer.

Su seguridad pareció causar algún efecto, y la arrogante expresión del abad se relajó ligeramente.

—Comprendo vuestra posición, abadesa —dijo, y luego, después de hacer una

pausa, como para ordenar las ideas, añadió—: Os aconsejo que visitéis a las monjas de Chatteris, y las del priorato de Cambridge, puesto que son los dos centros más próximos a Ely. —Frunció el ceño—. Aunque, el motivo por el que aquella chica le dijo Ely, si donde realmente estaba ella era en Cambridge, lo ignoro. —Se quedó en silencio unos instantes, como si estuviera pensando. Luego añadió—: Tal vez sería mejor que fuerais a la pequeña comunidad benedictina cerca del preceptorio de Templar, en Denney. Denney está situado entre Ely y Cambridge, por tanto, creo que es más probable que la muchacha quisiera decir que formaba parte de Ely. —Agitó ligeramente la cabeza, como en un gesto de incredulidad ante esa falta de precisión—. Sí, Denney —repitió. Luego, fijando una mirada dura y a la vez burlona en Helewise, añadió—: Las monjas de allí llevan un manicomio.

Su comentario despreciativo fue tan claro que el monje pensó que Helewise le seguiría el juego.

—¿No hay algún otro convento cerca? —preguntó ella, ignorando el tono sarcástico del monje.

La expresión de desdén se intensificó.

—Nada que merezca ser llamado así —dijo fríamente—. Sin embargo, está Sedgebeck.

—¿Sedgebeck?

El hombre no respondió.

—Vuestra monja, esa problemática sor Anne... —dijo al cabo de unos instantes.

—Alba —lo corrigió ella.

—... ¿no parece, según vos, haberse impregnado de la esencia de la vida de reclusión?

Sin tenerle en cuenta la pedantería, ella respondió:

—No, no creo que lo haya hecho.

Ahora, él sonreía abiertamente, con toda probabilidad, pensó Helewise, ante la agradable perspectiva de verla salir de la estancia.

—Pues entonces me atrevería a sugeriros que, antes de Denney, vayáis a Sedgebeck.

Helewise no quiso arriesgarse a que volviera a mofarse de ella preguntándole por qué; lo más probable es que le soltara algo desagradable como: «Eso juzgado vos misma, abadesa; yo no podría decíroslo». En vez de eso, se limitó a decirle:

—Os agradezco el tiempo que me habéis dedicado.

Luego se volvió para salir de la estancia.

—¿Necesitáis que os dé indicaciones? —añadió él, subiendo el tono de voz.

Con una pequeña e innoble sensación de triunfo, Helewise respondió:

—Desde luego que no, abad; se las pediré a alguien que, a diferencia de vos, no ande enfrascado en un trabajo tan absorbente.

Anduvo de regreso hasta el patio, donde se encontró con Saúl y Agustín, que estaban esperándola.

—Debemos encontrar un lugar llamado Sedgebeck, luego otro llamado Denney, en el que hay unas monjas benedictinas que dirigen Un manicomio —les dijo ella—. ¿Conocéis alguno de los dos, Agustín? —El joven monje negó con la cabeza—. Pues, entonces, hay que pedir indicaciones —prosiguió—. ¿Os habéis encontrado con alguna alma cristiana y amistosa que nos las pueda facilitar?

Agustín levantó una ceja e intercambió una mirada rápida con Saúl. Helewise se dio cuenta de que ambos eran demasiado disciplinados como para atreverse a preguntar por qué el abad no se las había facilitado.

—Le preguntaré al encargado del establo —dijo Saúl—, dice que es de aquí.

Pronto estuvo de regreso:

—Para ir a Sedgebeck, tenemos que volver por donde llegamos, cruzar de nuevo Wicken Lode e ir hacia el sur, en dirección a una isla que veremos directamente frente a nosotros. Eso es Sedgebeck. Denney está al suroeste de aquí, y hay buen camino.

Helewise advirtió que Saúl estaba pálido.

—Gracias, Saúl. ¿Os encontráis bien?

—Sí, abadesa.

—Propongo, entonces, que nos marchemos de inmediato —anunció—. Nos quedan todavía varias horas de luz, y si ni Sedgebeck ni Denney son el lugar que buscamos, entonces, como antes lo sepamos, antes podremos encaminarnos hacia nuestro destino.

Fray Saúl se había quedado boquiabierto.

—Abadesa, si realmente nos dirigimos a Sedgebeck, creo que deberíamos salir por la mañana —dijo. Hilillos de sudor le empañaban la frente.

—¿Por qué, Saúl? —preguntó ella con delicadeza, muy sorprendida de que su robusto hermano presentara todos los signos del terror extremo.

—¡Abadesa, si allí es donde realmente estaba sor Alba, entonces no es de extrañar que la pobre muchacha esté perdiendo la cordura! —La voz se le mudó en un susurro y se acercó un poco más.

Helewise advirtió cómo Agustín también se acercaba. «Debemos de parecer un trío de brujas», reflexionó ella.

—Sedgebeck tiene una terrible reputación —murmuró Saúl—. Hay gente que se ha perdido por sus cenagales, ¡y otros que han perdido totalmente la razón! Y también hay arenas movedizas junto a los cauces de agua que aspiran al viajero incauto, ¡y no lo sueltan hasta que lleva tiempo ahogado! Hay cosas que viven en sus aguas que ningún hombre desearía ver, cosas perversas, monstruos que salen a rastras del fango y se llevan el ganado. También se llevan a los bebés, según el mozo de establos.

Helewise se irguió y declaró con firmeza:

—Saúl, has estado escuchando supersticiones y charlatanerías. ¿Crees realmente que Nuestro Señor permitiría que algo así sucediera en su tierra, en especial cerca del

suelo santificado de una de sus comunidades sagradas?

—Pero ése es precisamente el problema, parece que dicen que Sedgebeck no es... —empezó a explicar Saúl.

—Y eso parece cotilleo de otro tipo, ¡pero igual de condenable! —lo interrumpió Helewise—. Por favor, hermanos, coged los caballos, suplicad a los amables monjes que os den unas cuantas provisiones y pongámonos en marcha.

Con una última, penosa mirada en su dirección, Saúl la obedeció. Agustín se dispuso a seguirlo, pero de pronto se detuvo.

—¿Abadesa? —dijo, en voz baja.

—¿Sí, Agustín?

—Puede que no se trate necesariamente de habladurías, ¿sabéis? Debemos ser cautos. Los rumores no nacen de la nada, al menos, según mi experiencia.

Debería haberlos escuchado. La experiencia de Agustín, que creció entre gente nómada, merecía la pena ser escuchada.

Pero ella estaba todavía bajo los efectos de su conversación con el abad, y razonar ahora con dos hermanos legos amedrentados por temores campesinos no era lo que más le apetecía.

—Haz el favor de ir a ayudar a fray Saúl —añadió, escueta—. Nos iremos tan pronto como estemos listos.

Cuando se pusieron en marcha, el sol estaba ya bajo en el horizonte. Una espléndida puesta de sol teñía el cielo de resplandecientes naranjas, y pequeñas nubes rosas brillantes surgían a medida que el paisaje se iba enfriando. De los cañizos brotaba un rumor susurrante que sin duda procedía de las aves marinas que regresaban a sus nidos para protegerse de la noche, se dijo Helewise.

Cabalaron durante un buen rato. Luego, el tiempo cambió.

Una franja de nubes bajas en el horizonte empezó a crecer rápidamente, expandiéndose de pronto como una especie de hongo extraño y negro por todo el cielo. A lo lejos se oía el fatídico rugido del trueno.

Saúl acercó su jaca al animal de Helewise.

—¡Abadesa, se acerca una tormenta! —apremió.

—Es obvio, fray Saúl. ¿Qué pensáis...?

Pero Agustín, que iba en cabeza, los interrumpió. Dándose la vuelta, gritó:

—Si seguimos hasta Sedgebeck, llegaremos empapados. Todavía tardaremos: hay que encontrar el camino, y es probable que, si llueve fuerte, se inunden algunos de los diques y las zanjas que tenemos que cruzar. Pero hasta Denney el camino es todo recto, y tan sólo faltan cuatro o cinco millas. ¿No deberíamos dirigirnos allí, abadesa?

Ella pensó rápidamente: ¿ajustarse al plan inicial y buscar el convento oculto en los pantanos o desviarse e ir a Denney?

Otro estruendo rugió hacia ellos a través de la llanura. Helewise se decidió rápidamente y le gritó a Agustín:

—¡Llevadnos a Denney!

Llegaron con las primeras gotas de lluvia; eran grandes, redondas y duras como piedras, y golpeaban sin compasión a los tres jinetes. Helewise intentaba cubrirse la cabeza con una mano mientras observaba a Agustín gritarle al portero por encima de los sonidos de la tempestad; debía de saber exactamente qué decir, porque, al cabo de un momento, el gran portón se abrió de par en par y todos entraron adentro.

Un par de figuras cubiertas con sacos corrieron a ayudarlos, llevándose rápidamente a los caballos bajo cubierta mientras otra figura, que también se protegía con un saco, se asomó por una puerta entreabierta e hizo señas a la abadesa y a sus acompañantes para que entraran.

Sólo cuando esa figura se quitó el saco y empezó a pronunciar sus palabras de bienvenida, Helewise se dio cuenta de que era un hombre. Respondiendo rápidamente a su bienvenida, ella preguntó:

—¿No es ésta la residencia benedictina de Denney?

Y el hombre, quien, una vez despojado del saco, apareció como un joven de rostro fresco y ataviado con un hábito negro, le respondió:

—No. Esto sí es Denney, pero habéis venido al preceptorio del Temple. ¿Buscabais a los benedictinos, hermana?

—Sí.

El hombre prestó atención a un nuevo rugido del trueno.

—Pues entonces os sugiero que aplacéis vuestra misión hasta la mañana y permanezcáis con nosotros en esta noche tan indómita.

Casi fue capaz de percibir el alivio de sus dos compañeros. Helewise le hizo una reverencia al fraile de hábito negro y exclamó:

—Gracias. Aceptamos agradecidos vuestra hospitalidad.

La hospedería de los templarios era un lujo.

Helewise, que se imaginaba que era la única mujer bajo el techo del preceptorio, gozó de un dormitorio para ella sola. Le facilitaron agua caliente, una cena exquisita y una jarrita de vino, y le encendieron la chimenea para que pudiera secarse la ropa. Durmió profundamente, en una cama muy confortable con sábanas de hilo y mantas de suave y cálida lana.

Cuando se encontró con Saúl y Agustín, a la mañana siguiente, el mismo monje que los había recibido la noche anterior los condujo hasta una pequeña estancia, donde les sirvieron el desayuno. Helewise se estaba preguntando por qué los mantenían apartados de la comunidad cuando el monje dijo:

—Disculpádnos si parecemos preocupados. Estamos viviendo momentos de graves adversidades que exigen la plena atención de nuestro Señor, y la de nuestros hermanos veteranos.

—Lamento que nos hayamos añadido a vuestras preocupaciones —le contestó Helewise.

—Por favor, no debéis disculparos —le sonrió el monje—. He recibido instrucciones de proporcionaros toda la ayuda que esté al alcance de mi mano.

¿Puedo llevaros a la residencia benedictina, por ejemplo? Tal vez si pudierais explicarme los asuntos que debéis tratar con las hermanas de allí...

Helewise no vio motivo para ignorar su ofrecimiento. Le contó en qué consistía su misión, pero antes de acabar el monje ya había empezado a sacudir la cabeza.

—Abadesa, disculpadme por haberos tratado de hermana anoche. No malgastéis vuestro tiempo yendo al convento: es muy improbable que las monjas de Denney aceptaran nunca a sor Alba en su comunidad. Las monjas son todas, eh, maduras, y todas ellas llevan muchos años en el convento. No hay nadie que vaya hasta allí para incorporarse a la comunidad, puesto que se trabaja duro, y el Señor llama a muy pocas para que le sirvan allí.

Helewise reprimió un suspiro. Oh, santo Dios, parecía que ella y los hermanos legos terminarían teniendo que ir a Sedgebeck. Miró al inquieto monje a los ojos.

—Ya Veo... —dijo—. En ese caso, tendremos que ir al convento de Sedgebeck, y preguntar allí si las monjas han oído hablar de nuestra hermana Alba.

—Sedgebeck —repitió el joven fraile, frunciendo el ceño—. El nombre me suena... ¿dónde he oído yo hablar de ese lugar?

Se le iluminó el rostro y justo cuando pronunciaba un alegre «¡Sí, ahora lo recuerdo!», la puerta se abrió y otro monje, mayor, entró en la estancia.

Sin preámbulos, el recién llegado dijo, escueto:

—¿Fray Timothy? Requieren vuestra presencia en el dormitorio, donde fray Adam os necesita para que lo ayudéis a reparar el techo.

El joven se había puesto de pie.

—Pero justo estaba...

—Fray Timothy, os lo ruego —pidió el monje de más edad, en un tono de voz que no admitía discusión.

Con una reverencia a Helewise y otra más pronunciada a su compañero, fray Timothy abandonó la sala.

—¿Os dirigís a Sedgebeck, abadesa? —preguntó el viejo monje. Helewise asintió—. Pues entonces os recomiendo que os vayáis en cuanto deje de llover.

Sin mediar ni una palabra más —y sin explicar qué quería decir con su comentario—, él también abandonó la estancia.

Helewise y los dos hermanos legos ya no vieron a ningún monje más hasta su partida. Poco después de mediodía, la lluvia cesó finalmente y les permitió ponerse en camino. Helewise pensó que, fuera lo que fuese lo que preocupara a la hermandad de Denney, debía de ser algo grave. Agradecida por su hospitalidad, aunque se hubieran mostrado algo esquivos, rogó por que sus problemas se resolvieran pronto.

Avanzaron razonablemente bien por senderos llenos de barro, encharcados por la lluvia. Frescos por la buena noche de sueño y el generoso desayuno, no se detuvieron más que para un breve descanso, y a finales de la tarde, Agustín calculó que no podían quedarles muchas millas más por recorrer.

En cabeza como antes, se detuvo, y apretando los ojos contra el sol del atardecer,

miró fijamente los pantanos del sur.

—Puedo divisar una cuesta, delante de nosotros —señaló.

Helewise miró hacia donde señalaba.

—Sí, yo también la veo —declaró—. ¿Creéis que se trata de Sedgebeck?

—Eso espero —masculló Saúl.

—Vayamos, entonces —dijo ella, decidida—. No puede estar lejos. Si nos apresuramos, seguramente estaremos allí en poco tiempo.

Apretaron el paso. Pero, por mucho que intentaran mantener una línea recta hacia la elevación, aparecían obstáculos constantemente en su camino. Podían encontrar un riachuelo no demasiado ancho, pero sí lo suficiente como para que los caballos no pudieran saltarlo, ni demasiado profundo, pero sí lo suficiente como para no poder vadearlo. Y cada vez que tenían que desviarse al este o al oeste, la creciente oscuridad dificultaba la visión del suave otero que era Sedgebeck.

Después de una espera larga y llena de ansiedad mientras Agustín se mantenía de pie sobre los estribos, oteando entre la penumbra, Helewise preguntó:

—¿Veis todavía el lugar, Agustín?

—Creo que sí —contestó alegre. Luego añadió—: Debemos proseguir por esta orilla —dijo, indicando a la izquierda—, encontrar rápidamente un punto por el que cruzar y luego seguir en línea recta.

Saúl murmuraba para sus adentros; parecía como si estuviera rezando.

Hallaron un lugar con la tierra razonablemente firme y colocaron los caballos en el dique que cruzaba su sendero. Todos pudieron cruzar sin problemas. «Tal vez —pensó Helewise— deberíamos unirnos todos a las plegarias de Saúl, puesto que el buen Señor padece estar escuchando».

Se pusieron en marcha hacia la isla. La forma fantasmagórica de una enorme ave migratoria voló por encima de ellos, como una silueta oscura recortada contra la última luz del día. Agustín dijo serenamente: «La garza real». Y cuando la oscuridad cálida y húmeda pareció instalarse a su alrededor, oyeron el agudo e inconfundible zumbido de los mosquitos.

Helewise, mientras se daba golpecitos en las mejillas, exclamó:

—¡Rápido, Agustín!

Pero la voz calmada del hombre llegó flotando hasta ella:

—No hay que alarmarse, abadesa. Es mejor que procedamos con cuidado, dejando que los caballos encuentren su camino. No temáis, ellos saben por dónde pueden pisar.

Luchando contra el pánico, Helewise respiró hondo un par de veces y comenzó a rezar.

Era noche cerrada cuando finalmente emprendieron la cuesta que llevaba hasta la isla. El suelo húmedo y duro de arcilla se pegaba a las pezuñas de los caballos, y sus pasos hacían un sonido distinto en la quietud de la noche.

De las edificaciones bajas y con tejados de caña que tenían enfrente y que

parecían ser el convento no salía ningún sonido, ninguna luz, «¡Oh, Dios mío, aquí no hay nadie! —pensó Helewise—. Han huido, o han muerto todos a causa de las fiebres, o escaparon a los demonios y a los diablos...».

Oyó un leve quejido de Saúl. Delante de él, Agustín permanecía a lomos de *Horace* como petrificado. «Esos dos hombres buenos y leales son responsabilidad mía —se dijo—. No debo quedarme aquí atemorizada; soy yo quien los ha traído hasta aquí, y soy yo quien debe intentar rescatarlos de esta terrible situación...».

Y se puso en marcha antes de que el miedo se apoderara totalmente de ella, descabalgó a *Honey* —los caballos no tenían miedo, advirtió ella de manera casi inconsciente, de modo que la situación no debía de ser tan terrible—, y entregándole las riendas a Saúl, se acercó a grandes zancadas hasta lo que parecía ser una entrada en la baja empalizada de madera que rodeaba los edificios. Había un palo que cerraba la abertura y ella lo empujó a un lado. De inmediato, un animal que había estado encerrado dentro se apresuró a salir, rozándola, y desapareció por las tierras empantanadas levantando barro con sus veloces patas.

«Oh, Dios mío», pensó ella, con la esperanza de que aquella criatura, fuera lo que fuese, no se alejara demasiado. Volvió a poner la valla y prosiguió hasta la edificación más cercana, que era la única de tamaño considerable.

Con una ligera sensación de ridículo, llamó a media voz:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Estoy buscando a la abadesa de Sedgebeck.

Se oyó un murmullo procedente del interior, como si alguien estuviera moviéndose por encima de un colchón de paja.

—¿Quién es? —gritó una voz fuerte—. ¿Quién viene a despertarnos de noche? ¡Os advierto que vamos a soltaros a los perros!

—¡No! —exclamó Helewise.

Oyó a Saúl que chocaba contra la abertura de la empalizada, e instantes después estaba a su lado. Llevaba un garrote en la mano que, Helewise estaba segura, no tenía cuando habían salido de Hawkenlye.

—¡Es la abadesa de Hawkenlye! —gritó—. ¡Viene en una misión importante! ¡Abrid, por caridad, y dejadnos entrar!

Se oyeron más crujidos, y luego unos pasos. Luego se abrió una pequeña trampilla en la puerta que dejó ver el repentino brillo cegador de, un quinqué. Un par de ojos recelosos se asomaron.

—¿Hawkenlye? —dijo la voz—. Hawkenlye, ¿donde están las aguas sagradas?

—Sí —asintió Helewise, tratando de sonar serena y convincente—. No queremos haceros daño, en nombre de Dios. Necesitamos refugio.

—Hawkenlye —repitió la voz. Su tono ronco hacía imposible distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer—. Sí, eso está bastante lejos de aquí.

—Llevamos una semana viajando —empezó a explicar Helewise—, y...

De pronto, se oyó el sonido de una pesada barra de hierro que se retiraba y la puerta se abrió.

—Pues, en ese caso, será mejor que entréis, vos y vuestro sirviente —dijo su anfitrión, quien, a la luz del candil del interior de la edificación, resultó ser una mujer muy alta y fuerte, con el gorro de dormir de monja en la cabeza y con un holgado camisón color crema que la tapaba desde el mentón hasta los pies, muy remendado y no demasiado limpio.

—Viajo acompañada de dos hermanos legos —dijo Helewise, indecisa—, y cada uno de nosotros lleva un caballo...

La enorme monja miró hacia afuera, advirtiendo de un vistazo la figura de Saúl, justo detrás de la abadesa, y, detrás de él, a Agustín, que sujetaba a los caballos. Levantó el candil y señaló con la otra mano uno de los otros dos edificios, más pequeños y en peor estado que el principal.

—No es ni siquiera un establo, puesto que no tenemos caballos —declaró—, pero allí hay heno para nuestro cerdo, y los mantendrá resguardados de la niebla y el relente.

—¿Estaréis bien, abadesa? —le susurró Saúl al oído.

—Sí, Saúl. Vos y Agustín acostaos. Os veré por la mañana.

Helewise los observó dirigirse al establo. Ella siguió entonces a la monja al interior y cerró la puerta. La monja la apartó a un lado y echó el cerrojo.

Luego se volvió, miró a Helewise y le señaló una zona que había tras unas cortinas al fondo de la estancia.

—Las otras están ahí —señaló—. Les diré quién sois y por qué habéis venido; luego calentaré un poco de agua para prepararos una bebida caliente.

—Gracias —respondió Helewise vagamente.

«Por qué habéis venido...». ¿Cómo era posible que la monja grandota lo supiera, si Helewise no se lo había contado? Sintió un escalofrío de miedo que le recorrió el cuerpo. Ese lugar, ese lugar desolado, pensó, tratando de ser racional, debía de estar afectándola. Tal vez no hubiera oído bien...

La monja volvió al cabo de pocos minutos. Hablaba mientras se movía, azuzando la llama de la chimenea central a la vez que ponía un cazo en el fuego.

—Tengo un poco de manzanilla —dijo—, os ayudará a conciliar el sueño. Y tal vez una pizca de valeriana. Pronto estará listo.

Cogió una taza de loza, le quitó el polvo con la falda de su camisón y la colocó en el suelo, junto a la chimenea.

—De veras —prosiguió, en el mismo tono de conversación—, estábamos convencidas de que ya no volveríamos a saber nada más de Alba.

## Capítulo diez

La monja echó el agua caliente sobre las hierbas que había puesto en la taza, removió la mezcla con el dedo y, al cabo de unos instantes, se la ofreció a Helewise.

—Hum... —Meditó—. Creo que yo también tomaré una.

Alejando de su mente la asquerosa falda y el dedo que la monja había usado para remover la bebida, Helewise sorbió de su taza. El sabor era asombrosamente agradable, dulce como la miel.

—Bien —dijo la monja, mientras se sentaba junto a Helewise—, habéis venido por Alba.

—¿Cómo lo sabíais?

La mujer sonrió vagamente.

—Aquí, en Sedgebeck, también tenemos nuestros problemas. La mayor parte (soledad, escasez de alimentos, humedad, fiebres) los resolvemos. Sin embargo, con Alba no pudimos hacer nada.

Aunque deseaba ansiosamente oír más, Helewise recordó sus maneras:

—¿Sois vos..., disculpad que os lo pregunte, pero sois vos la superiora aquí? Es sólo...

—¿Es sólo que no deberíais hablar de asuntos tan privados con alguien que no fuera superiora como vos? ¿Es eso, abadesa...?

—Helewise.

—Abadesa Helewise. Sí, yo soy la superiora. Soy la abadesa Madelina.

—¿Y estáis segura de que nuestra conversación no molestará a las hermanas que están durmiendo?

La abadesa Madelina rió en silencio.

—Una de ellas es anciana y está casi totalmente sorda; la otra está enferma y se ha tomado una poción para dormir, y la otra está tan profundamente comprometida con Nuestro Señor que apenas oiría la trompeta del Juicio Final si sonara para ella.

—¿Y las demás?

La abadesa la miró con extrañeza.

—No hay nadie más.

«¡Cuatro mujeres solas en este lugar tan remoto!», pensó Helewise, sobrecogida. ¡Dios mío, qué lugar! ¿Qué hacían allí?

—Trabajamos nuestra pequeña parcela de tierra, cuidamos de nuestros animales, rezamos —declaró la abadesa Madelina.

—¿Cómo sabíais lo que estaba pensando? —preguntó Helewise, impresionada.

—Recibimos muy pocas visitas, como comprenderéis. Después de las marismas, la bruma y los mosquitos dicen todos lo mismo: ¿cómo podemos vivir aquí?

—Lo lamento.

—No pasa nada. Para contestar a vuestra pregunta, siempre tenemos la misma respuesta: que Dios nos ha llamado a este lugar solitario y desolado con el fin de que

su preciosa luz ilumine la oscuridad y que cuando Él nos llame, nosotras lo obedezcamos. —La abadesa Madelina se levantó—. ¿Tomaréis otra taza?

Ya sin pensar en las faldas viejas y las uñas sucias, Helewise levantó su taza y contestó:

—Por favor.

—¿Algo de comer? Hay una hogaza de pan y un poco de panceta.

Hubiera sido descortés rechazar su ofrecimiento. Además, Helewise estaba hambrienta, y sus provisiones se encontraban en el establo, con los hermanos y los caballos.

—Gracias.

—Y ahora —dijo la abadesa Madelina, volviendo a sentarse—, hablemos de Alba. Supongo que debe de haberse metido en algún lío que os incumbe; de lo contrario, no habríais venido hasta aquí.

—Así es.

Con calma, Helewise fue contándole a la abadesa la lucha de las monjas de Hawkenlye por tratar de acoger a Alba en su comunidad. Hizo una narración breve; en el fondo deseaba abrirle el corazón a aquella amable extraña, pero Helewise se resistió. No mencionó el ataque de Alba a su hermana pequeña, y sólo hizo una breve alusión al golpe que la joven intentó asestarle a ella.

—De modo que, ya lo veis, estoy en la difícil posición de verme forzada a dudar de la vocación de una monja ordenada.

—Hum —la abadesa Madelina miró a Helewise con sus ojos azul claro—. Lamento vuestros problemas, abadesa Helewise. Nuestra experiencia con Alba, aunque fue muy angustiada, en general no alteró la vida de nuestra comunidad tan profundamente como los acontecimientos recientes parecen haber afectado a la vuestra.

«Y no os he contado ni la mitad», pensó Helewise.

Aquellos ojos azules y brillantes la escrutaban con compasión. Helewise se encontraba a gusto con la abadesa, que parecía aceptar su triste vida con tanta fortaleza y serenidad. Llevada por el impulso, le preguntó:

—¿Cómo os las arreglabais vos con sor Alba?

—«Sor», no —replicó Madelina.

—¿No?... ¡pero si me dijo que había hecho hasta los últimos votos! ¡Hace cinco años!

—Os mintió, abadesa. Estuvo con nosotras menos de un año y, aunque le permití hacer los primeros votos y embarcarse en su noviciado, fue un error de criterio. Al cabo de tan sólo cuatro meses, le sugerí que no debía seguir entre nosotras. Entonces le solicité al arzobispo que la despojara de sus votos y se marchó del convento.

—Y vino hasta nosotras —suspiró Helewise.

—No inmediatamente. —La expresión de la abadesa Madelina era sombría—. Primero intentó destruir nuestra capilla. Con cierto empeño, debo decir.

Le mostró el brazo; el hueso interior del antebrazo aparecía extrañamente torcido.

—Me temo que así es como se me va a quedar —dijo, mirando el brazo retorcido—. Alba me rompió un candelabro contra el brazo, y los huesos no se soldaron bien.

Helewise alargó una mano dubitativa y tocó el brazo deforme con las puntas de los dedos.

—Debió de haceros daño —dijo.

—Me curé. ¿Qué os ocurrió a vos?

—Como os he dicho, conseguí apartarme a tiempo.

Se hizo un silencio entre ambas. Helewise sentía una ligera satisfacción por haberse demostrado que estaba en lo cierto respecto a Alba; cierto o falso, eso no le evitaba el terrible dilema de qué hacer con ella.

Volviendo de nuevo a seguir el hilo de sus pensamientos, la abadesa Madelina dijo:

—Hay mucho que puedo contaros sobre Alba, abadesa, si queréis escucharme.

—Encantada —asintió Helewise—. Necesito vuestro consejo, abadesa.

—Y lo tendréis. —La monja alta se puso en pie e, inclinándose hacia Helewise, le susurró—: Pero es una historia demasiado larga. Os lo contaré por la mañana.

Al cabo de unos momentos, Helewise —que no estaba hambrienta, ni sedienta, y en cambio sí agotada por los esfuerzos físicos y mentales de la larga jornada— se acomodó sobre un colchón de paja y se quedó dormida.

La despertó el sonido de la voz de una monja, que llamaba a gritos:

—¡Alabado sea el Señor, que en su bondad nos ha otorgado el don de este nuevo día!

Helewise oyó el crujido cercano de los colchones de heno mientras las demás monjas se levantaban de la cama y se arrodillaban en el frío suelo de tierra batida, levantando sus voces en la plegaria matutina. Al cabo de unos instantes, Helewise se incorporó a los rezos.

Luego, todavía en medio de la oscuridad absoluta, hizo lo que suponía que estaban haciendo las demás y se puso la toca, la cofia y el velo, y por encima de la ropa interior, se envolvió con su túnica, que abrochó con el cinturón. Al salir de la zona cerrada tras las cortinas, se dio cuenta de que el área principal del salón empezaba a recibir el resplandor perlado de la primera luz del día.

Una de las monjas estaba poniendo trozos de pan sobre cinco platos de madera, colocándolos a una distancia equidistante sobre la desvencijada mesa. Había cinco tazones de loza preparados junto a un cazo de agua que hervía en la chimenea. La monja levantó los ojos y, al advertir que Helewise la estaba observando, le sonrió con dulzura y le rogó que se sentara.

El espartano desayuno fue degustado en silencio. Luego, la abadesa Madelina se levantó, dirigió a Helewise y a las demás una breve plegaria y, con un gesto de la cabeza, despachó a las monjas.

Helewise miró a través de la ventana cómo salían. Parecía que hacía un día

espléndido.

—Todas tienen tareas asignadas —explicó la abadesa Madelina—. Abadesa, os gustará saber que vuestros dos hermanos legos ya nos han sido muy útiles. Uno ya ha cazado al cerdo (es un chico inteligente: sabía que el animal regresaría tan pronto como oyera el palo golpeando el cubo de la comida), y el otro ha reparado una parte de nuestra verja que se había hundido.

—Ambos son personas de fiar —respondió Helewise.

—El mayor os es muy devoto —señaló la abadesa Madelina, con una sonrisa—. Nos preguntó cómo habíais pasado la noche, y estaba visiblemente preocupado por si habíais cogido frío.

«Oh, Dios mío —pensó Helewise—, espero que Saúl haya sido diplomático».

—No os preocupéis —añadió la abadesa Madelina—, fue muy cortés. Y ahora —se apresuró a decir, mientras Helewise se sintió aturdida al comprobar que sus pensamientos estaban de nuevo al descubierto—, volvamos a la pobre Alba. Os dije que os diría lo que sé, y desde luego lo haré Aunque, tal como es Alba, no sé cuánto de verdad habrá en ello. Confío que alguna vez todo salga a la luz.

Hizo una pausa, mirando a los rincones de la estancia mientras parecía estar decidiendo la mejor manera de empezar. Helewise sintió entonces una fuerte afinidad con ella, puesto que ella también había sido formada, durante su noviciado, para ordenar las ideas antes de hablar, con el fin de asegurarse la claridad y la economía de palabras.

—Alba llegó aquí a principios del verano pasado. En mayo, creo —empezó Madelina—. Mi primera impresión fue que pedía su ingreso entre nosotras porque estaba furiosa con lo que le había tocado vivir, lo cual no es lo mismo, por supuesto, que tener vocación. Pero intenté tener la mente abierta y, desde luego, al principio ella parecía adaptarse bastante bien a la vida en la comunidad «Demasiado» bien, podría decirse, puesto que era rígida en su autodisciplina y también en la valoración de la disciplina de los demás. Por ejemplo, sor Mary es mayor y está sorda, y además sufre de fuertes dolores en las articulaciones, y yo hago la vista gorda cuando no se entera de una llamada a la plegaria, o cuando desliza un trozo de tela entre sus doloridas rodillas y el suelo frío, húmedo y duro de la capilla cuando se arrodilla a rezar. Alba, con su testarudez, siempre comentaba este tipo de cosas públicamente y delante de mí.

»También la tomó con nuestra querida sor Celestina a causa de su tendencia a la distracción; Alba no dejaba de delatar ante mi atención que Celestina se quedaba mirando al cielo cuando debía estar trabajando, o que canturreaba cuando se suponía que debía estar rezando en silencio Mirad, abadesa, conozco a sor Celestina y entiendo que está dotada con un don raro y precioso, el de la comunión con el Señor, cuya voz oye en el viento, en la lluvia, en los cantos de los pájaros y en cualquier tipo de sonidos naturales. ¿Quiénes somos nosotras, sus hermanas, para interrumpir cuando nuestro Dios bendito elige hablar? Y, como le repetía Alba muchas veces

(aunque ella no me escuchaba), sor Celestina siempre cumple con su parte de las labores.

—Pero el exceso de celo es una característica bastante común entre las postulantes —comentó Helewise.

La abadesa Madelina asintió:

—Sí, lo es. Eso es lo que yo me repetía una y otra vez. Y, a medida que pasaron las semanas y Alba insistía que quería tomar sus primeros votos como novicia, decidí preguntarle sobre su familia. Pensé que me sería útil para entender su comportamiento.

—¿Qué os dijo ella?

—Me contó que procedía de una familia rica (lo cual, de hecho, veía avalado por el hecho de que llegó aquí con una generosa dote, que incluía dinero y bienes), y que la riqueza de su familia se había convertido para ella en una carga penosa. La ostentación en el hogar familiar la ponía enferma, declaró, cuando a tan poca distancia de esa casa cálida y resplandeciente de abundancia había pobres muriendo de hambre y de enfermedad. Estaba llamada a una vida humilde de plegaria, me dijo, y deseaba fervientemente que su propia renuncia a la riqueza y a las comodidades mitigarían el bienestar egoísta de su familia.

—Debió de ser una «dura prueba para su familia —comentó Helewise.

—Fue exactamente lo que yo pensé, abadesa. Me pregunté, aunque me avergüenzo de confesarlo, si la generosa dote de su padre no había sido una manera de decir que habría pagado cualquier cosa por quitarse a su hija de en medio.

—Desde luego.

Helewise pensaba, intentando recordar exactamente lo que Alba le había contado al llegar a Hawkenlye.

Como ya sospechaba antes de que la abadesa Madelina empezara a contar su historia, la versión era totalmente distinta de la que le había contado a la abadesa de Sedgebeck. Alba le había dicho que su familia se encargaba de trabajar una pequeña parcela de tierra —que ni siquiera les pertenecía— y que, cuando sus padres murieron, las chicas quedaron huérfanas. Y, por tanto, sin recursos.

¿Cuál era el origen, entonces, de la dote de Sedgebeck? ¿Y por qué se había inventado Alba su procedencia familiar adinerada?

A menos que, tal vez, esa historia fuera la cierta y el cuento de las pobres huerfanitas fuera mentira.

Entonces se le ocurrió otra cosa:

—Abadesa, ¿qué aspecto tenía Alba?

Los ojos azules la miraron con una expresión sagaz.

—¿Tan distinta es la historia que os ha contado, que dudáis de si hablamos de la misma Alba?

Helewise sonrió.

—Sí.

—Alba es de estatura mediana, pero con una postura que provoca la ilusión de que es alta. Su tez es pálida, a menos que tenga un momento de furia; entonces se ruboriza de manera intensa. Tiene la boca pequeña, con unos labios finos que se doblan hacia adentro cuando algo no le gusta. Sus ojos... —La abadesa vaciló—. ¿Sabéis? No soy capaz de recordar el color de los ojos de Alba —sonó como si se lo reprobara.

—Tampoco yo —asintió Helewise—. Tiene los ojos más bien pequeños y hundidos.

—Sí, es cierto —suspiró Madelina—. Creo, abadesa, que hablamos de la misma mujer.

—Sí, estoy segura. Y, como vos adivinasteis, la historia que me contó sobre su origen es totalmente distinta. —Se la relató brevemente—. Una similitud, sin embargo, sí se me ocurre.

—¿Cuál? —preguntó ansiosamente Madelina.

—Oh, es sólo una pequeñez. Estaba pensando que, en ambos casos, Alba se presentó como un personaje heroico. —No, eso sonaba demasiado acusatorio—. Quiero decir que las circunstancias que contaba sugerían, en cada caso, que había actuado con coraje y nobleza de espíritu. Cuando vino aquí, dijo que había renunciado a una vida de lujos porque no podía compartirla con los sufrimientos de los pobres. Cuando llegó a Hawkenlye, contó que había sido obligada a abandonar una comunidad en la que era feliz para cumplir con su deber con su familia. Sus dos hermanas menores estaban desesperadas de tristeza por la muerte de sus padres, y Alba tomó la responsabilidad de restituirles su felicidad, sacándolas del lugar en el que habían sufrido su pérdida y llevándolas a vivir una nueva vida en otro lugar. Abadesa, ¿qué os ocurre?

La abadesa Madelina sacudía la cabeza lentamente, con el asombro claramente reflejado en el rostro.

—Abadesa Helewise, tal vez sí estemos hablando de mujeres distintas. Nuestra Alba no tenía hermanas; era hija única.

## Capítulo once

Las dos mujeres comprendieron en seguida que Alba había mentido a la abadesa Madelina sobre el hecho de ser hija única, además de haber contado muchas otras mentiras.

Pero ¿por qué?

—Si sus padres vivían cuando Alba llegó aquí, a Sedgebeck —aventuró Helewise—, entonces, en realidad, sus hermanas no eran su responsabilidad. Pero, una vez fallecidos los padres (y debo decirlos, abadesa Madelina, que no está claro si murieron juntos, como afirma Alba, o si la madre murió tiempo atrás y el padre hace poco), ya no podía seguir ignorando a las muchachas.

—Hum. Creo que vuestro siguiente paso ha de ser localizar la antigua casa familiar, si es que os dijeron dónde estaba. Pero me temo que no lo harían.

—Me informaron —la tranquilizó Helewise—. Berthe me lo dijo.

—Estupendo. Aunque me encantaría que os quedarais aquí con nosotras y descansarais unos días de vuestro largo viaje, creo que ya os hemos contado todo lo que hemos podido. Cada día que permanezcáis aquí es un día más para que las pistas, si es que existen, se enfríen.

—Tenéis razón —asintió Helewise—. Y un día más que Meriel sigue perdida y posiblemente en peligro.

—¿Perdida, habéis dicho?

Helewise cayó en la cuenta de que no se lo había contado a Madelina. Tampoco le había hablado del peregrino asesinado que encontraron en el sendero del valle. Mientras intentaba disimular su preocupación —y con la clara sensación de que no lo estaba haciendo nada bien—, se explicó.

La abadesa Madelina sacudió la cabeza, consternada, y cuando Helewise acabó de hablar, dijo:

—Rezaré por vos, abadesa. Os mantendré a mi lado en mis plegarias y, si me lo permitís, le pediré a sor Celestina que rece para que el Señor os ayude.

Helewise y los dos hermanos legos salieron de Sedgebeck después de haber tomado un almuerzo a mediodía con las hermanas. Helewise estaba bastante convencida de que aquellas amables monjas habían compartido con sus huéspedes más de lo que aconsejaba la prudencia, puesto que les habían ofrecido un ágape delicioso, y las raciones habían sido muy generosas.

La abadesa les había dicho a los dos hermanos cuál era su destino siguiente.

—Tan sólo tenemos el nombre de Medely como referencia —señaló cuando se disponían a marcharse— y, por lo que sé, podría tratarse de una aldea minúscula. Ninguna de las monjas de Sedgebeck la conocía cuando se lo mencionamos durante la comida.

Fray Saúl sugirió preguntar en Ely, pero Agustín declaró: «Yo estuve una vez en un lugar llamado Medely Birdbeck. Se celebraba una feria, e hicimos una función

allá».

Mientras se preguntaba si las plegarias de la abadesa Madelina ya estaban dando sus frutos, Helewise decidió:

—Pues, entonces, empecemos por ahí.

No les llevó mucho tiempo llegar a Medely Birdbeck, pero, lejos de ser el lugar importante y próspero que Helewise esperaba —las ferias, al fin y al cabo, no se celebran en medio de la nada—, resultó ser un pueblecito casi abandonado.

No había más de veinte casas, situadas alrededor de un estanque y flanqueadas por sauces, y había un cruce de caminos en medio de la aldea. Sin embargo, era evidente que la mayoría de las casas estaban deshabitadas; tan sólo salía humo de dos o tres chimeneas.

—¿Qué ha pasado aquí? —susurró Helewise.

La sensación de temor ante lo desconocido —que nunca, durante todo el tiempo que llevaba en las tierras pantanosas, la había abandonado— volvió a apoderarse de ella súbitamente.

—En esta zona sufren mucho de fiebres —dijo Agustín, mientras el rostro se le descomponía en arrugas de desasosiego al tiempo que miraba hacia la extensión desierta de terreno que llevaba hasta el estanque—. Dicen que las transmiten las picaduras de mosca, que llevan la enfermedad de la fiebre y el sudor. Va acompañada de un temblor tan violento que llega a descomponer a un hombre poco a poco. Los más fuertes sobreviven, pero los jóvenes y los ancianos... —No pudo acabar la frase.

—¿Y han muerto todos? —preguntó Helewise.

Agustín se encogió de hombros.

—No podría decirlo con seguridad, abadesa, pero parece probable. No es la primera vez que veo un sitio como éste, pero nunca nos quedábamos a preguntar. En los lugares en los que la muerte ya se ha llevado a tantos es mejor no demorarse.

De pronto Helewise fue brutalmente consciente de lo que les estaba pidiendo a aquellos dos hombres tan fieles.

—Tenéis razón, Agustín —dijo—. Vos y fray Saúl debéis alejaros hasta... bueno, hasta la distancia que creáis prudente, mientras yo sigo y...

Los dos hermanos hablaron a la vez.

—No debéis ir sola, abadesa —replicó fray Saúl—. Puede haber rufianes desesperados al acecho. Y fray Agustín dijo:

—Las moscas picadoras son más peligrosas en la cálida humedad del verano, ahora no hay por qué temerlas.

Sin querer, Helewise se rió.

—Parecís muy convincentes los dos —murmuró—. Está bien, veamos si alguna de estas chimeneas humeantes pertenece a la casa de alguien que pueda ayudarnos.

La primera casa ocupada estaba momentáneamente vacía, aunque en el fuego había algo cociéndose en una olla y un niño pequeño yacía dormido bajo una manta remendada.

La puerta de la casa contigua se abrió un poco justo cuando se acercaban, y un viejo asomó la cabeza por la rendija:

—¿Qué queréis? —dijo.

—Buscamos noticias de una familia que antaño vivió por aquí —dijo Helewise.

—¿Eh? —El viejo sacó un poco más la cabeza—. ¡Una monja, sois una monja!

La visión de ella pareció tranquilizarlo, y el anciano abrió más la puerta.

—¿Qué familia? Tendréis mucha suerte si siguen vivos; tuvimos una grave epidemia, perdimos a muchos habitantes de la aldea. Algunos de los que no enfermaron han emigrado. No sabría deciros dónde.

—Creo que el marido y probablemente la esposa de esta familia murieron de esa enfermedad —contestó Helewise—. Eran pequeños agricultores que alquilaban su granja, y tenían tres hijas, una de las cuales se hizo monja y...

Pero el viejo ya asentía con la cabeza, entusiasmado.

—Debe de tratarse de Alba —dijo—. Sí, todos nos alegramos cuando esa entrometida se largó a tomar los hábitos, aunque la mayoría pensábamos que lo había hecho simplemente por temor a la enfermedad.

—Conocemos a Alba —dijo Helewise—. Pero ¿puede decirnos algo sobre el resto de la familia?

La abadesa se daba cuenta de que estaba conteniendo la respiración; la perspectiva de obtener finalmente algunas respuestas la hacía temblar de expectación.

—Bueno —dijo el viejo, meditando las palabras y mirando a su ansioso público—, lleváis razón con lo de que el padre de las muchachas murió. Wilfrid enfermó y, por una vez, su enemigo no era alguien a quien pudiera amedrentar hasta someterlo, o a quien pudiera despojar de lo que por derecho le pertenecía.

—Entiendo —murmuró Helewise.

—¿Lo entiende? —El viejo la miró, con los ojos parpadeantes—. Sí, hermana, ya veo que sí. En fin, como digo, Wilfrid contrajo las fiebres y se descompuso en cosa de una noche. Y no es que lo llorara mucha gente, precisamente.

—¿Y qué ocurrió con la madre de las chicas? —preguntó Helewise—. Nos dijeron que también había muerto entonces, pero...

—No, no, no, ¡no! —la interrumpió el viejo—. Sea quien sea quien os lo contó, se equivoca. Adela... Adela era una santa y, sin lugar a dudas, era una mujer amable y delicada, Dios la tenga en su gloria. Pero el Altísimo se la llevó hace muchos años. ¿Diez años, poco más o menos? —Frunció el ceño con perplejidad, como si ellos pudieran responder a su pregunta.

—¿Qué les ocurrió a las hermanas menores cuando murió el padre? —preguntó Helewise.

El viejo puso un dedo nudoso junto a la nariz.

—Eso es difícil de contar —dijo—. Sabemos lo que sabemos, pero de ahí a tener que contarlo...

—Esta señora es la abadesa de Hawkenlye —intervino fray Saúl, protocolario—.

Viene desde Kent para averiguar el pasado de Alba y sus hermanas, que pidieron asilo allí, en la abadía. Si tenéis alguna información que pueda resultarle útil, en el nombre sagrado de Dios, os pido que se la proporcionéis.

El viejo se encogió delante de él.

—¡Está bien, está bien! —gritó—. ¡No es necesario que sigáis! Meriel planeaba marcharse incluso antes de que Alba volviera corriendo del convento hecha una furia. Planeaba llevarse también a la pequeña, de eso no me cabe duda; siempre estuvieron muy unidas, las niñas. Pero, como digo, de pronto apareció Alba, fastidió los planes que tuviera Meriel —una mueca claramente tramposa cruzó su rostro en aquel preciso instante, y Helewise lo percibió, de modo que se preguntó qué era lo que no les estaba contando—, agarró a ambas chiquillas y se las llevó, sin siquiera decir adiós ni mirar atrás.

—¿Y no sabéis adónde fueron? —dijo Helewise.

—¡Sí lo sé! —Soltó una risotada ronca—. ¡Fueron a Hawkenlye! —El viejo, desternillándose de risa ante su propia astucia, se secó las lágrimas de los ojos.

—Nos habéis sido de una gran utilidad —le dijo Helewise cuando dejó de reír. Pensó que era mejor halagarlo, puesto que podía predisponerlo mejor a su favor—. Sin embargo, me pregunto si podríais ayudarnos todavía un poco más, indicándonos dónde vivía la familia.

—Eso sí. —Salió fuera de la casa y, levantando un brazo, lo agitó hacia uno de los caminos que salían de la aldea—. Seguid ese camino durante un trecho; luego se convierte en un sendero. Suele estar lleno de barro, pero últimamente no ha llovido... bueno, al menos hasta hace un par de noches, así que probablemente esté bien. Seguid bajando por el sendero hasta llegar al arroyo, cruzad a la otra orilla y la granja está allí arriba.

Helewise le dio las gracias, y ella y los hermanos partieron en la dirección que les había indicado el anciano.

—¡No encontrarán a nadie ahí!, ¿lo saben? —gritó el hombre tras ellos.

Fray Saúl le hizo un gesto de agradecimiento. Fuera lo que fuese lo que el viejo les dijo luego —todavía lo oían gritar— quedó silenciado por la distancia.

Era un sendero sinuoso que discurría por entre los bosques. Los árboles empezaban a cargarse de hojas con rapidez, y en las partes más secas del fondo boscoso había campanillas azules. Los pájaros llenaban el aire con sus cantos.

Podría haber sido una cabalgada agradable, pero Helewise no conseguía desprenderse de su temor. Por un lado, la sombra de los árboles daba una sensación de melancolía. Y, por otro, por mucho que lo intentara, no podía evitar la sensación irracional, improbable e inducida por el miedo de que alguien los estaba siguiendo. Tratando de que los demás no se dieran cuenta, un par de veces se volvió rápidamente, en un intento vano por descubrir a quien fuera —o lo que fuera— que tenían detrás, antes de que pudiera esconderse bajo las sombras. Pero no vio nada.

Eso, se dijo con firmeza, era porque no había nada que ver.

Encontraron la granja —las indicaciones que les había proporcionado el viejo eran muy precisas— y, exactamente como les había dicho, estaba abandonada. Saúl bajó del caballo y fue a mirar a través de una de las dos ventanitas que había a ambos lados de la puerta del edificio principal. Luego regresó para informarlos de que el interior había sido vaciado.

—Un lugar muerto —murmuró Helewise.

—¿Vos también lo notáis, abadesa?

—¿Notar qué? —preguntó ella ansiosamente.

—La muerte —respondió él sencillamente—. ¿No es eso lo que habéis dicho? ¿Un lugar muerto?

—Sí, pero yo... —¿Cómo podía explicarlo?—. No me hagáis caso.

A la vuelta cabalgaron en silencio y en fila india por el sendero del bosque.

Luego, de pronto, Agustín hizo detener a *Horace* tirando de la cabeza del animal. Helewise, con el miedo apoderándose de ella, acercó a la yegua hacia él, aliviada por sentir la presencia protectora de Saúl a sus espaldas.

—¿Qué ocurre? —preguntó, esforzándose por disimular el miedo en su voz—. ¿Qué habéis visto?

Él señaló algo.

Dentro del bosque, al fondo de una hondonada rodeada de árboles y de un espeso sotobosque, había una cabaña quemada.

—Me acercaré a ver —anunció Agustín, mientras se apeaba de *Horace* y ataba las riendas a un árbol.

—¡No, Agustín, puede ser peligroso! —La protesta salió antes de que ella pudiera evitarlo.

Pero Agustín no la escuchó. Ni tampoco Saúl, quien, mientras ella protestaba, saltaba de la mula y comenzaba a seguir a Agustín por el bosque.

Seguramente era mejor estar con ellos que sola en el sendero, de manera que Helewise también descabalgó y, con más cuidado porque llevaba los largos faldones, se adentró en el interior quieto y sombrío del bosque.

La choza había sido una estancia minúscula, apenas merecedora del nombre «cabaña». Los restos de cuatro paredes ennegrecidas por el humo sobresalían de una maraña de maleza, y las nuevas matas de adelfa y saucedal —la «leña» de los campesinos— se apresuraban a intentar cubrir las negras cicatrices de la tierra. Todo lo que antaño podía haber contenido la casucha había sido aplastado por las vigas del techo, que lo habían destruido todo al caer.

Helewise se estremeció.

—Apartad —dijo, deseando que su voz sonara un poco autoritaria—. Es un lugar terrible, deberíamos...

Pero, con una exclamación, Saúl se apresuró a meterse en la cabaña. El grito de «cuidado» de la abadesa se le ahogó en la garganta mientras Saúl se agachaba y, agitando el brazo, levantaba una calavera humana.

Agustín puso la mano en el brazo de Helewise, y ella se sintió reconfortada con su apretón firme y cálido.

—Abadesa, quedaos aquí —dijo él delicadamente—. Ayudaré a Saúl.

Debería haberlo acompañado. Al fin y al cabo, era la superiora de ambos hombres. Pero empezaban a temblarle las piernas, y temía que, si se movía, se caería.

Saúl había vuelto a colocar la calavera en el blando suelo de cenizas de la choza. Ahora, él y Agustín estaban agachados, revolviendo los restos carbonizados de vigas y soportes de madera. Saúl susurró algo —con un tono que parecía poner algo en duda—, y Agustín le contestó. Ambos recogían trozos de lo que parecía ser madera, levantándolos, mostrándoselos el uno al otro y volviendo a dejarlos en el suelo.

De pronto, Agustín dejó escapar un soplido agudo, le dio un codazo a Saúl y señaló algo parecido a una alcayata que sobresalía del suelo. Intentaba arrancar algo con los dedos...

A continuación, Saúl se levantó, con el rostro lleno de ceniza, y se santiguó rápidamente. Helewise lo oyó decir: «Santo Dios, ¡pobre diablo!». Luego inclinó la cabeza y salió de la cabaña para regresar a su lado. Agustín permaneció muy quieto en el centro de la choza, contemplando cualquier cosa que levantaba con los dedos como si apenas pudiera creer lo que sus ojos veían.

—Era una calavera humana, ¿no es cierto, Saúl? —preguntó Helewise.

Él suspiró.

—Sí, abadesa. Me temo que lo era.

—¿Y el resto del cuerpo?

—Sigue ahí, lo que queda de él. Sólo los huesos, la cabeza, y algunos restos carbonizados de las ropas. Huesos de las piernas, las costillas y los brazos. —Una expresión de profundo asco le deformó el rostro.

—Siento que hayáis tenido que ver eso, Saúl —dijo ella dulcemente.

Él la miró.

—Oh, no es nada, abadesa, Dios os bendiga. Ya he visto unos cuantos cadáveres antes; no suelen inquietarme más allá de los sentimientos de pena por el muerto. Pero el caso es que... él fue...

Sacudió la cabeza y pareció que no era capaz de continuar.

Agustín se había unido a ellos; silencioso, no lo habían oído. Miró a Helewise, y él también estaba pálido.

—No fue una muerte accidental —declaró—. No es el típico caso de un hombre que se queda dormido mientras se cuece la cena y, con la modorra, no se da cuenta de que el fuego de la chimenea ha incendiado la casa. No, no es el caso.

—¿Qué es, entonces? —La abadesa apenas podía hablar.

Agustín levantó lo que había estado sujetando con tanto cuidado con una mano. Parecía... parecían los restos deshilachados de un trozo de cuerda.

—Lo ataron a una estaca en el suelo —dijo Agustín en voz baja.

Al instante, el miedo que sentía Helewise se intensificó hasta casi derrumbarla. El

infierno estaba ahí, ahí mismo, en el lugar en el que ese pobre hombre había sido atado en el interior de la choza y abandonado hasta morir abrasado.

—¿No pudo... no pudo ser un accidente? —susurró—. ¿No pudo ser que lo que estuviera atado a la estaca fuera un animal, y no el hombre muerto?

Agustín negó con la cabeza. Luego levantó su otra mano y el objeto que había estado escondiendo detrás de él quedó a la vista de Helewise.

Era el esqueleto de una mano humana, con los dedos colocados en forma de garra. Alrededor de la muñeca tenía atado otro trozo de cuerda.

## Capítulo doce

Se habrían ido antes del bosque si fray Saúl no hubiera insistido en enterrar los restos.

Helewise resistió la tentación de proponerlo; la expedición estaba bajo sus órdenes, y ella era responsable de los hermanos que la acompañaban. Presentía el peligro que los acechaba —y su sensación de que los estaban siguiendo, de que todos sus movimientos eran observados, crecía a cada instante— y, a pesar del obvio deber cristiano de dar sepultura a los restos del muerto, sintió que se trataba de una de esas ocasiones en las que los vivos deben tener prioridad sobre los muertos.

Pero Saúl insistió.

Agustín fue a ayudarlo. Encontraron trozos de madera para usarlos como palas y, con gran esfuerzo, se las arreglaron para cavar un hoyo no muy profundo en poco tiempo; la lluvia reciente actuó en su favor, puesto que había ablandado el terreno. Luego, Helewise los ayudó a recoger todos los fragmentos de huesos que pudieron encontrar y a colocarlos en el interior de la tumba.

Agustín levantó la pelvis.

—Era un hombre, de eso no cabe duda —dijo en voz baja.

—¿Cómo podéis saberlo? —preguntó Helewise.

El chico sonrió sin ganas.

—Mis familiares trabajaron como sepultureros, años ha. Me enseñaron a identificar los cuerpos de muy joven, y supe que la abertura más grande pertenece a un esqueleto de mujer, y la más estrecha, de arco más puntiagudo, al de un hombre.

Helewise se sintió bastante débil.

—Gracias, Agustín. ¿Ponemos estos huesos con el resto?

Cuando estuvieron convencidos de que no había más restos del hombre en las ruinas de la choza para que los animales se los llevaran, los dos hermanos legos acabaron de sepultar los huesos. Helewise recitó unas plegarias para los muertos, y los tres permanecieron un rato en silencio y cabizbajos. Saúl encontró dos trozos de madera más o menos lisa e hizo una cruz con ellos, atándolos con unas hebras de la cuerda que ceñía su cintura. Luego la clavó en el suelo, por encima de la cabeza del muerto.

A continuación regresaron junto a sus caballos.

Era normal que estuviera oscuro allí bajo los árboles, pero, cuando salieron a campo abierto, Helewise descubrió decepcionada que el sol ya casi se había puesto.

Santo Dios, ¿dónde iban a pasar la noche?

Saúl llevó a la vieja mula a un buen trote y adelantó a Helewise y a Agustín, desapareciendo sendero arriba y en medio de la oscuridad. Volvieron a verlo al entrar en Medely; había descabalgado y, guiando a su caballo, llamaba a las puertas de cada una de las viviendas abandonadas.

Nadie respondió a sus golpeteos.

Hasta la casa de la que había salido el viejo estaba cerrada a cal y canto. Si él

estaba dentro, se ocultaba.

Saúl regresó hasta ella con expresión desesperada.

—Lo siento, abadesa, pero aquí no contesta nadie.

—No te preocupes, Saúl. —Helewise sentía que ahora se encontraba mejor que cuando estaban en el bosque—. Nos meteremos en una de las casas vacías. Si viene alguien a preguntarnos, le diremos, con toda honestidad, que intentamos buscar alojamiento pero nos ignoraron. No perjudicaremos a nadie y partiremos por la mañana.

Luego, llevando la yegua al trote, guió al grupo por el sendero hasta la casa más lejana. Y allí, resguardados del viento y del relente, pasaron la noche.

A la mañana siguiente, Helewise se despertó muy temprano. Escuchaba atentamente, pero no fue capaz de detectar ningún sonido humano, aparte de los leves ronquidos de uno de los hermanos que descansaba al fondo de la estancia.

Se arrojó debajo de la manta de lana. Se alegraba de llevarla consigo; en realidad, se la había llevado porque Josse había dicho que era mejor ir preparados por si había que pasar alguna noche al raso.

Josse. ¿Cómo debía de encontrarse? «Ojalá estuviera aquí ahora mismo —pensó—; contaría con su buen criterio y su perspicacia. No es que critique a los queridos Agustín y Saúl —se dijo a sí misma—, han sido compañeros ejemplares. Pero Josse y yo hemos resuelto tantos problemas juntos...».

Se durmió un rato más, luego tuvo un sueño de ésos en los que uno no sabe si duerme o está despierto, en el que se sentaba frente a Josse y le decía que le había traído una mano y una pelvis y que él tendría que reconstruir al hombre muerto. Pero Josse levantaba su brazo herido y decía que en aquellos momentos no era capaz de hacer un trabajo así, y entonces arrancaba dos de los dedos del esqueleto y hacía una cruz con ellos.

Despertar supuso un alivio.

Cuando los tres estuvieron despiertos y hubieron tomado un frugal desayuno, Helewise le pidió a fray Agustín que preparara los caballos.

—Creo, hermanos, que es hora de volver a casa —declaró entonces la abadesa.

—¿No hay nada más que podamos averiguar aquí? —preguntó Saúl.

Ella le sonrió.

—Hay muchas cosas que me encantaría averiguar, Saúl. ¿Pero a quién se las preguntamos?

Él asintió con la cabeza, lentamente, mirando al camino desierto que los esperaba fuera.

—Cierto. Y las únicas tres personas a las que podríamos interrogar se encuentran en Hawkenlye.

—¿Creéis que Alba y sus hermanas conocían ese lugar en el bosque? —caviló ella—. Está tan cerca de la granja de su padre que cuesta creer que no sea así. Las angustiará enterarse del incendio, y todavía más si les contamos lo del cuerpo que

encontramos. El pobre hombre tal vez fuera alguien que ellas conocían. —Pensó un momento—. De hecho, yo creo, hermanos, que no deberíamos contárselo.

Ambos frailes asintieron con la cabeza.

Luego, dejando Medely atrás sumido en el mismo silencio en que lo habían encontrado, montaron sus caballos y emprendieron el largo camino de vuelta a casa.

Las jornadas de convalecencia le parecían interminables a Josse. Estaba aburrido, harto de ver las cuatro paredes de la enfermería, y ansiaba estar de pie y al aire libre. Estaba casi convencido de estar listo para una excursión, pero todavía no había podido convencer a sor Eufemia. Al menos, ahora podía ir a las letrinas, y eso le ahorrraba la humillación de tener que usar una botella para orinar.

A medida que iba recuperando la salud y los ánimos, sor Eufemia le permitía recibir más visitas. Lo animaba darse cuenta de que hablar ya no lo agotaba. Disfrutaba de las conversaciones largas con muchas de las monjas y unos pocos monjes; fray Fermín le llevaba todos los días un frasquito de agua sagrada y rezaba solemnemente con él mientras se la tomaba. Ya fuera por el agua, ya porque captaba la sincera y profunda fe del hermano Fermín en ella, su toma diaria siempre dejaba a Josse lleno de vitalidad.

Su visitante más frecuente —y, debía admitirlo, más querido— era Berthe. Iba a verlo al menos una vez al día, y a menudo se las arreglaba para colarse otra vez por la noche, cuando se suponía que la enfermería ya estaba cerrada a las visitas. Empezó a pensar que tal vez ella valoraba el tiempo que pasaban juntos tanto como él, aunque ella nunca se lo había dicho, y pensaba que la muchacha se sentía sola, preocupada y muy triste.

Sus temas de conversación habían ido ampliándose a medida que se sentían más relajados el uno en compañía del otro. Berthe no mencionó nunca a su hermana encerrada debajo de la enfermería, y raramente especulaba sobre el paradero de Meriel. Ese simple hecho ya resultaba sospechoso, pensaba Josse. Aunque era fácil que no se sintiera demasiado inquieta por no tener a la entrometida de Alba a su alrededor, ¿no era probable que estuviera extremadamente preocupada por Meriel? Las dos hermanas pequeñas parecían quererse mucho.

Una mañana, mientras le daba vueltas al problema, se le ocurrió algo. Tal vez Berthe no mostraba preocupación por su hermana porque sabía muy bien que se encontraba a salvo...

Josse, sintiéndose un poco avergonzado, decidió que tantearía delicadamente a Berthe en su siguiente visita.

No tuvo que esperar demasiado. A última hora de la mañana, oyó los pasos ligeros que cruzaban el largo pabellón de la enfermería e, inclinándose un poco hacia adelante, la vio que se acercaba a su cama.

—Os he traído unas campanillas —le dijo la muchacha, ofreciéndole un ramillete—. Alba siempre nos prohibía recogerlas, porque se estropean muy rápido y luego tenía que tirarlas y limpiar el jarrón. Pero dice Meriel... bueno, decía Meriel que su

olor era tan perfecto...

La chica empezó a ruborizarse. «Querida niña —pensó Josse—, creo que mentir no es lo tuyo».

—Gracias —dijo, fingiendo que no se había dado cuenta del desliz, ni de su rubor—. ¿Has estado en el bosque?

—¡Sí! Pero no me he adentrado en él; las monjas me dijeron que es fácil perderse.

—Las monjas tienen mucha razón.

Josse hizo como que estaba distraído con las campanillas mientras pensaba en cómo empezar. Se dio cuenta de que Berthe estaba un poco en guardia, de modo que las preguntas referidas directamente a Meriel seguramente no serían la mejor manera. Al cabo de un rato, dijo:

—Había bosques cerca del lugar donde yo nací. Uno de mis primeros recuerdos es que salía a recoger flores con mi madre.

—¡Nosotras también lo hacíamos: mamá, Meriel y yo! —respondió Berthe, con un placer tan inocente que Josse se sintió mal por su duplicidad—. A veces, cuando padre no estaba, madre preparaba algo de comer y nos íbamos a pasar el día al campo. Una vez construimos una cabaña con ramas y hojas, y madre incluso nos dejó encender un fuego. Tuvimos que construir una chimenea como Dios manda, ella nos enseñó cómo: rodeada con piedras del riachuelo para que el fuego no quemara sin control. Después de la muerte de madre, a veces, Meriel y yo...

Demasiado tarde; la chica fue consciente de sus propias palabras.

—No pasa nada, Berthe, ya hemos... —empezó a decir Josse, pero observando alarmado la expresión de la chica, se detuvo.

Berthe se había quedado muy pálida, y se había metido el puño tan fuerte en la boca que se había hecho sangre. Ahora se mecía adelante y atrás con un ritmo compulsivo y persistente que daba miedo de ver, y emitía un suave y agudo gemido.

Josse abrió los brazos hacia ella. Tras un momento de indecisión, la muchacha se lanzó a su pecho y se echó a llorar.

«Incluso llora en silencio —pensó Josse, mientras se le llenaba el corazón de pena hacia ella. Era como si llorar en voz alta pudiera merecer un castigo—. Pobrecita, ¿cómo debe haber sido su vida?».

Cuando se tranquilizó, se dirigió a ella con voz muy suave:

—Berthe, cariño, ya pensábamos que algunas de las cosas que nos decías podían no ser ciertas. También entendemos que, a veces, la gente tiene que mentir. Tal vez para proteger a otros, o porque alguien los amenaza con hacerles daño si dicen la verdad. Y eso significa, querida, que la mentira no siempre es mala.

—Padre nos pegaba cuando mentíamos —respondió ella con voz atenuada—. Nos pegaba con un cinturón, y la hebilla nos hacía cortes en los hombros.

Acarició su delgada espalda con la mano izquierda.

—Tu padre ya no puede hacerte daño, Berthe. Ya no tienes que mentir por él.

—Alba sí puede hacerme daño —susurró la chica.

—No mientras esté encerrada.

Berthe levantó el rostro y lo miró.

—¿Cuánto tiempo va a estarlo? —preguntó.

—No lo sé —contestó él—. Pero seguro que no la soltarán hasta que regrese la abadesa Helewise.

—Me gusta la abadesa Helewise —comentó Berthe.

—A ella también le gustas tú.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabéis?

—Me lo ha dicho.

—Sois amigos, ¿verdad? ¿Vos y la abadesa?

—Lo somos.

Ella frunció el ceño.

—No me gustó que me preguntara sobre Alba. Antes de irse, quiero decir. Me preguntó si sabía el nombre del lugar al que Alba había ido para hacerse monja, y no pude decírselo porque no lo sabía.

—Si no lo sabías, no tenías manera de decírselo —señaló Josse, tratando de razonar con ella.

—Ya, pero, ¿sabéis?, hay otras cosas que podría haberle dicho, y tampoco lo hice —insistió Berthe—. No es justo, cuando ella ha sido tan amable conmigo. —La muchacha seguía medio acostada en la cama de Josse; ahora recogió las piernas y se apoyó en él, como un cachorrillo que se acurruca junto a su amo—. Ojalá estuviera aquí.

Josse notó cómo las ideas se formaban en ella. Se mantuvo en silencio; si insinuaba algo, tal vez ella se encerrara...

—Supongo que os lo podría contar a vos —añadió entonces Berthe—. Vos sois su amigo, acabáis de decírmelo, así que contároslo sería casi igual de bueno, ¿no creéis?

«Esta muchacha sufre de mala conciencia —pensó Josse—. La necesidad de abrir el pecho la atormenta».

—Sí, Berthe —asintió, con la esperanza de estar haciendo lo debido—. Y sea lo que sea lo que me cuentes, prometo transmitírselo a la abadesa Helewise tan pronto como regrese.

Berthe emitió un suspiro dulce y ligero. Luego prosiguió:

—Mi madre murió hace muchos años. No sé por qué Alba tuvo que decir que había muerto al mismo tiempo que mi padre; a mí me gustaba decirlo. Madre era cariñosa y amable. Padre no tenía nada de amable, y no me parecía nada bien fingir que habían muerto juntos, porque si madre hubiera muerto hace poco, cuando murió padre, estaríamos muy apenadas por ella. No me gustaba que la gente viera que yo no estaba triste, y que pensaran que significaba que no había querido a mi madre. ¿Veis lo que quiero decir?

—Está muy claro —dijo Josse, mientras le daba un abrazo. Luego le preguntó—: Berthe, acabas de decir que no sabes por qué habías de fingir que vuestra madre

acababa de morir. Pero, si piensas en ello con fuerza, ¿crees que podrías adivinarlo?

Berthe estuvo un rato pensando. Luego dijo tentativamente:

—Tal vez fuera porque Alba sabía que no estábamos realmente tristes por la muerte de nuestro padre. Y que, si la gente sabía la verdad (que en realidad sólo era padre quien había muerto), pensarían que en realidad no había excusa para que ella nos sacara de nuestra antigua casa.

Josse creyó comprender.

—Necesitaba un argumento convincente para respaldar su acción de llevaros a todas lejos de aquel lugar —señaló lentamente—. De modo que dijo que estabais conmocionadas por haber perdido a vuestro padre y a vuestra querida madre.

—Mmm... —musitó Berthe.

Canturreaba en voz baja para sus adentros, y él tuvo la sensación de que la confesión le había sentado bien. Le dio un leve empujoncito, al tiempo que le pedía:

—Berthe, ¿quieres ir a buscarme un jarrón? Las campanillas necesitan un poco de agua.

—Está bien —dijo la chiquilla.

Él miró distraído cómo se alejaba hasta el estante en el que se guardaban los jarrones de agua. La muchacha se acercó a sor Beata, quien se agachó a escuchar y luego le señaló un estante bajo el banco.

Josse trataba de entender. Sí, todo empezaba a tener sentido. La muerte del padre habría convertido a las chiquillas en huérfanas, pero, sin la falsa aflicción, no había ningún motivo para que las chicas se marcharan tan lejos. Seguramente lo más lógico habría sido que Alba hubiera encontrado algún sitio en el que colocar a sus hermanas, por la misma zona, para luego regresar al convento de Ely.

Josse estaba llegando a la conclusión de que encontrar un nuevo hogar a Berthe y a Meriel no había sido en absoluto la razón de las acciones de Alba. Lo que había querido hacer desesperadamente era marcharse, ella o sus hermanas, o posiblemente todas, muy lejos de su antigua residencia.

Muy, muy lejos.

¿Por qué?

De pronto comprendió por qué Alba se había mostrado tan nerviosa cuando mandaron a Berthe a ayudar a los peregrinos del santuario del valle. Estaba aterrorizada de que alguien de su antigua aldea pudiera reconocer a la chica.

Había algo más que rondaba por su cabeza... algo que le había preocupado antes, el día en que Helewise le contó lo del peregrino asesinado. Pero la idea no acababa de precisarse. Se puso a pensar en otra cosa adrede. «Mira a Berthe ahí al fondo, deteniéndose a dejar que esa anciana con el pie dislocado huela las campanillas. Qué criatura tan encantadora y dulce...».

Y de pronto apareció en su mente la palabra *Walsingham*.

¡Sí! ¡Por supuesto! El muerto llevaba una insignia del santuario de Nuestra Señora de Walsingham.

Y Walsingham estaba tan sólo a quince millas al norte de Ely.

¿Era algo relevante? ¿Acababa de dar con algo realmente útil? Se concentró, tratando de encontrar la salida por los vericuetos del misterio. El hombre asesinado podía ser probablemente nada más que lo que parecía, un honesto peregrino que había viajado por varios lugares santos y, con la visita a Hawkenlye, tan sólo añadía uno más a su lista.

¡Pero habían dicho que hablaba con un acento extraño! ¿Podía tratarse de un acento del este de Inglaterra?

«¡Oh —pensó Josse con frustración—, esto es inútil! ¡Cada vez que creo haber encontrado una respuesta, me surgen dos preguntas más para fastidiarme!».

Berthe había vuelto y estaba colocando las campanillas con cuidado junto a su cama.

—¡Así! Os las dejo bien cerca, para que podáis sentir su delicado aroma.

—Gracias, Berthe.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Ahora debo irme, *sir Josse*. Pero volveré pronto.

—Te lo ruego. —Y se acercó un poco para que ella le diera un beso en la mejilla, como se había acostumbrado a hacer—. Adiós.

Cuando la muchacha se hubo ido, él se esforzó por resumir todo lo que había descubierto.

Aunque la madre de Berthe había muerto un tiempo antes que su padre, Alba fingió que el dolor por las dos muertes recientes había sido el motivo de llevarse a las chicas tan lejos de todo lo que les resultaba conocido y familiar. Por algún motivo muy apremiante, Alba necesitaba alejarse, con sus hermanas, de su lugar de origen.

Alba tenía tanto miedo de que alguien de aquel lugar fuera a Hawkenlye y reconociera a Berthe, cuando trabajaba en el valle, que eso la impulsó a aquella reacción tan desmesurada y violenta cuando se vio contrariada.

Un hombre del que se sabía que había estado en Walsingham había sido asesinado en el valle.

Y, aunque la querida hermana de Berthe, Meriel, había desaparecido, Berthe no parecía estar preocupada por ella...

En ese momento apareció sor Eufemia con el almuerzo de *sir Josse*.

—¿No os habrá cansado demasiado, verdad, *sir Josse*? Es una muchacha encantadora, pero le gusta mucho hablar —dijo, mientras colocaba la bandeja sobre el regazo de *sir Josse*.

—No, no me ha cansado. Me gusta su conversación —afirmó Josse.

—Cierto, es como una brisa de primavera —asintió la enfermera—. Y, además, es muy delicada. Me ha estado ayudando a cambiar el vendaje de algunos de mis pacientes más leves, y todos me dicen que prefieren que lo haga ella a que lo haga yo.

—Eso me cuesta de creer, hermana —dijo Josse, leal.

—Ah, no es tanto la manera de hacerlo, *sir Josse*, sino esa carita tan viva y bonita,

y su tierna sonrisa —dijo sor Eufemia, astuta—. Y ahora, tómese el almuerzo mientras todavía está caliente.

Josse siguió pensando mientras comía. Pero, por mucho que se esforzara, no podía concluir nada más que los datos que ya tenía reunidos.

«Sólo tengo la mitad del rompecabezas —pensó, mientras se estiraba para dejar la bandeja vacía en el suelo y se tumbaba luego a echar la aconsejada siesta—. Sólo podré resolverlo cuando tenga la otra mitad».

Y para ello debería esperar al regreso de la abadesa.

## Capítulo trece

Helewise regresó a Hawkenlye al anochecer del primer día que Josse había pasado fuera de la cama.

Josse se despertó aquella mañana con la extraña certeza de que aquél sería el día en que la abadesa y sus compañeros llegarían a casa, y fue inamovible en su decisión de esperarlos sentado fuera cuando cruzaran las puertas con sus caballos. Tampoco la enfermera insistió demasiado en disuadirlo; ella misma podía ver que permanecer en cama en su estado de inquietud le haría probablemente más mal que sentarse fuera, al sol.

Después del desayuno, traspasó con cuidado la puerta de la enfermería.

La lentitud con la que recuperaba las fuerzas le causaba una gran frustración, y este simple hecho le sirvió para darse cuenta de cuan enfermo había estado. Ahora que volvía a recuperar la lucidez, se pasaba mucho tiempo preguntándose cómo se las apañaban en Nuevo Winnowlands sin él. Sor Eufemia le había contado cómo Will y *sir* Brice lo habían llevado a Hawkenlye, y que ambos se quedaron hasta estar seguros de que estaba fuera de peligro; en su momento, sus palabras lo emocionaron hasta hacerlo llorar con las lágrimas fáciles del enfermo. Incluso ahora, que se encontraba mucho mejor, la idea de su sirviente y de su amigo velándolo todavía lo conmovía profundamente.

Mientras deambulaba lentamente en dirección al claustro, se preguntaba si debía mandar a buscar a Will. Para hablar con él y asegurarse de que en casa todo iba sobre ruedas.

Finalmente decidió que no. Will estaba muy acostumbrado a llevar la casa sin su amo. De hecho, aceptaba Josse a regañadientes, probablemente Will sólo le hacía alguna consulta de vez en cuando por amabilidad.

¡Ah, pero qué bien sentaba volver a estar al aire libre! Se quedó quieto un momento, estirando los brazos en toda su longitud, pero el movimiento repentino lo pilló desprevenido; cuando el mareo empezó a apoderarse de él, se apresuró a acercarse al banco de piedra que rodeaba el claustro y se sentó.

«Todavía me falta mucho para estar totalmente restablecido», concluyó.

Intentó no ofuscarse. Al contrario, se instaló cómodamente de manera que la postura le permitiera vigilar la puerta principal, y se puso a repasar mentalmente los pequeños datos adicionales que había conseguido reunir a partir de sus conversaciones con Berthe.

Básicamente tenían que ver con su familia. Alba, dijo, era mucho mayor que sus hermanas —algo que, Josse imaginaba, cualquiera de Hawkenlye que hubiera visto a las tres hermanas juntas ya habría deducido—, y la madre de las chicas tenía miedo de ella.

«Alba se parece mucho a padre —le había dicho Berthe—. Tanto físicamente como por su fuerte temperamento y su tendencia a tener rabieta y a encendérsele la

cara».

No era de extrañar que la pobre madre los temiera, pensó Josse.

En otra ocasión, Berthe había dicho: «Alba es terriblemente orgullosa, *sir* Josse. Siempre nos está agobiando a Meriel y a mí sobre el buen nombre de la familia, que mete en la discusión siempre que quiere darnos órdenes. Dice que no debemos reírnos ni gritar en público, ni salir a menos que nuestra ropa esté perfectamente limpia y zurcida, ni relacionarnos con personas que están por debajo de nosotras, sea lo que sea lo que eso significa».

Ante esto, Josse preguntó por qué no habían sido el padre y la madre los responsables de inculcar disciplina a las hijas pequeñas. Berthe le contestó, mientras la rabia y el dolor la hacían ruborizarse: «Padre decía que éramos como un ejército. Él le daba órdenes a Alba; ella nos las daba a nosotras. En cuanto a madre —y aquí, la expresión de la chica se suavizó—, ella nunca se metía. A veces parecía como si fuera otra hermana, más amable, más cariñosa, que dejaba el papel de mandona y la decisión de castigar en manos de Alba, quien, de hecho, estaba más capacitada para ello».

Una vez, Josse le preguntó si Alba se había marchado de casa para ingresar en el convento antes o después de la muerte de la madre.

«Oh, después», respondió Berthe.

—Me pregunto si la muerte de vuestra madre la impulsó a tomar los hábitos —caviló Josse en voz alta.

—Oh, no, no creo que así fuera, ella... —Pero, con una mueca de perplejidad, Berthe vaciló. Josse esperó, y al cabo de un rato ella prosiguió—: ¿Sabéis? Es extraño, pero, ahora que lo pienso, creo que tal vez tengáis razón. —Lo miraba con empeño mientras intentaba traducir en palabras una idea vaga—. Ella era, bueno, Alba y madre eran... bueno, en realidad, era Alba. Siempre daba la sensación de que estaba luchando contra madre para conseguir mandar, para demostrar que ella era la segunda de a bordo después de padre. Y de repente, Alba se quedó sin nadie con quien competir.

—¿Y eso no la hizo feliz? Al fin y al cabo, ahora el camino estaba libre para que ella y tu padre mandaran juntos, lo cual, según tú, es lo que quería.

—Debería haberla hecho feliz. —Berthe sonaba confundida—. Pero no tener a alguien contra quien luchar parecía no satisfacerla. Recuerdo que, cuando decidí entrar en el convento, dije algo acerca de que había ganado la batalla, de modo que ya no tenía motivo para permanecer en casa. —Se encogió de hombros—. En realidad, no tengo ni idea de lo que quiso decir.

Berthe fue a buscarlo al claustro aquella mañana. Apareció con una almohada y una manta de lana; cuando él protestó de que no necesitaba ninguna de las dos cosas, ella lo ignoró tanto como lo habría hecho sor Eufemia y lo hizo levantar mientras ella le colocaba la manta doblada debajo y le ponía la almohada entre él y la fría pared de piedra. Tuvo que admitir que ahora estaba mucho más cómodo.

Él la miró, intentando adivinar si estaba dispuesta a aguantar unas cuantas bromas. Su expresión serena le sugirió que sí, de modo que le dijo:

—¿Sabes, Berthe? Realmente estás aprendiendo muy bien las maneras de hacer de la enfermería. Si no hubiera sabido que eras tú, habría jurado que esa voz mandona y la manera en que has ignorado mis protestas eran las de la auténtica sor Eufemia.

Para su deleite, Berthe se echó a reír.

—¡Estoy encantada, *sir* Josse! —le dijo. Él vio los hoyuelos que aparecían y desaparecían en sus mejillas—. Ella ha sido mi modelo, ¡pero no tenía ni idea de que estaba haciéndolo tan bien!

Berthe llevaba una labor de costura. Se acomodó a su lado, tomó una prenda de tela suave y blanca de una bolsa bordada y, con la aguja, se puso a hacer un remiendo.

De vez en cuando, se hacían algún comentario, pero, en general, disfrutaron de la compañía del otro en silencio.

Ella permaneció a su lado buena parte del día. Josse se dio cuenta de que estaba radiante; ahora tenía muy claro que ella sabía que Meriel estaba a salvo. Y que, probablemente, estaba en contacto con ella. Se daba cuenta de que Berthe no le hablaba nunca de la desaparición de Meriel, y le gustaba creer que eso era debido a que le tenía tanto cariño que no le gustaba tener que mentirle.

Por quinta vez, le hizo dejar la labor a un lado y acercarse hasta la puerta para mirar al camino y ver si había alguna señal de tres jinetes cansados acercándose a la abadía. Las cuatro primeras veces, ella volvió a toda prisa, negando con la cabeza.

Pero esa vez fue distinto.

Pudo adivinar, por la manera en que la muchacha se ponía rígida al mirar a lo lejos, que había visto algo. Vio cómo se ponía una mano en el rostro para protegerse la vista del sol. Luego, cuando estuvo segura, comenzó a saltar arriba y abajo, al tiempo que agitaba los brazos y gritaba:

—¡Es ella! ¡Es la abadesa Helewise! ¡Ha vuelto!

Él no se acercó de inmediato a saludar a la abadesa. Otros tenían prioridad. Desde su asiento en el claustro, la observó, respetando lo que parecía ser una rutina, como si, en esa vida controlada de devoción, hubiera incluso una forma regulada en que una abadesa regresa a su comunidad.

Vio a las monjas veteranas entrar por turnos en la estancia de la abadesa, y asumió que la estarían informando de todo lo acaecido en cada uno de sus ámbitos de responsabilidad durante su ausencia. Algunas, al parecer, eran más sucintas que las otras; o tal vez habían tenido menos incidencias en sus áreas de la vida conventual.

Luego estaban los oficios; naturalmente, estaría ansiosa por asistir a ellos con sus hermanas.

Con todo, se hizo de noche antes de que ella asomara la cabeza por la puerta y lo llamara:

—¿*Sir* Josse? ¿Queréis pasar a hablar conmigo?

Cuando la puerta se cerró tras él, ella se le acercó con los brazos abiertos.

—¡Me alegro tanto de veros con tan buen aspecto! —exclamó—. Os he llevado todo este tiempo en el corazón, y he rezado por vuestra recuperación. —Le dedicó una amplia y radiante sonrisa—. Sor Eufemia me ha dicho que habéis sido un paciente modelo, que habéis escuchado sus consejos y habéis trabajado con ella y con Dios para recuperar la salud. ¡Y ahora vemos el resultado! De pie y paseando todo el día, me han dicho, ¡y con este buen aspecto!

Él respondió a su alegría con una sonrisa de oreja a oreja.

—Os agradezco vuestra preocupación, abadesa. Cierto es que estoy en vías de recuperación. —La observó; parecía cansada—. Pero ¿qué hay de vos? ¿Hallasteis el convento de sor Alba? ¿Pudieron responder a vuestras preguntas?

Ella fue a sentarse en su butaca y le hizo un gesto para que él tomara asiento en el taburete de madera que tenía para las visitas.

—Hallamos el lugar, sí. Y, aunque las amables monjas nos ofrecieron algunas respuestas, éstas, a su vez, planteaban nuevas preguntas. Por ejemplo, ¿por qué Alba le describió un historial familiar a la abadesa de Sedgebeck totalmente distinto del que me describió a mí? Según «ésa». Alba, se trataba de una muchacha mimada e hija única de un padre indulgente —suspiró—. Una mujer muy distinta de la que se marchó de un lugar en el que era muy feliz, con el fin de llevarse a sus dolidas hermanas, sumidas en la pobreza y la indigencia, hacia una nueva vida lejos de allí.

—¿Cuál es la versión buena? —preguntó él—. ¿Tenéis alguna idea?

Ella se lo quedó mirando.

—Sí. Logramos encontrar la antigua casa familiar. Hablamos con un aldeano que nos confirmó que la madre había muerto años atrás, y... —Algo en la expresión de Josse debió de alertarla—. Pero creo que eso ya lo sabéis, *sir Josse*.

Él no quería interrumpir su historia, de modo que se limitó a decir:

—Sí, Berthe me lo contó. Pero os lo explicaré cuando hayáis terminado.

—Muy bien —asintió ella—. La aldea sufrió hace poco una epidemia en la que murió mucha gente, incluido el padre de las chicas. Esta parte de la historia de Alba es cierta. La granja estaba abandonada; la casa, vacía. Pero, *sir Josse*, ¡nos dijeron que Meriel ya estaba planeando llevarse a Berthe consigo y abandonar la aldea antes de que Alba llegara y las trajera a las dos aquí!

—¿Ah, sí? —dijo Josse lentamente.

Eso cuadraba, pensó. Deseó no tener el cerebro tan saturado: parecía funcionarle mucho menos que antes de la enfermedad. Si los planes de Meriel se vieron frustrados por la mandona de Alba, que impuso su voluntad y arrastró a sus hermanas lejos, hasta las profundidades del sureste de Inglaterra, ¿no era esto explicación suficiente para la tristeza posterior de Meriel?

Una tristeza que, tal vez, ahora estaba siendo aliviada...

Sentía que estaba a punto de aprehender el misterio. Si tan sólo... pudiera... ¡pensar!

Josse le dedicó una triste sonrisa a la abadesa.

—Ojalá pudiera seros más útil que aquí sentado, exclamando banalidades y preguntando tonterías —dijo—. Creo que entre los dos tenemos la información suficiente para resolver este rompecabezas. De hecho, tengo la sensación de que ya poseo la respuesta, pero mi cabeza está tan espesa que no puedo encontrarla.

Ella lo miró con compasión.

—No os agobiéis, *sir* Josse. Eso ocurre con las fiebres: dejan el cerebro como un ovillo de lana. No hagáis tantos esfuerzos.

—¡Debo hacerlos! —exclamó él—. Hay asuntos que no podemos resolver hasta que sepamos la verdad.

—Por supuesto. —Un gesto de preocupación cruzó su frente—. Me han dicho que Meriel sigue sin aparecer.

—Está a salvo, abadesa —dijo él, con cuidado—. No puedo deciros dónde, ni con quién, pero pondría la mano en el fuego que está bien y a salvo.

Entonces le contó lo de Berthe.

Mientras escuchaba, ella asentía lentamente con la cabeza.

—Sois muy razonable, como de costumbre, *sir* Josse —afirmó—. La chiquilla no parece ser una mentirosa, en eso estoy de acuerdo. Y ahora que vuestra amistad con ella ha progresado tan bien, estoy segura de que tenéis razón cuando decís que no habla de Meriel porque, frente a vuestra amable preocupación, no podría soportar mantener la ficción de que desconoce el paradero de su hermana. —Hizo una pausa, y luego añadió—: Pero todavía debo decidir qué haré con Alba.

Él se dio cuenta de que ya no se refería a ella como a «sor». Alba. Temiendo haber adivinado el motivo, se lo preguntó. Cuando ella se lo hubo explicado, él suspiró profundamente.

—¿Y tenéis alguna idea de cómo vais a actuar, abadesa? —quiso saber—. Si ya no es monja, ahora ya no podéis tenerla encarcelada aquí, en la abadía, ¿no?

—Desde luego que no —dijo ella—. Y mientras que, por otro lado, estaría encantada de deshacerme de ella, ¿puedo, con caridad cristiana, abandonarla al mundo cuando no tiene adónde ir?

—No lo sé —dijo él delicadamente.

Haciendo un esfuerzo evidente por alejar la mente del problema de Alba, la abadesa se levantó y dijo:

—¿Cómo lleva el *sheriff* Pelham la investigación del asesinato en el valle?

—No muy bien —respondió Josse, disgustado—. Les hizo unas cuantas preguntas sin sentido a algunos de los peregrinos, y ahora parece darse por satisfecho con la teoría de que el hombre fue atacado por otro viajero que se encontró por el camino y que ya debe de estar a muchas millas de aquí.

—Típica conclusión del *sheriff* Pelham —murmuró Helewise.

—Cierto. —Josse recordó los aspectos del asesinato que le habían parecido más relevantes—. Pero hay algo más, abadesa.

Ella se puso alerta al instante:

—¿Sí?

—La víctima llevaba una insignia de Walsingham, que está a tan sólo quince millas de Ely.

—¿De modo que pensáis que tiene relación con las chicas? ¿Con Alba y sus hermanas?

—Bueno, no necesariamente —repuso él—. Me atrevería a decir que muchos de nuestros visitantes llevan insignias de allí. Walsingham es un lugar muy conocido.

—Pero el hecho de que a alguien procedente de la misma zona lo hayan matado aquí, donde llegaron las hermanas huyendo, debe de ser algo más que una coincidencia —insistió ella—, ¿no creéis?

—Mi parte racional me dice que no —respondió él, tajante—. Sin embargo, sigo pensando en ello, como si algo dentro de mí me dijera que no debo olvidarlo.

—Es la voz de Dios que os habla directamente —señaló la abadesa—. Siempre debemos escuchar a Dios cuando nos habla, *sir* Josse.

—Cierto, abadesa. —Tuvo la sensación de que lo reñían—. Lo tendré presente.

Ella abrió la boca para añadir algo, pero antes de que pudiera hablar, él se adelantó:

—Ahora, si me lo permitís, abadesa, trataré de resumir todo este asunto sumando vuestros hallazgos a mis conclusiones de las conversaciones que he mantenido con mi ingenua amiguita, Berthe.

Pensó por unos instantes y luego empezó:

—Un hombre tirano y su delicada y amable esposa tuvieron tres hijas, una de ellas mucho antes que las otras dos. La madre y las dos menores formaban una alianza, pero vivían bajo el dominio del padre y de la hermana mayor. Ésta, entre otras formas de amedrentarlas, insistía en que la familia debía mantener su reputación en la manera en cómo se presentaban al mundo exterior. Luego, la madre murió y la hermana mayor, al no tener ya a nadie a quien disputar el papel de mando segundo después del padre, se marchó e ingresó en un convento. Pero resultó no ser apta para la vida conventual, y le pidieron que se marchara. Mientras tanto, el tiránico padre sucumbió a la enfermedad y murió, dejando así libre a la hermana mediana para que hiciera planes para ella y para la hermana menor. Pero antes de que esos planes pudieran ponerse en marcha, la hermana mayor regresó del convento, decidió que el dolor de sus hermanas por la muerte del padre era demasiado intenso como para poder curarse allí mismo, en su antiguo hogar, rodeadas de recuerdos, y se las llevó hasta un lugar tan alejado como Hawkenlye. —Hizo una pausa para respirar—. ¿Me he olvidado de algo?

—Sólo de que Alba nos mintió para que su historia nos pareciera más convincente —dijo la abadesa.

—Cierto, lo hizo. Nos dijo que ambos progenitores habían muerto hacía poco.

—Y eso... ¡Oh! También os habéis dejado algo que pensé: que algo ocurrió en su

antigua casa que hizo que Alba necesitara salir corriendo de ella —dijo. Su voz se había apagado hasta convertirse en un susurro, y su rostro, según se dio cuenta Josse con una punzada de ansiedad, había empaldecido—. Oh, Dios mío, *sir Josse*, yo... —Se puso una mano frente a los labios, como si quisiera detener las palabras.

—Yo llegué a la misma conclusión —dijo él—. Que la razón por la que Alba tuvo una reacción tan exagerada e incontrolable al saber que Berthe estaba trabajando en el valle era porque temía que alguien las hubiera seguido desde East Anglia y pudiera reconocer a la pequeña.

La abadesa asentía.

—Sí, eso es cierto, por supuesto —vaciló. Él se dio cuenta de que le temblaban las manos—. Pero me temo que yo pensé en algo mucho más terrible que eso.

Él esperó a que recuperara el control. Helewise levantó la cabeza, cerró los ojos como si estuviera rezando, y luego añadió:

—Josse, todavía no os lo he contado todo. Espero y deseo que este último descubrimiento sea pura casualidad y no tenga nada que ver con las muchachas. Sin embargo, mucho me temo que... —Se derrumbó—. Pero, debo decíroslo, así podréis juzgar vos mismo. —Hizo una pausa—. Encontramos la granja en la que vivía la familia, como os dije, y no era en absoluto un lugar alegre ni acogedor; de hecho, tuvimos una fuerte sensación de que la muerte estaba cerca. Cabalgábamos por los bosques que rodean la granja, en nuestro camino de regreso a la aldea, cuando descubrimos una choza oculta entre los árboles; había sido consumida por un incendio devastador. —Hizo de nuevo una pausa, juntó las manos con fuerza y prosiguió—: El techo se había hundido, y casi no había nada que pudiera ser reconocido. Excepto... un esqueleto humano.

—Un... ¿qué? —¡Santo cielo, claro que estaba nerviosa!—. ¿Estáis segura de que era humano? ¿No podía tratarse de algún animal que quedó atrapado dentro en el momento del incendio?

Ella negaba con la cabeza.

—No, no, yo tenía la esperanza de que hubiera ocurrido eso. Pero fray Agustín sabe mucho de huesos, e insistió en que se trataba de un esqueleto humano. Un hombre, según él.

De nuevo, Josse deseó con toda su alma recuperar su habitual agilidad mental. ¿Un cadáver, en un lugar remoto tan próximo a la casa de las chicas? ¿Qué significaba aquello?

—Tal vez el fuego y la muerte tuvieron lugar muchos años atrás —sugirió.

—No —respondió ella—. Ya hablamos de ello en el camino de vuelta, y fray Saúl comentó que el estado de la vegetación que había brotado tras el incendio indicaba que el incendio había sido reciente.

—Temía que diríais algo así —murmuró Josse.

La miró a los ojos. Ella lo miraba con una expresión casi compasiva, como si fuera a darle una noticia terrible, lo que luego resultó ser así.

—*Sir Josse* —dijo en voz baja—, no podemos ni tan siquiera consolarnos con la idea de que fuera un accidente. Fue un asesinato.

—¿Cómo podéis estar tan segura?

—El muerto estaba atado a una estaca de hierro clavada en el suelo de la choza —dijo ella lentamente—. Fray Agustín encontró los restos de la cuerda atados con firmeza alrededor de los huesos de la muñeca.

Y Josse, anonadado por un momento, dejó caer la cabeza entre las manos.

Ella lo dejó en silencio por unos momentos, lo cual él agradeció mucho. ¡Tenía tantas cosas que asimilar! Todos aquellos acontecimientos tenían un nexo común, y él seguía teniendo la sensación frustrante y persistente de que estaba ahí, delante de sus ojos, pero que no alcanzaba a pensar con claridad.

Entonces la oyó levantarse y moverse alrededor de la mesa para ponerse a su lado.

—¿*Sir Josse*? —dijo ella dulcemente.

Él levantó la cabeza.

—¿*Abadesa*?

—*Sir Josse*, hay otro asunto del que debo hablaros —dijo con una mueca de ansiedad—. No sé si debería hacerlo, puesto que es tan sólo una sospecha, sin ninguna base real, pero... —Y guardó silencio, como si esperara que él la invitara a proseguir.

—De todos modos, será mejor que me lo contéis —dijo él con la voz apagada.

Una ligera sonrisa iluminó durante un segundo el rostro de la abadesa.

—Intentad no parecer tan entusiasmado —murmuró, irónica.

Él se esforzó por sonreír.

—Disculpad. Adelante, ¿cuál era esa sospecha que teníais?

Ella se enderezó, respiró profundamente y declaró:

—Juraría que nos han estado siguiendo.

—¿Que os han seguido? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Empecé a notarlo cuando íbamos hacia Medely, la antigua casa de las chicas. Estaba convencida de que alguien nos vigilaba en el bosque, donde encontramos el cadáver, aunque era un lugar tan misterioso y escalofriante que habría sido extraño no pensar que había alguien oculto allí. Luego hubo momentos, de vuelta a casa, en los que yo... Bueno, ¡qué bobada! ¡No debería estar contándolo! Cuando me paro a pensarlo, ¡claro que había gente que nos seguía! Es un mes de abril cálido y soleado y, probablemente, hay mucha gente que viaja por toda Inglaterra.

Él comprendió su reacción, pero, conociéndola como la conocía, no quiso olvidar lo que acababa de contarle. Mesurando sus palabras, al final dijo:

—Me alegra que me lo hayáis contado. Tal vez no fuera nada, o tal vez hubiera alguien siguiéndoos realmente. Si lo primero es cierto, entonces no habéis hecho mal a nadie. Si es cierto lo segundo, el hecho de que lo hayáis compartido conmigo significa que, a partir de ahora, ambos deberemos estar en guardia.

A Helewise se le demudó la expresión.  
—¿Contra qué?  
Y él se encogió de hombros, indefenso.  
—Abadesa querida, no tengo ni idea.

## Capítulo catorce

Mientras contemplaba la expresión indefensa de su viejo amigo, a Helewise le vinieron ganas de levantar los brazos y gritar: «¡Tenemos que llegar al fondo de este asunto, ahora mismo! ¡Hay dos hombres muertos, una muchacha desaparecida, y nosotros dos debemos ponernos a pensar hasta averiguar el porqué!».

«Pero él está todavía convaleciente —se reprochó con severidad—. No tengo derecho a presionarlo tanto cuando ha estado tan enfermo. Y yo también estoy agotada. Ahora mismo, ninguno de los dos está en las mejores condiciones».

Se alejó de él unos pasos y, forzándose a actuar con calma y lentitud, rodeó la mesa hasta colocarse de nuevo frente a su butaca de madera. Levantó los ojos hasta encontrar su mirada y le dijo:

—*Sir Josse*, siento haberos tenido aquí tanto tiempo, cansándoos con mi conversación. Por favor, regresad junto a sor Eufemia y poneos de nuevo bajo sus cuidados. Volveremos a hablar mañana.

Él levantó la cabeza para mirarla con una expresión angustiada.

—¡Ha habido dos muertos, abadesa! ¡Dos! Tenemos que... Debemos... —Pero su determinación parecía haberse agotado.

—A la cama, *sir Josse* —insistió ella.

Pero él siguió sin moverse; ella se dio cuenta de que tendría que acabar ayudándolo.

—Vamos —le dijo, volviendo a su lado—, os acompañaré hasta la enfermería. Le confesaré a sor Eufemia que he sido yo quien ha agotado a su pobre paciente, y que vos no tenéis la culpa.

Josse se levantó, forzando una débil sonrisa.

—Oh, no deberíais hacerlo, abadesa. Sor Eufemia es como una gallina clueca con sus pacientes; os pondrá a fregar platos durante una semana como castigo.

—Me lo merezco —murmuró Helewise.

Cuando se dirigían hacia la enfermería, se dio cuenta de que Josse se apoyaba en ella. Muy impresionada por esta prueba de su debilidad física, no pudo soportar demorarse mucho más; así, mientras casi lo empujaba hacia una sorprendida sor Beata, le dijo, algo bruscamente:

—Me temo que he cansado a vuestro paciente. Por favor, cuidado de él.

Luego dio media vuelta y volvió rauda a su habitación.

Al cabo de poco, llegó la hora de los rezos de la noche. Al unir su voz a las de sus hermanas en los bellos versos de completas, la abadesa Helewise empezó a sentirse un poco mejor.

Al día siguiente terminó el interludio de sol y calidez. El cielo estaba nublado y caía una fina lluvia. El peso de las nubes que se estaban amasando sobre el bosque hacía pensar que una tormenta más fuerte no tardaría en llegar.

Las ideas avanzaban veloces por la mente de Helewise y, ansiosa por aplicar el

plan que había tramado durante las primeras horas insomnes del día, parecía haber perdido el apetito. No obstante, se obligó a comer; sabía que estaría menos preparada para enfrentarse a los desafíos de la jornada si la empezaba con el estómago vacío.

Tan pronto como pudo escaparse, se marchó al valle a buscar a Berthe.

Tanto los monjes como los peregrinos se encontraban en el pequeño santuario construido sobre el manantial de agua sagrada. Estaban en medio de un oficio.

Helewise permaneció al fondo del santuario, encima de un tramo de toscas escaleras que llevaban hasta el estanque. Incluso por encima del suave murmullo de voces se oía el delicado y constante sonido del agua, cayendo de la fuente de la que brotaba sobre la laguna, más abajo.

Encima de un pedestal, colocado entre las paredes rocosas sobre el manantial, había una estatua de madera de la Virgen. Estaba levantada del suelo, de manera que sus pies pequeños y descalzos quedaban a la altura de los ojos. Tenía los brazos estirados y las manos abiertas, con las palmas hacia arriba. Parecía ofrecer un gesto constante de invitación, y su benevolencia se reflejaba en la cálida sonrisa de sus labios, suavemente curvilíneos.

Helewise, que se emocionaba siempre ante esa bella imagen de santa María, suspiró de pura felicidad.

Era un lugar tan maravilloso, aquel santuario, pensó. Durante unos instantes preciosos, dejó a un lado sus acuciantes problemas y abrió su corazón y su alma a la dulce bendición que parecía reinar en el mismo aire del santuario.

Cuando acabó el oficio, Helewise retrocedió mientras los monjes escoltaban a los peregrinos hasta el exterior, al refugio adyacente. Los visitantes sanos se quedaban al fondo; los enfermos eran ayudados a sentarse en unos toscos bancos de madera que los hermanos legos habían dispuesto en semicírculo. Luego, fray Fermín repartió pequeños vasos de cerámica de la preciosa agua curativa.

Helewise observó el rostro viejo y arrugado de fray Fermín. Mientras levantaba el vaso hacia los labios de uno de los peregrinos, parecía que irradiaba luz. «La fuerza de su fe es un ejemplo para todos nosotros», se dijo.

Se había quedado tan hipnotizada por el sencillo oficio y la entrega de las aguas que casi había olvidado el motivo de su visita al santuario. Helewise obligó a su mente a volver a sus preocupaciones y buscó a Berthe con la mirada.

Al cabo de un rato la encontró. Estaba agachada en el suelo de tierra batida de la casa de acogida de los peregrinos, cuyas puertas estaban abiertas de par en par para que ésta se ventilara después de la noche. Jugaba con dos niños pequeños, cuyas risas hacían sonreír a varios de los que las escuchaban. A su lado se podían ver las piernas cruzadas y los pies calzados con sandalias de otra figura.

Helewise se acercó a la casa. La otra persona era fray Agustín. Cuando Helewise entró, tanto él como Berthe se levantaron y le dedicaron una reverencia.

Ella les devolvió el saludo; luego dijo:

—¡Qué placer escuchar las risas de los niños! Debía de tratarse de un juego muy

divertido.

Fray Agustín sonrió.

—Lo era, abadesa. —Miró a Berthe, que se había puesto roja como un tomate—. Pero, eh...

Helewise adivinó la causa de su confusión.

—Pero ¿un poco vulgar, podría ser?

Ambos jóvenes asintieron con la cabeza. Los niños, impresionados por la visita de la abadesa de Hawkenlye, se sentaron en el suelo boquiabiertos, mirándola fijamente.

—Por favor, no dejéis que os interrumpa —prosiguió Helewise—. Agustín, ¿podría llevarme a Berthe unos instantes?

—Por supuesto, abadesa.

Le rogó a Berthe que la siguiera y la guió por un tramo del sendero que bajaba hasta el valle. Cuando se hubo asegurado de que estaban lo bastante lejos para que no las oyera nadie, se detuvo. Seguía lloviendo, aunque no demasiado fuerte, así que le indicó a Berthe que se refugiara bajo las ramas de un castaño.

Escrutó a la muchacha, y vio que había una clara expresión de recelo en su joven rostro.

—Berthe, he venido a contarte lo que he descubierto durante mi viaje —empezó a decir Helewise—. Encontré el convento donde estuvo Alba; se llama Sedgebeck. Pero me temo que debo decirte que le fueron retirados sus votos y que Alba abandonó la comunidad. Su comportamiento fue... —Santo Dios, ¿había una manera diplomática de decírselo a la chica?—, digamos que no era apta para la vida conventual —declaró. A continuación, antes de que Berthe pudiera pedirle más, se apresuró a añadir—: Luego fui hasta Medely, y allí me dieron las indicaciones para llegar hasta vuestra granja. Ahora está, supongo que lo sabes, totalmente abandonada.

Berthe la observaba detenidamente.

—Sí, abadesa. Comprendimos que no habría ningún arrendatario más. ¿Sabéis? Aquella tierra no es muy buena.

—No, desde luego. —Helewise hizo una pausa, esforzándose por pensar. Se daba cuenta de que Berthe acababa de echarle una mano—. No, ya vimos que la vuestra era la única granja en los alrededores más inmediatos. La única morada, de hecho, en varias millas a la redonda. Dios mío, vivíais aislados, tu familia y tú.

Berthe la miraba fijamente. ¿Había en su expresión alguna señal de miedo? ¿Adivinaba la muchacha por qué Helewise le contaba todo aquello sobre su soledad?

Poco a poco, Berthe asintió con la cabeza.

—Sí, abadesa, era un lugar muy aislado. La aldea, como vos misma visteis, quedaba a cierta distancia. Y en los alrededores no había ninguna otra casa habitada.

«Desde luego que no —pensó Helewise—. Ninguna casa habitada. Lo cual no me da nada por seguro, pero podría indicar que Berthe sabía que había una choza en el bosque, pero que también sabía que estaba vacía.

»¿Debo seguir presionándola? —se preguntó la abadesa—. ¿Por qué no? Al menos, las reacciones de Berthe podrían revelar si sabía o no que la choza vacía se había convertido en la pira de un muerto.

—Por supuesto, debías de saber que había una vieja choza en medio del bosque —dijo, tratando de mantener un tono natural—. Juraría que estaba deshabitada cuando vivíais en la granja.

Berthe asentía.

—Sí, lo sé. Allí había vivido una pareja muy mayor; los recuerdo de cuando yo era pequeña. A veces, madre y yo los visitábamos. Madre les llevaba alguna cosa, huevos, o alguna hortaliza de la huerta, y una vez, el viejo hizo una guirnalda de flores silvestres y me la puso a modo de corona. —Una leve sonrisa le iluminó momentáneamente la cara—. Pero murieron —concluyó—. Hace mucho tiempo.

—¿Y nadie más fue a vivir a la cabaña?

—No. Se caía a trozos ya cuando los viejos vivían en ella. Cuando murieron, estaba demasiado destartada para que nadie se molestase en mudarse a ella. Nosotras solíamos utilizarla como campamento, cuando podíamos escaparnos de la vigilancia de Alba, y, más tarde, Meriel...

Entonces Berthe debió de darse cuenta de que había estado a punto de decir algo que no debía. Cerró la boca bruscamente, desvió la vista de Helewise y se quedó mirando el lago que llenaba el fondo del valle.

—¿Meriel? —insistió la abadesa—. ¿Qué pasa con ella?

Berthe se volvió a mirarla.

—¡Abadesa Helewise, no puedo! —gritó—. No debéis preguntármelo, porque si seguís presionándome para que os responda, tendré que mentiros, y eso no quiero hacerlo. ¡Sin embargo, no puedo romper mi promesa!

Ahora lloraba con violencia, con un llanto convulsivo que hacía temblar todo su cuerpo. Helewise rodeó sus delgados hombros con los brazos y, por unos instantes, la niña se apoyó en ella.

—Lo sé, Berthe, lo sé —murmuró, tratando de calmarla—. Tienes que entender que no te pregunto por simple curiosidad. Estoy intentando ayudarte.

—¡Ya lo sé! —Lloriqueó Berthe—. Pero yo...

—Sí, sí, comprendo —la interrumpió Helewise—. No puedes romper una promesa, aunque tengas la clara sensación de que sería mejor hacerlo. ¿No es eso?

Berthe se separó de ella y la miró a los ojos. No dijo nada, pero asintió con la cabeza, lentamente.

—Pobrecita —dijo Helewise con cariño. Y, aunque no quiso entristecer más a Berthe con sus cábalas, temió que las cosas deberían empeorar todavía antes de empezar a mejorar.

En especial, si podía convencerse a ella misma de que podía justificar el proceder que se le acababa de ocurrir...

—Venga, te devolveré a tu trabajo —le dijo, animada, dándole una pequeña

sacudida y secándole las lágrimas de las mejillas—. Así está mejor. Casi no parece que hayas estado llorando. No creo que nadie se dé cuenta. ¡Al menos, no aquellos pequeños tan felices!

Berthe consiguió esbozar una húmeda sonrisa.

—No, ellos no se darán cuenta —aceptó—. Pero Gussie, sí.

¿Gussie? Ah, claro, el sobrenombre de fray Agustín era Gus, recordó Helewise. Y había sido dulcificado a «Gussie» por la cariñosa Berthe.

—¿Él sí? —Apenas se sorprendió; a Agustín, ella ya se había dado cuenta, se le escapaban muy pocas cosas—. Bueno, estoy segura de que no bromearé sobre ello.

—No, no lo hará. En realidad, es muy considerado.

Ahora Berthe parecía mucho más animada, probablemente, pensó Helewise, ante la idea de volver a ver a Gussie.

—Él nunca me gasta bromas. Es muy amable conmigo.

¿Eso era debido a que el chico había visto lo que había en la choza del bosque?, se preguntó Helewise. Y, habiéndolo visto, estaba preocupado y sentía pena por la joven, que probablemente estuviera involucrada de alguna manera en aquel desgraciado asunto.

Eso decía mucho a favor de Agustín, pensó. Haberse dado cuenta de las necesidades de Berthe y haberse convertido en un amigo amable y fiel era un comportamiento de buen cristiano.

¿Podía ser que Agustín le hubiera hablado a Berthe del viaje a East Anglia? ¿En especial, de la visita a su antiguo hogar? El instinto le decía a Helewise que no; el muchacho era responsable y obediente, y seguramente habría guardado silencio a menos que le dijeran específicamente que podía romperlo. A pesar de todo...

—Berthe, ¿te ha contado Agustín algo del viaje? —le preguntó, como de pasada.

Berthe chascó la lengua, un poco irritada.

—No, abadesa Helewise, ¡ni una palabra! Le he insistido e insistido, he intentado sacarle algún comentario, pero él guarda silencio y dice que son asuntos de la abadía y que no puede entrometerse. ¡Entrometerse! En realidad... ¡lo que visitó era mi aldea! Bueno, entre otros lugares.

—Bueno, bueno, no te enfades con Agustín —la tranquilizó Helewise—. Tiene razón al ser precavido. De todos modos, Berthe —cruzó los dedos y esperó que la chica comprendiera la mentira—, tampoco había mucho que ver.

Sólo un poco aplacada, Berthe soltó un «¡hum!».

Helewise tomó a la muchacha de la mano y ambas regresaron al santuario, apresurándose porque empezaba a llover con más intensidad.

La abadesa la observó entrar de nuevo en el albergue... y las risas procedentes del interior parecían sugerir que el juego seguía en marcha. Luego aceptó un trozo de saco que le ofreció fray Saúl para cubrirse la cabeza y los hombros y regresó rápidamente, bajo la lluvia, a la abadía.

Mientras cruzaba la puerta trasera, se oyó un fuerte trueno por encima de ella.

Esperando que no se tratara de un presagio de los terribles hechos que les esperaban, Helewise corrió a refugiarse en el claustro y se dirigió de vuelta a su habitación.

## Capítulo quince

Josse esperaba sentirse muy cansado después de su primer día entero al aire libre. Pero, al despertar a la mañana siguiente, tuvo el placer de sentirse en plena forma.

Sor Eufemia se mostró escéptica cuando se lo dijo:

—¿Estáis seguro de que no os estáis engañando porque, sencillamente, tenéis ganas de salir corriendo a ayudar a la abadesa a solucionar los problemas de esas infelices hermanas? —sugirió—. No es que no piense que no vaya a serle útil un poco de ayuda; dicen que los problemas vienen siempre de tres en tres, y es realmente cierto en el caso de Alba, Meriel y Berthe.

—Cierto, es así —asintió él—. Pero os prometo que, de verdad, me encuentro bien, sor Eufemia. Al fin y al cabo —añadió, astuto—, le sería de muy poca utilidad a la abadesa si fuera a desmayarme de agotamiento a sus pies, ¿no creéis?

Sor Eufemia soltó una carcajada y le tocó las costillas.

—¡Vamos, apartaos de mi vista! —rió—. Siempre tenéis que tener una respuesta para todo, ¿eh?

Admitiendo que así era, Josse la despidió mientras se ponía la túnica y las botas.

Esperaba sentado en un banco fuera de la enfermería cuando, al cabo de un rato, Helewise salió a buscarlo. El lateral del largo edificio que daba al patio acababa en un amplio claustro y, apoyado en el muro de la enfermería, Josse se resguardaba de la lluvia. Sor Beata había tenido el detalle de llevarle una mantita de piel de oveja que le había colocado sobre las rodillas, y eso lo mantenía en calor.

Al ver a la abadesa, por su expresión supo que estaba preocupada. Se hizo a un lado para que se sentara junto a él, y de inmediato preguntó:

—¿Qué ocurre?

—He pensado en un plan —le soltó ella sin más preámbulos—. Tengo la intención de decirle a Berthe que voy a dejar libre a Alba; evidentemente, Alba tendrá que abandonar la abadía. Luego haré que sigan a Berthe. Ella saldrá directamente a buscar a Meriel, estoy segura, para advertirla de que Alba vuelve a estar en circulación. —Antes de que él tuviera oportunidad de hacer el más mínimo comentario, ella se apresuró a seguir—. Oh, no hace falta que me digáis que estoy siendo cruelmente retorcida, y que me aprovecho de la confusión y la preocupación de una chiquilla que sufre. Sé lo que hago, y sólo espero que sirva de algo. Pero tengo que hablar con Meriel, y no se me ocurre otra manera de conseguirlo —concluyó, volviéndose a mirar a Josse con expresión enojada y a la defensiva.

—Creo que es un plan estupendo —admitió él.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí, abadesa. Entiendo cómo os sentís. A mí tampoco me gustaría sentir que estoy utilizando a Berthe, pero, miradlo de esta manera: ella debe de estar agonizando, intentando mantener el secreto de Meriel y preocupada por cómo se las estará arreglando, esté donde esté. Y vuestro plan, aunque es posible que le haga daño

a corto plazo, al final acabará ayudando tanto a Berthe como a Meriel. ¿No es así?

La expresión de la abadesa empezaba a relajarse.

—No había pensado en ello —dijo.

«No —se dijo él—. Seguro que no lo habíais hecho. Estabais demasiado ocupada acusándoos a vos misma». Ella le dedicó una ligera reverencia.

—Gracias, *sir* Josse.

—No es nada —murmuró él—. ¿A quién tenéis en mente para que haga de perro cazador de la liebre Berthe?

Ella rió.

—Me gustaría hacerlo yo misma, pero el hábito de una monja no es lo más apropiado para avanzar por el bosque silenciosa y discretamente. Creo que podría pedírselo a fray Agustín. Es joven y ágil y, como me acompañó en mi viaje, ya conoce muchos de los puntos clave de la situación. —Vaciló unos instantes y luego prosiguió—: Además, creo que quiere mucho a Berthe, de modo que estará más que dispuesto a ayudarla.

—Buena elección —asintió Josse.

De nuevo deseó estar en plena forma. Le habría quitado de la cabeza que pensara en cualquiera que no fuera él. Pero, incluso asumiendo que fuera capaz de adentrarse en el bosque, desde luego no estaba en condiciones de hacerlo de manera tan discreta. Intentó ser razonable e ignorar al niño que llevaba dentro y que gritaba «¡quiero ir yo!».

—¿Cuándo prevéis poner vuestro plan en funcionamiento? —quiso saber.

—De hecho, sólo esperaba a comentarlo con vos —dijo ella.

—Me honráis, abadesa —musitó él, emocionado—. Vos no precisáis mis consejos, cuando vuestras decisiones son tan acertadas.

—Oh, sí los preciso —repuso Helewise.

A continuación se hizo un silencio algo incómodo entre ambos. Luego, subiendo el tono de voz adrede, él dijo:

—Deberéis protegeros, si os proponéis realmente ir a ver a Alba. ¿O es que simplemente le diréis a Berthe que lo habéis hecho, sin informar realmente a Alba de su inminente liberación?

—No, mi intención es visitar a Alba primero. Y sé lo que queréis decir con eso de protegerme; las monjas que se han encargado de ella me han informado que está cada vez más inquieta, y que han tenido que recurrir a la amenaza de privarla de sus salidas diarias.

—Bah. —Josse pensó para sus adentros que tal vez fuera un exceso de caridad permitir salir a pasear a una mujer violenta y desequilibrada. Pero, consciente de que la abadesa no estaría de acuerdo, se limitó a decir—: Espero que no tengáis intención de visitarla sola. Llevaos a Saúl, y tal vez a alguna de las monjas más robustas. —Luego, dándose cuenta de lo que había dicho, añadió—: Disculpad, abadesa. No era mi intención daros órdenes.

—Disculpas aceptadas —sonrió ella—. Y gracias por el consejo.

Y se levantó.

—¿Puedo acompañaros a la celda de Alba? —preguntó Josse, llevado por el impulso.

Ella lo escrutó por un instante.

—Sí, siempre y cuando no tengáis intención de actuar como guardaespaldas.

Él le devolvió la sonrisa.

—Lo prometo.

Mandaron llamar a fray Saúl, y sor Marta vino de los establos; la abadesa le pidió que dejara el tridente. Luego, los cuatro bajaron los peldaños que llevaban a la cripta, bajo la enfermería, y la abadesa descorrió el cerrojo de la robusta puerta de la prisión de Alba.

Josse cumplió su palabra y permaneció detrás de la abadesa y de sus dos guardianes, miró en la dirección de fray Saúl y tuvo su primera visión de Alba.

Se quedó impresionado.

Estaba preparado para encontrarse con una mujer considerablemente mayor que sus hermanas; eso ya se lo habían dicho. Pero no esperaba aquel rostro tan pálido y flaco, hasta el punto de aparecer demacrada, ni su mirada sombría dentro de aquellos ojos hundidos y oscuros. Sor Marta debió de captar su suspiro; se volvió hacia él y le susurró:

—Dicen que lleva días sin comer.

Y, para corroborar el comentario, *sir* Josse vio que en el suelo había una bandeja de comida sin tocar.

La abadesa dio un paso hacia adelante. Respondiendo a un gesto de sor Marta, Alba se levantó a regañadientes y la miró.

—Alba, debo decirte que he visitado tu antiguo convento en Sedgebeck, y allí me han informado de que te retiraron los votos como monja —le dijo, con una voz plana y sin emoción—. Como ahora sé que no has tomado los hábitos, ya no tengo autoridad para mantenerte aquí encarcelada. Ya no estás bajo mi jurisdicción y, tan pronto como te encontremos un lugar a donde ir, serás libre para marcharte.

Una serie de emociones cruzaron el rostro delgado de Alba. Sorpresa, vergüenza, una rabia breve y fuerte y, al final, un intenso horror.

—¡No podéis obligarme a marcharme, abadesa! —dijo en un susurro—. ¡Soy una monja! Ésta es mi vocación, ¡y voy a ser la mejor monja del mundo! ¡Acabaré, igual que vos, siendo abadesa... esperad y lo veréis!

—Ahora ya no eres monja, Alba —insistió la abadesa con firmeza—. Lo sabías cuando te presentaste ante mí, pero en cambio me dijiste que llevabas años como monja ordenada.

—Sí, sí, lo lamento —dijo Alba con impaciencia, como si tratara de quitarse un tema menor de encima—. Pero tendré que volver a empezar de nuevo. Aquí.

—¡No puede ser, Alba! —La abadesa parecía sobrecogida.

—¡Oh, pero ha de ser! —contestó Alba—. Además, están mis hermanas, tienen que tomar los hábitos, se lo he dicho, y yo debo estar aquí, siendo su mentora, para decirles qué es lo que pueden y no pueden hacer.

—Pero ellas... tú no serías... —balbuceó la abadesa. Y luego, como si, al igual que Josse, se diera cuenta de que se estaba enfrentando a una irracionalidad que rozaba con la manía, se detuvo—. Haremos todo lo que podamos por encontrarte un lugar al que ir; luego podrás marcharte de Hawkenlye. Mi decisión es irrevocable.

La abadesa se volvió y salió de la celda, y fray Saúl cerró la puerta y corrió el cerrojo.

Mientras los cuatro se alejaban de allí, oyeron los terribles ruidos que hacía Alba lanzándose contra la puerta.

Josse pudo ver la agitación de la abadesa. Cuando sor Marta y fray Saúl hubieron vuelto a sus quehaceres, se dirigió a ella:

—¿Por qué no lo dejáis durante un tiempo, abadesa? Sentaos y recuperaos, descansad, id a rezar y...

Ella se volvió hacia él y la expresión de sus ojos gris claro lo silenciaron.

—No puedo detenerme hasta que haya acabado con este asunto —replicó con frialdad. Luego su expresión se dulcificó y añadió—: Oh, Josse, disculpadme. Tan sólo queréis ayudarme, lo sé. Pero ¿le aconsejaríais a un general que se tomara un descanso justo en el momento culminante de la batalla?

—No.

—Pues eso. Mientras tengamos entre manos este terrible e inquietante misterio, no puede haber descanso, ni para mí ni para ninguna de mis monjas. No. Hablaré con fray Agustín y le encargaré esta trascendental misión, luego iré a buscar a Berthe y le contaré lo que acabo de decirle a Alba.

Él asintió.

—Está bien. Si pensáis que es lo mejor... —La tomó por la muñeca con una mano y añadió—: Buena suerte, abadesa. Que el Señor os acompañe.

Su «amén» susurrado flotó de vuelta hacia él mientras se alejaba apresuradamente.

La primera hora de la tarde era un momento de tranquilidad en el valle. Mientras Helewise se acercaba al pequeño núcleo de edificaciones sencillas, advirtió que varios de los peregrinos descansaban bajo el voladizo del tejado del exterior del refugio; todo formaba parte de la cura, pensó, incluso que los animasen a echarse siestas. Como solía decir sor Eufemia, dormir permite al cuerpo llevar a cabo el trabajo de la cicatrización sin que lo distraigan.

Podía ver a Berthe a lo lejos, sentada junto al agua, más abajo en el valle. Había un grupo de niños a su alrededor y, por sus expresiones extasiadas, parecía como si estuviera contándoles un cuento.

Había algunos monjes y hermanos legos a su alrededor, enfrascados en distintas labores. Nadie parecía tener prisa. Todo rezumaba paz...

Helewise se obligó a abandonar sus ensoñaciones y a recordar el porqué de su visita. Se preguntó dónde estaría fray Agustín. Estaba a punto de mandar a un monje a buscarlo cuando uno de los peregrinos se levantó de donde había estado sentado, recostado en la pared frontal del refugio, y se acercó a ella.

Ella lo miró mientras se acercaba. No creía haberlo visto antes, aunque era difícil de decir, con tanta gente que iba y venía todo el tiempo. Y, de hecho, sí que había algo familiar en él.

—Buenos días tengáis, peregrino —lo saludó amablemente.

Él se detuvo a algunos pasos de ella y le hizo una profunda reverencia. Ella notó de pasada que saludaba exactamente igual que lo hacen los profesos entre sí; el hombre debía de ser muy observador. Luego, reincorporándose, la miró a los ojos. Los suyos, advirtió ella, eran oscuros, al igual que su pelo, que llevaba muy corto. Y, a diferencia de la mayoría de los hombres, llevaba barba.

—Creo que tengo el honor de saludar a la abadesa de Hawkenlye —dijo él en un tono de voz más bien grave.

Helewise inclinó brevemente la cabeza, asintiendo, y la expresión seria del hombre se distendió por un momento en una sonrisa.

—¿Habéis llegado hoy? —preguntó ella.

Él asintió con un gesto de la cabeza, pero luego se apresuró a añadir:

—Eh, bueno, ayer.

—¿Habéis tomado ya las preciosas aguas sagradas?

—No.

Estaba a punto de preguntarle si había ido allí para curarse —aunque era la viva imagen de la salud, nunca se sabía— o para ofrecer sus plegarias en el santuario de Nuestra Señora. Pero no lo hizo. No era su talante interrogar a los visitantes; ¿por qué debería hacerlo ahora?

El forastero seguía mirándola. Como empezaba a sentirse algo incómoda, Helewise decidió retirarse.

—Disculpadme, por favor. Tengo que...

Pero, de nuevo, se detuvo. Tampoco acostumbraba a dar explicaciones sobre sus movimientos a los peregrinos. Lo saludó con un mínimo gesto de la cabeza y se volvió.

Mientras se apresuraba a buscar a alguien que pudiera localizar a Agustín, se sorprendió al notar que el corazón se le había acelerado.

¿Por qué?, se preguntó. Trató de analizar la emoción que la embargaba; no era exactamente miedo, pero se le parecía bastante. ¿Aprensión, tal vez?

Sí.

Y de pronto pensó: «¡Es como si me hubieran obligado a presentarme delante de un superior con alguna mala excusa por algo que hubiese hecho mal!».

Sorprendida ante su reacción —hacía mucho tiempo que no se encontraba en una situación como aquella—, apartó la vista de aquel par de ojos oscuros e

inquietantemente penetrantes y le hizo señas a fray Saúl.

Fray Agustín, que había estado ayudando a uno de los peregrinos a curar un corte en la pata de su vieja mula, se acercó corriendo a Helewise tan pronto le informaron de su llamada.

Fruncía el ceño mientras asimilaba las palabras de la abadesa.

—Es decir, que vais a utilizar a Berthe para que os lleve hasta su hermana —repitió despacio.

—Lo haré, Agustín —respondió ella. Le sostuvo la mirada—. No es que me guste hacerlo, pero siento como si un mal mayor se estuviera perpetuando si dejamos que Berthe siga viviendo esta vida de mentiras.

Él asintió:

—Cierto. Ella no es feliz, pobrecita.

—Supongo que no se ha confiado a vos —preguntó Helewise.

—No —sonrió él, brevemente—. Y os digo la verdad, abadesa.

Ella rió en voz baja.

—Oh, Agustín, os creo. De verdad, ¡nunca he conocido a un par de personas tan honestas como Berthe y vos!

—Gracias —le dijo el muchacho, serio. Luego añadió, después de un silencio bastante largo—: Iré encantado de vuestra parte, abadesa. Y cuando todo esto haya terminado, le contaré a Berthe por qué lo hice. ¿Os parece bien?

—Sí, Agustín —asintió ella, agradecida—. Por supuesto que sí.

La abadesa le dio un poco de tiempo para que hallara un escondite desde el cual poder observar a Berthe. Luego, intentando reprimir su emoción, anduvo por el sendero en el que la muchacha seguía sentada con el grupo de niños.

Al advertir a Helewise, Berthe se puso de pie para saludarla.

—¡Abadesa, qué alegría veros! —dijo, ingenua.

—Buenos días, Berthe. ¿Me acompañas a dar un paseo? Hay algo de lo que quiero hablarte.

—¡Claro!

Siguió con la chica sendero abajo, alejándose del santuario. Luego le dijo:

—Berthe, ayer te conté que Alba ya no es monja. Eso significa que yo ya no tengo autoridad sobre ella, y por tanto no puedo mantenerla encarcelada. Le he informado de que, tan pronto como le encontremos un lugar al que acudir, deberá marcharse de Hawkenlye.

La tez rosada de Berthe había empalidecido hasta tornarse de un tono blanco mortecino.

—Vos... —empezó, pero lo intentó otra vez—. Pero, seguro que ella quiere quedarse, ¿no?

—Lo que ella quiera no importa —repuso Helewise con delicadeza—. Berthe, ella no está hecha para ser monja, ni tampoco para vivir en una comunidad como hermana leg. Es una influencia demasiado negativa. El bienestar de mi comunidad

es responsabilidad mía y, aunque resulte difícil para Alba, no tengo más alternativa que echarla.

—Comprendo, abadesa.

La expresión de Berthe se había transformado en una resignación extrañamente adulta, que parecía incongruente en una persona tan joven.

A Helewise se le llenó el corazón de compasión.

—Pero tú puedes quedarte, Berthe —dijo—. Sin convertirte en postulante, quiero decir. Sor Eufemia siempre está buscando a chicas que pueda formar como enfermeras legas, y tú estás ciertamente capacitada, según me dice.

Por unos instantes, el rostro de Berthe se iluminó. Pero luego quedó de nuevo sumida en la tristeza.

—Es una idea muy bonita, abadesa —dijo amablemente—, pero imposible.

—¿Por Alba? —preguntó Helewise. La muchacha asintió—. ¡Pero puedes librarte de ella, si es expulsada!

Berthe la miró con sus ojos tristes.

—Nunca podremos librarnos de Alba —declaró pausadamente.

Odiándose a sí misma, queriendo por encima de todo hablar con la niña, darle todo el consuelo posible, Helewise tuvo que conformarse con darle un breve adiós. Se volvió y echó a andar de regreso a la abadía.

No podía soportar permanecer sentada en su habitación mientras duraba la larga espera. Había trabajo que podía ir adelantando —siempre lo había—, pero no era capaz de concentrarse. Su mente no dejaba de llenarse con imágenes de Berthe escapando, corriendo a encontrarse con Meriel y rompiéndole el corazón mientras le contaba su historia entre sollozos. Imágenes de Agustín siguiéndola, vigilándola, protegido por un árbol enorme, y registrando todos sus movimientos para volver luego a informar a su abadesa.

Al final se dirigió a la iglesia de la abadía, se metió en su lugar habitual en el coro y le abrió su apesadumbrado corazón a Dios.

Mientras la abadesa rezaba, Berthe y Agustín hacían casi exactamente lo que ella había imaginado.

Pero había alguien más que seguía a Agustín. Alguien cuya implicación, de haberla averiguado, habría sorprendido enormemente a la abadesa.

Agustín acudió a verla antes de lo que esperaba. Estaba de vuelta en su habitación, ahora más tranquila, a punto de leer el último informe de la bodeguera, cuando oyó unos suaves golpecitos en su puerta.

En respuesta al ruego de la abadesa, Agustín entró. Mientras le daba la bienvenida, ella trató de leer su rostro, y pensó que tal vez parecía aliviado.

—¿Funcionó el plan? —preguntó.

—Sí, abadesa. Antes de nada, dejadme decir que Meriel está bien y, por lo que pude ver, parece encantada de vivir al aire libre.

—Gracias a Dios —murmuró Helewise.

—Amén. Teníais razón, abadesa —se apresuró a decir Agustín—. Tan pronto como os marchasteis del valle, Berthe se escapó. Tan sólo pude seguirla porque ya esperaba que huiría: fue muy astuta, entró en el cobertizo y salió por un panel suelto de la parte de atrás. Pero bueno, como os he dicho, me las apañé para no perderla de vista.

—¿Adónde fue?

—Al principio pensé que se dirigía a la abadía, pero, antes de llegar a la puerta trasera, giró hacia su izquierda, rodeó la parte lateral de la abadía, luego cruzó el sendero que lleva hasta Tonbridge y se adentró en el bosque.

—¡El bosque! —Dios mío, pensó Helewise. Sabía perfectamente qué peligros acechaban en el gran bosque de Wealden.

—Sí —exclamó, sin apenas darse cuenta de la interrupción de la mujer—. Tomó una senda de ciervos que lleva directamente a la arboleda, a través de un denso sotobosque. Luego el camino desembocaba en un sendero más ancho, que llevaba hasta un claro. De verdad, abadesa, sería imposible de encontrar si no se conociera, o, como en mi caso, si no hubiera estado siguiendo a la chica. Estaba muy bien escondido.

—¿Y qué había en el claro?

—Algunos refugios. Más bien toscos, hechos con unos cuantos troncos cubiertos con ramas y turba. Un campamento de carboneros, me temo que era, aunque hacía mucho tiempo que no había habido fuegos. Bueno, no más que un pequeño fuego para cocinar, que ardía agradablemente; cocinando la cena de alguien, diría, por el apetitoso olor que desprendía.

—¿La cena de Meriel? —Helewise apenas era capaz de respirar.

—Cierto, la cena de Meriel —asintió él con una amplia sonrisa—. Salió de una de las cabañas cuando Berthe llegó al claro.

—¿Y tenía buen aspecto, habéis dicho?

—Así es. Mucho mejor, diría, que cuando vivía en la abadía. Estaba radiante. Corrió a recibir a Berthe, la abrazó, y empezaba a contarle algo, entre risas, cuando Berthe la detuvo. Debió de contarle lo de Alba, supongo, porque, fuera lo que fuese, detuvo sus risas al instante.

La mente de Helewise iba a toda velocidad. La gran sensación de alivio al oír que Meriel estaba bien empezaba a disiparse, y ahora aparecían nuevas preocupaciones. «Sé de gente que vive en el bosque —pensó—. Me he encontrado con ellos y he sobrevivido para contarlo, pero eso no significa que haya olvidado lo peligrosos que pueden llegar a ser...».

—¿Estaba contenta? —le preguntó a Agustín—. ¿Radiante, has dicho?

—Así es, ambas cosas.

«Si ya se ha encontrado con los habitantes del bosque, y está así de contenta —pensó Helewise—, tal vez me esté preocupando innecesariamente y no supongan ninguna amenaza para ella. Sin embargo, no puedo evitar sufrir por ella».

Algo que podía y debía hacer, decidió, era evitar que se hiciera más daño.

—Agustín, gracias —dijo sonriéndole—. Lo habéis hecho muy bien. De hecho, habéis conseguido hacer todo lo que os pedí. Pero ahora tengo que daros una orden que tal vez no os guste.

—Cualquier cosa, abadesa —contestó él tenazmente, preparándose para asumir su próxima y arriesgada misión.

Helewise lamentó tener que decepcionarlo.

—Debéis regresar al valle y permanecer allí —le dijo con firmeza—. No debéis revelarle a Berthe que la habéis seguido, y no debéis volver a seguirla. Pase lo que pase.

Su cara se mudó en una mueca de disgusto.

—Pero, abadesa...

—Sin peros —replicó ella, tajante—. Podéis retiraros, Agustín.

La obediencia lo hizo inclinarse antes de salir de la estancia. Al ver la resignada postura de sus hombros, la abadesa no tuvo dudas de que haría exactamente lo que ella le había pedido.

«Ahora debo visitar a *sir* Josse —se dijo—. Espero y deseo que lo encontraré descansado y dispuesto a acompañarme a una pequeña excursión».

Cruzó el patio y se acercó a la enfermería. Al entrar, esperó que la fiebre de Josse no le hubiera afectado la memoria, y que todavía recordara el camino hasta el campamento de los carboneros.

## Capítulo dieciséis

Recibir la visita de la abadesa, pensó Josse, no era algo extraño. Pero que ella le propusiera que fueran juntos al bosque, justo cuando faltaba poco para que estuviera demasiado oscuro, y que la condujera hasta el campamento de los carboneros... eso sí era algo inesperado.

—¿Vendréis conmigo? —le repitió, con el rostro tenso por la ansiedad.

—Por supuesto, abadesa.

—¿Os sentís lo bastante fuerte? ¿No será demasiado esfuerzo para vos?

Él no estaba seguro del todo, pero estaba dispuesto a arriesgarse.

—Sí, me las arreglaré —la tranquilizó—. Aunque...

—¿Aunque qué?

Había estado a punto de decir: «Aunque será mejor que nos aseguremos de que sor Eufemia no nos ve», pero decidió no decirlo. Fuera lo que fuese lo que había empujado a Helewise a hacerle aquella petición tan apremiante, era obvio que significaba mucho para ella. Era mejor no preocuparla insinuando que la enfermera podía considerar que él no estaba en forma para hacerlo.

—Nada. Hoy he estado levantado y moviéndome, ¡y me siento con más fuerzas cada minuto que pasa! Un paseo por el bosque, al atardecer, me sentará bien. Eh... ¿sigue lloviendo?

Después de tranquilizarlo, la abadesa se precipitó hacia la puerta, y se detuvo sólo a hacerle señas para que la siguiera al exterior del edificio.

Josse advirtió que le resultaba más fácil avanzar al cabo de un rato, cuando ya había encontrado su ritmo. Al principio, hasta la suave pendiente de la salida de la abadía lo hizo jadear, y le había resultado difícil ocultar la obvedad de que se estaba quedando sin aliento.

Más tarde, sin embargo, cuando seguían la senda de ciervos bajo los árboles, empezó a sentirse mejor. El aire del bosque después de un día de lluvia olía maravillosamente: casi podía saborearlo, y estaba convencido de que era como un bálsamo para su corazón.

Después de tanto tiempo en la enfermería o enclaustrado dentro de los muros de la abadía, era fantástico estar otra vez fuera, en el ancho mundo.

Ahora se daba cuenta de que se había concentrado tanto en probar sus piernas y su fortaleza que apenas había dedicado ni un pensamiento al destino de su paseo. No es que fuera muy difícil de deducir. Se detuvo —iba el primero—, y se volvió hacia la abadesa para decirle en voz baja:

—Vuestro plan ha funcionado, ¿no? Y ahora nos dirigimos a donde sea que Meriel ha estado escondiéndose.

—Sí —le susurró ella—. Agustín dice que está bastante bien. De hecho, dice que tiene muy buen aspecto.

—¿Y acampa en una de las viejas cabañas de los carboneros?

—Así es.

Josse recordó a otra persona que lo había hecho y dedicó una breve plegaria para que, esta vez, las cosas no acabaran como lo habían hecho en aquella ocasión.

Estaba a punto de emprender de nuevo la marcha cuando ella lo detuvo, aferrándose a su manga.

—*Sir* Josse, tenemos que... Quiero decir, temo por la seguridad de Meriel, como por la de cualquier muchacha joven que ande sola por el bosque. Estoy segura de que no tengo que decir más.

Él sabía exactamente a lo que se refería. Él también recordaba.

—No, abadesa, no hace ninguna falta —dijo.

Mientras avanzaba, volvió a ver mentalmente —aunque intentaba evitarlo— lo que él y la abadesa habían visto una vez, no muy lejos del lugar al que ahora se dirigían. Y, al recordar, comprendió su ansiedad. Tenía toda la razón: una cabaña aislada en medio del bosque de Wealden no era el lugar más adecuado para una muchacha sola.

Aminoró el paso a medida que se acercaban al claro. Por un lado, no habría sido correcto sorprender a Meriel, presentándose inesperadamente en el bosque silencioso. Por otro... bueno, el propio bosque parecía imponer un paso reverente; uno nunca sabía qué podía surgir de sus escondites...

Se detuvo a unos pasos del claro. La abadesa iba a su lado, y a Josse le pareció que contenía la respiración. Juntos espionaron a través del sotobosque hacia el espacio abierto que había más allá.

La menos desvencijada de las viejas cabañas estaba claramente habitada. Una pequeña hoguera ardía en su exterior, dentro de un pequeño fogón de piedra. Algunas prendas de ropa colgaban de unos arbustos... ¿Habría estado lavando la ropa Meriel? ¡Seguro que no!

Entonces, imitando la táctica de la abadesa de contener la respiración para oír mejor, dirigió su atención al claro.

El sonido de unas voces les llegó a través de la quietud del aire de la tarde.

Una voz de chica (¿Meriel?) que hablaba suavemente, con un tono de interrogación. Y, en respuesta, una voz distinta; cálida y amorosa, parecía estar tranquilizando las ansiedades de Meriel.

Era, sin duda alguna, una voz masculina.

A su lado, Josse sintió que la abadesa se ponía rígida de indignación.

—¡Está con un hombre! —susurró.

Y, antes de que Josse pudiera hacer nada por detenerla, apartó el último tramo de matorrales, cruzó el descampado a grandes zancadas y se plantó frente a la choza, gritando:

—¡Meriel! ¡Meriel, contesta, soy la abadesa Helewise! ¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

Al intentar correr tras ella, Josse tropezó y estuvo a punto de caer al suelo. Tras

recobrar el equilibrio, con la vista fija en la figura alta y recta de la abadesa allí en medio, sola, volvió a tropezar. Pero, antes de poder alcanzarla, de hacer lo que tuviera que hacer para protegerla, una figura surgió de la cabaña.

Era una figura tan alta como la abadesa, mucho más ancha de espaldas y con una espada en la mano.

Con un último y enorme esfuerzo, Josse se precipitó hacia adelante. El hombre lo vio acercarse y se volvió hacia él, levantando la espada para defenderse en un único movimiento, ágil y estudiado. Pero fueron esos mismos ojos entrenados para el combate los que advirtieron al instante que Josse no iba armado, así que el hombre soltó su arma. En vez de correr hacia la espada, Josse se encontró cayendo entre los brazos abiertos del muchacho.

—*Sir Josse d'Acquin, os doy la bienvenida* —dijo el joven desconocido.

Y cayó sobre una rodilla, inclinando la cabeza como si estuviera jurándole fidelidad.

Jadeando, con la sensación de que los puntos de su herida estuvieran cortándolo por la mitad, Josse cayó al suelo. Con la mirada casi a la altura de la del joven, le respondió:

—*Disculpadme por no levantarme a recibir vuestro saludo, pero creo que no puedo.*

Con un enorme alivio, se tumbó sobre el mullido suelo del bosque y cerró los ojos.

Pero no por mucho tiempo.

De pronto volvió a oír a la abadesa:

—*¡Meriel! ¿Estás bien, criatura? ¡Meriel!*

Y, cuando volvió a abrir los ojos, vio cómo la chica salía de la choza.

Sólo entonces se dio cuenta de que ambos, Meriel y el joven, no iban vestidos. Ambos se habían envuelto en una especie de manta, y ambos parecían recién levantados de la cama.

Josse se incorporó. Al cabo de un momento, la cabeza dejó de darle vueltas.

—*Creo, abadesa, que los estamos estorbando* —dijo—. *Alejémonos un poco y tal vez, Meriel y...*

—*Jerôme* —dijo el joven, levantando la cabeza con dignidad—. *Jerôme de Waelsham.*

«Un hecho notable, ser capaz de mantener la dignidad cuando se va ataviado tan sólo con una mantita.», pensó Josse irónicamente.

—*¿Tal vez Meriel y Jerôme querrán hablar con nosotros cuando estén listos?* —prosiguió.

Jerôme miró a la chica, quien asintió con un gesto de la cabeza. Tenía los ojos abiertos de par en par por el temor, y Josse se dio cuenta de que el joven se había colocado rápidamente a su lado, pasándole un brazo protector por encima de los hombros.

La abadesa, todavía indignada, empezó a decir algo:

—Y no intentéis...

Josse la interrumpió:

—Vamos, abadesa —le dijo tranquilamente—. Los estamos avergonzando. Hablarán con nosotros cuando estén listos, estoy seguro.

El joven le dirigió una mirada de agradecimiento, recogió la ropa de los arbustos y siguió a Meriel hasta el interior de la cabaña. Josse tomó a la abadesa del brazo —estaba rígida por la tensión—, y la llevó hasta el otro extremo del claro del bosque. Allí se sentaron en un tronco a esperar.

—¡Estaban acostados juntos! —dijo ella, furiosa.

—Cierto —asintió él—. Así es.

Ella lo miró.

—¿Cómo podéis quedaros tan tranquilo? —le preguntó—. Dos jóvenes... ¡ella tiene apenas dieciséis años!... aquí solos en el bosque, sin nadie que los vigile, ¡y encima, ella acaba de salir de la abadía!

—Donde no era monja —le recordó él—, de modo que no ha roto ningún voto de castidad.

—Pero... pero... —Helewise echaba chispas. Luego, con un «¡bah!» de indignación, se cruzó de brazos y se sumió en un doloroso silencio.

«La he decepcionado —pensó él tristemente—. Ella esperaba mi apoyo en su condena, y yo no soy capaz de dárselo».

Volvió a visualizarlos mentalmente, aquella pareja de jóvenes guapos y enamorados. Vio cómo ella buscaba el alivio en su mirada, cómo él se apresuraba a demostrarle su cariño. Había amor, el suficiente, pensó. «Y, por mi vida, no puedo condenarlo como pecaminoso».

Al cabo de un rato, la pareja salió de la choza. Iban totalmente vestidos; Meriel con un sencillo vestido amarillo pálido, y Jérôme con una túnica y unas mallas. El pelo, pensó Josse distraídamente, parecía como si se lo hubieran cortado mucho hacía poco.

La pareja se detuvo ante la abadesa y Josse, que se levantaron al unísono.

—Meriel, ¿quieres decirme, decirnos, qué está ocurriendo? —preguntó Helewise en un tono que parecía indicar que había recuperado el control de sí misma.

Meriel suspiró ruidosamente.

—Tuve que huir, abadesa Helewise —explicó—. Sé los muchos problemas que debo de haberos causado, y creedme que lo lamento mucho. Vos nos acogisteis, no dejasteis que Alba nos hiciera daño con sus rabetas y sus desvaríos, y creo que os estabais poniendo al lado de Berthe y de mí en la cuestión de si deberíamos ser monjas o no.

—¡Por supuesto! —exclamó la abadesa—. Jamás se acepta a ninguna muchacha o mujer en la comunidad contra su voluntad, Meriel.

—Sí, eso pensaba yo.

—Deberías haber confiado en mí —dijo la abadesa delicadamente—. Yo tan sólo esperaba que te acercaras a mí para pedirme ayuda. Te la habría dado con todo mi corazón.

Los ojos de Meriel se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, abadesa. Es sólo que... bueno, que Berthe y yo no estamos acostumbradas a confiar en la gente.

La voz se le quebró. Al instante, Jerôme le dio un abrazo y comenzó a acariciarle el pelo, susurrándole palabras reconfortantes al oído.

—Pero confías en Jerôme, por ejemplo —intervino Josse. Meriel asintió, recomponiéndose—. Así, cuando supiste que había venido a buscarte, pensaste que era mejor huir de la abadía y depositar tu confianza en él.

—¡Por favor, ya ha sufrido bastante! —protestó el joven—. Vos no sabéis...

—Está bien, Jerôme —intervino Meriel, y luego, volviéndose hacia Helewise y Josse, dijo sencillamente—: Pensé que había muerto. Cuando descubrí que no era así, ¿cómo podía no venir aquí para estar con él?

—¿Pensaste que había muerto? —repitió la abadesa—. Ahora lo entiendo. —El rostro se le había iluminado—. ¡Por eso estabas tan apenada! No tenía nada que ver con la muerte de tu padre, o con haber tenido que abandonar tu hogar, o con las amenazas de Alba para que te hicieras monja. —Miró de nuevo a Jerôme y a Meriel—. Pensabas que tu amante estaba muerto.

—Sí, y también yo quería morirme.

Habló con tal honestidad que Josse, por una vez, la creyó.

—He descubierto algunas cosas sobre vuestro pasado —dijo la abadesa—. He estado en Sedgebeck, en cuyo convento Alba estuvo brevemente. También sé que no es monja. Y como creo que Berthe ya te habrá informado, deberé pedirle a Alba que se marche de Hawkenlye. Tan pronto como le hayamos encontrado un nuevo hogar, se marchará.

Meriel sacudió la cabeza.

—Abadesa, no sabéis lo que estáis haciendo —dijo—. Disculpad mi franqueza, pero debo decíroslo. Alba ha hecho... me temo que Alba puede hacer daños indecibles, si tiene carta blanca, si no se la controla. Se encarga de las cosas que no están bajo su responsabilidad, y no se rinde. ¡Creedme!

—Soy consciente de que ha adquirido demasiado control sobre ti y sobre Berthe —repuso Helewise—, y, en realidad, sobre vuestra madre. Berthe nos ha contado cosas a *sir* Josse y a mí, y sentimos mucha compasión por lo que debió de ser una infancia muy difícil.

—¡Difícil! —repitió Jerôme, incrédulo—. Está claro, abadesa Helewise, que no lo sabéis todo. Ella solía...

—Jerôme —dijo Meriel amablemente. Él la miró con una impaciencia que pronto fue sustituida por una sonrisa y guardó silencio—. Abadesa, Alba no está cuerda —prosiguió Meriel—. Su insistencia irracional por mantener el buen nombre de nuestra

familia la condujo a la muerte de mi madre. Una vez eliminada la persona a la que veía como su rival ante el afecto de mi padre, Alba decidió que ya podía dejarnos solas y se marchó para hacerse monja, lo que para ella quería decir convertirse en abadesa. Dios mío, ¡habría aspirado al puesto de Papa si se permitiera el acceso al cargo a las mujeres! Luego se enteró de la muerte de nuestro padre y... y de lo que Berthe y yo teníamos pensado hacer, ¡y regresó corriendo a Medely con la única intención de detenernos! Incluso...

—No, Meriel —dijo Jérôme en tono de advertencia—. Eso no; no hasta que lo sepamos.

Ella asintió.

—Está bien. Pero, abadesa —la chica se volvió a mirar a Helewise y a Josse—, no tenía ningún escrúpulo. Berthe y yo estábamos a punto de marcharnos cuando se presentó en la granja, y nos encerró a las dos toda una noche en el sótano para impedir que nos marcháramos. Permanecimos allí el resto del día y también toda la noche, y a Berthe le da miedo la oscuridad. —Se estremeció—. Luego, a la mañana siguiente, nos dejó salir y nos dijo que Jérôme estaba muerto. Hasta llegó a enseñarme... —La sacudió otro escalofrío más violento, y dejó la frase sin terminar—. Como sin duda había calculado, me hundí. Entonces le resultó muy fácil llevarnos bien lejos de allí. Creo que no dijimos ni pío en todo el trayecto de Medely hasta Hawkenlye.

—¿Y tú conseguiste seguirles el rastro? —le preguntó Josse a Jérôme.

—Sí. No me costó mucho. Y tuve... —se interrumpió—. La gente recordaba con facilidad a una monja con malos modos y a dos niñas llorosas —dijo, rectificando. Había rencor en su tono de voz.

Josse sintió una punzada de compasión:

—Y, así, una vez supiste que estaban aquí, en Hawkenlye, ¿preparaste un lugar para acampar y fuiste a buscar a Meriel?

—Sí. —Miró a Meriel, con el rostro lleno de felicidad—. Nuestro reencuentro fue... bueno, fue un gran alivio encontrarla.

—Lo imagino. —Josse tragó el nudo que tenía en la garganta—. Y tú, Meriel, informaste a Berthe de la milagrosa reaparición de Jérôme, le hiciste prometer que te guardaría el secreto y luego te marchaste para reunirte con él...

—Sí —asintió—. Sé que no fui muy justa con Berthe, forzándola a vivir una mentira y a fingir que no sabía dónde estaba. O ni siquiera si yo estaba bien. Pero, sinceramente, no creo que le importara. No se lo habría pedido si hubiera pensado que la hacía sufrir.

—No —dijo Josse—. Imagino que no. Y podemos asegurarte, la abadesa y yo, que Berthe no ha estado sufriendo. Al contrario.

—Es cierto —asintió Helewise.

Josse pensaba, agradecido, que su actitud hacia la pareja se estaba suavizando, cuando de pronto Helewise se levantó, y colocó cada una de las manos en el interior

de la manga opuesta, adoptando su postura de disciplina.

—Abadesa, no... —Intentó rogarle.

Pero ella no se dio ni cuenta.

—Entiendo, Jerôme, que han habido circunstancias especiales que han guiado tus acciones —dijo con severidad—, y entiendo también que, probablemente, tuviste la sensación de que no tenías opción. Pero, no obstante, el caso sigue siendo que, por lo que sea, te has llevado a una joven lejos de su casa y de su familia, la has llevado al bosque a acampar contigo y, como *sir* Josse y yo no hemos podido evitar comprobar, estabas... estabais...

—He estado haciendo el amor con ella —completó la frase Jerôme—. Abadesa, no puedo negarlo. —Miró a Meriel, que parecía estar reprimiendo una carcajada—. Hemos estado haciendo el amor, tanto como hemos podido.

—Jerôme. —Josse se levantó, advirtiéndole—. Te ruego que tengas en cuenta con quién estás hablando. Es la abadesa de Hawkenlye, y se merece un respeto.

—Lo lamento, abadesa —se inclinó hacia ella. A Josse le pareció ver que un rastro fugaz de sorpresa cruzaba el rostro de ella, pero antes de que pudiera decir nada, él prosiguió—: No pretendía faltarle al respeto. Por supuesto, tenéis toda la razón. Habría sido muy inmoral (y probablemente habría sido un signo de que me aprovechaba de ella) que un hombre se llevara a una muchacha a los bosques, como tan poéticamente habéis dicho, para seducirla.

La expresión de la abadesa mostraba cada vez más condena.

—¡Pero si eso es exactamente lo que has hecho! —dijo, con la exasperación agudizando su tono—. ¿No percibes lo pecaminoso de tus actos?

Jerôme le sonrió. Luego tomó la mano de Meriel y la levantó para que la abadesa y Josse pudieran verla.

—No ha habido ningún pecado, abadesa. —Su rostro rezumaba felicidad. Mientras señalaba el aro brillante de oro en su dedo, miró a la despeinada joven mujer que tenía al lado y dijo—: Meriel es mi esposa.

## Capítulo diecisiete

Helewise y Josse permanecieron en el bosque más tiempo del que tenían previsto; la revelación de Jérôme les había resultado tan sorprendente —y, Helewise reflexionaba, tan emocionante— que había dado lugar a una larga conversación.

Cuando ella y Josse estuvieron de vuelta en la abadía, ya hacía rato que había anochecido. La abadesa sufría por Josse; durante el último tramo había estado andando cada vez con más lentitud, y tenía miedo de que la excursión lo hubiera agotado. Se quedó muy aliviada cuando, una vez dentro de la atmósfera serena y tranquila de la enfermería, pudo darle las gracias, desearle unas buenas noches y entregarlo al cuidado de sor Eufemia.

Mientras se dirigía a la capilla, meditaba que, aunque ella hubiera estado dispuesta a comentar las implicaciones de lo que acababan de descubrir, él se encontraba demasiado fatigado.

«Y yo —pensó mientras se arrodillaba para rezar en la iglesia vacía— necesito hablar primero con Dios».

Y eso me exactamente lo que hizo, a juzgar por la paz y el silencio que duraron hasta que las monjas entraron en la capilla para las completas.

A la mañana siguiente, Helewise se levantó con sus deberes del día muy definidos en la mente. Tenía mucho por hacer, y ella siempre había considerado que empezar un día de trabajo con las tareas bien definidas era lo mejor en términos de eficiencia.

Entre la hora prima y el desayuno, permaneció en la iglesia de la abadía, en oración privada. Había muchos asuntos en los que necesitaba la ayuda de Dios, pero la mayor de sus preocupaciones era qué hacer con Alba.

«¿Qué debo hacer, amado Dios? —Le pedía con la mirada fija en la sencilla cruz de madera que presidía el altar—. Ella suplica poder quedarse en nuestra comunidad, pero por el bien de todos los demás, ¿cómo puedo permitirselo?»

»Y, si la echo, ¿adónde va a ir? No puedo limitarme a deshacerme de ella, puesto que, si he de creerme lo que Meriel y ese esposo suyo tan apasionado cuentan, ella irá a buscarlos. Aunque no acepte creer lo que Meriel dijo de Alba, acerca de que les hizo daño de verdad, sí temo que su intervención pueda ser muy desagradable. Los recién casados necesitan intimidad, mientras la pareja se acostumbra a convivir, y la intervención de una hermana mayor mandona y malhumorada no aportaría ningún beneficio a ninguno de los dos».

Helewise cerró los ojos en un intento de vaciar la mente, de escuchar cualquier ayuda que pudiera serle enviada. Trataba, si tenía que ser sincera consigo misma, de enfrentarse a aquella vocecita insistente en su cabeza que le decía que debía creer a Meriel.

Visualizó la cara de Meriel, transformada por la felicidad, desde la palidez demacrada de la desdicha hasta aquella radiante belleza. Y las palabras de Jérôme, cuando interrumpió algo que Meriel iba a decir, resonaban todavía en sus oídos: «No,

Meriel. Eso no; no hasta que lo sepamos».

¿Qué había estado a punto de decir Meriel? Fuera lo que fuese, tenía que ver con Alba, eso estaba claro, puesto que, justo después, Meriel había dicho de ella que no tenía escrúpulos.

Oh, Dios mío, ¿significaba lo que Helewise tanto temía averiguar?

«No debo sospecharlo —se dijo firmemente—. No tengo pruebas y, con caridad cristiana, debo evitar creer lo peor simplemente por la emoción que provoca esa sensación, como si fuera un campesino supersticioso que escucha una antigua leyenda de fantasmas y monstruos porque le gustan el miedo y la emoción que siente».

Rezó un rato en voz alta, repitiendo las conocidas palabras hasta que se sintió más tranquila.

Cuando se levantó para abandonar la iglesia y dirigirse al refectorio ya se había convencido de que era mejor ignorar la advertencia de Meriel, y que lo mejor que podía hacer por Alba era mandar recado de que la abadesa de Hawkenlye buscaba un buen hogar —cuanto más lejos, mejor— para una joven que había pasado los últimos tiempos en la abadía. Era algo que ya había hecho muchas veces, normalmente con éxito. Hawkenlye tenía una excelente reputación, y cuando la abadesa solicitaba un lugar para alguien, su solicitud era casi siempre bien acogida.

Lo siguiente en la lista de tareas de Helewise era visitar a Josse. Para su tranquilidad, lo encontró bastante bien; estaba levantado y activo, ayudando a un hombre que se recuperaba de unas fiebres a dar los primeros pasos al aire libre. Cuando hubo instalado a su paciente en un banco, Josse se acercó a la abadesa y ambos se alejaron hasta donde nadie pudiera oírlos.

Ella le comunicó lo que había decidido hacer con Alba.

—¿Estáis segura, abadesa? —preguntó Josse, frunciendo el ceño.

—¿Segura de qué?

Sintió cómo se ponía tensa. Se daba cuenta de que su tono no había sido precisamente amable.

La mueca de preocupación de Josse se tornó más intensa.

—Segura de que no estáis mandando algo a ese hogar lejano en el que luego desearán que jamás lo hubierais hecho —dijo tajante.

«Algo», pensó ella. Ni siquiera había dicho «alguien».

—Habéis decidido juzgar y condenar a Alba por vuestra cuenta, ¿no? —lo conminó, con creciente indignación—. ¡Si ni siquiera la conocéis! ¿Cuándo, aparte de una breve visita, la habéis visto?

—¡Me guío por lo que vos misma me habéis contado! —gritó él, también enojado—. Y, desde luego, por lo que dijo Meriel.

La pequeña llama de duda volvió a asomar en la mente de Helewise. Meriel... no tenía escrúpulos... Rápidamente la apagó.

—Meriel estaba perturbada —dijo con firmeza—. Y también en un estado de gran

emotividad. Creo que no debemos dar demasiada importancia a lo que dijo.

Josse asentía con la cabeza, sabiamente, cosa que incrementaba la rabia de Helewise.

—Ya veo —decía—. Sí, sí, ya veo.

—¿Qué? —Ella tenía la desagradable sensación de saber de qué iba a hablarle.

—Abadesa, todavía no os habéis recuperado de la visión de esos dos en el bosque, ¿no es cierto?

—Yo... —balbuceó.

Pero él no permitió que lo interrumpiera.

—Os incomodaron de verdad, ¿no es así?, cuando se levantaron de su lecho de amor y se plantaron ante vos. Y aunque sepáis que son marido y mujer y que tenían todo el derecho, incluso ante los ojos de la Iglesia, a compartir cama, no los habéis perdonado, ¿no es cierto?

En su rostro había una expresión que ella no había visto nunca.

—¡Claro que lo he hecho! —respondió la abadesa, confundida.

Pero ni para ella misma sonó convincente.

Y Josse, con un susurrado «Abadesa Helewise, no pensé nunca que fuerais una mojigata», se volvió y se alejó.

Alterada, pasó la hora tercia esforzándose en concentrarse en las plegarias.

Luego, siguiendo con dificultad el resto de sus confusas tareas, anunció a sus monjas más veteranas que quería trabajar sola y que no deseaba ser molestada a menos que hubiera una emergencia. A continuación fue a su habitación y cerró la puerta con gesto firme.

Una vez resuelto el problema de Alba —«lo he resuelto», se insistió de nuevo a sí misma—, apartó sus preocupaciones recientes a un rincón de la mente y revisó todo lo que quedaba y que precisaba su atención. ¡Oh, pero le resultaba deprimente! El nuevo sistema de delegación de tareas estaba funcionando, en cierto modo, pero tanto Helewise como las monjas veteranas tenían dificultades para adaptarse al nuevo método después de tanto tiempo con el antiguo.

No obstante, la abadesa se recordó a sí misma que había prometido a la reina Leonor que haría lo posible por aplicar el sistema que ella le había enseñado. Todavía era demasiado pronto para decir que no funcionaba. Y la abadesa había estado ausente de Hawkenlye, provocando cierto desorden.

Resignada, tomó el pesado libro de cuentas, que ahora llevaba sor Emmanuelle, y empezó a revisar las entradas. Cuando hubo repasado tres semanas de las idas y venidas materiales de Hawkenlye, le quedaban los informes de sus delegadas por examinar. Luego probablemente sería ya la hora sexta, y luego la hora de almorzar.

Al fin y al cabo, el día ya estaría bien avanzado cuando llegara al siguiente punto de su lista, que consistía en contarle a Berthe lo que sabía de Meriel y de Jerôme.

Tenía la vaga sensación de que debería hacerlo más temprano que tarde, pero lo descartó como tentación que debía ignorar: prefería mil veces ir a buscar a Berthe que

seguir buscando soluciones ella sola. Suspiró, bajó la cabeza y siguió trabajando.

Al final, no salió a buscar a Berthe hasta bien entrada la tarde.

Se dirigió primero al valle, pero luego resultó que podría haberse ahorrado el esfuerzo. Fray Fermín la informó de que Berthe había ido a ver a *sir* Josse en la enfermería.

«Oh —pensó Helewise. Mientras caminaba lentamente de regreso a la abadía, sintió un sofoco de vergüenza—. Esta mañana le he gritado a *sir* Josse por decir algo que no me gustó. Pero que, debo admitirlo, era totalmente cierto.

»Tengo que disculparme. Decirle que tenía razón».

Cuando se acercaba a la enfermería, advirtió a Josse y a Berthe sentados en el exterior. Se estaban riendo.

Se preguntó si Josse le habría contado ya a Berthe la visita a Meriel y aceleró el paso. «No debería haberlo hecho —pensó, enojada—; era yo quien debía hacerlo...».

Josse levantó la mirada y la saludó con su sonrisa habitual.

—Buenas tardes, abadesa —dijo—. Berthe y yo estábamos jugando a las adivinanzas.

«¡Lo siento!», le dijo en silencio. ¿Qué le ocurría, que insistía en malpensar de su amigo?

—*Sir* Josse, me temo que he venido a robaros a vuestra joven compañera —le dijo. Lo miró a los ojos. ¿Sospecharía él lo que estaba a punto de hacer?—. Me apetece dar un paseo por el bosque —continuó, sosteniéndole la mirada mientras improvisaba—, y me preguntaba si Berthe querría acompañarme.

Él hizo un leve gesto de comprensión.

—Buena idea, abadesa. ¿Berthe? —Se volvió hacia la chica.

—Me encantaría acompañaros, abadesa Helewise —dijo Berthe, que ya se había puesto de pie—. ¿Ahora?

—Ahora.

Echaron a andar, cruzando la puerta principal de la abadía y dirigiéndose hacia los límites del bosque.

—Si vamos por allí —dijo Berthe, señalando un sendero que rodeaba los árboles y llevaba en una dirección totalmente opuesta a las carboneras—, nos dará más el sol.

—Tienes razón. —Helewise meditaba. Tomó a Berthe de un brazo y la condujo con firmeza en la dirección opuesta—. Pero ésa no es la dirección en la que yo quiero ir.

Mientras sujetaba a la muchacha de aquella manera, de pronto se sintió tensa. Anduvieron un rato en silencio, y luego Helewise le dijo con delicadeza:

—Berthe, como sin duda habrás adivinado, no estamos simplemente dando un paseo.

—Ah, ¿no? —dijo Berthe con cierto desespero.

—¡Hija, no te preocupes! —La tranquilizó la abadesa, al tiempo que le daba un apretón en la mano—. Estos días has llevado una carga enorme sobre tu espalda, y ya

es hora de que te quites ese peso de encima.

—¡Pero no os lo puedo decir! ¡No puedo! —Sollozaba Berthe.

—Berthe, no es necesario que rompas ninguna promesa, puesto que ya sé qué es lo que intentas ocultarme —dijo Helewise, mientras la sacudía ligeramente—. *Sir Josse* y yo salimos ayer a buscar a Meriel.

—¡No podíais hacer eso! ¡No sabíais dónde estaban... estaba! ¡Nadie lo sabía, sólo yo!

Algo avergonzada, Helewise explicó:

—Debo confesarte que le pedí a fray Agustín que te siguiera. Él me contó adónde habías ido, y con quién te habías encontrado.

La expresión de Berthe se ensombreció.

—¿Agustín?

—Sí.

—Pensé que era mi amigo —repuso la chica, dolida.

—¡Y lo es! —le dijo, insistente, Helewise—. Berthe, él se daba cuenta de que las cosas no podían seguir como estaban, precisamente porque es tu amigo. Tú no eres una mentirosa, pequeña, y no estaba bien que te vieras forzada a mantener el secreto de otros.

—¡No me importa! ¡Meriel es mi hermana, y haría cualquier cosa por ella!

—¿Incluso mentirle a *sir Josse*? —le preguntó Helewise, astuta—. ¿Cómo te sentías, Berthe, diciéndole a alguien que te aprecia tanto como él que no sabías dónde estaba Meriel, diciéndole que estabas preocupadísima por ella?

Berthe se hundió.

—A él no podía mentirle —dijo en un susurro.

Helewise la rodeó con sus brazos.

—Lo siento mucho, Berthe. Todo esto, hacer que Agustín te siguiera y me desvelara tu secreto, fue idea mía.

Berthe se separó de ella y la miró a los ojos.

—Así, vos sois más dura que él —le dijo, serena.

—Yo... —Helewise vio que no podía seguir. ¿Qué podía decir ahora?

—Entonces, vamos —dijo Berthe, invitándola a seguirla por el sendero con un gesto. Al poco, se detuvo de nuevo y se volvió—. Bueno, si es que realmente queréis hacerles una visita y esto no era simplemente otra argucia para hacerme hablar.

«¡Cuánto cinismo! —pensó Helewise—. Y en una chica tan joven».

—Por supuesto que quiero visitar a Meriel y a Jérôme —le aseguró Helewise—. Y además, contigo. Han pasado muchas cosas que os han hecho daño a las dos, y quiero solucionar vuestros problemas.

Berthe no le contestó. Sin embargo, de la manera en que miró a Helewise por encima del hombro, más bien parecía que dudaba que la solución a sus problemas estuviera en manos de nadie. Ni siquiera de la abadesa de Hawkenlye.

Berthe seguía encabezando la expedición cuando llegaron al claro del bosque.

—¡Meriel! —gritó—. ¡Jerôme! ¡Soy yo, Berthe, y vengo con la abadesa!

No hubo respuesta.

Berthe se volvió a mirar a Helewise.

—Probablemente habrán salido a comprobar las trampas —dijo con seguridad—. Jerôme se ha vuelto muy bueno cazando con trampas; ¡el otro día cazó una liebre y Meriel la cocinó tan rica...! ¡Meriel! —volvió a gritar, más fuerte—. ¿Dónde estáis?

Pero Helewise se había acercado al pequeño fogón. No había fuego, ni tampoco estaba preparado para encenderse. Puso la mano sobre uno de los trozos de leña que había sido cortado y colocado cuidadosamente en el lugar donde había habido el fuego, lo apartó a un lado y tocó debajo de él: estaba frío.

Mientras oía las voces de Berthe desde el límite de los árboles, se incorporó y se dirigió al refugio que Jerôme y Meriel habían estado usando. Estaba vacío.

Aparte del rastro del fuego reciente, el claro del bosque y el campamento de los carboneros presentaba un aspecto desierto. De hecho, parecía como si no hubiera habido nadie allí durante semanas. O meses.

—Berthe, ven aquí —dijo Helewise con cautela.

Al cabo de un rato, Berthe obedeció.

Helewise la miró.

—Hija mía, se han marchado. Meriel y Jerôme se han marchado.

Berthe sacudió la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡No!

—Vamos, Berthe, no llores. —Helewise intentó abrazarla, pero ella no podía soportar ser abrazada—. Los encontraremos, te lo prometo, y entonces tú...

—¡No los encontraremos! —gritó Berthe—. ¿Es que no lo comprendéis? ¡Yo los encontré en el bosque porque ellos me dijeron dónde estaban, y vos sólo lo hicisteis porque alguien me siguió! Si no quieren que los encuentren, entonces, nadie los encontrará.

—Ellos no conocen el bosque —dijo Helewise, tratando de adoptar un tono sereno y controlado—, en cambio, yo...

No, no podía decirlo, ni siquiera para calmar a aquella pobre niña. Era mentira. Y por alguna razón en la que a Helewise no le gustaba profundizar, sentía que podía ser una mentira peligrosa.

Berthe la miraba.

—El bosque es enorme —dijo—. Sé que lo es; Jerôme lo dijo. Es lo bastante grande como para que dos personas que no quieren ser encontradas desaparezcan para siempre. —Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

A Helewise se le rompió el corazón.

—No te van a abandonar, Berthe. —Deseaba tanto que la muchacha cediera y la dejara acercarse—. Tu hermana no te va a dejar sola.

—Lo hará si tiene que hacerlo —declaró Berthe—. Y, de todos modos, yo le dije lo de la enfermería, cuánto me gusta trabajar aquí y que sor Eufemia dijo que tal vez

un día yo podría ser una de sus enfermeras.

—¿Y? —Helewise no acababa de entender.

Berthe suspiró levemente.

—Pues que sabe que aquí seré feliz. Aunque ella tenga que marcharse. —Pero las lágrimas, que antes habían cesado, volvieron a brotar de nuevo—. Aunque no vuelva a verla nunca más en toda mi vida.

Helewise ya no podía resistir más el deseo de consolarla. Se acercó, puso las manos sobre los hombros de la muchacha y le aseguró:

—¡Berthe, eso no va a suceder! ¡Estoy segura de que no!

Ella la apartó.

—¡Abadesa Helewise, ya sé que lo hacéis para ayudar, pero no lo entendéis! —Su voz rozaba ahora la histeria, y gritó—: ¡Ése ha sido siempre el problema, siempre! Intentáis ayudar, pero no podéis. ¡Sencillamente, no sabéis lo que nos jugamos!

—¡Pues dímelo! —le imploró Helewise—. ¡Dejadme ayudaros!

Por un momento, pensó que Berthe iba a calmarse. Esperó y se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Pero entonces Berthe dijo:

—No.

Con una expresión resignada, echó los hombros hacia atrás y el gesto casi abatió a la abadesa. Berthe logró sonreír un poco y prosiguió:

—Os ruego que no penséis que no me muero de ganas de contároslo. Pero el secreto no me pertenece, y no os lo puedo revelar.

Luego volvió la espalda al campamento, salió del descampado y enfiló el sendero de regreso.

Y Helewise se dio cuenta de que no tenía otra alternativa que seguirla.

## Capítulo dieciocho

Cuando Helewise y Berthe volvieron a encontrarse protegidas por las puertas de la abadía, las monjas se dirigían ya a la capilla para rezar las completas. Mientras sor Ursel cerraba con cuidado los cerrojos detrás de ella, entablando un poco de conversación con la abadesa, Helewise se preguntó si había algo que pudiera decir para que Berthe se fuera más contenta a la cama.

Pero no se le ocurrió nada.

Y cuando dejó a sor Ursel para dirigirse a la iglesia, se dio cuenta de que Berthe ya se había marchado. La muchacha no iba siquiera a tener el consuelo de la plegaria antes de acostarse.

Helewise, aunque no estaba muy segura de qué podría haber hecho de manera distinta —o mejor—, se sentía angustiada por el sentimiento de haberle fallado a Berthe. Haberle fallado terriblemente.

Puesto que, evidentemente, Meriel y Jerôme no se habrían marchado si la abadesa no les hubiera anunciado que estaba a punto de liberar a Alba, era obvio que se había equivocado.

Después del oficio de la noche, las monjas se dispersaron; la mayoría se dirigieron al dormitorio para una merecida noche de reposo, pero otras iban a varias partes de la comunidad para completar sus labores nocturnas. Helewise sabía que debía acostarse —estaba agotada—, pero su mente trabajaba a un ritmo acelerado.

«No vale la pena que vaya a acostarme —pensó—, puesto que no podré dormir».

Se separó del resto de las hermanas y, amparada por la sombra de la gran iglesia, salió por la puerta trasera. Tal vez un tiempo contemplando el valle, absorbiendo su serenidad y su belleza natural, conseguiría calmarla.

Abrió los cerrojos del gran portón y salió de la abadía. Ya estaba casi totalmente oscuro, pero había media luna en el cielo y podía distinguir los detalles de aquel paisaje familiar. «Es curioso —pensó—, raramente salgo aquí a menos que deba visitar el santuario para resolver algún asunto. Me pregunto por qué me habré sentido inclinada a hacerlo esta noche».

Tal vez fuera porque había habido un muerto, allí, en el camino que discurría por el valle. Una muerte que parecía haberse esfumado de la cabeza de la mayoría, preocupados por otros problemas más apremiantes.

«¿Por qué me acuerdo de ese pobre diablo ahora?», se preguntó Helewise.

Pero no encontró la respuesta.

Al cabo de un rato, volvió a entrar en la abadía y cerró la puerta con el enorme candado.

Cuando ya se encontraba de regreso en su habitación, ordenando los restos de sus anteriores intentos de acabar sus tareas y dejando una mesa perfectamente ordenada para el día siguiente, alguien llamó a su puerta.

La llamada fue tan leve que, al principio, dudó si realmente había oído algo. Dejó

de hacer lo que hacía, se quedó muy quieta y contuvo la respiración. Hasta que volvió a oír que llamaban.

Se aclaró la garganta, que parecía habersele quedado seca y cerrada, y dijo en voz baja:

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente; sobre el fondo oscuro del claustro desierto no podía ver quién había al otro lado de ella. Pero era una figura alta, de ancha espalda...

Con la voz aguda por el miedo, dijo:

—Avanzad hasta la luz para que pueda ver quién sois.

Al instante, la figura obedeció.

Y, de nuevo, el extraño barbudo del valle le hizo aquella reverencia profunda y graciosa.

—Lamento haberos asustado —dijo, incorporándose de nuevo—. No quise hacerlo. Pensé en abordaros antes, cuando estabais fuera, pero temí asustaros todavía más.

—¡No estoy asustada! —replicó ella, apartando la mano del corazón, donde la había puesto como para apaciguar sus latidos. Luego añadió, preocupada—: ¿Cómo habéis entrado? ¡Cerré la puerta con el candado!

Él le sonrió fugazmente, adoptando por un momento una expresión de niño travieso al que han pillado haciendo una gamberrada.

—Lo sé. Os oí hacerlo. Pero hay un sitio justo al lado de la puerta en donde una rama permite saltar por encima del muro.

—¿Ah, sí? —dijo ella con frialdad, tomando nota mentalmente de que debía pedirle a fray Saúl que podara el árbol de inmediato—. ¿Y, por qué, si se puede saber, teníais tanta necesidad de entrar?

—Necesitaba hablaros —contestó el hombre. Había sin duda una expresión de entusiasmo en su rostro—. Llevo toda la tarde y la noche observándoos, esperando una oportunidad para encontrarme con vos a solas. Pero desaparecéis todo el tiempo, abadesa. Sois, desde luego, una mujer difícil de seguir. —Sonrió un momento—. Cuando os he visto salir por la puerta trasera he pensado que mis plegarias habían sido escuchadas, y que habíais salido a encontraros conmigo.

—Es extraño —dijo ella, pensativa—, pero sí que noté una rara y jamás sentida necesidad de salir y contemplar el valle...

Entonces, oyendo lo que acababa de decir, recuperó la seriedad y exigió:

—¿Quién sois? ¿Y qué queréis de mí?

—Me llamo Bastian. —Hubo una breve vacilación, como si normalmente fuera más directo pero, en aquel momento, hubiera elegido no serlo—. He oído decir que os proponéis liberar a la antigua monja conocida como Alba, y he venido a rogaros que lo reconsideréis.

¿Cómo sabía lo de Alba?, se preguntó Helewise. ¿Tal vez había oído a Berthe y a

Agustín hablando de ella? Pero eso no era lo más importante; esperó unos instantes hasta comprobar que podía hablar con calma, y entonces dijo:

—No me queda otra elección que dejarla marchar. No es monja, como parece que ya sabéis, y no puedo permitir que se incorpore a la comunidad de Hawkenlye. Ni como monja ni como hermana lega.

Él trató de intervenir, pero ella no lo dejó.

—Sin embargo, podéis estar tranquilo. No tenemos costumbre de rechazar a la gente sin antes asegurarnos de que tienen adonde ir. Le encontraremos un lugar a Alba.

«Si es que eso os incumbe para algo», estuvo a punto de añadir.

Él cerró los ojos brevemente y movió los labios en silencio. Parecía como si estuviera rezando.

—Abadesa Helewise, entiendo que no es así como debería actuar —dijo a continuación—. Vos no sabéis quién soy, y cualquier cosa que os cuente de mi pasado podría ser, a vuestros ojos, una sarta de mentiras. Sólo puedo suplicaros que me creáis.

Sus ojos oscuros parecieron conectar con los suyos, y ella se sorprendió mirando en su interior. Era algo misterioso, pero no temible, pensó. Al cabo de un momento, rompiendo el contacto de manera deliberada, Helewise preguntó:

—¿Sobre qué me pedís que confíe en vos?

Una expresión de alivio cruzó su rostro, animándola a añadir:

—Tenéis que saber que todavía no he decidido si voy a creerlos —dijo, ignorando otra de sus sonrisas.

El contraste de su barba oscura con sus dientes resaltaba la extrema blancura de éstos, pensó. Tenía buena dentadura, de tamaño regular, sin huecos...

—Tiene que ver con Alba. —Su voz interrumpió sus pensamientos—. Como sin duda habréis adivinado, la conozco. O, más bien, debería decir que sé cosas de ella, puesto que ella y yo nunca nos hemos encontrado. Es una persona absolutamente irracional, fue decisiva en la muerte de Adela, la esposa de Wilfrid de Medely, y creo que fue responsable del asesinato de un joven que murió abrasado en una cabaña abandonada.

«¡Oh, no! Oh, Dios mío —rezó Helewise—, ¡ayúdame! Este extraño está verbalizando todo lo que he temido que fuera verdad. ¿Debo creerlo? ¿Trae él las pruebas que he estado buscando tan desesperadamente?».

El hombre pareció comprender su conflicto interior. No dijo más, y tuvo la delicadeza de volverse, fingiendo estudiar la pared desnuda que tenía a su derecha, mientras que las ideas daban vueltas frenéticas por la cabeza de la abadesa.

Ella las detuvo.

Y esperó.

Luego miró a Bastian. Justo en ese instante, él se volvió a mirarla. Sus ojos se encontraron. «Lo creo —se dio cuenta ella—. ¡Creo a este hombre! ¿Es ésta la

respuesta de Dios, esa seguridad de que puedo confiar en este hombre?».

—Encontramos el cuerpo en la cabaña —declaró—. Supimos que era de un hombre. Tuve... sin pruebas no podía estar segura, pero, desde entonces, me ha acechado el miedo de que Alba pudiera estar implicada en el asunto.

—Más que implicada —dijo Bastian—. Ella lo siguió hasta allí, hasta la choza vacía. Se acercó a él sin hacer ruido y le asestó un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente; luego lo ató por las muñecas a un gancho del suelo.

Helewise sabía cómo continuaba la historia, y no tenía ganas de oírla.

—No —susurró.

Pero él fue implacable:

—Debo contároslo, abadesa, para que sepáis realmente cómo es Alba. Una vez tuvo al joven indefenso, cogió el combustible seco que había preparado y le prendió fuego. Luego, mientras la cabaña ardía, con el hombre dentro, ella se quedó contemplándolo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque alguien la vio hacerlo.

—¿Y por qué no hicieron nada?

—El testigo era un niño. Quien, gracias a Dios, creyó que Alba no había hecho nada peor que quemar su propia cena. El chico no supo distinguir el olor de carne humana quemada de la de un buey o un cordero a la brasa. Pero sí se preguntó por qué había llenado la choza de balas de paja y las había incendiado.

—Un niño —susurró Helewise.

«Oh, Dios mío, ¿de qué habría sido capaz Alba si llega a saber que un niño la había visto perpetrar un asesinato?».

—El chico se lo contó a su madre, a quien yo conozco, y ella me lo dijo a mí —prosiguió Bastian—, pero no hasta un tiempo después. Para entonces, Alba ya había desaparecido, llevándose consigo a Berthe y a Meriel. La madre se negó a dejar que el niño nos acompañara hasta el lugar del crimen. Lo cual es razonable, supongo. —Miró a Helewise, que asintió con la cabeza, comprensiva—. Y aunque buscamos el lugar, no lo encontramos. La historia que contaba el chico era confusa; no me di cuenta de que hablaba de un lugar que, de hecho, yo ya conocía. Decidimos que nuestra preocupación principal iba a ser localizar a Alba y a sus hermanas, y... —Se detuvo, y una fugaz mueca de preocupación cruzó por su rostro, como si hubiera recordado algo terrible—. Eh... mandamos a gente a buscarlas. Y cuando descubrí que... quiero decir, tan pronto como pude irme, los seguí.

Oyéndolo sólo a medias, Helewise recordó de pronto lo que Jérôme había dicho, cuando Josse le preguntó si había conseguido seguir el rastro de las hermanas. «Sí. No me resultó difícil. Y tuve...».

¿Qué había estado a punto de decir? «¿Y tuve ayuda?».

—¡Jérôme las siguió! —exclamó—. Jérôme y alguien más, ¿alguien con más experiencia?

Bastian relajó la expresión; por un instante, Helewise pensó que parecía aliviado.

—Sois perspicaz, abadesa —dijo delicadamente. Sólo más tarde se dio cuenta la abadesa de que, de hecho, no había contestado a su pregunta—. Y veo que habéis conocido al joven Jerôme. Está bien, supongo...

—Está casado —dijo, sin poder evitarlo—. Él y Meriel son marido y mujer.

—Lo sé. —Bastian le dedicó una sonrisa serena—. Se casaron antes de marcharse de Medely.

—¿Cómo? —Pero no era el momento de preguntarlo, y recordando lo que habían estado hablando, la abadesa añadió—: Jerôme debió de hallar el cadáver en la choza, y se dio cuenta de que Alba tenía que marcharse de la granja antes de que alguien pudiera encontrarlo, en caso de que sospecharan que estaba implicada. —Hizo una pausa—. No creo que Jerôme conozca la verdad —dijo lentamente—. Él y Meriel pueden tener sus sospechas, pero creo que no tienen pruebas.

—Creo que tenéis razón —intervino Bastian con calma.

Pero ella apenas lo oyó.

—Él, Jerôme, seguramente corrió a la granja. Pero antes de que pudiera advertirla, Alba ya se había marchado con sus hermanas: Jerôme no encontró más que una casa vacía. Como Alba debía de saber que Meriel no se iría con ella de otra manera, le dijo que Jerôme había muerto en la cabaña. «Hasta me lo enseñó». Oh, Dios mío —murmuró—. Alba forzó a Meriel a mirar. ¡E imagino lo convincente que debía de mostrarse, asegurándole a la chica que el pobre joven muerto era Jerôme!

Bastian la miraba lleno de tristeza.

—Alba fue convincente porque ella creía que se trataba de Jerôme. Su intención era asesinarlo, y pensaba que lo había hecho.

—Pero ¿por qué?

Bastian suspiró profundamente.

—Todo tiene que ver con la clase de persona que es Alba —dijo—, o, tal vez, con el tipo de persona en la que la vida la ha transformado. —Con la mirada fija en los ojos de Helewise, le preguntó—: ¿Estáis dispuesta a escuchar la historia?

Y, aunque era tarde y parecía muy surrealista estar allí sentada, a la luz de las velas, con un extraño en el ambiente oscuro y silencioso de su habitación, asintió.

—Alba —empezó él— es considerablemente mayor que sus hermanas, como habréis observado. Eso significaba que, cuando Meriel y Berthe nacieron, Alba desarrolló una especie de rivalidad con su madre, Adela, la principal responsable de sus hijos y, desde luego, del padre de las muchachas. Alba se había acostumbrado a cuidar ella sola de Wilfrid, y él había permitido que su relación fuera mucho más íntima de lo que hubiera resultado apropiado. Pero él era un hombre débil; un autócrata dentro de sus cuatro paredes, pero sin la fortaleza moral para reconocer un problema creciente y corregirlo.

—Habláis de los dos, Alba y Wilfrid —intervino Helewise—, pero ¿qué hay de Adela?

—Adela no era la madre de Alba. En su juventud, Wilfrid tuvo relaciones con una prostituta de la aldea y la dejó encinta. Ella murió al nacer el bebé, y mis predecesores, o sea, los que fueron testigos de estos hechos, se preocuparon de que el bebé fuera llevado a donde pertenecía, es decir, a casa de su padre. Wilfrid reconoció a Alba como a su hija, y no tuvo más remedio que aceptar sus responsabilidades. Siendo como es la maledicencia en los pueblos, Alba creció sin tener ninguna duda sobre la identidad de su madre, que había sido, desde luego, una persona de vida inmoral e indolente, con pocas virtudes, si es que tenía alguna, que hablaran bien de ella.

—Sólo Dios puede saberlo —dijo Helewise delicadamente—. Recibimos a muchas prostitutas aquí, Bastian, y su oficio no las aparta necesariamente del amor y el favor de Dios.

—Lo sé, abadesa. Acepto vuestra regañina —dijo, e inclinó la cabeza brevemente. Apenas era una regañina, pensó ella, antes de que él prosiguiera—. En cualquier caso, tan sólo repito lo que otros decían, lo cual no debería hacer.

Ella se percató de que había cortado el hilo de la historia.

—Os ruego que continuéis —pidió.

—Gracias. Alba, hija de una prostituta, empezó muy pronto a intentar no sólo ser una persona mejor, sino también a educar a la familia en la que, por parte de su padre, había nacido. Él era, como os he dicho, un hombre débil, y le resultaba más fácil aceptar las ambiciones de Alba que enfrentarse a ella para que las olvidara. De hecho, probablemente disfrutaba con sus halagos y su insistencia de que sólo se merecían lo mejor. En la granja llevaban una buena vida, y Alba, a pesar de todos sus defectos, era una buena administradora. Al parecer, se quedó horrorizada cuando Wilfrid le anunció que iba a casarse con Adela, quien, aunque era una mujer decente y cariñosa, procedía de una familia muy humilde.

—Entonces, cuando Meriel y Berthe nacieron, Alba debió de tener la sensación de que ella quedaba relegada a un segundo plano, y dobló sus esfuerzos para que ella y su familia brillaran —señaló Helewise, pensativa—. Porque ella los veía como a los suyos; cualquier logro de ellas repercutía sobre Alba.

—Así es. Con el apoyo de Wilfrid, Alba se convirtió primero en mandona, luego en dogmática, y finalmente en dominante, hasta el punto de la tiranía. Instauró un sistema de castigos, que incluso a veces sufría Adela, aunque nunca tanto como las niñas. Wilfrid, al parecer, se divertía con la imagen de su hija mediana atada en el exterior, entre los perros de caza, porque había olvidado darles de comer, y con los alaridos de la pequeña Berthe encerrada en el sótano por haber contestado a Alba.

—Meriel me contó que Berthe tiene pánico a la oscuridad —comentó Helewise, apenada.

—¿Y os resulta extraño, si Alba se ensañó en ese miedo infantil para hacer sufrir a Berthe? Era una vida horrible, abadesa, y, aunque tal vez Wilfrid fuera todavía más culpable, ahora está muerto. Alba, en cambio, está bien viva.

Pero Helewise pensaba en otra cosa.

—Meriel también dijo que Alba desempeñó un papel crucial en la muerte de Adela —dijo—. ¿Es eso cierto?

—Lo es —el rostro de Bastian reflejaba seriedad—. Las muchachas acostumbraban a utilizar la vieja cabaña en ruinas para jugar y, sospecho que también como refugio. Alba casi nunca iba allí; siempre que las niñas y su madre estaban fuera de la granja, ella se regocijaba en su papel de marimandona. Un día, Adela se llevó a las niñas a la vieja cabaña a pasar el día, y se lo estaban pasando tan bien que Adela no se fijó en que se hacía tarde. Corrió a casa a preparar la cena de Wilfrid (él solía ponerse violento si la comida no estaba lista cuando era la hora), y no habría pasado nada si Alba se hubiera callado. Pero ella dijo algo así como «¡qué lástima que tengamos que volver a comer ese estofado! Si Adela no hubiera vuelto tan tarde a casa, habría tenido tiempo de preparar algo diferente». Wilfrid le ordenó a su esposa que cocinara otra cosa, pero ella no tenía nada más. Estaba a punto de salir, correr a la aldea y pedir un poco de comida a la buena gente de allí, pero Alba dijo, maliciosamente, que no estaba bien que vieran a la esposa de Wilfrid pidiendo como una miserable. Wilfrid le dio la razón y le ordenó a Adela que fuera a buscar unas cuantas verduras de la huerta. No iba a volver a dejarla entrar hasta que comprobara que llevaba lo bastante para toda la familia. Llovía, había anochecido, hacía frío, y Adela se resfrió. Debilitada, luego sucumbió a las fiebres.

—¡Un par de monstruos, Alba y su padre! —exclamó Helewise—. ¡En especial, Alba!

—¿Monstruos? —Pareció reflexionar Bastian—. Sí, tal vez. Pero tenemos que mirarlo desde el punto de vista de Alba: hija indeseada desde el momento de nacer, abandonada en brazos de un padre que tampoco la quería, y cuando empieza a levantar un poco la cabeza, su padre la relega casándose con una mujer y siendo padre de dos criaturas encantadoras, cuya madre, además, las adoraba y veneraba hasta el suelo que pisaban. Mientras que la madre de Alba había sido una mujer calumniada y miserable que había muerto en el momento de nacer ella.

—Entiendo lo que queréis decir —reconoció Helewise—. Pero no se puede permitir que su desgraciado origen disculpe su comportamiento.

—Ni yo intentaba sugerirlo —dijo él—. Pero lo que le ocurrió de pequeña tal vez sí pueda explicar por qué creció como lo hizo.

—Asesinó a un joven —Helewise estaba de nuevo horrorizada—, que pensaba que era Jerôme. ¿Sabía que estaban casados, él y Meriel?

—No, sólo lo sabía Berthe. Ella supo de la existencia de Jerôme desde el principio, y le hicieron jurar que guardaría el secreto. Pero la pobre niña le desveló sin querer a Alba que Meriel y Jerôme estaban enamorados. Todos sabían que Alba montaría en cólera, porque no podía soportar perder el control sobre alguien de su familia, y también porque, aunque no lo conocía, había oído decir que era huérfano, que había sido criado por un pariente lejano y que era más bien un chico pobre.

—¿Qué hicieron?

—Jerôme iba siempre con su amigo, otro huérfano que había sido criado con él. Era un chico guapísimo, se llamaba Félix, y él mismo sugirió que, para despistar a Alba, fingieran que él era Jerôme y que Jerôme era Félix. La idea era engañar a Alba para que persiguiera a Félix, dando así la oportunidad a Jerôme y a Meriel de escaparse y casarse.

—Pero ¿no se daban cuenta del riesgo que corrían?

Bastian negó tristemente con la cabeza.

—No creo que nadie creyera a Alba capaz de cometer un asesinato —dijo—. Su carácter había empeorado y se había sumido tanto en su propio mundo... mucho más de lo que ninguno de nosotros sospechó jamás.

—Así que, creyendo que ese pobre Félix era Jerôme, lo siguió hasta la cabaña y...

—La cabaña era el lugar de las citas secretas entre Meriel y Jerôme —dijo Bastian.

—Sí, ya veo. Así que siguió a Félix hasta allí y, presumiblemente, pensó que estaba esperando a Meriel. Y entonces...

—Alba sabía que Meriel no los molestaría —volvió a interrumpirla él—. Había visto a Meriel y a Berthe salir. Aunque Alba no lo sabía, iban a encontrarse con Jerôme, para que Meriel se casara con él.

Helewise se estaba imaginando la cabaña solitaria. En su mente había un joven sentado, a solas. Tal vez sonriera por la simple diversión de estar engañando a Alba, porque, tal como él mismo había propuesto, le estaba dando a su gran amigo un momento precioso para que se casara con Meriel.

Entonces, de entre los matorrales, aparecía Alba, con alguna arma pesada en las manos... que levantaba y estrellaba en la cabeza incauta de Félix. Mientras el chico yacía inconsciente, movió el cuerpo hasta que pudo atar las manos a aquel gancho duro y firme del suelo.

Y entonces...

No, era demasiado terrible de imaginar.

Helewise se cubrió los ojos con las manos como para alejar las imágenes de llamas y humo, y luego dejó escapar un pequeño gemido.

Desde el otro extremo de la estancia, Bastian habló:

—Lamento haber tenido que atormentaros con esta terrible historia —dijo con compasión en la voz—. Pero era, como estoy seguro que habréis visto —hizo una pausa—, necesario, con el fin de que entendáis el peligro que representa Alba. Para sus hermanas, y todavía más para aquellos que la amenazan con llevárselas.

La abadesa pensó que ya había acabado. Levantó los ojos para mirarlo. Él la miró a su vez, con una expresión casi de disculpa.

—Félix era muy especial para mí —dijo pausadamente—. También Jerôme lo es. Félix era el hijo de mi hermana pequeña, y Jerôme es el hijo de mi hermano menor,

que murió cuando él era todavía un niño.

Durante una décima de segundo, a ella le pareció ver un destello de furia en su mirada, que él supo controlar.

Al final añadió en tono neutro:

—Alba ha asesinado a uno de mis sobrinos, y no tengo intención de permitir que mate también al otro.

## **Tercera parte. Una muerte anunciada**

## Capítulo diecinueve

A la mañana siguiente, la abadesa fue muy pronto a ver a Josse. Él ya estaba levantado y vestido, sentado en un banco que había a los pies de su cama. Se hizo a un lado y le rogó que se sentara junto a él.

Josse se dio cuenta de inmediato de que Helewise estaba muy turbada; de manera instintiva acercó la mano a la suya, y ella se la tomó, apretándola con fuerza por un momento antes de soltarla.

Entonces dijo:

—No sé qué hacer, *sir* Josse. Meriel y Jerôme se han esfumado: han abandonado el campamento y han desaparecido sin dejar rastro. Y hay un peregrino en el valle que dice tener pruebas de que Alba mató al hombre que encontramos en la choza incendiada. Hubo un testigo: un niño.

«Santo Dios», pensó él. Frente a esas dos calamidades, lo primero que hizo fue intentar calmar su visible preocupación por Meriel.

—No os preocupéis demasiado por la muchacha —dijo—. Por Meriel, quiero decir. Abadesa, el joven Jerôme me causó muy buena impresión. De veras, no creo que haga nada que pudiera comprometer su seguridad. Está claro que ella es algo demasiado precioso para él como para correr ningún riesgo.

—¿Eso creéis?

«¡Vaya cara que ha puesto!», pensó Josse. Parecía como si lo que más deseara en el mundo fuera creerlo, pero no estuviera muy segura de poder hacerlo.

—Sí, lo creo —dijo él con firmeza—. Le construyó un campamento confortable y bien oculto, ¿no es cierto? Y cuando nosotros los sorprendimos, él se mostró dispuesto a defenderla con su espada, a pesar de ir desnudo.

Se sintió aliviado al ver una sonrisa en el rostro de la religiosa.

—No iba desnudo del todo —murmuró ella.

—No —asintió él.

—¡Pero a estas alturas, ya deben de estar en las profundidades del bosque! —dijo Helewise con un malestar renovado—. ¡Y tanto vos como yo sabemos perfectamente lo que pueden llegar a encontrarse ahí dentro! O, todavía peor, lo que puede encontrarlos a ellos. Oh, y todo por mi culpa, porque si no les hubiera dicho que estaba a punto de soltar a Alba, todavía estarían a salvo y cómodamente instalados en el campamento de los carboneros.

Preocupado al ver que su calma habitual la abandonaba, le dijo, decidido:

—Helewise, pase lo que pase, ¡no es culpa vuestra! Todos somos responsables de nuestros actos. Vos, como abadesa de Hawkenlye, tenéis todo el derecho de decidir expulsar a Alba, ¡sean cuales sean las consecuencias!

—Pero...

—Y, en cuanto a las amenazas del bosque —la interrumpió él—, no puedo decir que crea que Jerôme y Meriel están en peligro. —Vaciló un momento, consciente de

que se estaba aventurando en terreno pantanoso—. ¿No diríais que ese par es más probable que se acaben encontrando con amigos en el bosque que con enemigos, teniendo en cuenta lo que vos y yo sabemos de ellos y de su manera de ser?

—Yo... —Iba a decir algo, pero se detuvo y asintió con la cabeza, lentamente.

Aliviado, él prosiguió con la segunda parte de la noticia:

—Y, ahora, en cuanto a vuestro misterioso peregrino y sus acusaciones, ¿lo creéis?

Por unos momentos, ella pareció estar pensando todavía en Meriel y en Jerôme. Luego, reaccionando con un esfuerzo obvio, miró a Josse a los ojos.

—Sí lo creo, sí —dijo—. Dice que Alba mató al joven porque le hicieron creer que era Jerôme.

—Y no podía soportar que una de sus hermanas hubiera sido seducida y le fuera arrebatada —concluyó él—. Se supone que ese peregrino quiere llevarse a Alba para que se enfrente a las consecuencias de sus actos, a East Anglia, donde ocurrió el crimen.

—Supongo que así es —murmuró la abadesa—. Todo lo que ha dicho es que en ningún caso debo dejar libre a Alba, puesto que, si lo hago, encontrará a Meriel y a Jerôme y matará al muchacho.

—Lo que es probable, a la luz de su comportamiento previo —dijo Josse. De pronto, una idea lo alarmó—: ¿Le dijisteis que Jerôme y Meriel habían estado viviendo ocultos cerca de aquí? ¿Y que ahora han huido?

—¡Por favor, *sir* Josse! —Se esforzó por sonreír ella—. Desconfiando como desconfiaba de él, y como todavía desconfío, ¡por supuesto que no!

—Disculpad, abadesa.

—No es necesario.

—¿Es *sheriff*, ese peregrino vuestro?

—No lo creo. —Compuso una mueca de preocupación—. Me quedé tan impresionada con su historia que confieso que ni siquiera se me ocurrió preguntárselo. —Hizo una pausa—. Era, quiero decir, tenía aspecto de ser una persona de buena estirpe. Por mucho que vaya vestido de peregrino, no es un hombre pobre, ni tampoco sin importancia. De eso estoy bastante segura. —Miró a Josse a los ojos con una breve mueca de disculpa—. Lamento no poder fundamentar mi comentario en algo más sólido, *sir* Josse. Es puramente una impresión.

—Vuestras impresiones, abadesa, a mime bastan —dijo él, galante.

Ella sonrió ligeramente, pero estaba claro que sus pensamientos estaban lejos de ese pequeño cumplido.

—Dijo algo acerca de que sus predecesores habían hecho al padre responsabilizarse de Alba cuando su madre murió —declaró—. Ella, Alba, era hija de una prostituta de la aldea; la madre de las dos menores, de hecho, era su madrastra.

—Entiendo. —Eso explicaba muchas cosas, pensó Josse.

—Y también hizo referencia a Jerôme y a su amigo que murió, explicó que eran

huérfanos a los que habían cuidado unos parientes lejanos. Eran primos, ambos sobrinos de Bastian; uno hijo de una hermana, otro hijo de su hermano muerto.

—¿Bastian es el nombre de vuestro forastero?

—Sí, ¿no os lo había dicho?

—No. —Parecía estar pensando detenidamente—. Abadesa, ¿qué os parece? Vuestro Bastian, aunque vaya vestido como un pobre peregrino, en realidad, va disfrazado. De hecho, es un caballero armado, con su propio feudo. Si es lo bastante rico e influyente, podría incluso ser el responsable de la ley y el orden y la administración de justicia de su zona, como sus predecesores hicieron antes que él. Eso explicaría por qué dijo que fueron sus predecesores los que dispusieron que Alba volviera a casa de su padre cuando era un bebé. También podría ser que sus dos sobrinos hubieran vivido con él. Que ese lugar al que fueron para ser educados por un pariente lejano fuera en realidad la casa de su tío Bastian. ¿Cuadra eso con lo que os dijo?

Ella vaciló, claramente sumida en sus pensamientos. Luego dijo pausadamente:

—Creo que sí. Pero...

—¿Qué ocurre?

—Oh, seguramente nada. Es sólo que no me imagino a Bastian como un caballero rico e influyente. Es demasiado... demasiado... —Se encogió de hombros en un gesto de impotencia y guardó silencio.

«Eso —pensó Josse— no nos lleva a ninguna parte».

—¿Podrías describirlo? —le propuso—. Creo que deberíais intentar plasmar esas impresiones con palabras. Tal vez así podríais aislar qué característica de él os sugiere que no es un caballero.

Ella le sonrió, agradecida.

—Qué buena idea.

Cerró los ojos como si visualizara al forastero. Al volver a abrirlos, lo describió:

—Bastante alto, delgado, complexión fuerte. Vestido con sencillez, con una túnica marrón de tela tosca, encima de algo bastante grueso. Más bien calvo y con el pelo muy corto. Ojos oscuros, rostro bronceado, con barba, y tiene esa manera de hacer reverencias que me recuerda a...

Pero Josse había dejado de escucharla.

—¿Con barba?

—Sí. Como el peregrino al que mataron en el valle.

—¿También él llevaba barba? ¿Por qué no me lo dijisteis? «¡Bueno! —pensó Josse—. ¡Bueno! ¡Todo empieza a encajar!».

—... no se me ocurre por qué eso puede ser tan importante —dijo la abadesa.

—¿Cómo? ¿Qué habéis dicho?

—Digo que supongo que no mencioné la barba del hombre muerto porque no creí que tuviera importancia —repitió con frialdad—. De veras, *sir* Josse, no veo por qué estáis siendo tan...

—Abadesa —la interrumpió—, en una época en la que la moda entre los hombres es llevar el pelo más bien largo y el rostro bien afeitado, ¿quién creéis vos acostumbra a ir contra corriente? ¿Quiénes son conocidos por su pelo corto y sus barbas sin afeitar?

Al principio ella negó con la cabeza.

—¡No sé a quién os referís! —Pero luego, mientras recordaba, de pronto susurró—: ¡Los monjes guerreros!

—Exacto —asintió él—. Los caballeros templarios. Vuestro Bastian, abadesa, es un templario, me apostaría una buena suma. Y también lo era el peregrino asesinado.

De repente, se le ocurrió otra cosa. Si el peregrino muerto era un caballero templario, entonces era muy probable que Bastian no hubiera venido solamente a vigilar a su sobrino Jerôme y a asegurarse de que Alba no lo atacaba. Bastian había acudido al valle también porque uno de sus hermanos monjes había sido asesinado allí.

—¡En Denney hay templarios! —exclamó de pronto la abadesa—. El monje al que vimos en Ely me habló de ellos y, cuando a Saúl, a Agustín y a mí nos amenazaba una tormenta, nos refugiamos en su monasterio. Pensamos que eran monjes benedictinos —dijo, como si estuviera dando una explicación; su comentario dejó a Josse bastante perplejo—. ¡Oh, dejadme pensar! A ver qué recuerdo de ellos.

Se frotaba las manos mientras intentaba recordar.

«Tiene demasiado miedo —pensó Josse—, y eso no le hace ningún bien». Hizo un gesto de calma con las manos y le aconsejó:

—Abadesa, no os apresuréis. Alguien en Ely os mandó a esa casa, ¿no es cierto? ¿Denney, habéis dicho?

Ella lo miró un momento. Luego, como dándose cuenta de lo que estaba haciendo, sonrió levemente y se relajó visiblemente.

—Sí, así es. El monje de Ely nos dijo que había un sanatorio para dementes en Denney, gestionado por monjes benedictinos, y también un preceptorio templario. Huyendo de la tormenta, Saúl, Agustín y yo acabamos en el lugar equivocado. Los templarios nos acogieron durante la noche, con gran generosidad, debo decir —declaró, mientras fruncía el ceño, haciendo un esfuerzo por pensar con claridad.

Él esperaba.

Al cabo de un rato, ella añadió:

—Tan sólo vimos a dos de los hermanos. El joven monje que nos atendió dijo algo sobre un problema grave que preocupaba a los monjes de la comunidad, y que por ello no había más monjes dándonos la bienvenida. Luego, cuando nos íbamos... —Se interrumpió.

La luz repentina en su mirada hizo sospechar a Josse de que había recordado algo importante.

—¿Abadesa? —la animó suavemente.

—Le pregunté al joven monje si conocía Sedgebeck; había sido el convento de

Alba, si os acordáis. —Él asintió—. Él, el monje, dijo que le parecía que conocía el nombre, y justo cuando dijo acordarse de por qué lo conocía, otro monje anciano entró en la sala y lo hizo desaparecer. —Una expresión de duda cruzó su rostro—. Como si, fuera lo que fuese lo que supiera de Sedgebeck, el anciano no quisiera que fuera desvelado.

—¿Podían saber lo de Alba? —preguntó Josse, percibiendo su emoción.

—Si el joven monje lo sabía, no me lo dijo —contestó—. Yo le conté nuestra misión. Estoy casi segura de que incluso mencioné el nombre de Alba.

—Tal vez vuestro monje no conociera toda la historia —aventuró él—. Incluso es posible que hubiera oído hablar de Sedgebeck, pero que no le hubieran contado todos los detalles.

—Desde luego, es posible —asintió ella—. Como os he dicho, era un chico joven. Sin duda, los problemas importantes, como el tema de Alba y de su familia, no son de dominio público en las comunidades templarias.

—Si los templarios de Denney tienen algo que ver —dijo Josse con cautela, reflexionando en voz alta—, eso aumenta las posibilidades de que vuestro Bastian sea uno de los hermanos, ¿no creéis?

—Sí lo creo. —Levantó la mirada preocupada para fijarla en la de Josse—. ¡Oh, todo parece cuadrar! —exclamó—. Seguramente Bastian quiso decir que los dos chicos, los dos huérfanos, estaban en Denney, y que habían sido educados y cuidados por él y los demás templarios.

—No sabía que los templarios acogieran a huérfanos —comentó Josse.

Le parecía algo demasiado casero. Proteger a los viajeros sin armas por las grandes rutas de peregrinos y luchar contra los infieles era una cosa, y hacer de institutrices de niños huérfanos otra muy distinta.

—Pero si eran de su familia y no tenían otro lugar al que ir, por caridad cristiana, Bastian les debía su protección.

—Y supongo que debieron de acogerlos como dos nuevos reclutas de la hermandad —añadió Josse—. Así, abadesa, ¿altera eso las cosas? Si estamos en lo cierto, ¿qué os parecería dejar a Alba en manos de un caballero templario, cuyo sobrino fue asesinado por ella?

—No lo sé —respondió Helewise antes de volver a mirarlo—. Sí, sí lo sé. Aunque no debo hablar mal de ese hombre, reconozco que temo por Alba si va a ser juzgada y condenada por los templarios.

—Yo también —admitió él—. Y, abadesa, tened esto en cuenta. Si el hombre asesinado en el valle era también de la comunidad de Bastian, es casi seguro que él también había venido a buscar a Alba y a sus hermanas. Y creo que no debemos pasar por alto la posibilidad de que Alba lo reconociera, o de que él la hubiera reconocido a ella y, sabiendo sus intenciones, ella lo atacara.

—Se quedó aterrorizada cuando mandamos a Berthe a trabajar en el valle —señaló la abadesa.

—Si temía que alguien pudiera estar siguiéndola porque sabían que había matado al muchacho en la choza, entonces su terror es comprensible —contestó él—. Sabía que todo el mundo en su antigua aldea era capaz de reconocer a las tres hermanas. Alguien que buscara a Alba no tenía más que localizar a Meriel o a Berthe para saber que Alba estaba cerca.

De pronto, Helewise se levantó.

—*Sir Josse*, he accedido a recibir a Bastian después de la hora sexta. Os agradecería mucho que participara en nuestra conversación.

Él sonrió.

—Será un placer.

Estaba apoyado en la pared de la habitación de la abadesa, detrás de ella, mientras ella se sentaba a la mesa. Bastian, recién llegado, fue invitado a sentarse en la banqueta de las visitas.

Era un alivio, pensó Josse, mantener finalmente esa charla. Aunque no era mucho después de mediodía, aquel día ya parecía interminable. A pesar de que Josse sabía muy bien que él no era responsable de haber hecho correr rumores, y sabía igualmente que la abadesa tampoco lo era, por alguna razón parecía que la identidad y el motivo de la visita de Bastian habían trascendido en la abadía. Se respiraba un ambiente tranquilo; había llegado el momento de detener las especulaciones y pasar a la acción.

Josse observó a Bastian. Se percató de la reverencia formal que le hacía a la abadesa —«Supongo que eso es lo que le hizo pensar a ella que no se trataba de un caballero», dedujo—, y se fijó en la fuerza de su figura esbelta y sinuosa. El hombre rezumaba poder, se dijo. Tanto físico como espiritual, y un poder muy visible.

—He estado meditando acerca de vuestra propuesta de no liberar a Alba de su confinamiento —dijo la abadesa, después de haber respondido al saludo de Bastian—, y me gustaría haceros una pregunta.

—Por favor —pidió Bastian.

Sin ni siquiera mirar a Josse —que había sido presentado a Bastian, y cuya presencia aceptó con una sonrisa breve y maliciosa—, la abadesa dijo:

—Me decís que tenéis un testigo que, presumiblemente, puede contrastar el hecho de que Alba mató a vuestro sobrino Félix.

—Como ya os dije, abadesa Helewise, el testigo es tan solo un niño —respondió Bastian con delicadeza—. Pero, así es, él testificará ante nosotros.

«Nosotros», pensó Josse.

La abadesa también se fijó en aquel detalle.

—Bastian, ¿a quién os referís exactamente cuando decís «nosotros»?

—A la gente con la que vivo —dijo pausadamente—. Mi, eh... mi comunidad.

—Los caballeros del Temple de Denney —dijo ella, igual de pausada.

Por un instante, Josse pensó que él lo negaría, pero, inclinando la cabeza a modo de disculpa, el hombre declaró:

—Ya veo que mi disfraz de peregrino no os ha engañado. Sí, abadesa, soy Bastian de Waelsham, caballero templario, de la casa de Denney.

—Y vos sabéis muy bien, aunque no lo hayáis mencionado, que uno de vuestros hermanos, también disfrazado de peregrino, murió hace poco en nuestro valle —dijo la abadesa.

—Lo sé —admitió él—. Lamento no haberlo mencionado anoche. Pero estoy seguro de que lo comprenderéis: si os hubiera revelado que conocía esa muerte, me habríais considerado sospechoso, puesto que yo no llegué al santuario hasta un tiempo después de ese hecho, y podéis estar orgullosa de vuestros frailes, que no se dedican a comentar con los recién llegados los incidentes de los que los han precedido. —Suspiró—. Sin embargo, por lo que parece, podría habérselo comentado igualmente, puesto que vos ya habéis descubierto quién soy sin ayuda. —Echó una mirada a Josse—. Bueno, en cualquier caso, sin mi ayuda.

—*Sir Josse* y yo estamos acostumbrados a trabajar juntos —comentó Helewise tranquilamente—. Ha sido mi confidente muchas veces, y sus consejos han sido decisivos en la resolución de muchos problemas importantes.

—Entiendo —dijo Bastian—. ¿Y bien, abadesa? Ahora que conocéis toda la historia, ¿qué habéis decidido hacer con Alba? No es que sea verdaderamente una decisión que os ataña a vos —añadió delicadamente—, puesto que, como habéis dicho, ella ya no es miembro de vuestra comunidad. Ni siquiera sigue siendo monja.

—Soy consciente de eso, gracias, fray Bastian —dijo la abadesa. Josse advirtió cómo, una vez confirmada su identidad, Helewise se dirigía a Bastian por su título propio—. Lo que me preocupa es lo siguiente, si puedo ser franca. Alba es culpable del asesinato de vuestro sobrino, Félix, según me decís, y, aunque no lo hayáis mencionado, creo que vos pensáis que también podría haber atacado a vuestro hermano monje en el valle.

Bastian iba a decir algo, pero ella levantó la mano para rogarle silencio.

—Temo que vuestras emociones y las de vuestros hermanos están muy a flor de piel, lo cual es comprensible, si tenemos en cuenta que uno de los vuestros ha muerto, pero...

—Dos de los nuestros —intervino Bastian. Ella le dedicó una mirada insidiosa—. Félix estaba a punto de entrar en la orden.

—Muy bien, pues dos de los vuestros.

Josse observaba cómo la abadesa miraba fijamente al monje. «Valiente mujer», pensó, y adivinó lo que estaba a punto de decir.

—Mucho me temo, fray Bastian, que bajo tales circunstancias, Alba podría no recibir un juicio justo —prosiguió ella—. Por tanto, mi intención es mantenerla aquí hasta que pueda ser juzgada en esta zona, donde podemos...

El rostro de Bastian había empalidecido de furia.

—¿No podría recibir un juicio justo? —repitió—. Abadesa Helewise, ¡recordad con quién estáis hablando! ¡Soy un templario, y nosotros no desvirtuamos el curso de

la justicia!

—Fray Bastian, en estos últimos días he sabido muchas cosas del pasado de Alba y sus hermanas —dijo la abadesa—. Admito que puede ser la responsable de esos actos de extrema violencia, pero, en el nombre de Dios misericordioso, ¿no deberíamos tener en cuenta que esa mujer ha tenido un pasado terrible, lo cual puede haberla afectado de manera adversa? Vos mismo me dijisteis que su madre murió al nacer ella, y me hablasteis del carácter de Wilfrid, y...

Pero Bastian ya no podía aguantar más.

—¡Esos aspectos serán tenidos en cuenta, abadesa! —exclamó—. ¡Y me parece insultante, para mí y para mi orden, que insinuéis que podría no ser así! Además, ¿qué alternativa tenéis, en realidad? No podéis dejar a Alba en libertad, ahora que sabéis lo que ha hecho, y pueden pasar meses antes de que pueda ser juzgada aquí en Kent. ¡Ponedla bajo mi custodia y yo la llevaré directamente a Denney, donde su destino se decidirá de inmediato!

—Fray Bastian, no sirve de nada que repitáis vuestros argumentos —contestó la abadesa con lo que Josse consideró que era una serenidad admirable—. Creo que lo mejor...

Pero ni Josse ni Bastian pudieron oír lo que ella consideraba que era lo mejor, puesto que, en aquel preciso instante, se oyeron unos pasos que se acercaban corriendo desde el claustro. Después de llamar brevemente a la puerta, ésta se abrió de par en par y apareció sor Marta, con el rostro enrojecido y jadeando.

—¡Abadesa, oh, abadesa! ¡Lamento interrumpir, pero debéis saberlo de inmediato! Acabo de bajar a llevarle a Alba un poco de comida y agua, y me he encontrado la puerta abierta... ¡se ha marchado!

## Capítulo veinte

Fray Bastian, con la mirada muy atenta, exigió al instante:

—¿Quién la ha soltado? ¿Es que no saben el peligro que corremos?

—¿Peligro? —repitió sor Marta, mientras dirigía una mirada inexpresiva a Bastian, y ciertamente se preguntaba por qué un peregrino visitante de Hawkenlye tenía aquella actitud tan insistente y ruda. Además, ¿qué hacía aquel hombre en la habitación de la abadesa?

Helewise, ya de pie, preguntó:

—¿Sor Marta? ¿Tenéis alguna idea de cómo ha podido suceder?

—No, abadesa, ¡por supuesto que no! —respondió la monja, alterada, como si sintiera que Bastian la estaba acusando de ser personalmente responsable de la situación—. Sólo nosotros tres nos hemos turnado para atender a la pobre Alba, y todos somos muy cuidadosos, ¡os lo aseguro! Mirad, normalmente nos aseguramos de que...

—Ya basta, sor Marta —la interrumpió calmadamente la abadesa—. ¿Decís que la puerta estaba abierta cuando bajasteis a la cripta?

—Sí, abierta de par en par, ¡y no había ni rastro de la mujer!

—Pues alguien debió de dejar salir a Alba antes de que bajarais, y eso no puede ser culpa vuestra —concluyó la abadesa. Con una mirada rápida a fray Bastian, que echaba pestes a su lado y daba la impresión de que quería arrebatarle la autoridad y asumir el control de la situación, prosiguió pausadamente—: Lo más importante ahora es encontrarla. Sor Marta, convocad a tres hermanos legos y seis monjas y divididlos en tres grupos de rastreo. *Sir Josse*, fray Bastian y yo formaremos un cuarto grupo. Nos encontraremos en el patio tan pronto como estemos listos y yo indicaré a cada grupo adonde ir. ¡Apresuraos!

Con una última mirada a Bastian. —«¿Fray Bastian?», parecía preguntarse—, sor Marta salió corriendo.

Mientras los grupos se iban formando, fray Bastian se disculpó y salió a toda prisa hacia el valle. Cuando, al cabo de poco, regresó, ya se había quitado la gruesa túnica; ahora llevaba bien visible el sobretodo blanco de los monjes guerreros, adornado en el pecho con una cruz roja. A su lado colgaba una espada.

—¡Fray Bastian, por el amor de Dios! —exclamó Helewise al ver el arma—. ¡Buscamos a una mujer miserable, no a una pandilla de bandoleros!

—Ojalá mi espada permanezca enfundada, abadesa —contestó él, tajante—, pero no tengo intención de correr riesgos absurdos.

Enojada, ella le dio la espalda y su mirada se encontró con la de Josse. «Conservad la calma», pareció decirle.

Como siempre, su simple presencia la reconfortaba. «Estaremos con Bastian para vigilar lo que hace —pensó Helewise, animada—, y se guardará de actuar con imprudencia si encuentra a Alba delante de dos testigos».

¿Sería así?

Cuando las monjas y los hermanos legos estuvieron listos y con los grupos formados, la abadesa les dio instrucciones, asignando a cada grupo una zona para examinar y dándoles instrucciones para que localizaran e informaran a los otros grupos en caso de encontrar a Alba.

Luego llevó a Josse y a fray Bastian fuera de las puertas principales de la abadía y hacia el bosque. Mientras echaba a andar a su lado, Josse le preguntó en voz baja:

—¿Pensáis que ha huido en esta dirección?

—Sí lo creo —le susurró ella—. Si tuviera que juzgar su estado mental ahora mismo, imagino que debe de estar frenética.

—Cierto —asintió él—. Todavía tengo grabado en la memoria el ruido que hacía al embestir contra la puerta de su celda.

—Y yo. ¿No creéis, entonces, *sir* Josse, que el bosque puede atraer a un fugitivo? Ofrece muchas posibilidades de escondite, y...

—Creo, abadesa —la interrumpió él—, que todo depende del motivo por el cual nuestra fugitiva haya decidido huir. Si es porque ha oído rumores de las intenciones de fray Bastian, entonces ha escapado para esconderse de él. Pero no debemos olvidar cuál ha sido, hasta ahora, su principal obsesión.

—¡Su familia!

—Exacto. Podría ser... de hecho, creo que debe de ser así, que ha decidido salir a buscar a Meriel y a Jerôme.

«Oh, Dios santo», Helewise sintió crecer su temor. ¿Y si la joven pareja había decidido volver al campamento de los carboneros?

—Esa zona del bosque, donde estuvieron acampados, hay que registrarla —dijo, aliviada al sentir que su voz no reflejaba el pánico que empezaba a sentir—. Vamos hacia allá ahora mismo, *sir* Josse. Si, por un milagro, encontráramos a Jerôme y a Meriel, podríamos advertirles de lo que está ocurriendo.

«Y los podríamos proteger», añadió mentalmente.

—¿Y qué hacemos con él? —dijo Josse, señalando a fray Bastian, que los seguía unos metros por detrás.

Helewise vaciló. ¿Estaba haciendo lo correcto? Todavía no estaba segura del todo.

—Tarde o temprano, habrá que decirle que estaban aquí —contestó al cabo de un momento—, y explicarle el riesgo de que Alba se dirija directamente hacia ellos. Si, por casualidad, hubieran vuelto, y ella hubiera descubierto dónde están, entonces...

Fray Bastian los había alcanzado.

—Sé adónde nos dirigimos —anunció—. Vais al campamento en el que viven Jerôme y Meriel.

Helewise le lanzó una mirada fugaz a Josse y, de manera casi imperceptible, él hizo un gesto con la cabeza. No, no era el momento de informar a Bastian de que Meriel y Jerôme se habían marchado.

La abadesa se volvió hacia Bastian, adoptando sus mejores maneras.

—¿Sabíais dónde estaban? —le preguntó—. ¿Y por qué no nos lo dijisteis?

—¿Por qué debería haberlo hecho? —Su voz sonó como si estuviera reprimiendo el enfado—. Seguí a aquel hermano lego vuestro cuando lo mandasteis seguir a Berthe, pero ninguno de ellos advirtió mi presencia. Y, antes de que me lo preguntéis, tampoco dejé que Jerôme ni Meriel me vieran. Pero ¡apresurémonos! ¡Si Alba los encuentra, no sabemos qué va a ocurrir!

Adelantó a Josse y a Helewise y se apresuró sendero abajo, sin esperar a comprobar si lo seguían. Y sin pararse, tampoco, a mirar a derecha o a izquierda.

Y por eso, cuando una figura pequeña y abatida surgió de entre unos matorrales, Helewise fue la primera en advertirla. La chica se apresuró hacia ella, llorando, en busca de consuelo.

—¡No quise hacerle daño a Meriel, abadesa, ni tampoco a Jerôme! —Sollozaba Berthe—. Los quiero, a los dos; Meriel es mi hermana querida, ¡y Jerôme me prometió que sería como un hermano para mí! Pero, da igual, ya no están aquí... Alba no los va a encontrar. ¡Se han ido, se han marchado y me han dejado totalmente sola!

Un fuerte gemido salió de la boca de la muchacha, rompiendo el quieto silencio del bosque.

Helewise la abrazó.

—Calma, mi niña. No estás sola, nosotros cuidaremos de ti.

Pero Berthe no parecía oírla.

—Pero, abadesa, Alba también es mi hermana, y cuando oí que aquel monje se la iba a llevar para juzgarla, pues, no podía dejar que la atrapara. Yo también la quiero, en verdad, y ellos la iban a colgar, esos templarios de Denney, ¡sé que lo habrían hecho!

El llanto se transformó en gritos de histeria, y Helewise sujetó a la chica con fuerza contra sí, susurrándole para apaciguarla:

—Sí, Berthe, lo comprendo.

La dejó llorar unos minutos y luego, zarandeándola con suavidad, le dijo:

—Berthe, deja ya de llorar. ¿Sabe Alba que Meriel y Jerôme estaban acampados aquí, en el bosque? ¿Le dijiste dónde vivían?

—¡Claro que no! —Hasta en aquel estado deplorable, Berthe se las arregló para expresar su indignación—. ¡Ni siquiera sabe que Jerôme está vivo! No se lo dije, no soy tan boba... Pero, en realidad, ella ni siquiera me preguntó si sabía dónde estaba Meriel. Simplemente se escapó, en la otra dirección. Hacia allá —señaló.

Helewise, siguiendo la dirección que indicaba la chica, sintió un inmenso alivio. Miró a Josse y observó que pensaba lo mismo. A menos que Alba hubiera dado un giro brusco a partir del camino que señalaba Berthe, habría andado más allá del campamento de los carboneros sin siquiera sospechar que quedaba por ahí cerca. Aunque los jóvenes enamorados hubieran regresado, no los habría encontrado.

—Vamos —pidió Helewise con firmeza, mientras tomaba a Berthe de la mano—. La seguiremos. Tú, yo y *sir* Josse. No temas, Berthe, estoy segura de que la encontraremos.

Pero, antes de que pudieran ponerse en marcha, se oyó un rumor entre los matorrales y una figura apareció por el sendero situado detrás de ellas. Era Bastian.

—¡Se han marchado! —gritó, corriendo hacia ellas.

Helewise esperó a que se detuviera.

—Sí, ya lo sabemos —le dijo entonces tranquilamente.

Bastian se quedó boquiabierto.

—Pero vos... —titubeó—. ¿Y por qué?

Berthe miró a Helewise, a Bastian y otra vez a Helewise, y de pronto gritó:

—¡No lo entiendo! ¡¿Por qué no dejáis de discutir y los buscáis?! ¡Mis dos hermanas están perdidas en el bosque, y todo por mi culpa!

De nuevo, se echó en brazos de Helewise.

Josse avanzó hacia la muchacha y tocó con delicadeza su hombro.

—No debes culparte, Berthe —le dijo, mientras Helewise le dirigía una mirada de gratitud—. Todo esto viene de muy lejos, y...

—Es culpa mía, digáis lo que digáis —gritó Berthe—. ¡Si no hubiera soltado a Alba, Meriel no habría tenido que huir!

La lógica había abandonado a la chiquilla, pensó Helewise.

—Berthe, eso no es cierto —le dijo con firmeza—. Meriel y Jerôme se marcharon antes de que tú abrieras la puerta de la celda de Alba.

—Pero... —balbuceó Berthe.

Bastian se aclaró la garganta. Helewise lo miró y vio una expresión que no había visto antes en él. Era... era como si sintiera pena.

También él se acercó a Helewise y a Josse, y con un gesto más bien torpe, acarició brevemente la cabeza de Berthe. Era casi como si la estuviera bendiciendo.

—¿Berthe? —le dijo.

Ella levantó la mirada.

—¿Sí?

—La culpa es mía. Pensé que podía regresar yo solo al campamento y hablar con Jerôme. Pongo a Dios por testigo de que no quería hacer nada malo, más bien al contrario. Pero no soy un rastreador tan silencioso como tú, o como el joven Agustín... Jerôme me oyó acercarme. Él y Meriel desaparecieron por entre los árboles y, por mucho que los busqué, no logré encontrarlos. Los llamé hasta quedarme sin voz, pero no quisieron salir de su escondite.

Berthe no fue la única en hallar consuelo en aquellas palabras; Helewise, totalmente perpleja, vio en el rostro de Josse que él estaba igual de confuso.

—¿Qué era lo que debíais hablar con Jerôme? —preguntó Josse.

—Y ¿qué era tan alarmante que Jerôme se vio empujado a huir y ocultarse de vos? —añadió Helewise.

Bastian suspiró.

—¿No podemos dejar de hablar y proseguir con la búsqueda? —propuso, esperanzado.

—No —respondieron Helewise y Josse.

Bastian volvió a suspirar.

—Está bien. Abadesa, cuando dije que mi sobrino Félix había estado a punto de incorporarse a nuestra orden, no fui del todo sincero; tan sólo fue una mentira por omisión, pero de todos modos mentí. Jerôme también estaba destinado a unirse a nosotros.

—¿Jerôme? —dijo Berthe, incrédula—. ¡Pero si está enamorado de Meriel! Está casado con ella; ¡yo los vi casarse, estaba allí!

—Sí, lo sé. —Bastian le sonrió con amabilidad—. Sin embargo, hubo un tiempo, antes de conocerla, en que él creyó haber oído la llamada de Dios. Cuando conoció a Meriel y se enamoró de ella, y creo que ambas cosas fueron casi simultáneas, creyó que estaba haciendo algo malo, tanto ante Dios como ante la orden. Sintió que no le quedaba más opción que escapar, y eso fue exactamente lo que hizo. Se casó con Meriel, y la joven pareja planeaba huir, con Berthe, cuando Alba... Bueno, cuando Alba intervino.

—Le dijo a Meriel que Jerôme estaba muerto —susurró Berthe—. A Meriel se le rompió el corazón. Y luego...

Con sumo cuidado, Helewise acarició el rostro de Berthe y lo acercó a su pecho.

—No, Berthe —le dijo con firmeza—. No es necesario que sigas. Todos sabemos qué ocurrió.

Entonces miró a Bastian, tratando de rogarle que se apresurara en contar su historia. Percibiéndolo, él prosiguió:

—Jerôme se dispuso a ir detrás de Alba y sus hermanas, y yo mandé a alguien a seguirlos —dijo—. Me sentí aliviado, abadesa, cuando llegasteis a la conclusión de que a Jerôme lo había ayudado algún monje más experimentado; de hecho, no necesitaba la ayuda de nadie. En realidad, despistó a fray Bartolomé bastante rápido. Tan sólo fue por pura intuición que Bartolomé se acercó a Hawkenlye. —Su expresión se mudó en tristeza.

—¿Fray Bartolomé es el hombre que murió en el valle? —preguntó Josse.

—Sí, era él. Un hombre bueno, fiel y voluntarioso. Y un buen fraile.

—Hemos rezado por él, fray Bastian —dijo Helewise.

Bastian asintió con la cabeza.

Después de una pausa breve y un poco incómoda, Josse intervino:

—Fray Bastian, ¿cómo encontrasteis vos el camino hasta Hawkenlye?

Bastian sonrió fugazmente.

—Siguiendo a la abadesa.

Sin poder evitarlo, Helewise saltó:

—¡Sabía que nos estaban siguiendo! ¿No os lo dije, *sir* Josse?

—Cierto, abadesa. —Él también parecía estar reprimiendo una sonrisa.

—Naturalmente, sabía que ibais de Denney a Sedgebeck —dijo Bastian—. De hecho, fray Timothy me contó muchas cosas de vosotros y de vuestra misión. También, incidentalmente, estuvo a punto de desvelaros que el nombre de Sedgebeck le resultaba familiar, pero me las arreglé para mandar al hermano Mathew a distraerlo justo en el momento oportuno. No quería que descubrierais que los templarios de Denney lo sabían todo de Alba de Sedgebeck. Y, ¿por dónde iba? Ah, sí. Os contaba cómo me las arreglé para seguiros. Simplemente me las tuve que apañar para no perderos cuando dejasteis a las monjas de Sedgebeck, y luego me resultó fácil.

—¿Nos espiabais en el bosque de Medely? —preguntó Helewise—. Cuando...

—Sí. Fuisteis vos, abadesa, quien me llevó hasta aquel terrible descubrimiento en la choza incendiada. Os debo mi más sincero agradecimiento, a vos y a los hermanos, por haber hecho algo que debería haber hecho yo.

—¿La sepultura? —murmuró ella.

Él asintió.

Atónita, Helewise no supo qué decir.

Pero, para su alivio, Josse no se distraía tan fácilmente.

—Todavía no nos habéis contado por qué seguíais a Jerôme. Ni tampoco por qué os culpáis de su huida.

Bastian miró a Josse.

—¿No lo habéis adivinado? —preguntó pausadamente.

—Imagino que queréis llevároslo de vuelta a Denney por la fuerza —aventuró Josse—, y hacerle cumplir el voto que hubiera hecho con vuestra orden.

Hubo un breve silencio. Luego Bastian dijo:

—*Sir Josse*, nosotros no forzamos a ningún hombre a convertirse en caballero del Temple. —Una expresión maliciosa cruzó fugazmente su rostro—. Normalmente, no hay ninguna necesidad. Y Jerôme no tiene ningún voto que cumplir, puesto que no ha hecho ninguno.

—Entonces, ¿por qué...? —intervino Helewise.

—Abadesa, necesito hablar con Jerôme para decirle que ha huido innecesariamente. —Acercó su rostro al suyo, como si así pudiera convencerla más rápidamente—. Tenía que hablarle, ¿no lo veis? De lo contrario, siempre llevaría un sentimiento de culpa innecesario, creyendo que había cometido un pecado grave cuando, en realidad, no hay ningún pecado.

Luego, dándose la vuelta y separándose del grupo, dijo con exasperación:

—Abadesa Helewise, *sir Josse*, ¡yo no quería arrastrar a Jerôme de vuelta a Denney, meterlo en una celda de castigo y convertirlo en templario! ¡Yo lo buscaba para darle, a él y a Meriel, mi más sincera bendición a su matrimonio!

## Capítulo veintiuno

Para Helewise, la revelación de Bastian resultaba difícil de creer.

—¿Queréis decir —comenzó con cautela— que todo esto, la llegada de fray Bartolomé y su muerte, que vos lo siguierais, fue simplemente para decirle a Jerôme que es libre de casarse con Meriel y para darle la bendición de los templarios para que tenga una vida larga y feliz?

—Así es como empezó, sí —admitió Bastian—. Pero, por supuesto, las cosas adquirieron una dimensión más desesperada cuando descubrimos lo que Alba era capaz de hacer. Cuando adivinamos que había... —Miró a Berthe y luego prosiguió—: Cuando Félix desapareció y se iluminaron nuestras terribles sospechas acerca de lo que el pobre niño habría llegado a ver, entonces tuvimos otra razón, más poderosa aún, para encontrar a los fugitivos.

Helewise se dio cuenta de que Josse estaba observando al monje.

—Realmente queréis mucho a Jerôme, ¿no?

—Así es —dijo Bastian—. Él es, como creo que ya sabéis, pariente mío. Pero debo cuidar de él de todos modos. Es un buen muchacho. Testarudo e impetuoso, sí, pero buen muchacho.

Helewise salió de su ensoñación.

—*Sir Josse, fray Bastian* —dijo—, llevamos ya mucho tiempo hablando. Voy a tener a Berthe siempre a mi lado —tomó a la chica firmemente de la mano—, pero ahora, os lo ruego, deberíamos seguir buscando a Alba. Berthe, ¿por dónde dijiste que había ido?

—Por ahí —indicó Berthe.

—Pues, entonces, sigamos por ahí.

Y, con largas zancadas, Helewise se puso en cabeza de su pequeño grupo.

El gran bosque estaba misteriosamente silencioso.

Helewise, caminando por delante de Josse y de Bastian, con Berthe bien cogida de la mano, tuvo una creciente sensación de opresión. «Hay algo extraño en el bosque —pensó, mientras un escalofrío de pavor le recorría el cuerpo—. Y a sus habitantes no les gusta nada. Los pájaros se han quedado en silencio; la brisa ya no levanta las hojas de los árboles; es como si... como si todo el paisaje estuviera conteniendo la respiración. Parece no haber siquiera aire».

El pánico la invadió. Entonces, con la mano que le quedaba libre, cogió el sencillo crucifijo de madera que colgaba sobre su pecho. «Éste sigue siendo tu lugar, Dios querido, sea quien sea quien vive y te venera —pensó, aliviada—. Por favor, ten misericordia y protégenos».

Berthe le apretó la mano.

—¿Estáis rezando, abadesa?

—Lo hacía, sí. Ya he terminado. Le estaba pidiendo ayuda a Dios.

—¿Y os ha escuchado?

—Él siempre escucha.

—¿Y nos va a ayudar?

Helewise miró su pequeño rostro. En realidad, no era el momento de explicar que la ayuda de Dios adopta a veces formas inesperadas, y que debemos tener fe en que lo que ocurre, al final, es siempre para nuestro bien. Así que se limitó a decir:

—Eso espero, Berthe.

Detrás de ellas, Josse soltó un gemido sordo. Helewise se volvió hacia él de inmediato y preguntó:

—¿Qué ocurre?

«Sin palabras», señaló.

Delante de ellos, el estrecho sendero llevaba hasta un pequeño claro. Había uno o dos árboles ancianos que habían muerto, y se apoyaban formando extraños ángulos en sus vecinos vivos. El espacio de encima, que había quedado abierto por su caída, había permitido que creciera nueva maleza; un rayo de luz solar iluminaba el claro, repleto de campanillas azules.

En uno de los robles vivos más grandes, a horcajadas sobre una fuerte rama que salía del tronco principal, estaba sentada Alba.

Su hábito, manchado y roto por su carrera a través del sotobosque, estaba arrugado por encima de sus muslos desnudos, pero la cofia y el velo seguían bien colocados sobre su cabeza. En las manos tenía la cuerda que le servía de cinturón.

Helewise se volvió hacia Bastian, que estaba justo a su lado.

—Por favor, fray Bastian —le dijo muy pausadamente—. Comprendo que queráis verla cuanto antes, pero os ruego que me dejéis hablar a solas con ella. Aunque sea unos instantes.

—Podría reaccionar con violencia —le advirtió Bastian, en un susurro.

—No creo que vaya a mostrarse violenta conmigo —respondió Helewise; no tenía ni idea de por qué lo creía con tanta fuerza. Miró al rostro enfurecido del templario—. Y si me amenaza —añadió con una leve sonrisa—, tenéis mi permiso para venir a socorrerme.

Por un instante, él siguió mirándola. Luego sonrió con malicia.

—Está bien —dijo... y añadió algo más, que ella pensó que podía haber sido un «Dios os proteja».

Después de empujar con cuidado a Berthe hacia Josse, Helewise entró en el claro sola.

Alba canturreaba en voz baja. No advirtió la presencia de Helewise hasta que estuvo justo debajo de su árbol.

—Abadesa Helewise, bienvenida.

—Hola, Alba —respondió Helewise—. Estábamos preocupados por ti —continuó, complacida por el hecho de que su voz sonara casi normal—. Berthe nos ha dicho que te había abierto la puerta. Nos preguntábamos adonde habrías ido.

—Tenía que marcharme, abadesa —dijo Alba en un tono dramático, inclinándose

desde su rama—. Fray Bastian habría hecho que me colgaran.

Sin volverse a mirar a fray Bastian, la abadesa preguntó:

—¿Mataste al joven?

—¡Pensé que era Jerôme! —La voz de Alba sonaba indignada—. ¡Pensaba que había matado a Jerôme! Sólo se me ocurrió que no lo era cuando me enteré de que Meriel había huido: tan sólo había una persona en este mundo por la cual Meriel habría sido capaz de abandonar a Berthe, y ése era Jerôme. ¡En Medely me habían engañado, mi hermana y su amante, e hicieron que matara a un hombre inocente! Oh, abadesa, he rezado y rezado para hacerme perdonar. No tuve intención de matar a Félix, ¡fue culpa de Meriel, de Meriel y de Jerôme!

—Pero querías matar a Jerôme —dijo Helewise—. ¿Por qué, Alba?

—No podía dejar que mi hermana me abandonara. —Alba emitió un gemido fuerte y agudo—. He de tenerlas a las dos cerca, a Meriel y a Berthe. Mientras padre vivía, sabía que ellas permanecerían a su lado. Él nunca las habría dejado marchar. Él sólo me dejó irme al convento de Sedgebeck porque tenía a Meriel y a Berthe en mi lugar. Yo iba a ser abadesa, igual que vos. Todo me iba muy bien, me querían. Pero entonces me dijeron que padre había muerto. Sabía lo que iba a ocurrir; sabía que mis hermanas se escaparían, incluso antes de que su pobre cadáver se hubiera enfriado. Y no podía permitirlo. ¡Tenían que estar cerca de mí! —Su voz se había vuelto estridente.

—¿Por qué quieres mantenerlas cerca? —Helewise sintió una punzada de compasión por aquella mujer encaramada en el árbol. Un escondite tan patético...

—La gente me abandona —dijo Alba—. Mi madre me dejó, y tuve que vivir con padre. Nadie quería a padre, y por eso nadie quería ser mi amigo. ¿Veis, abadesa? Meriel y Berthe son mías, son todo lo que tengo.

—Sí, lo veo, Alba —respondió Helewise. Santo Dios, había una lógica extraña en el argumento de Alba—. Pero no las puedes ligar a tu lado si el curso de sus vidas se las lleva lejos. Todos estamos aquí para algo; nadie puede decidir cuál es el destino de otro, por mucho que lo amemos.

—Debo mantenerlas cerca —repitió Alba con obstinación—. Oh, abadesa, ¡venir aquí era un plan tan perfecto! Yo iba a ser monja de Hawkenlye de inmediato, una de las veteranas, y Meriel, y luego Berthe, también se harían monjas. Estaríamos las tres juntas, yo podría decirles lo que tenían que hacer y ellas nunca me abandonarían.

Había tantos aspectos que contradecir en aquel pequeño discurso que Helewise ni se molestó en empezar. En cambio, volviendo a algo que Alba había comentado antes, le dijo:

—Tu madre no te abandonó, Alba; murió. Cuando tú naciste. Y estoy segura de que ella no lo eligió. Debió de desear vivir más que nada en el mundo, porque os tenía a tu padre y a ti, y habría sido feliz con vosotros.

Pero Alba sacudía la cabeza; primero suavemente, pero el movimiento se volvió rápidamente más agitado y violento.

—No —susurró—. No, no... ¡no!

—¿No?

—No ocurrió así. —Ahora Alba estaba inmóvil—. Ella vivía en el burdel, con las monjas de Denney. Ellas intentaron alejarla de sus pecados ¿Sabíais que mi madre era una furcia, abadesa? —Soltó una carcajada horrenda—. Sólo Dios sabe por qué todos estaban tan seguros de que yo era la hija de Wilfrid, si podría haber sido de cualquiera. —Miró a Helewise con ojos penetrantes—. ¿Podéis guardarme un secreto, abadesa Helewise?

—Sí.

—Se dijo que fui engendrada por uno de los monjes —empezó Alba en voz baja—. Uno de los grandes caballeros del Temple. Ellos se guardan sus vergas, ¿sabéis, abadesa?, cuando hacen sus votos. Se creen importantes y buenos, pero tan sólo hace falta que una furcia guapa y complaciente les enseñe el muslo, y van corriendo a acostarse con ella como lo haría cualquier hombre.

—¿Es eso cierto, Alba? —preguntó Helewise. «Dios santo, y si lo fuera...».

Alba se encogió de hombros.

—Tal vez. ¿Cómo puedo saberlo? —Una expresión de astucia cruzó su rostro—. Pero, si no fuera cierto, ¿cómo se entiende que se preocuparan tanto por ofrecer una explicación creíble a mi nacimiento? Yo no fui el único bastardo nacido en aquel burdel, creedme. Pero sí fui el único entregado a «su» padre.

Helewise sintió cómo se le aceleraba el corazón. ¿Estaba contando Alba la verdad? Ella misma se había preguntado por qué, de entre los muchos clientes de una prostituta, los que habían decidido el futuro de Alba habían elegido a Wilfrid como su padre. Pero, si hubieran sabido quién era el padre verdadero, seguros de que era un hombre que jamás podría reclamar su paternidad, para el cual la más mínima insinuación de relación con una prostituta habría sido devastadora...

De pronto se acordó de la abadesa Madelina, en Sedgebeck, que le había dicho de Alba: «Llegó con una dote generosa, tanto en dinero como en bienes».

Wilfrid era un hombre modesto; era obvio que él no podía haberle proporcionado aquella dote a Alba.

¿Quién, pues?

¿Un templario con complejo de culpa?

Pero ahora había asuntos más urgentes de los que ocuparse.

Helewise levantó la mirada hacia la mujer que se balanceaba en la rama del árbol.

—Alba, debes superar todo esto —le dijo con firmeza—. Especular no sirve de nada, y esos pensamientos no hacen más que atormentarte. Wilfrid murió, tu madre murió al nacer tú y...

—Eso es mentira. —La voz de Alba sonó con claridad y se dejó oír por todo el descampado.

—¿Mentira? Pero...

—Es lo que me contaron esos templarios. A ellos les resultaba más fácil que yo

creyera que ya no estaba. Pero no había muerto.

—¿Qué le ocurrió?

—Dijeron que se había vuelto loca. Hay un sanatorio mental que dirigen las monjas, cerca de Denney. En el mismo lugar donde está el burdel. Furcias y locos, para las monjas todos son lo mismo. La encerraron allí, en el sanatorio. Yo no lo sabía, abadesa. Durante años, mientras yo crecía, ella estaba allí. Podría haber ido a verla, podría haberle hablado. Pero no, no. Ellos no podían permitirlo, ¿lo veis? Podría haberme revelado quién era mi verdadero padre. —Ahora Alba tenía los ojos llenos de lágrimas y estaba muy pálida—. Y por eso me dijeron que había muerto al nacer yo, y nunca la conocí.

—Alba, lo siento mucho —dijo Helewise con cariño—. Debió de ser terrible para ti cuando lo supiste.

Alba asintió con la cabeza.

—Yo no debería haberlo sabido, ni siquiera después de su muerte real. Pero resultó que una de las monjas del sanatorio no conocía la verdadera historia. Había estado cuidando a mi madre, y, al parecer, mi madre le pidió que fuera a contármelo.

—¿A contarte que se estaba muriendo?

—No, a contármelo después de su muerte.

—¿Así que estaba enferma? ¿Tan enferma que sabía que iba a morir?

—No estaba enferma: se ahorcó.

Alba levantó el cinturón de cuerda que tenía en una mano. En un extremo había un nudo mal hecho, y ella lo dejó balancearse suavemente. Arriba y abajo; arriba y abajo.

Helewise miró el nudo, como hipnotizada. Todo empezaba a parecer irreal, artificial. Se estremeció.

—Oh, Alba —murmuró, pero no pensó que la chica la hubiera oído.

—Esto era suyo —dijo Alba—. Su soga. La robó y se colgó con ella. Las monjas me dieron su pobre túnica rasgada, y esto estaba enredado con el faldón. —Un gemido de angustia rompió la quietud del aire—. ¡Ya no me queda nada, abadesa! He matado, me han descubierto, hay un templario poderoso que me persigue y que me hará confesar mis crímenes, ¡y me ahorcarán!

—Serás juzgada, Alba —empezó a decir Helewise—, y...

—¡Me ahorcarán! —gritó Alba—. ¡Abadesa, abadesa, no quiero morir en la horca como un miserable ladrón, con todo el mundo abucheándome y riéndose de mí!

De pronto, balanceó la cuerda y formó un arco ancho.

—He intentado colgarme y ahorrarles el trabajo. Quería hacerlo con esta soga, igual que mi madre. —Los gemidos se habían convertido en sollozos, fuertes y cada vez más fuertes—. ¡Pero no sé cómo se hace el nudo! ¡Perdonadme, oh, perdonadme!

Se fue inclinando hacia adelante, cada vez más, y más...

Helewise corrió hacia ella, con los brazos estirados.

—¡Alba, no!

Pero Alba no la escuchó. Se inclinó todavía más, superado el punto de equilibrio, y se dejó caer, de cabeza, desde más de diez metros sobre el suelo del bosque.

Helewise oyó gritar a Berthe, un grito tan fuerte que le hirió los oídos.

Con cuidado, avanzó hacia el cuerpo tendido en el suelo. La cabeza de Alba estaba colocada en un ángulo forzado con los hombros; sin siquiera tocarla, Helewise pudo apreciar que se había roto el cuello. Le salía sangre de los oídos y tenía la cofia manchada.

Helewise se arrodilló, comenzó a pronunciar una plegaria y le tomó el pulso. No había pulso.

Se levantó y acabó de pronunciar su primera plegaria por el alma de Alba: «Perdónale todos sus pecados, oh, Señor; oh, Dios misericordioso, muéstrale tu cara amable...».

Luego se volvió hacia el margen del descampado donde, tras la figura serena de Bastian, Josse estrechaba a Berthe entre sus brazos.

—Me temo que está muerta —declaró Helewise.

## Capítulo veintidós

Estaba anocheciendo.

Helewise se había quedado en la iglesia de la abadía después de vísperas. Las plegarias de la tarde habían incluido una invocación apasionada por Alba, y las monjas habían rezado de todo corazón por el alma de su difunta compañera. Teniendo en cuenta que en realidad nadie le tenía cariño. —Alba no había sido una mujer que despertara afectos—, el fervor con el que las monjas habían rogado a Dios que la tratara con amor había emocionado a la abadesa.

Ahora se encontraba arrodillada frente a la tarima que soportaba el cuerpo de Alba. Sor Eufemia le había colocado bien el cuello roto y una de las monjas vistió el cuerpo con una cofia limpia y le cepilló el barro y la hierba del hábito negro. Alba yacía con los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro sereno, con sus ojos atormentados y angustiados cerrados para siempre.

Helewise se levantó, se inclinó sobre el féretro y soltó una exclamación silenciosa. Luego echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que se encontraba a solas, recogió algo y, con cierta dificultad, puesto que era algo voluminoso, lo escondió en una de sus mangas.

Luego volvió a arrodillarse y siguió con sus plegarias.

Recitó un avemaría. Luego dejó que sus pensamientos se inundaran del amor y la misericordia de la Virgen María y le dedicó una petición especial. Recordándole delicadamente que Alba había suplicado que la perdonaran, le rogó a la santa madre que intercediera en favor de la difunta.

—Dulce Virgen Mana —rezó Helewise—, ten misericordia de una de tus hijas que no conoció a su propia madre. Se sabía pecadora, sabía que había matado a una persona inocente. Pero... pero...

Viendo que las palabras le fallaban, Helewise cerró los ojos y, tratando de llenar su corazón y su alma con su súplica, dejó caer el rostro entre las manos.

Al cabo de un rato oyó cómo la puerta se abría y volvía a cerrarse luego con cuidado.

Se levantó y se volvió a mirar quién había entrado.

Se sorprendió al comprobar que dos personas caminaban lentamente hacia ella: Meriel y Jerôme. Aguardó hasta tenerlos cerca y, con una discreta reverencia, se apartó para dejarles ver el cuerpo de Alba.

Meriel soltó un gemido y se cubrió la boca con una mano. Con el rostro turbado, sacudió la cabeza.

—Oh —murmuró—. ¡Yo no quería que las cosas acabaran así!

Jerôme la rodeó con sus brazos, estrechándola, y le susurró palabras cariñosas al oído. Helewise se retiró en silencio; salió sin hacer ruido de la capilla y aguardó fuera a los muchachos.

No tardaron en salir.

—Abadesa Helewise, sentimos mucho haber huido —dijo Jerôme—. Pero vi... Ella le puso una mano en el brazo.

—Lo sé, Jerôme. No tienes que darme explicaciones, ni disculpas. De hecho, cuando iniciamos nuestra búsqueda por el bosque, estaba suplicando fervientemente que siguerais ocultos. —Vaciló unos instantes—. Temía que Alba pudiera hacerte daño.

Él asentía con la cabeza, como si ya conociera la explicación.

—Sí. Pero nosotros, como parecéis pensar, no huíamos de ella.

—Y yo creo —prosiguió Helewise con cautela— que su verdadera intención no era hacerte daño. —Lo miró a los ojos. No quería decir, delante de la llorosa Meriel, que pensaba que Alba se había ido al bosque sólo para autoagredirse.

—Entiendo —dijo él en voz baja, y miró a su esposa, acurrucada a su lado bajo su brazo protector—. ¿Meriel? ¿Te sientes mejor, aquí que corre el aire? Es que se había mareado —le explicó a la abadesa.

—No me extraña —dijo ella.

—Estoy bien —dijo Meriel, secándose las lágrimas—. Ha sido la impresión de verla.

—Debéis de haberos enterado de su muerte hace muy poco, al regresar a la abadía —dijo Helewise.

La joven pareja intercambió una mirada. Luego Jerôme dijo:

—Bueno, en realidad, lo supimos mucho antes. Poco después de que ocurrió.

—¿Vosotros? ¿Cómo?

De nuevo volvieron a mirarse. Meriel le murmuró algo a Jerôme; algo como «Tenemos que contárselo» y, volviéndose a mirar a Helewise, dijo:

—Abadesa, hemos estado con alguien de la gente del bosque. Eh... una mujer.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Helewise. ¡Oh, pero si ella recordaba a las mujeres de la gente del bosque! Bueno, recordaba a una en especial, y con una bastaba. Intentando contenerse, preguntó:

—¿Y quién era esa mujer? ¿Tenía un nombre?

—Dijo que se llamaba Lora. —Jerôme se sentía todavía incómodo, como si haber hablado con la gente del bosque representara cierta deslealtad a Hawkenlye y a su abadesa—. Parecía saberlo todo de nosotros, y fue amable. Nos dio de comer y de beber. Y nos dijo dónde podíamos encontrar un refugio.

—Se había marchado —prosiguió Meriel—, pero esta tarde vino a buscarnos. Dijo que se había producido una muerte. Le preguntamos quién era, y ella dijo: «Es la que sobrelleva la culpa del asesino. El gran roble ha respondido a su llamada». Nos dimos cuenta de que debía de estar hablando de Alba, pero no teníamos ni idea de lo que significaba lo del roble. Dijo que teníamos que irnos. Que no podíamos dar la espalda a aquellos que nos necesitan. Entonces Jerôme...

—Luego le conté que me perseguía alguien que quería separarme de mi esposa —dijo Jerôme, tomando el hilo de la historia—. Y ella, Lora, se rió. Se rió mucho,

abadesa, y nosotros pensamos que era muy raro, teniendo en cuenta que había venido a comunicarnos una muerte. Luego, cuando paró, miró a Meriel y luego a mí, y dijo: «No está en las manos de ningún ser humano separar a un marido honesto y cariñoso de su esposa. No temáis, no lo conseguiremos». Luego nos dijo adónde teníamos que ir, y desapareció.

Su voz había subido sensiblemente de tono al pronunciar estas últimas palabras; con una risita, Meriel le tocó la cintura y le dijo:

—No desapareció, Jérôme, se esfumó por entre los árboles.

A Helewise le daba vueltas la cabeza. ¡Aquellos dos jóvenes habían tenido tanta suerte!, pensaba. Su amor y su sinceridad parecían haber impresionado a esa tal Lora, que había cuidado de ellos.

Se preguntó cómo se había enterado ella de la muerte. Oh, Dios santo, ¿habría estado espíandolos?

—Eh... ¿Jérôme?

—¿Abadesa?

—Ese lugar en el que estuvisteis, el refugio que os encontró Lora, ¿estaba cerca?

—No, estaba a muchos kilómetros. Por eso acabamos de llegar. Hemos estado andando por el bosque una eternidad.

—¿Cómo supo lo de Alba, la mujer del bosque? —preguntó, en un susurro—. Está claro que no hubo tiempo para que ella presenciara la muerte, fuera a buscaros, y vosotros llegarais aquí.

—Ella no vio caer a Alba, abadesa —dijo Meriel en voz baja—. Pero dijo que ellos siempre saben cuándo alguien muere en el bosque. Dijo que... —Se interrumpió, se puso un poco pálida, y luego, en un susurro, concluyó—: Dijo que los árboles se lo cuentan.

«Los árboles. Sí —reflexionó Helewise—, supongo que lo hacen».

Luego, al ser consciente de lo que acababa de pensar, de la rapidez con la que había aceptado una superstición pagana, se sobrepuso y pronunció una plegaria rápida y sincera por el perdón de Dios.

«¡Realmente —pensó, todavía enojada consigo misma—, llevo demasiado tiempo cerca de este bosque!».

Meriel y Jérôme la miraban en silencio, esperando ansiosos que dijera algo. Volviendo a la realidad —lo cual le resultaba harto difícil—, la abadesa dijo enérgicamente:

—Ahora vosotros debéis ir a descansar. Estas últimas semanas han sido muy duras para vosotros. Debéis dejar todo esto atrás y empezar a pensar en el futuro.

—Yo no puedo, abadesa —respondió Jérôme con voz hueca—. Debo volver a Denney y...

Pero ella ya sacudía la cabeza, con una sonrisa.

—No, Jérôme. No has de hacerlo. Bastian no te estaba buscando para llevarte de vuelta a Denney. Necesitaba encontrarte para decirte que eres libre.

—¿Libre? —Exclamaron Jerôme y Meriel al unísono.

—Sí. Oficialmente no has hecho ningún voto, así que no tenías ninguna necesidad de pedir ser liberado.

—¡Pero me corté el pelo! —gritó Jerôme—. ¡Y me dejé crecer la barba! ¡Tan sólo me la afeité para casarme con Meriel!

«Es tan joven», pensó la abadesa con el corazón reblandecido.

—Eso no son más que signos externos —le dijo amablemente—. Por sí solos no convierten a un hombre en monje.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Meriel con fervor.

Jerôme se volvió hacia ella y, en un arrebato de alegría, la tomó entre sus brazos.

Helewise pensó que era momento de dejarlos solos y aprovechó para retirarse.

La abadía acogió a sus jóvenes invitados durante casi quince días. Durante aquel periodo, Alba recibió sepultura, y el dolor inicial de su conmocionada hermana menor empezó a remitir.

Berthe pasó mucho tiempo con Josse. Él evitó que sus conversaciones giraran en torno a Alba, y Berthe raramente la mencionó; buena parte del tiempo lo pasaban hablando de temas cotidianos: el tiempo que hacía, la estupenda primavera, el trabajo que Berthe hacía en la enfermería.

Pero, en una ocasión, la muchacha dijo: «Fue para mejor, ¿no?, *sir* Josse, que Alba muriera...».

La mente de Josse sobrevoló rápidamente varias opciones posibles, y finalmente se limitó a decir: «Así es, mi niña».

Ella asintió con un gesto. Como si sus palabras fueran la última pieza que le faltaba, pareció calmarse de inmediato.

Y jamás volvió a hablar de su hermana muerta.

Bastian también permaneció algunos días en la abadía.

Le había pedido a la abadesa que le mostrara el lugar donde estaba enterrado fray Bartolomé, y ella así lo hizo. Lo habían colocado en un pequeño rincón, bajo tres castaños del valle, que estaba reservado a los peregrinos que morían mientras estaban en Hawkenlye. Las tumbas eran lisas y sencillas, pero el césped estaba bien cortado y a veces los frailes plantaban algunas flores.

Ella permaneció a su lado mientras rezaba.

—Había pensado en llevarlo a Denney —dijo Bastian, mientras volvían andando a la abadía—, pero ahora creo que no voy a hacerlo.

—La decisión es, por supuesto, vuestra —murmuró ella.

Bastian permaneció unos instantes en silencio, como si buscara las palabras indicadas. Luego comentó:

—En el lugar donde está, goza de mucha paz, abadesa.

«¿Más paz que si estuviera enterrado en Denney?», se preguntó. Pero no lo dijo en voz alta.

Antes de la partida de Jerôme y Meriel, acompañados de una Berthe en vías de

recuperación rápida, Helewise les pidió a ambos que fueran a verla.

Se presentaron ante ella en su habitación. La abadesa advirtió que iban cogidos de las manos.

Habían transcurrido diez días desde la muerte de Alba y la abadía seguía animada por un rumor constante que derivaba en un parloteo alborozado. Era comprensible, pensaba Helewise, y probablemente resultaba inevitable.

No obstante, era preferible volver cuanto antes a la normalidad. Y un buen comienzo iba a ser que ese par, y su pequeña hermana, prepararan su partida.

—Gracias por venir a verme —dijo, recibiendo con una sonrisa a Meriel y a Jerôme.

—Somos nosotros quienes debemos daros las gracias —dijo Meriel—. No sé cómo habríamos superado todos estos terribles acontecimientos sin vuestra ayuda, abadesa.

—Es a mis monjas a quienes debéis dar las gracias —dijo ella amablemente—. Ellas han estado rezando por vosotros tres. Y, con ellas, las plegarias también tienen un lado práctico: fue un golpe de genio por parte de sor Eufemia haber pedido a Berthe que la ayudara con los dos recién nacidos en la maternidad.

—No me creo en absoluto que realmente necesitara la ayuda de Berthe —dijo Jerôme.

—Ni yo —admitió Helewise—. ¿Cómo creéis que está? Berthe, quiero decir.

Meriel la miró un momento antes de responder.

—Creo que está empezando a superarlo —dijo—. Para ella fue un golpe terrible ver caer a Alba. Me atrevería a decir que le provocará pesadillas durante un tiempo.

—Sí, yo también lo creo —afirmó Helewise.

—Aunque empieza a darse cuenta de que, en realidad, Alba no tenía escapatoria —prosiguió Meriel—. Aun en el caso de que os hubierais negado a que Bastian se la llevara a Denney para responder por el asesinato del pobre Félix, y entendemos que vos no teníais razón para negaros, eso sólo habría sido una manera de posponer lo inevitable. Tarde o temprano, Alba habría tenido que enfrentarse al juicio por sus pecados. —Hizo una pausa, y luego añadió—: ¿Es seguro que mató también al monje en el valle?

—Eso creemos, Meriel, aunque, estando muertos tanto la víctima como el supuesto verdugo, no hay manera de estar completamente seguros. Pero parece ser lo más probable. Suponemos que Alba bajó al valle para comprobar que no había nadie que pudiera reconocer a Berthe. Y encontró exactamente lo que más temía. De una forma o de otra, debió de atraerlo hacia el exterior, y allí lo mató con su propio bastón.

—Seguro que habría reconocido a un templario de Denney —dijo Jerôme con tristeza—. Alba solía ir a espiar sus idas y venidas; estaba obsesionada con ellos. Nunca supimos por qué.

—Creo que yo sí lo sé —respondió Helewise en voz baja.

Luego les contó lo que Alba le había dicho sobre su progenitor.

Meriel se quedó sobrecogida.

—¿Vos la creísteis, abadesa?

Helewise suspiró.

—Mi cabeza me dice que no debería haberlo hecho, puesto que sabía perfectamente que la pobre Alba era una mentirosa. Pero, no sé por qué, eso no cambia nada: la creí, sí.

—¡Su padre era un templario! —resopló Jerôme—. Ahora entiendo por qué mi tío Bastian estaba tan obsesionado por devolverla a Denney. ¡Debía de tener pánico a que se lo contara a alguien!

Helewise lo miró.

—Tu tío tan sólo cumplía con su deber —declaró—. Hacía lo correcto, intentando que Alba fuera juzgada por el asesinato de Félix. En cuanto a ese otro asunto, es posible que ni tan sólo conociera el rumor sobre la identidad del padre de Alba. Los caballeros guerreros, estoy convencida de ello, son muy discretos.

Jerôme sonrió con tristeza.

—Es cierto. He vivido entre templarios una buena parte de mi vida y jamás he oído ningún chismorreos sobre niños engendrados por monjes ilustres.

—Y no creo que beneficiara a nadie que esos chismorreos empezaran ahora —dijo Helewise con firmeza, escrutando a los dos jóvenes—. Alba ha muerto y ya no podemos hacer nada por ayudarla. Aun en el caso de que se desvelara la verdad sobre ella, no le haría ningún bien. Y, en cambio, eso podría perjudicar mucho a los templarios de Denney.

—Si uno de ellos realmente fue el padre de Alba, entonces, ¿no se merecería un castigo? —apuntó Meriel.

Pero Jerôme la rodeó con un brazo, atrayéndola hacia sí.

—El castigo los afectaría a todos —dijo pausadamente—. Y la mayoría no lo merecen.

Helewise le sonrió. No podría haberlo dicho mejor, pensó.

—Fray Bastian se marcha hoy —señaló—. Estoy segura de que querrá despedirse de vosotros dos y desearos mucha suerte.

—No harán falta despedidas —dijo Jerôme—. Nosotros también volvemos a Denney, y no hay motivo por el que no debamos hacerlo con él. Se ha portado muy bien conmigo. —Le dirigió a Meriel una mirada rápida—. Y ha prometido ayudarnos si decidimos instalarnos cerca de Denney.

—¿Y lo haréis? —preguntó Helewise.

Jerôme seguía mirando a Meriel, como si esperara que respondiera ella.

—No —dijo la chica—, creemos que no. Demasiados recuerdos.

—Entiendo. ¿Qué vais a hacer?

—Jerôme tiene algo de dinero, que su padre dejó a los monjes en depósito —prosiguió la muchacha—. Por eso debemos volver a Denney, para solucionar el tema

de la herencia. Con él nos instalaremos en algún lugar cerca de aquí. Podemos trabajar los dos; Jerôme aprendió a hacer muchas cosas con los monjes, y yo puedo ayudarlo. No tendremos mucho, pero nos las arreglaremos. Nos tenemos el uno al otro. Y Berthe puede vivir con nosotros, durante unos años.

—¿Durante unos años?

—Abadesa Helewise, Berthe quiere ser enfermera. Le encanta trabajar en la enfermería, y lo que más le gustaría es convertirse en hermana lega, si la aceptáis.

—Encantada —asintió Helewise, contenta—. Pero esperemos a que sea algo mayor. Puede que cambie de opinión.

—No lo hará —repuso Meriel con una sonrisa.

Helewise salió a la puerta a despedirlos a los tres, a Meriel, a Jerôme y a Berthe. Fray Bastian los esperaba, y a su lado estaba Josse.

La abadesa se acercó a los dos hombres; Josse le sonrió, Bastian le dirigió una exagerada reverencia.

—Abadesa, me gusta vuestro amigo Josse d'Acquin —dijo Bastian, mientras ella se acercaba—. Es un hombre muy coherente. —Le dio a Josse una fuerte palmada en el brazo; por suerte, fue en el izquierdo.

—Desde luego que lo es —asintió Helewise.

—Admiro mucho vuestra capacidad de deducción —prosiguió Bastian—. Formáis un buen equipo.

—La abadesa es el cerebro, yo soy simplemente la musculatura —dijo Josse, modesto—. Pero, en esta ocasión, me temo que ella ha tenido que ser tanto el cerebro como los músculos.

—Estabais enfermo, Josse —dijo ella—. Pero, incluso desde vuestra cama de la enfermería, vuestra ayuda ha sido inestimable.

Fray Bastian soltó una carcajada.

—Si alguna vez tengo un problema irresoluble en Denney, puede que mande a alguien a buscaros —dijo.

Luego miró a Meriel, a Jerôme y a Berthe y, viendo que ya estaban listos, subió a su montura y se despidió, con un gesto, de los otros tres.

—¡Adiós!

Helewise y Josse permanecieron mirándolos hasta que los cuatro jinetes desaparecieron por el horizonte. Luego, mientras se volvían para dirigirse a las puertas de la abadía, Helewise observó:

—Ha dicho, «si tengo un problema irresoluble», como si tuviera alguna responsabilidad en Denney.

Josse rió.

—Buena deducción, abadesa —dijo, imitando el tono de Bastian—. Nuestro amigo, fray Bastian es, en realidad, el maestro Bastian. Es el superior de Denney.

Con el brazo herido ya totalmente curado y los recuerdos de la inquietante presencia de Alba y sus hermanas quedando rápidamente relegados al pasado, Josse

ya no tenía más excusas para permanecer por más tiempo en Hawkenlye. Quería volver a casa, a Nuevo Winnowlands; Will se las habría arreglado en su ausencia, lo sabía, pero echaba de menos su hogar.

Antes de despedirse de la abadesa, entró a ver a sor Eufemia. Salieron fuera, y Josse le entregó una bolsita llena de monedas.

—Es para que las uséis como mejor creáis conveniente, hermana. Y os las entrego con mi agradecimiento eterno por haberme salvado el brazo, y probablemente también la vida.

Ella lo miró.

—Os lo agradezco, *sir* Josse. Usaré vuestras monedas para una buena causa, tenéis mi palabra.

—Lo sé.

—En cuanto a eso de que os salvé la vida... —Hizo una pausa, mirándolo. Él tuvo la impresión de que estaba dudando si le desvelaba o no un secreto.

—Vamos, hermana, ¡me lo podéis decir! —dijo riendo—. Sea lo que sea, ahora ya no me afecta. Aunque digáis que estuvisteis a punto de darme la extremaunción, ahora todo ha terminado. ¡Y yo sigo aquí, vivo y coleando!

—No es eso; no exactamente. —De nuevo, vaciló. Luego dijo—: La herida no cicatrizaba. De hecho, la infección estaba empeorando, y nada de lo que probaba parecía beneficiaros. Entonces sor Tiphaine apareció con un ungüento, que sí funcionó.

—Así que también tengo que darle las gracias a sor Tiphaine —dijo él serenamente—. Por supuesto, lo haré.

Pero estaba claro que sor Eufemia todavía no había terminado.

—*Sir* Josse, fuera lo que fuese ese ungüento (y, desde luego, era algo que yo no había visto jamás), provenía del bosque.

Luego clavó los ojos en los suyos y repitió: «El bosque».

Y, entonces, él comprendió.

Encontró a sor Tiphaine en su huerto.

—Así, ¿os lo ha dicho? —dijo, apartando apenas la mirada de sus plantas.

—Lo ha hecho.

—No tengo demasiado que añadir —repuso sor Tiphaine, apoyándose en los talones—. No fue a la propia Joanna a quien vi, sino a Lora.

—¿Lora?

—Una de sus ancianas. Muy respetada, sabia, gran conocedora de las artes sanatorias. Y todas las demás artes —añadió a media voz—. En fin, parece ser que Lora empieza a aceptarla. A Joanna, quiero decir. Debido a antiguas lealtades, según dice ella. No os preocupéis por la muchacha, está bien.

—Pero ella...

—¡Nada! —Sor Tiphaine levantó una mano manchada de barro—. No os puedo decir más, caballero, porque no sé nada más. Ése fue el mensaje, y tenéis suerte de

haberlo recibido. A la gente del bosque no les gusta comunicarse con los de fuera.

«Lo sé», pensó Josse. Pero había música en su corazón.

—Gracias, hermana.

Se agachó y le dio un beso en la mejilla. Sorprendida, ella le contestó con una sonrisa y luego volvió a su tarea de arrancar hierbas.

La abadesa le había dado permiso para mandar a fray Saúl a Nuevo Winnowlands a buscar a su caballo. Tan pronto como *Horace* estuvo descansado y limpio, Josse se dispuso a partir a casa.

—Cuidaos —le dijo la abadesa al despedirse—, y venid a vernos pronto.

—Lo haré —prometió él.

—¿Cuál de las dos cosas? —contestó ella riendo.

—Las dos.

Luego, saludando con la mano, espoleó a *Horace* a un buen trote y emprendió el camino de vuelta a casa.

Un monótono atardecer, semanas más tarde, Helewise se escapó de la abadía y se dirigió al bosque.

No era capaz de racionalizar lo que estaba haciendo. Se sentía inquieta, turbada, y eso le ocurría cada tanto desde que Alba había muerto. Creía que esa preocupación iría alejándose con el tiempo, pero no era así.

«Y creo que sé por qué», pensó la abadesa.

Lo que estaba a punto de hacer, o al menos ella lo esperaba fervientemente, iba a acabar con esas extrañas sensaciones de una vez por todas.

La habían informado de que Jerôme y Meriel estaban planeando regresar a instalarse por la zona. Lo cual significaba que, aunque no era probable que Helewise y sus monjas volvieran a verlos muy a menudo, una o dos visitas suyas eran no sólo posibles, sino más que probables.

De modo que eso que quedaba por hacer debía hacerse ahora.

Helewise se cobijó bajo la sombra de los árboles. Tomó la senda que recordaba tan bien y, mirando a su alrededor, la siguió. Se sentía distinta, caminando por allí sola. Sentía aprensión, por supuesto, pero también se daba cuenta de que no tenía miedo. El bosque y sus gentes lo entenderían, pensó, y probablemente aprobarían lo que estaba haciendo.

En realidad, lo comprenderían mucho mejor que ninguno de los habitantes de la abadía de Hawkenlye. Aunque no es que eso tuviera importancia, puesto que nadie en Hawkenlye lo iba a saber.

Se apresuró.

Los árboles tenían ahora todo su follaje estival, y el estrecho sendero estaba bastante oscuro. Pero los pasos de Helewise eran firmes y seguros; daba casi la sensación de que alguien la guiaba.

Llegó al descampado.

Allí estaba el roble, y la rama en la que se sentó Alba. Y allí, debajo de ella,

estaba el lugar en el que había muerto.

Helewise se arrodilló y colocó en el suelo, frente a sí, el paquete que llevaba. Luego le quitó el envoltorio, un trozo de saco viejo y deshilachado.

Escudriñó a su alrededor y recogió unos trozos de hierba seca, hojarasca y algunas ramitas. A continuación, las dispuso con cuidado alrededor del saco.

En medio de la improvisada hoguera había una cuerda enrollada; anudada en un extremo, deshilachada en el otro, estaba sucia y desgastada.

«Ésta —pensó Helewise— fue la soga con la que una mujer triste y perturbada se colgó. Si su vida había sido una tragedia, y su pecado final de desesperación había de ser compadecido, aunque probablemente ella nunca pidió perdón por lo que iba a hacer, debemos recordar las injusticias que se cometieron contra ella. Y yo voy a pedir su perdón».

Aquella soga era también el terrible recuerdo dejado a la única hija de aquella mujer. Lo llevó consigo toda la vida y, al final, intentó utilizarla como antes lo había hecho su madre. Ante su fracaso, se arrojó desde aquella rama y se partió el cuello.

Helewise cerró los ojos y estuvo un rato rezando.

Luego cogió un pedernal de su bolsillo y sacó una chispa contra el combustible seco que había echado alrededor de la soga. Repitió la operación varias veces hasta que consiguió hacer una pequeña llama. Se agachó para soplar ligeramente y pronto el fuego prendió. La hoguera estaba encendida.

La soga tardó bastante en quedar reducida a cenizas; Helewise tuvo que levantarse dos o tres veces a buscar más combustible. Pero, al final, el trabajo quedó hecho.

La abadesa permaneció contemplando los finos hilillos de humo que se elevaban en espirales hacia el ocaso.

Y mientras los contemplaba, le pareció que formaban figuras: una mujer con el pelo revuelto y ojos desesperados, agarrada a los barrotes de un robusto portón; luego un joven, que se reía mientras participaba en un juego de un engaño que tendría unas consecuencias tan macabras e inesperadas, y luego un peregrino, de pelo corto y largas barbas, parecido a Bastian.

Y, finalmente, Alba.

Sólo que el fantasma de Alba tenía una sonrisa en el rostro. Con los brazos levantados hacia la figura espectral de la mujer del pelo revuelto, ambas parecían flotar juntas.

De pronto, un repentino soplo de viento se llevó el humo.

Helewise suspiró. Se levantó, cubrió con cuidado la pequeña hoguera agonizante y se marchó del claro del bosque.



ALYS CLARE es el seudónimo de ELIZABETH HARRIS (Nacida en 1944), una escritora inglesa de novelas históricas, las cuáles se centran principalmente en la época medieval.

Fue educada en el campo, cerca de dónde se establecerían sus novelas más famosas. Inició sus estudios en la escuela de Tonbridge, graduándose en Literatura Inglesa y Psicología en la Universidad de Keele, con postgrado en Arqueología en la Universidad de Kent. Comenzó a publicar en 1990, dedicándose desde entonces a la escritura.

Sus novelas más famosas son la serie de libros conocidos como Los Misterios de Hawkenlye, historias de crímenes en la Edad Media, y que son protagonizados por el caballero *Sir Josse D'Acquin* y la Abadesa *Helewise*. Debido a la creación de estas novelas, Alys Clare vive cierta parte del año en el campo, dónde según ella ocurren los hechos narrados en Los Misterios de Hawkenlye. El lugar es conocido principalmente por ser un lugar dónde sus antiguos habitantes fueron dejando sus huellas, tales como círculos de piedra y dólmenes en el Neolítico, además de encontrarse los antiguos caminos y capillas de los caballeros templarios.